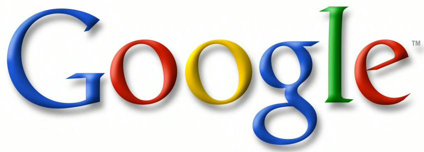
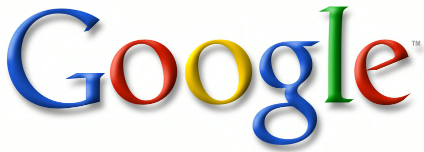
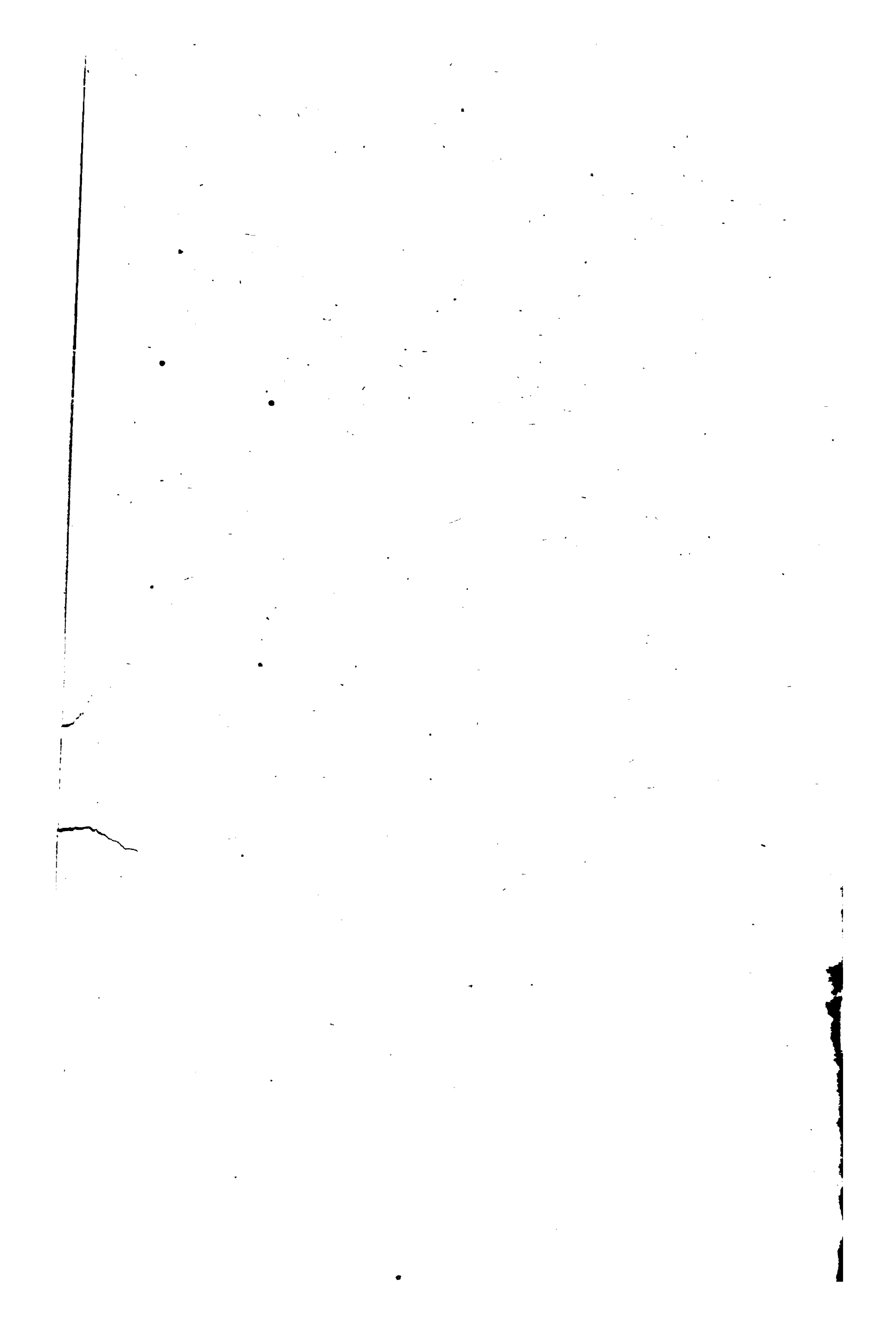


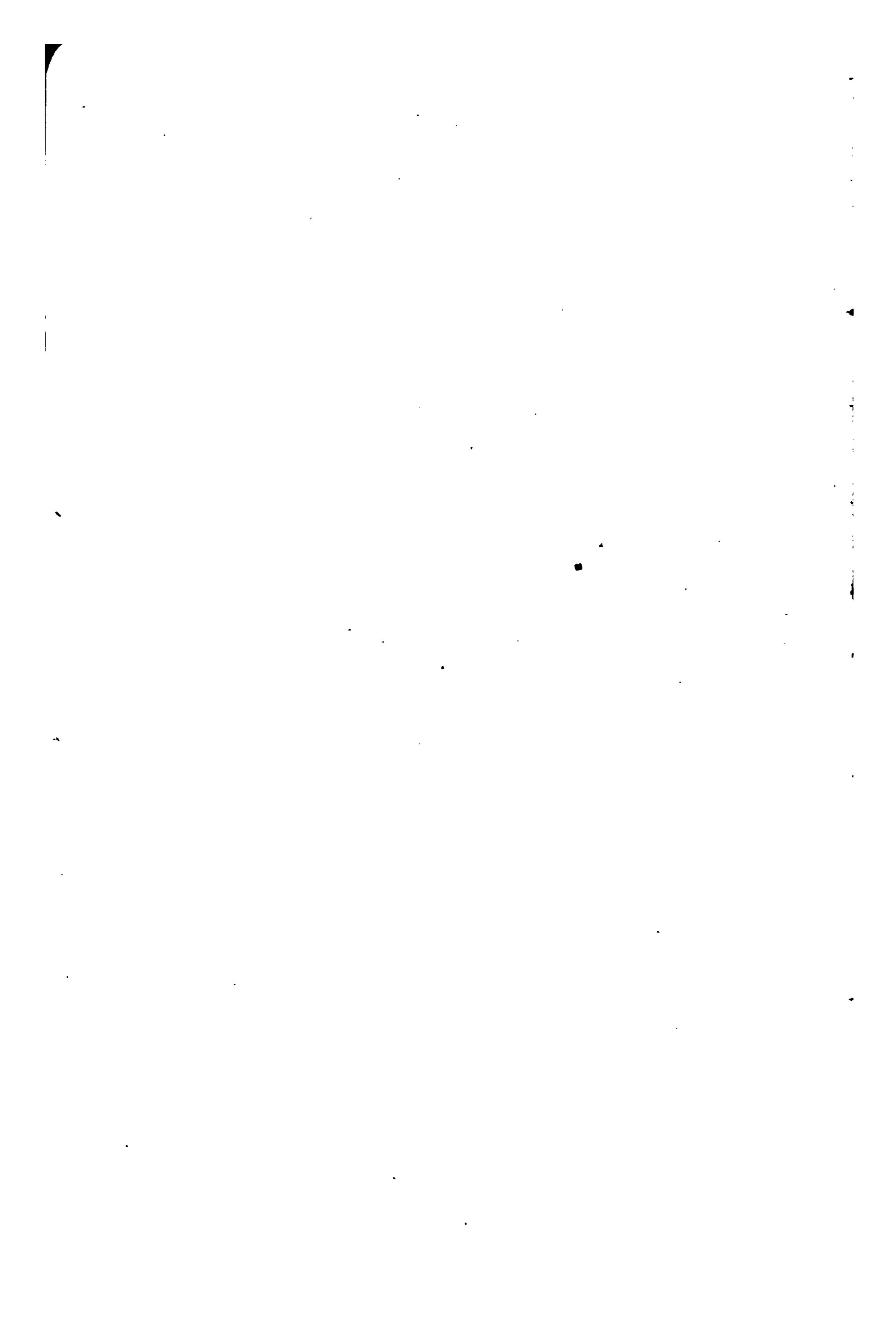




VIDA MILITAR

DE LOS GENERALES

ENRIQUE Y GREGORIO CASTRO



José Luciano Martínez

VIDA MILITAR

DE LOS GENERALES

ENRIQUE Y GREGORIO CASTRO



MONTEVIDEO
Dornaleche y Reyes, editores
Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79
1901

OBRAS DEL AUTOR:

Vida del General Simón Martinez. — 1896 .... 1 volumen

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE:

Los cinco Goyos, Pedernal y otros episodios históricos .... 1 volumen
Biografías militares .... »

Á MI PADRE

EL CORONEL DON JUAN JOSÉ MARTÍNEZ,

Soldado de la Cruzada Libertadora y de las campañas de 1870 y 1875,

Dedico este libro, que es el mayor
de mis esfuerzos intelectuales hasta el presente.

JOSÉ LUCIANO MARTÍNEZ.



OBRAS CONSULTADAS

(Aparte de los documentos privados y públicos del archivo de los Generales Enrique y Gregorio Castro, de que nos hemos servido para escribir sus biografías, cumple á nuestra lealtad, y sin ánimo de aparentar erudición, citar aquí las principales obras consultadas.) Son las siguientes:

Historia política y militar de las Repúblicas del Plata, por Antonio Díaz.— Montevideo, 1878.

Diario de la campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay, por el Coronel oriental don León de Palleja. — Montevideo, 1866.

La Revolución Oriental de 1870, por Abdón Arozteguy. — Buenos Aires, Félix Lajouane, 1889.

Bosquejo Histórico de la República O. del Uruguay, por el Dr. F. A. Berra. — Montevideo. — Francisco Ibarra, 1881.

Recuerdos de la guerra del Paraguay, por José I. Garmendia. — Buenos Aires. — Jacobo Peuser, 1890.

El gobierno de D. Bernardo P. Berro, por Demetrio Erausquin. — Montevideo, 1892.

La Defensa de Paysandú, por Rafael A. Pons y Demetrio Erausquin. — Montevideo, 1897.

Quinteros. — Oración fúnebre, por el Dr. Ángel Floro Costa. — *La Nación*. — Montevideo, 1884.

La Revolución de 1857 y la hecatombe de Quinteros, por un testigo presencial (Juan Manuel de la Sierra). — Montevideo, 1866.

La Cruzada Libertadora (Recopilación de datos y documentos), por Antonio H. Conte. — Montevideo, 1891.

Memorias inéditas, por el General oriental don César Díaz, publicadas por Adriano Díaz. — Buenos Aires, 1878.

Memorias póstumas del Brigadier General José M. Paz. — Buenos Aires, 1855.

Sarmiento. — Obras.

Guerra do Paraguay, por el 1.er Tenente E. C. Jourdan. — Río Janeiro, 1871.

Ordens do dia del General Polidoro da Fonseca Quintanilha Jourdão, reimpresas por ordem do Governo. — Río de Janeiro, 1877.

Ordens do dia del Tenente General Manuel Marquez de Souza, Conde de Porto Alegre, reimpresas por ordem do Governo. — Río de Janeiro, 1877.

Ordens do dia del General Manuel Ruiz Osorio, Marquez do Herval, reimpresas por ordem do Governo. — Río de Janeiro, 1877.

Ordens do dia de S. Ex. Marechal do Exercito don Luis Alvez de Lima y Silva, Duque de Caxias, reimpresas por ordem do Governo. — Rio de Janeiro, 1877.

Campanha do Paraguay, commando em chefe de S. A. ó Sr. Marechal de Exercito Conde d'Eu. Diario do Exercito (organizado por A. d'E. Taunay). — Río de Janeiro, 1870.

Ordens do dia do Marechal Conde d'Eu (1869-70). — Rio Janeiro, Tip. Alves de Souza, 1877.

Nächte am Rio Paraguay, Kriegsbilder und Charakterskizzen, von Albert Amerlan. — Buenos Aires, 1898.

La cartera de un médico cirujano, por el Dr. Juan A. Golfarini. — Buenos Aires, 1898.

Gobierno Provisorio del Brigadier General D. Venancio Flores y Guerra del Paraguay, por Antonio H. Conte. — Montevideo, 1897.

Rosas y sus opositores, por José Rivera Indarte. — Montevideo, Imprenta del *Nacional,* año 1843.

Colección de memorias y documentos para la historia y la geografía de los pueblos del Rio de la Plata, por Andrés Lamas. — Montevideo, 1849.

Anales de la Defensa de Montevideo, por Isidoro De-María. — Montevideo, 1883.

Arengas, de Bartolomé Mitre. — Buenos Aires, 1889.

La Guerra del Paraguay, acompañada de un bosquejo histórico, etc., por Jorge Thompson. Traducción de Lewis y Estrada. — Buenos Aires, 1869.

Datos históricos de la Guerra del Paraguay con la Triple Alianza, por el Ge-

neral Francisco Isidoro Resquin, publicados por el Dr. Ángel M. Veneroso. — Buenos Aires, 1896.

Le Paraguay moderne, par Benjamin Poncel. — Marseille, 1867.

Missão Especial do Conselheiro José Antonio Saraiva ao Rio da Prata em 1864. — Bahía, 1872.

Polémica de la Triple Alianza entre el Teniente General Bartolomé Mitre y el Dr. Juan Carlos Gómez. — La Plata, 1899.

Epitome da Historia do Brazil, por José Pedro Javier Pinheiro. — Río Janeiro, 188'.

Páginas sueltas, por Juan L. Cuestas. — Montevideo, Dornaleche y Reyes (1898 1901).

Recopilación de decretos militares, desde el año 1828 hasta 1889, por el Coronel Pedro de León. — Montevideo, Tipografía de la Escuela N. de Artes y Oficios, 1889.

Colección de *El Siglo*, principalmente de los años (1861 á 1875); de *La Tribuna* (1866-1869); *Los Debates* (1871-72); *La Bandera Radical* (1871); *El Siglo*, *La Razón* y otros (1886-1888).

PRÓLOGO

Intentamos narrar la vida de dos hombres, cuya actuación en el país, como militares sobresalientes, pródigos de su valor, y con inteligencia y espíritu admirablemente adaptados á la milicia, los tuvo por un período de más de cincuenta años, tan ligados á los principales sucesos de armas, que en torno de ellos bien puede concentrarse esa parte de la historia nacional.

Son esos hombres, los Generales Enrique y Gregorio Castro. Ellos fueron guerrilleros en la juventud, al lado del guerrillero sin par y del caudillo más caudillo y más valiente después de Artigas, el General Rivera. Fueron soldados de la gran causa de la libertad y de la civilización en el Río de la Plata, en la inmortal Defensa de Montevideo y guerra de los nueve años contra Rosas; fueron revolucionarios con César Díaz, en la heroica aventura de 1857, coronada por el martirio de Quinteros; luchadores caballerescos y abnegados en las campañas de la Confederación Argentina; campeones del derecho y de la libertad en la Cruzada inolvidable de Flores; adalides de la justicia y de la civilización en la gran guerra del Paraguay; y en sucesivas campañas posteriores, jefes experimentados

y aguerridos veteranos, á quienes se fió, en circunstancias diversas, la suerte de los ejércitos y aun de las situaciones que eran llamados á sostener.

Desde los primeros días de la existencia libre de la Patria, hasta las grandes luchas civiles del último cuarto del siglo XIX, fueron estos hombres actores sobresalientes y distinguidos; y siguiéndolos al través de las contiendas que han hecho de nuestro país un vasto campo de batalla, se recorre la historia de la guerra y la historia política, ó mejor, se revive en ese pasado heroico y atrayente, que sólo nos es dado evocar con el recuerdo; se siente en toda su intensidad el fragor de esas contiendas que forjaron el espíritu nacional y pusieron á prueba la existencia de la nación, las condiciones de sus hijos y los méritos para su independencia.

Quisiéramos que nuestra mente tuviese el poder evocador suficiente para representar ese pasado en torno de la vida de los Generales Enrique y Gregorio Castro, con los colores más intensos y el relieve más vigoroso, para despertar el interés, el entusiasmo, la admiración y el sentimiento de los lectores.

Ya que á tanto no nos es dable aspirar, al menos nos valdrá la sana intención y el propósito sincero de rendir justicia á dos hombres que reunen méritos notables y que se hallan vinculados á acontecimientos de tal importancia, que se puede decir constituyen una gran parte de la historia del país.

J. L. M.

Montevideo, Junio 24 de 1901.



GENERAL D. ENRIQUE CASTRO



VIDA MILITAR

DEL

GENERAL ENRIQUE CASTRO

CAPÍTULO I

NACIMIENTO DEL GENERAL ENRIQUE CASTRO.—ESTADO DEL PAÍS.—ANTECEDENTES DE FAMILIA

Corría el año 1817. Las praderas de la llamada entonces Banda Oriental, eran recorridas por fuertes columnas armadas del ejército portugués, que sembraban la desolación entre los nativos, los cuales se veían obligados á refugiarse en los montes y á emigrar ante la persecución sañuda de los invasores, ensoberbecidos por triunfos que les preparaban el dominio del país, á cuya libertad é independencia faltaban defensores, porque la muerte había diezmado sus filas intrépidas.

Llevábamos siete años de guerrear sin tregua: contra los españoles desde 1811 á 1814; contra los argentinos, no, decimos mal, contra los porteños, en 1815, y contra los portugueses desde fines de

1816. De la Banda Oriental habían salido tropas para coadyuvar á la independencia de las repúblicas hermanas en la gran campaña de San Martín; nuestros soldados habían ido á morir por derechos comunes, en las provincias argentinas y más allá. Y aquí, en el propio suelo, después de disputarlo á la tiranía absorbente del Directorio de Buenos Aires, nos veíamos débiles y exhaustos, expuestos á la más poderosa de las invasiones, la del numeroso y aguerrido ejército portugués.

Los que habían sido pródigos de su sangre para auxiliar á los hermanos, próximos ó lejanos; los que habían orlado con el laurel de las Piedras la frente de la naciente nacionalidad del Plata, tenían que resistir solos y traicionados por una neutralidad peor que una enemistad, á la terrible invasión. —Artigas, Rivera, Latorre, Otorgués, Berdum, Andresito y algunos oficiales más del ínclito caudillo, hicieron maravillas en esa defensa desesperada. La campaña de Rivera, en el Este y enfrente de Montevideo, predecesora de la más grande que va desde Guazunambí hasta la retirada del Rabón, de suprema heroicidad, acaso no tenga igual, como actividad y valor, en los anales de la Revolución americana, ni en la historia militar de todo el continente. Pero todos los sacrificios y todos los heroísmos fueron vanos, y en 1817 la derrota del Catalán [1] ha-

(1) Sangrienta batalla en que las tropas artiguistas, en número de 3100, al mando del Coronel Andrés Latorre, fueron batidas, después de una lucha reñidísima de diez horas, por el ejército portugués, bajo las inmediatas órdenes del General Curado, dejando los patriotas más de 1000 muertos, es decir, la tercera parte de los combatientes, en el campo de acción.

bía concluído con uno de los pocos núcleos armados de resistencia al poderoso invasor.

Entramos entonces en una de las grandes crisis de la libertad, ó, mejor, de la nacionalidad, que ya había manifestado sus tendencias vigorosas en esas luchas que rápidamente hemos recordado, y de las cuales salieron, por altos designios, formados para salvar la idea nacional y hacerla práctica, los grandes guerreros que son y serán nuestro ejemplo y nuestro orgullo eternamente.

Los pocos sobrevivientes del Catalán y dispersos de otras acciones de guerra, se guarecían, como decimos, unos, entre los montes, y otros iban á buscar refugio en la emigración, no para desertar de las filas patricias en los supremos momentos de los grandes é inmerecidos infortunios, sino para rehacerse y volver con nuevos bríos al campo que indicaba la voz augusta del patriotismo.

Las depredaciones y violencias de todo género cometidas por los invasores en los intereses y en las personas de los que, en uso de un derecho sacratísimo, defendían, con las armas en la mano, la soberanía de su pueblo, sus inmunidades de hombres y los fueros de su hogar, acrecentaron en el ánimo de los inicuamente expoliados, el odio hacia el intruso, y avivaron en la muchedumbre tiranizada el sentimiento de la rebelión, á pesar de los rudos reveses experimentados por el ejército libertador; á pesar de la actitud del Cabildo de Montevideo, que se entregó cuando aun no se había perdido toda esperanza; á pesar de las deserciones de algunos jefes y oficiales de valía; á pesar de los indignos manejos

del Directorio, que llegó hasta tratar, por intermedio de Puyrredón, una alianza con Portugal, por la que reconocía el Gobierno de Buenos Aires la autoridad y el poder lusitanos en el territorio conquistado....

En esa época, preñada de presagios siniestros, en que la patria exigía de sus hijos fieles el concurso necesario, la cooperación eficiente para salvarla de la ambición criminal del extranjero, fué, como decimos, cuando vino al mundo el que con el andar de los años había de ser el Teniente General don Enrique Castro.

El 15 de Julio del año 1817, en la costa del arroyo del Pintado,—hoy departamento de la Florida,—en una ranchería de paja, morada tradicional del paisano, cobijada por el verde ramaje de los árboles que crecen á sus orillas, nació don Enrique Castro, en casa de propiedad de don Antonio Ferreira; casa que aun se conserva en la actualidad y que se levanta próxima al sitio donde el progreso, sesenta años más tarde, facilitó los medios de comunicación construyendo el magnífico puente que toma su nombre de la corriente de agua que atraviesa.

Era de raza luchadora, pues descendía de don Mateo de Castro, soldado meritorio de la Independencia, que asistió á las principales batallas dadas contra las huestes imperiales (1). Su madre fué doña Ma-

(1) Don Mateo de Castro tuvo de su matrimonio con doña María Ximénez, los hijos siguientes, citados por orden de nacimiento:

Don *Rafael*. Sargento mayor, que fué soldado de la Independencia.

Don *Juan Bautista*. Sargento de los tiempos de la Independencia, que se encontró junto á su padre en la batalla del Sarandí. Fué Coronel de

ría Ximénez, quien, como su esposo, era de nacionalidad oriental.

Séame permitido narrar á vuela pluma la vida pública de don Mateo de Castro.

Ingeniero militar, de carácter àustero é íntegro, dotado de sentimientos filantrópicos, desempeñó dignamente el cargo de Alcalde de 2.º voto y Defensor de pobres y menores en el departamento de Canelones, durante once años: de 1799 á 1810. En el ejercicio de sus funciones lo halló el movimiento emancipador, que, iniciado en la capital del Virreinato, por la Junta de Gobierno, el 25 de Mayo de 1810, fué eficazmente secundado entre nosotros por Artigas, Viera y Benavídez.

El grito de Asencio, la pelea y toma de San José y la espléndida victoria de las Piedras, fueron los

guardias nacionales y Comandante militar del departamento de Tacuarembó, durante toda la *Cruzada Libertadora*, iniciada y llevada á feliz término por el Brigadier General don Venancio Flores En 1870 desempeñó el cargo de Comisario de guerra en el Salto, en donde murió (1883) á los ochenta años de edad.

Don *Enrique*, cuya personalidad militar es objeto de este trabajo biográfico.

Don *Gregorio*, que ha llegado á General de División, y cuya vida militar estrechamente vinculada á la de don Enrique, va narrada en el curso de este libro y en capítulo especial.

Don *Antolín*. Coronel del ejército de línea. Triunfó del General revolucionario Benítez, en la acción de la costa del arroyo de Cardozo (1871). Estuvo en la guerra del Paraguay y asistió á toda la de Aparicio. Falleció hace algunos años en la ciudad del Salto.

Don *Pedro*. Sirvió como artillero durante toda la Guerra Grande. Vivió después en la provincia argentina de Entre-Ríos, en cuyo ejército sirvió bajo las órdenes de Urquiza.

Don *José*. Murió de Capitán en acción de guerra.

Don *Gumersindo*, que, con don Gregorio, son los dos únicos sobrevivientes. El último de los Castros ha hecho las campañas de la *Cruzada Libertadora*, guerras del Paraguay y Aparicio. Reside en Entre-Ríos.

primeros y gloriosos resultados de la obra redentora de Mayo en nuestro territorio.

Don Mateo de Castro, como buen patriota, no vaciló en incorporarse á las filas revolucionarias de 1811. Se le vió servir hasta 1829 en todas las campañas de este período de la Independencia, con la decisión y fe entusiastas del soldado que brega por la autonomía de su tierra y la libertad de sus compatriotas.

Alcanzó hasta el grado de Capitán de artillería, y su foja de servicios no contiene más que notas de honor.

Por Octubre de 1825, se encontraba el Capitán don Mateo de Castro en la villa de San Pedro (Durazno), á cargo del parque de artillería, que formaba parte de una fuerza compuesta de las tres armas, en aquel pueblo destacada, á cuyo frente figuraban los Coroneles Duarte y Latorre.

En tal situación, y, dados los riesgos y peligros á que estaba expuesta una familia fuera de todo centro urbano,—máxime si á lo antes dicho se agrega el hecho de ser ella la de un oficial que prestaba su concurso á las fuerzas patriotas,—resolvió Castro trasladarla á aquella villa, como medio de ponerla á cubierto de cualquier atentado por parte del enemigo. El niño Enrique Castro, á la sazón de ocho años de edad, ya con tendencias á todo lo que tuviera relación con la vida del soldado, se hizo acreedor al cariño de los jefes de la plaza, por su vivacidad, por su juvenil audacia y por el espíritu observador de que daba manifiestas pruebas.

Los patriotas alcanzaron en Octubre de aquel año

la gloriosa y épica victoria de Sarandí, cuyos ecos repercutieron gratamente en el corazón de todos los orientales.

Diez y ocho prisioneros de esta brillante acción fueron remitidos bajo custodia á los jefes de la plaza del Durazno. Una vez que llegaron los prisioneros á su destino, los jefes á quienes iban dirigidos, procedieron á pasarles revista. Durante la ceremonia, el Coronel Duarte, que llevaba de la mano al niño Castro, y á quien como mera broma titulaba «ayudante», le manifestó que, después de revistar á los presos, eligiera de entre ellos aquel que le fuera más simpático.

El niño, con aire resuelto y arrastrado por un impulso compasivo, no limitó su elección á uno, sino que hizo objeto de su preferencia á todo el grupo.

La libertad inmediata de aquellos hombres, prisioneros por una consecuencia de los azares de la guerra, se debió á la magnanimidad de un corazón infantil, abierto á todas las corrientes generosas del sentimiento más humano.

Esos sentimientos eran reveladores de la nobleza de carácter y de la generosidad y altura de móviles que habían de ser, con el transcurso de la vida, características de la personalidad de don Enrique Castro. Ni la índole de su carrera, ni lo ingrato de los tiempos pudieron torcer aquellas inclinaciones benévolas que eran algo así como la idiosincrasia de su espíritu.

Llegamos al año 1829. Los futuros rumbos de la República estaban demarcados: el pueblo oriental había demostrado, á la faz del mundo entero, que

era capaz de ser libre é independiente por esfuerzo propio. Con gobierno autónomo; con instituciones libres; con una población altiva, á la que nada ni nadie podía subyugar; con antecedentes históricos que legitimaban su presente y eran garantía de su porvenir, tenía ante sí, como una visión de gloria, una era de paz, de trabajo, de progreso, de civilización, si aunaba las aspiraciones de sus hijos en un mismo é idéntico propósito de engrandecimiento nacional.

Entonces fué cuando don Mateo de Castro, con el empleo de Capitán de artillería, se retiró del servicio militar, después de cumplir satisfactoriamente con sus deberes de hombre y de ciudadano. Y el que hasta aquel momento había sido soldado defensor de las patrias instituciones, no tuvo reparo en trocar la espada por los instrumentos del trabajo.

Dueño de una pequeña estancia, radicada en la costa del arroyo del Pintado,—Paso del Candil,—entregóse á la labor que dignifica y enaltece al hombre.

CAPÍTULO II

JUVENTUD DE CASTRO.—FORMACIÓN DE SU CARÁCTER. —SU VOCACIÓN POLÍTICA Y MILITAR.—INGRESO AL EJÉRCITO DE RIVERA.—PRIMEROS HECHOS DE ARMAS.

En 1830, la República dió á conocer al mundo el documento más trascendental de un pueblo, su ley orgánica, su carta constitucional, que es, á pesar de las deficiencias y lagunas que pueda contener (hasta cierto punto justificadas por la época en que se dictó), el monumento más preciado que supieron legarnos nuestros mayores, el Decálogo trazado en caracteres luminosos por los organizadores de nuestra nacionalidad.

La juventud de aquella época sólo tenía á su alcance un medio para poder desarrollar sus energías, y ese medio no era otro que el trabajo ímprobo del campo. Á la edad de trece años, don Enrique Castro resolvió salir de la casa paterna, patrocinado por don Antonio Ferreira, para entrar de lleno, y confiado en sus propias fuerzas, en la lucha por la vida.

La labor campestre ha sido en todas las épocas y en todas las latitudes, una escuela de viriles enseñanzas. Robustece el cuerpo y da al espíritu la amplitud de los grandes horizontes. En ella se forjan esos fuertes luchadores, acostumbrados á vencer los obstáculos y rigores de la naturaleza. Lo inclemente del medio en el cual se desenvuelven, los hace vigorosos, intrépidos, incansables, tenaces, con esa contextura que tiene el corazón de los árboles resistentes á la acción del hacha y del tiempo (1).

Tal género de existencia hizo de Castro un hombre de excepcionales condiciones físicas, apto para la natación, la equitación y toda esa serie de ejercicios corporales que preparan ventajosamente para las contingencias azarosas de la guerra. Así, cuentan las leyendas de la vieja y guerrera Esparta, que se educaban los jóvenes de aquella república, que legó al mundo la hazaña inmortal de las Termópilas. Joven aún, la juventud de Castro no fué obstáculo para

(1) «Es preciso ver á estos españoles por el idioma únicamente y por las confusas nociones religiosas que conservan, para saber apreciar los caracteres indómitos y altivos que nacen de esta lucha del hombre aislado con la naturaleza salvaje, del racional con el bruto; es preciso ver estas caras cerradas de barba, estos semblantes graves y serios, como los de los árabes asiáticos, para juzgar del compasivo desdén que les inspira la vista del hombre sedentario de las ciudades, que puede haber leído muchos libros, pero que no sabe aterrar un toro bravío y darle muerte, que no sabrá proveerse de caballo á campo abierto, á pie y sin el auxilio de nadie, que nunca ha parado un tigre y recibídolo con el puñal en una mano y el poncho envuelto en la otra, para metérselo en la boca, mientras le traspasa el corazón y lo deja tendido á sus pies. Este hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior á la naturaleza, desafiarla y vencerla, desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad.» — SARMIENTO: *Facundo ó Civilización y Barbarie*, pág. 14.

que pusiera de manifiesto sus cualidades ingénitas de valor y los sentimientos é ideas que abrigaba respecto de los hombres y de los acontecimientos. Hacía pública la admiración que sentía por las personalidades más descollantes de la milicia de la época, por sus hechos de guerra, por el civismo que encarnaban y por esa aureola que rodea la frente de los predestinados para la realización de las grandes cosas.

El respeto para la vida del vencido, la conmiseración para con el desgraciado, la humanidad para con el prisionero, practicados por los caudillos de la Independencia, salvo raras excepciones, fueron ejemplos que cautivaron el alma noble de Enrique Castro. Todo lo que fuera contrario á estos procederes, le indignaba y encontraba hondas resistencias en la naturaleza de su carácter, genuinamente bondadoso y justiciero.

Un hecho producido durante la primera de nuestras contiendas civiles, confirma plenamente las anteriores afirmaciones. Un Capitán apellidado Hernández, —su pariente y amigo, —fué bárbaramente asesinado por los enemigos del General Rivera, entre cuyas huestes había militado la víctima. Ese asesinato, que revistió los caracteres de un crimen monstruoso, —lo que hace que la pluma se resista á describirlo,—arraigó en el ánimo de Castro la repulsión hacia los hombres que, cegados por el odio partidario, ahogan en su pecho toda impulsión compasiva y humanitaria.

Este crimen odioso, unido á otros no menos vituperables, perpetrados por algunos de los secuaces

de una de las banderías políticas en que ya se fraccionaba la familia oriental; el lazo de parentesco que lo unía al Capitán mutilado; el estrecho vínculo de amistad y compañerismo que enlazaba á su padre con el General Rivera; la fascinación que este esclarecido caudillo ejerciera, con su influjo personal y con el esplendor de sus victorias, sobre la generación que surgiera á la vida pública después de la Independencia,—la causa por la cual guerreaba el vencedor de las Misiones,—fueron los motivos que le indujeron á abrazar con ardor los principios y la bandera del partido que había de llamarse *Colorado*.

En las postrimerías del año 1837, los partidos nacionales, entonces nacientes, confiaron el triunfo de sus respectivas divisas al albur de la lucha armada.

Al frente de los respectivos ejércitos iban los dos caudillos, Rivera y Oribe, con poderosos elementos bélicos.

La contienda fratricida se dirimió en la encarnizada acción que tuvo por campo el potrero de *Yucutujá* (1), de resultados desastrosos para la causa que defendía el General Oribe.

(1) Los beligerantes se acercaban poco á poco, hasta que por fin se encontraron el 22 de Octubre en el lugar denominado Yucutujá, en donde Rivera batió completamente á Oribe, como se ve por el parte que sigue, publicado en el suplemento al núm. 2427 de *El Universal*, escapando de ser hecho prisionero el mismo Presidente de la República:—«Excmo. Sr.: El 22 fué dispersado completamente el primer cuerpo de ejército que estaba á mis órdenes. Hoy tendré reunidos 400 hombres, con los que me incorporaré al segundo cuerpo, y dentro de cuatro días volveremos á encontrarlos.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Puntas de Tacuarembó, Octubre 24 de 1837.—Manuel Oribe.—Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.»—(Tomado de la obra *Apuntes para la Historia de la República Oriental del Uruguay*, por A. D. de P.—Tomo II, pág. 439.)

Apenas transcurrido un mes desde aquella acción, los ejércitos rivales trataron de encontrarse nuevamente. El General Rivera, en su marcha hacia el Sud, acampó en la costa del arroyo Salado, afluente del río Yí, á una distancia de cinco kilómetros del pueblo del Durazno, hacia el N. O., y á unos 15 kilómetros del ejército enemigo, comandado por Oribe y Lavalleja, quienes se habían situado, con las tropas que seguían sus banderas, en las márgenes del arroyo Tejera, también afluente del citado río.

En tales circunstancias, y acompañado de Bernabé Aparicio,—hermano del que había de ser después General de este apellido,—llegó el ciudadano Enrique Castro al campamento del General Rivera, con el fin de ingresar en las filas de su ejército en carácter de voluntario; lo que consiguió presentándose al regimiento de caballería mandado por el Teniente Coronel don Marcos García. Inmediatamente fueron destinados los reclutas á la 2.ª compañía, mandada por el Teniente 1.° don Fernando Ruiz. (El día 20 de Noviembre de 1837.)

En la mañana del 21, los ejércitos beligerantes levantaban sus campamentos para ponerse en marcha, buscando su encuentro.

Las partidas exploradoras de ambos fácilmente pudieron darse cuenta exacta de sus respectivas posiciones.

Descubiertos los ejércitos, desplegaron sus tropas en línea de batalla.

Ésta empezó con un fuego nutrido, sostenido vigorosamente por ambas partes. La victoria se mantuvo durante algunas horas indecisa, y ofreció la

lucha fases diferentes. No obstante, quedó dueño del campo de pelea el ejército de Oribe; pero completamente imposibilitado para seguir la persecución de Rivera, quien se retiró hecho, y en orden regular su ejército, en dirección al hoy departamento de Flores (1).

Fué en esta acción, llamada del *Durazno* ó del *Yí*, en la que el recluta de 20 años á quien venimos biografiando, recibió su bautismo de fuego. Obtuvo, como recompensa de su arrojo, y en lo más reñido de la pelea, una herida de bala.

Los sucesos siguieron su curso, ofreciendo las vicisitudes inherentes á toda guerra civil.

Enrique Castro pasó á formar parte de las fuerzas que estaban bajo las órdenes del Coronel don Bernabé Magariños, las cuales, en número de ciento y tantos hombres, libraron un combate, en las pun-

(1) «Después de diversos movimientos, se encontraron los ejércitos beligerantes el 21 de Noviembre al Norte del Yí, á poca distancia de este río y á la vista del pueblo del Durazno.

«Los lances de la batalla fueron de éxito diverso, por causas que no es de esta ocasión investigar. — En el centro se peleó con energía y resultado dudoso; la izquierda de Oribe huyó en derrota del campo de batalla, arrastrando en su fuga al mismo Oribe y al General Lavalleja; pero su derecha, aprovechando algunos accidentes del terreno y el alejamiento de las fuerzas que se habían empeñado en la persecución, hizo cejar á la izquierda de Rivera. Ésta se replegó sobre los pasos del Yí, y en el del Durazno se trabó una reñida contienda, en que se derramó copiosamente la sangre — No habiendo podido el enemigo vencer esta resistencia, ni, por consiguiente, forzar el paso del río, tan gallardamente defendido, la batalla no tuvo consecuencia alguna decisiva. — Oribe pudo llamarla «victoria» para sus armas, porque quedaron en el campo de batalla; pero el General Rivera se retiró á los Porongos sin ser perseguido, y principió á prepararse allí para ulteriores operaciones» — ANDRÉS LAMAS: *Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino don Juan Manuel Rosas contra la independencia de la República Oriental del Uruguay*, pág. 205.

tas del arroyo del Estado, departamento del Durazno, contra las comandadas por el Teniente Coronel don Juan Gregorio Moyano, compuestas de tres á cuatrocientos hombres.

Fué una lucha sangrienta, que dió por resultado la muerte de Moyano, la toma de un gran número de prisioneros y la dispersión completa del resto de la gente.

Los odios partidistas, en perpetua efervescencia, cual torrente desprendido impetuosamente de altas cimas, que todo lo avasalla y todo lo destruye, en vez de aplacarse, se enconaban día por día y traían, como consecuencia inevitable, el estancamiento del progreso, la ruina de las industrias y el alejamiento de la inmigración, que era entonces, como lo es en la actualidad, el medio más eficaz de desarrollar las riquezas nacionales.

Los reveses sufridos por el General Rivera, jamás le hicieron dudar del éxito de su campaña.

Medio derrotado en el Yí, volvió con más pujantes bríos á levantar bien alto su bandera de reivindicaciones, para enarbolarla triunfante en el histórico *Palmar* del Arroyo Grande. Los elementos poderosos que los dos partidos rivales habían acumulado, chocaron en un día brumoso y triste del mes de los grandes fríos: el 15 de Junio de 1838.

Previo el reconocimiento del caso, hecho por las fuerzas respectivas, los contendientes pelearon durante cuatro horas largas en las puntas del arroyo Grande (en el hoy departamento de Río Negro), y en un campo cubierto de palmas, de lo que tomó nombre la batalla. Arrolladas al principio las caba-

llerías riveristas, pudieron rehacerse y trocar la derrota iniciada, en espléndida victoria. Decidió la suerte de aquella sangrienta batalla, la brillante carga á sable dada por el intrépido Coronel Luciano Blanco, cuyos escuadrones sembraron el desbande y el terror en las filas enemigas.

Á este resultado también cooperó activamente el Coronel don Ángel Núñez, quien, con los dispersos de la primera hora que pudo reunir, sableó y desbandó totalmente la división enemiga mandada por el General Britos. En resumen, las fuerzas del General don Ignacio Oribe fueron deshechas por las que estaban bajo las órdenes de Rivera y Lavalle.

Nuestro biografiado fué actor en esta batalla: formaba parte de la compañía de voluntarios á órdenes del Teniente Juan Mesa, uno de los oficiales más acreditados y de mayor confianza con que contaban las fuerzas del Coronel Blanco, cuyo papel importante en la pelea que nos ocupa, queda consignado en párrafos anteriores.

El General Oribe sufrió una pérdida de 700 hombres, entre muertos y heridos; dejó, además, en poder del vencedor, como 300 prisioneros, entre los que figuraban jefes y oficiales de los de más nombradía en el ejército gubernista, y todas las municiones y bagajes.

Éste fué el golpe definitivo para la causa que defendía Oribe, quien se vió forzado á abandonar el alto cargo de que estaba investido, antes de terminar su período presidencial (1).

(1) Véanse Isidoro De-María, *Rasgos biográficos de hombres notables*, libro primero, pág. 170; y Antonio Díaz, *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata*, tomo IV, pág. 4.

CAPÍTULO III

NUEVA ERA.—VUELVE CASTRO AL TRABAJO.—GUERRA CONTRA ROSAS.—INVASIÓN DE ECHAGÜE.—CASTRO EN ACCIÓN.—PRELIMINARES DE CAGANCHA.

El triunfo de la revolución encabezada por el General Rivera fué para el país el cimiento de una nueva era feliz, de libertad y progreso.

Desde sus primeros pasos, el triunfador se mostró como siempre generoso y decidido á seguir los dictados de la sana opinión. Así es que la pacificación se operó rápidamente en todo el territorio, y después de las agitaciones en que por primera vez se mezclaba á los extranjeros en nuestras discordias, desde la constitución de la República, fué grato aspirar auras de libertad verdadera y de orden regular, en el cual las cuestiones políticas iban á resolverse apaciblemente por los medios legales y la vida institucional á hacerse efectiva con todas las garantías. Sólo quedaban como huellas del pasado entristecedor, el recuerdo de las enconadas luchas, los despojos dolorosos de una devastadora guerra, y

la simiente, por desgracia fecunda, de las odiosidades entre hermanos, que iban á trastornar los días futuros de la joven nacionalidad uruguaya.

Muchos orientales optaron por volver á las faenas del trabajo, poniendo sus actividades al servicio de los bien entendidos intereses de la República.

Castro, que sentía en su pecho el fuego del patriotismo y del desinterés, no quiso ser gravoso á su patria, ni exigió de ella compensaciones por los humildes servicios prestados en las horas del peligro. Deseaba abandonar la existencia precaria de los campamentos, para entregarse al trabajo fecundo, para atender las imprescindibles exigencias de la vida.

En mérito á las afinidades históricas que han existido siempre entre el pueblo argentino y nuestro pueblo, vinculados por los lazos de las costumbres, los hábitos, las tradiciones y las ideas, debemos ahora, aunque sea á grandes rasgos, tratar ciertos hechos producidos en aquel país y cuyas proyecciones se hicieron sentir en el nuestro.

En el año 1839, el Gobierno Argentino, representado por el poder autocrático de don Juan Manuel Rosas, declaró, con injusticia notoria, la guerra á nuestro país; pero, una guerra sin cuartel, bárbara, tan odiosa como injustificada. Tomó como pretexto para agredir á nuestra patria, desconocer su soberanía y atentar solapadamente contra su independencia, las pretensiones absurdas de don Manuel Oribe á la Presidencia de la República, de la cual había hecho formal renuncia, según consta en los documentos oficiales de la época.

En consecuencia, ordenó al Gobernador de la Provincia de Entre-Ríos, General don Pascual Echagüe, que invadiese nuestro territorio con los elementos de guerra que hubiese podido reunir. Echagüe dió rápido cumplimiento al mandato equipando perfectamente, —como lo declara don Antonio Díaz, —un ejército que no bajaba de seis á siete mil hombres. Llevaba el seide de Rosas, bajo sus órdenes, á los Generales orientales don Juan Antonio Lavalleja, don Servando Gómez y don Eugenio Garzón, y al entrerriano Justo José de Urquiza. La invasión al suelo oriental se realizó en el mes de Junio de 1839.

La vida era verdaderamente imposible en los dominios donde Rosas hacía sentir su omnipotente voluntad.

Patriotas de la talla de Cienfuegos, Castelli, los Maza, Zelarrayán, Cullén, Berón de Astrada é infinidad de eminentes personalidades en la milicia, en las ciencias, en la política, en la religión, en todas las manifestaciones de la cultura humana, fueron pasados por las armas, sin proceso legal, cuando no inhumanamente degollados.

Los seides del *Restaurador* amenazaban de muerte á cuantos se opusiesen, dentro de la República Argentina, á los planes abominables de Rosas.

Tal régimen de gobierno obligó al elemento sano de aquella tierra á buscar un refugio en nuestras hospitalarias playas.

Contra este asilo de sus compatriotas, alejados de su tierra nativa por la fuerza de los odios y de las persecuciones políticas, el déspota de allende el Plata lanzaba sus temidas legiones.

Indicadas ligeramente las causas generadoras de la agresión del año 39, pasemos á estudiar los principales sucesos acaecidos en ese período histórico. Sin exageración puede afirmarse que en él se puso á prueba la independencia de la nación, y que en esa guerra genuinamente nacional, y en la inmortal jornada de *Cagancha*, se cimentó la obra de redención iniciada en el año 1825 y sellada gloriosamente por Rivera en su campaña heroica de Misiones.

En ese grandioso episodio, que ha sido narrado con prolijidad por un distinguido compatriota, el doctor Anacleto Dufort y Álvarez, aparece Rivera, como en los buenos tiempos de la Independencia, salvando la soberanía de su patria y la libertad de sus compatriotas.

Diremos, á título de información, que en esa gran batalla era notable la desproporción numérica de los combatientes, pues ascendían los orientales á 3000, mientras los invasores sumaban 7500. Catorce cargas consecutivas, llevadas por los soldados de Echagüe, fueron heroicamente rechazadas. Esta bravura indómita no tiene precedentes en los anales patrios, y trae á la memoria los prodigios de las caballerías francesas, acaudilladas por *el valiente entre los valientes*, por el ínclito Ney, en la famosa batalla de Waterloo.

Analicemos la participación de Castro en tan señaladas circunstancias. Se encontraba en el Brasil cuando tuvo conocimiento de la invasión.

Con gran premura se puso en marcha, con destino á su casa paterna. Tan luego como hubo llegado á ella, una mera indicación de su padre sobre el es-

tado de cosas entonces imperante, indújole á lanzarse á una aventura por demás arriesgada. Con motivo de encontrarse el Mayor don Faustino López, jefe de la guarnición de la Florida, sitiado por fuerzas enemigas, en situación bastante difícil, el veterano de Sarandí, en un arranque de entusiasmo patriótico, exclamó delante de su hijo: — « Si no fuera tan viejo, iría á cumplir con mi deber, protegiendo al jefe sitiado. » — Esta frase espontánea conmovió profundamente el corazón de Castro, quien, como movido por un impulso eléctrico, se lanzó en busca de compañeros para cumplir lo que él conceptuaba como una orden.

Respondieron á su invitación Gregorio, Rufino y Luciano Mas de Ayala, Gregorio Seijas, Manuel Casco, Nicolás Rivero, Juan y Zenón Zelaya, José y Ramón Rivera. El grupo, completado por Gregorio Castro, formaba un total de once hombres que acataban la jefatura de nuestro biografiado.

El tiempo de que disponían estos voluntarios estaba contado.

Costeando el monte del arroyo del Pintado y resguardándose en su espesura, marcharon aguas abajo hasta llegar á colocarse frente á la ciudad de la Florida, que se hallaba rodeada por una pequeña división de 300 ó 400 hombres, bajo el comando del Coronel don Manuel Lavalleja y del Mayor Saraví. Figuraban, además, entre los sitiadores, el Capitán Inchaurbe y el Teniente don Timoteo Aparicio, el mismo que más tarde había de acaudillar en masa las falanges de su partido político. Se hacía necesario desplegar todo el ingenio posible, á fin de poner en co-

nocimiento de López el plan proyectado por Castro y sus compañeros; y, para el efecto, el que figuraba como jefe de la partida, hizo penetrar en la población sitiada un gaúcho *baqueano*, montado en pelo, con todas las precauciones del caso, para entrevistarse con el jefe de la plaza y hacerle conocer el designio de los que acometían la audaz empresa. López aceptó de plano la protección. Á las tres de la tarde del día diez y nueve de Octubre, el jefe riverista intentó la salida. Pero, avisados los sitiadores por los movimientos del enemigo, de lo que éste fraguaba, contuvieron momentáneamente el ataque. Fué en ese instante supremo que los once valientes, saliendo del escondrijo que los ocultaba, arremetieron intrépidamente, á golpes de lanza, por la retaguardia á los soldados de Lavalleja.

Éstos, que no contaban con la inesperada acometida, vacilaron, y su vacilación facilitó la retirada de López y la salvación de sus tropas, que era el objetivo que perseguían los temerarios criollos del Pintado. Contribuyó al éxito favorable de esta empresa, una circunstancia que merece ser recordada:

Antes de que López emprendiese la salida del pueblo, apareció, coronando las alturas que dan caídas al Pintado, un grupo numeroso de personas que, reconocido por uno de los soldados de Castro, se supo estaba compuesto de concurrentes á una fiesta nupcial, verificada la noche antes en las proximidades del pago.

Obligados por Castro, que supo aprovechar la coincidencia con intuición genial, los tertulianos echaron *pie á tierra* y formaron en orden abierto,

como en protección de los once guerrilleros, frente á las fuerzas de Lavalleja, ocultados hasta medio cuerpo por las sinuosidades de la cuchilla.

La presencia de estas supuestas tropas auxiliares atemorizó á la gente sitiadora, que tomó por realidad lo que sólo era una hábil y bien urdida estratagema.

La resonancia de este hecho atrajo la atención sobre la persona del jefe de la partida, sin cuyo concurso decidido no era difícil de colegir la suerte que hubiera cabido á los bravos defensores de la Florida.

Después de este episodio, la reducida fracción vencedora tomó rumbos al *Paso de Calleros*, del Pintado, en cuyo punto engrosó sus filas con algunos voluntarios que se presentaron, hasta alcanzar el número de 50 hombres próximamente.

Una vez salvado del peligro, el Mayor López se interesó sobremanera por averiguar quién había encabezado la empresa que dió por resultado su salida de entre el círculo de enemigos que le rodeara. Satisfecho su deseo, le nombró sargento, proclamándolo en ese carácter ante su tropa, que se llenó de júbilo por el acto de estricta justicia que se realizaba.

La distinción de que fué objeto Castro se recibió entre sus compañeros con sentimientos palpitantes de noble entusiasmo.

El mismo día en que se llevaba á efecto lo que queda referido (19 de Octubre de 1839), López tomó las medidas conducentes para concentrar en un punto dado del territorio todos los subalternos diseminados por montes y sierras. Esta medida era de urgente necesidad; así lo requería la inminencia

del peligro en que se hallaba la República, cuyos departamentos del norte estaban convulsionados.

La crítica situación porque se atravesaba exigía de todos resoluciones prontas, radicales y enérgicas.

Cumpliendo consignas recibidas, López impartió órdenes por chasques, en todas direcciones, dando como punto de reunión el pueblo de la Florida. Esta población había sido abandonada por el Coronel Manuel Lavalleja, después de la salida de López.

En las puntas del arroyo Maciel se encontraba el Sargento Mayor Anselmo Cabral, al frente de un escuadrón de caballería de línea, con el que se puso en marcha inmediatamente de recibir la orden.

El 22 de Octubre, don Faustino López pasó revista á la gente que había podido reunir, la que arrojaba un total de 400 á 500 hombres.

En la incertidumbre del punto en que se encontraba el enemigo, López desprendió al día siguiente en comisión al sargento Enrique Castro con 40 hombres y con orden de descubrirlo, haciéndolo proteger con una fuerza de 50 soldados, al mando del Capitán Enrique Valero.

La comisión confiada á Castro, dadas las aptitudes que poseía para esa clase de empresas, fué desempeñada con tino y lucimiento. Después de una marcha forzada, en la que puso á prueba sus dotes de explorador experto y de jinete incansable, divisó al enemigo en el paraje conocido por *Isla de la Espina de la Cruz*, en el arroyo Tornero. Supo que lo comandaba don Manuel Lavalleja, y trató de darle alcance, batiendo su retaguardia, en una persecución tenaz, hasta el arroyo del Sauce, del otro lado de

Mansavillagra. En este punto, las fuerzas de Lavalleja fueron completamente batidas por las del Coronel don Manuel Freire, que ascendían á 300 hombres, poco más ó menos. La persecución que se emprendió fué tan activa, que los derrotados huyeron hasta Cerro Largo, de cuyo paraje fueron desalojados, internándose Lavalleja y los suyos en el Brasil, por Yaguarón.

López, con el grueso de sus fuerzas, seguia el rumbo de Castro, no tan sólo para protegerlo en caso de un ataque imprevisto, sino también para no desprenderse de un servidor que conceptuaba irreemplazable en esos momentos difíciles, en que el único plan estratégico consistía en la incorporación de sus fuerzas á las del General Rivera.

Dicha incorporación se efectuó á los pocos días en la costa del arroyo Monzón, adonde llegó el generalísimo con el Regimiento 1.º de Caballería, cuyo jefe era el Coronel don Pedro Mendoza, y con el «Escuadrón Escolta», mandado en esa época por el Teniente Coronel don Juan Mendoza.

El General Rivera ordenó á López,—que era entonces Jefe Político de la Florida,—que, con la fuerza que mandaba, regresara al pueblo cabeza del departamento, con el propósito de hacer más fácil la reunión de partidas sueltas, esparcidas en diferentes puntos de los departamentos comarcanos, y que, una vez obtenido ese resultado, marchara al río Santa Lucía Grande, hacia el paraje conocido con el nombre de «Calera de Juan Francisco García de Zúñiga», por ser allí el sitio donde debía concentrarse el núcleo del ejército.

El peligro era inminente, pues merodeaba á pocas leguas de aquel lugar el numeroso y bien aguerrido ejército de Echagüe, que iba en busca de los patriotas que Rivera militarizaba á toda prisa. Fué en la *Calera de García de Zúñiga* donde Castro ingresó en el célebre «Escuadrón Escolta» del gran caudillo, destino en alto grado honroso y únicamente reservado á aquellos que se hubieran distinguido por alguna acción brillante, ó que hubieran dejado bien sentado su nombre como valientes y resueltos.

Transcurridos pocos dias, una fuerte columna, compuesta de 1000 hombres, descendía cautelosa y silenciosamente, como fiera que se arrastra en busca de su presa, y amenazaba vadear el río en el *Paso de la Calera.*

Rivera, á cuya perspicacia no podía pasar inadvertida la intención de sus adversarios, destacó rápidamente en dicho paso al Coronel Juan Mendoza con su «Escuadrón Escolta», y al Teniente Coronel López con las fuerzas á su mando. Las órdenes que llevaban estos dos últimos jefes eran terminantes: defender el paso á todo trance, hasta tanto que llegaran los refuerzos que el caudillo colorado esperaba. Así se hizo. Y si pudieran expresarse en una fórmula matemática las disposiciones tomadas por Rivera, diríamos que estaban en razón directa de lo crítico de la posición que defendía y del acrecentamiento de los obstáculos que tenía que vencer.

Teniendo reunidos unos 3000 hombres, dispuso Rivera vadear el Santa Lucía en el Paso del Sordo, río arriba de donde estaba acampado, esquivando todo encuentro, por no ser el terreno apropiado á

sus fines y por no satisfacer el deseo que anhelaba: batir al mismo Echagüe en el lugar que quisiese.

El general argentino contaba con un ejército formidable, formado por 7 á 8000 hombres, perfectamente equipados, y al que se hacía sumamente difícil presentar batalla en mérito á su superioridad numérica.

En esta contingencia fué donde Rivera puso á prueba, una vez más, uno de sus inagotables recursos, de esos que caracterizan su personalidad de guerrero y dan realce á la figura descollante de los caudillos.

Simuló una completa dispersión de sus columnas, por escuadrones, en diferentes rumbos, llevando cada uno de éstos la consigna de reunirse, un día indicado de antemano, en la costa del Santa Lucía Chico. Este ardid ocasionó, á su vez, el fraccionamiento en divisiones, realizado por parte del enemigo, para seguir la persecución.

Lo que Rivera en realidad procuraba, era el debilitamiento de las tropas invasoras, para batirlas en combates parciales. Y este objetivo fué alcanzado con todo éxito.

El General Servando Gómez, con la fuerza que constituía la vanguardia de Echagüe, y que ascendía al número de mil y tantos soldados, emprendió una rápida marcha en busca de su enemigo, y avisado del movimiento que se producía en la barra del Santa Lucía Chico, trató de reconocer el lugar por medio de partidas exploradoras.

Rivera ya había reunido en ese punto á todo su ejército. Su vanguardia, compuesta del «Escuadrón

Escolta», el del Comandante Luciano Blanco y el del Coronel Hipólito Cuadra, buscó con tesón la contraria; dió con ella: se puso á tiro, y empeñó un recio tiroteo en el *Paso de Severino*, protegida por las divisiones de los Coroneles Núñez y Mendoza.

Con este auxilio, la vanguardia riverista puso en desbande á la de Echagüe, mediante una vigorosa carga que arrastró á las caballerías de Gómez hasta el mismo campamento del ejército rosista.

CAPÍTULO IV

CAGANCHA.—TREGUA Y PROGRESO.—SIGUE LA GUERRA CONTRA ROSAS.—ARROYO GRANDE Y SUCESOS POSTERIORES.

Por fin, el 29 de Diciembre de 1839, á las tres de la tarde, la República entera escuchó alborozada los marciales acordes de las dianas triunfales de *Cagancha*, cuyos ecos, trasmitidos de cerro en cerro y de loma en loma, anunciaron al mundo la sanción de su soberanía. Esta jornada, la más grande que se registra en nuestros fastos guerreros, sella la obra de redención de 1825. Con justa razón pudo enviar Rivera á sus amigos de Montevideo, como señal de su victoria, una cadena rota: la patria rompió en ese día las coyundas con que pretendía maniatarla el extranjero.

En esa acción gloriosa, el centro del ejército nacional era mandado por el General Enrique Martínez, que tenía bajo sus órdenes á los batallones comandados por los Coroneles Santiago Lavandera, Julián Martínez, Pedro José Agüero y Santiago So-

riano, y por los Comandantes José María Pirán, Mariano de Vedia y Juan Feliciano Vázquez. Fortunato Silva, el lancero de las caballerías serranas, al frente del ala derecha, tenía por subalternos á los Coroneles Pedro Mendoza, Faustino López, Victoriano Camacho, Simón Bengochea, y á los Tenientes Coroneles José H. Mirabal y Juan Mendoza.

El ala izquierda, confiada á la bravura y pericia de Ángel Núñez, estaba formada por las tropas que seguían á los Coroneles Hipólito Cuadra, Belarmino Páez da Silva y Manuel Díaz, y á los Comandantes Antonio Mendoza y Bernardino Báez.

En la vanguardia, á cuyo frente figuraba Anacleto Medina, estaban los cuerpos comandados por Luciano Blanco y José María Luna; y ya como jefes de regimiento ó de escuadrón, ya como oficiales, ya como soldados, merecen recordarse los nombres de Domingo García, Marcelino Sosa, Calixto Centurión, Mauricio López de Haro, Manuel Freire, Venancio Flores, Martiniano Chilabert, Juan Bautista Santander, Juan Mesa, Fausto Aguilar, Félix Aguiar, Valentín Quintana, Jacinto Estivao, Justo Tavares, José Antonio Reyes, Mateo Tula, Manuel y Francisco Caraballo, José Mora, etc., etc. Jamás, con excepción de la Defensa, el país ha presentado en un hecho de armas un núcleo más lucido de paladines de la libertad. Esta batalla, que costó á las armas patriotas la vida de 320 ciudadanos y 190 heridos, fué de resultados funestos para la causa de los invasores, quienes dejaron en el campo de la acción 480 muertos, varios jefes y 137 oficiales prisioneros, y como 1000 individuos de tropa y toda su caballada,

armas, municiones y bagajes. La participación que al sargento Enrique Castro le cupo en esta importantísima batalla, aunque modesta, en atención al humilde cargo que investía, estuvo á la altura de sus antecedentes como militar animoso y de fibra.

El « Escuadrón Escolta », en el cual él prestaba sus servicios, no solamente peleó con su proverbial arrojo en los momentos difíciles y cruentos en que la batalla se mantuvo indecisa, sino que fué también uno de los dos elegidos por Rivera para emprender la persecución contra el enemigo; persecución que, dicho sea de paso, se llevó á cabo activamente por espacio de ocho leguas, hasta el *Paso del Rey*, en el río San José. En las cargas famosas y en el entrevero furioso de las caballerías enemigas, la lanza de Castro y de sus intrépidos conmilitones abrió brecha en el seno de sus contrarios. Es en esos instantes en que se prueba la pujanza del brazo y la grandeza de alma del verdadero y cumplido guerrillero,

La pacificación del territorio pudo lograrse á mediados de Enero de 1840. La prosperidad pública renació, desarrollándose notablemente, en todas sus múltiples formas, el progreso nacional. El comercio, la industria, las artes, la cultura en general, como la inmigración, se acrecentaron. Las importaciones y las exportaciones se elevaron á cifras que, por entonces, se consideraron fabulosas. Desde aquel renacimiento puede decirse que data la edificación del Montevideo nuevo. Y á este notable adelanto de la capital, siguió paralelamente el de la campaña. Las fuentes de nuestra incomparable riqueza comenzaron á ser bien explotadas. Las campiñas desiertas é

incultas fueron pobladas y laboradas. Á este prodigioso vuelo de nuestras mejoras materiales y morales contribuyeron los emigrados argentinos que huían de las matanzas horrendas de la tristemente célebre *mazorca*, que sembró el terror y el espanto en la sociedad de Buenos Aires durante todo el año de 1840. Esta era de paz y prosperidad en nuestro país, que debe contarse entre las más felices y memorables de aquel período, duró desgraciadamente muy poco.

La derrota ejemplar de Echagüe y sus huestes heterogéneas no hizo cejar á Rosas en sus pretensiones respecto de la República Oriental, y mientras utilizaba á Oribe en excursiones que han dejado espantosa memoria en las provincias argentinas, se preparaba nuevamente á atacarnos.

Rivera no desconoció estos propósitos y preparó todo, y á su vez se dispuso á llevar el ataque á la guarida misma del tirano.

Eligió para reconcentrar las fuerzas y organizarlas, un punto céntrico del país: la ribera del arroyo del Pintado.

El sargento Enrique Castro, que había pasado los dos años anteriores entregado á las faenas del campo, se presentó inmediatamente á ocupar su puesto en el ejército que organizaba el gran caudillo. Al incorporarlo se le dió el empleo de Alférez, y el azar quiso que le fuese otorgada esa distinción en los parajes agrestes donde se meció su cuna. En ese mismo día, y conjuntamente con Castro, mereció igual ascenso el denodado Gregorio Mas, compañero inseparable de Castro en empresas y sacrificios. Su primer grado de oficial lo había conquistado en tres batallas cam-

pales y en otros tantos encuentros: en las batallas del Yí, del Palmar y de Cagancha, y en los encuentros del arroyo del Estado, de la Florida y del arroyo del Tornero.

En los últimos meses del año 1842, las legiones riveristas vadearon el Uruguay con objeto de unir sus esfuerzos y cooperar con los argentinos, levantados en armas contra Rosas para aplastar el poder opresor de este déspota... Las armas libertadoras sufrieron un completo y desastroso revés en el *Arroyo Grande* (1).

Entre los episodios heroicos realizados por los vencidos, merece recordarse la muerte gloriosa de un compatriota nuestro, el Alférez Acosta, abanderado de uno de los batallones riveristas.

Antes de permitir que la bandera, confiada á su lealtad, le fuese arrancada por el enemigo, cubrió su cuerpo con ella; y con ese sudario, el más digno á que puede aspirar un soldado que cae en el campo del honor, fué muerto á lanzazos y bayoneteado por los triunfadores, ebrios de odio y de sangre.

Como resultados inmediatos de este descalabro nacional, que costó la vida á centenares de patriotas, tuvo Rivera que repasar el Uruguay con las escasas tropas que se salvaron del desastre, y entretanto quedaron abiertas las fronteras de la patria al ejército

(1) Batalla librada por las tropas nacionales, en número de 6700 hombres, contra 10000 argentinos, mandados por Oribe, en territorio de la provincia de Entre-Ríos, el 6 de Diciembre de 1842. En ella tomaron parte diez Generales. «Todo se perdió en ese día memorable,» dice el benemérito General César Díaz en sus *Memorias*. Y agrega en la pág. 50 de este libro: «Todos los prisioneros, desde la clase de jefe hasta la de sargento inclusive, fueron despiadadamente degollados.»

invasor, que por su conducta en la jornada del *Arroyo Grande* merece llamarse, en vez de ejército, horda feroz y sanguinaria.

Castro tuvo la suerte de no encontrarse en esta sangrienta derrota, porque se hallaba enfermo de viruela desde días antes de emprender la marcha el ejército libertador. Tan pronto como se hubo restablecido de su enfermedad, esperó el retorno de su jefe y se le incorporó en el arroyo de la Virgen, con un contingente de 50 hombres, dispuesto como otrora á coadyuvar decididamente, en la medida de sus energías, á la causa que había abrazado con fe. Su puesto estaba marcado anticipadamente. Por orden que se le trasmitió, formó nuevamente en las filas del «Escuadrón Escolta».

Sin embargo, un pesar experimentó su conciencia de leal y entusiasta partidario: el de no haber coparticipado del peligro de sus compañeros en las horas negras de las grandes tribulaciones. . . .

Nunca como entonces se vió la patria de Artigas más próxima al abismo.

Conjuró el peligro inminente el patriotismo nunca desmentido de los orientales. Alrededor del pabellón nacional se agruparon, para defenderlo hasta la muerte, los hombres de más valer del país en la milicia como en la intelectualidad, y el paisanaje indomable, tan viril en las derrotas como en el triunfo y resistente por instinto y conciencia á toda opresión del extranjero.

Mientras se organizaba en Montevideo la Defensa que había de hacerse inmortal, el derrotado del *Arroyo Grande*, el General Rivera, que era como

Anteo, no perdió su pujanza y brío, antes pareció aumentarlos, y después de una rápida recorrida por la campaña, se presentó frente á Montevideo con un fuerte núcleo de ejército que hizo renacer todas las esperanzas y toda la fe en el ínclito caudillo.

Estando acampado ese ejército en el paraje conocido por Capilla de Doña Ana, en las puntas del arroyo Toledo, al Alférez Castro le correspondió desempeñar una comisión importante, que habitualmente se confía á hombres expertos, poseedores de condiciones recomendables y de la confianza de sus superiores jerárquicos.

Al frente de 50 hombres marchó en descubierta del adversario.

Castro era uno de esos ejemplares típicos del baqueano, tal como lo pinta de mano maestra Sarmiento en su *Facundo:* « un gaucho grave y reservado que conoce palmo á palmo veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas!

«Es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. La suerte del ejército, él exito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él. »

Al cabo de pocas jornadas desprendió un chasque comunicando al General Anacleto Medina, jefe de la vanguardia, la aproximación de las huestes enemigas.

El General Medina aceleró la marcha hasta dar alcance á aquéllas en el *Paso de la Paloma,* del Canelón Chico. El tiroteo con que se inició el choque de los combatientes fué vivísimo; sus filas, por último, se estrecharon, y la confusión se produjo en una y otra parte.

Castro, al frente del «Piquete Escolta», se hallaba en el ala izquierda, mandada por el abnegado Coronel don José María Luna.

La misión que al «Escuadrón Escolta» se le encomendó en aquellos movimientos, era de índole netamente exploradora, pues se reducía á no perder de vista al enemigo, á estudiar sus operaciones, á conocer los elementos de que podía echar mano, en caso de necesidad, y á dar cuenta inmediata al jefe de vanguardia de los menores detalles que se notasen en el otro campo.

En esa tarea de actividad incesante, continuó hasta Febrero de 1843, fecha en que por indicación de la superioridad, se incorporó dicho Escuadrón al ejército en el *Paso de la Arena*, de Santa Lucía Chico, donde Rivera revistó á sus cuerpos. La incorporación respondía á razones de orden urgente. Realizada la revista, Castro fué ascendido á Teniente segundo, por resolución dictada en ese acto. (Marzo de 1843.)

CAPÍTULO V

CASTRO EN LA DIVISIÓN AGUIAR.—UN EPISODIO HEROICO.—HERIDO.—SU INCORPORACIÓN Á LA DIVISIÓN DE FORTUNATO SILVA.

Como consecuencia de la entrevista de los Generales Rivera y Aguiar, el clarín de órdenes de este último hizo sentir tres toques sucesivos: *¡bandera ó tropa!*, ¡á *ensillar!*, y ¡á *caballo!* Pronta la columna, casi en seguida se oyó un nuevo toque: era el de *¡marcha!*, y una división de 1000 y tantos hombres, encabezada por el bravo Aguiar, se puso en movimiento, con rumbo al departamento de Maldonado.

El aguerrido «Escuadrón Escolta» formaba parte de la columna. El trayecto que la división expedicionaria debía recorrer era extenso y peligroso. Se hacían necesarias varias jornadas, á fin de llegar al sitio designado. Había además la probabilidad de ser interceptados en la travesía, por grupos numerosos de enemigos ocultos en las riberas de los arroyos y las faldas de los cerros. Próximo al paso del Santa

Lucía Grande, y frente á la barra del arroyo Vejiga, margen izquierda, había tendido línea de batalla la división del Coronel Burgueño. Guarnecido el paso por piquetes reforzados, era de urgente necesidad el pronto desalojo, cuya empresa fué encomendada por el General Aguiar al Teniente Coronel don Antonio Mendoza, al frente de su respectivo escuadrón. Este jefe desplegó una guerrilla de 25 soldados, bajo las órdenes del portaestandarte José Castro, protegida por una de igual número, correspondiente al piquete de baqueanos, al mando del Teniente Manuel La Paz. Había que vadear el río; el trance era dificultoso por múltiples circunstancias.

El Santa Lucía, fuera de sus riberas, era, por sí solo, un impedimento difícil de vencer. Las caballerías, azotadas al agua, eran rechazadas por las descargas cerradas que hacían los defensores del paso desde sus ventajosas posiciones.

En vano el enemigo agotó sus esfuerzos: para los leales soldados de Rivera no habia obstáculos que se opusieran á su indomable voluntad y al arrojo que en todos los trances los distinguía.

Pasaron al otro lado; cargaron decididamente sobre las tropas de Burgueño y las obligaron á replegarse sobre el arroyo Vejiga, en cuyo sitio se rehizo la guardia dispersa, debido á la protección oportuna que se le prestó. Esta reacción produjo un recio tiroteo entre ambas partes. El Teniente Coronel Mendoza creyó del caso proteger, á su vez, á los 50 hombres que se conservaban firmes en su puesto de honor; y, para ello, ordenó al Capitán Juan Centurión que, con la compañía de su mando, prestara á los valientes el necesario auxilio.

Centurión, ya fuera por negligencia, ya porque creyera no ser del caso la adopción de una medida enérgica, retardó el cumplimiento del mandato. Mendoza, exasperado al ver la desigualdad de la lucha y al darse cuenta de que sus bravos carecían de elementos para asegurar el triunfo, ordenó al Teniente Castro los protegiera con el piquete á sus órdenes, disponiendo á la vez del elemento de Centurión.

Castro trasmitió la orden á Centurión; éste la desacató.

Entonces Castro proclamó á los soldados, y mandó *¡á la carga!* sobre el enemigo. Su voz de mando fué obedecida con vivo entusiasmo por toda la tropa, inclusa la de Centurión, mandada por el Teniente José Mendoza.

Los adversarios precipitaron la retirada. Ésta se efectuó por espacio de una legua, hasta las proximidades del paso del arroyo Vejiga, punto donde fueron protegidos los derrotados por dos escuadrones.

Castro vióse obligado á hacer alto, debido á la desigualdad de fuerzas y á la orden que recibió de Antonio Mendoza, sobre la necesidad de replegarse.

Un hecho inesperado vino á agravar la situación ya difícil en que se encontraban Castro y sus soldados. Todo, efectivamente, se conjuraba contra los designios de Castro: la falta de protección, la distancia que lo separaba del ejército, la desproporción del número, la fatiga de su gente después de la refriega y de la persecución, y el estado de la caballada, un tanto transida.

Este conjunto de circunstancias desfavorables para Castro, excitó el ardor del adversario, que, á rienda

suelta y lanza en ristre, batía la retaguardia de los patriotas. Nada, sin embargo, pudo quebrantar la valentía de aquel puñado de bravos. Luchar en condiciones desfavorables, había sido su escuela; la tradicional, la legendaria escuela del caudillo indomable á quien seguían.

Para que nuestros lectores juzguen, con conocimiento de causa, del valor temerario desplegado por Castro y sus compañeros, narramos, á renglón seguido, uno de los muchos episodios de aquel encuentro. El costado derecho de las fuerzas que se batían en retirada recibió como sostén una sección de soldados, mandada por el portaestandarte José Castro, oficial de la guerrilla y hermano de don Enrique.

Hostigado sin cesar por cargas repetidas, el portaestandarte Castro se vió, en lo más recio de la refriega, con el caballo que montaba herido y rodeado por un grupo de enemigos, que ascendía próximamente á 60 hombres.

Posesionado el Teniente Castro del inminente peligro que se cernía sobre su hermano, si no le prestaba su eficaz auxilio, hizo un esfuerzo sobrehumano.

Se dirigió á sus soldados, tocándoles el corazón con estas palabras: *¡Compañeros, los que quieran acompañarme á salvar á uno de los míos, que me sigan!* El momento era de solemne expectativa. El eco vibrante de aquellas palabras sacudió la fibra patriótica de ocho soldados que, desafiando impávidos la muerte, se lanzaron, sable en mano, sobre el enemigo, al que acuchillan y arrollan, logrando libertar al casi prisionero. Los nombres de esos meritorios servidores son dignos de recordarse. Ellos eran:

Luciano, Apolinario y Mateo Vera, Juan Francisco García, Patricio Navas, Celestino Saavedra, Luciano Oroño y un cabo á quien se le llamaba Silverio.

Estos azares debían constituir la norma de la vida de Castro, quien se había hecho un soldado necesario para el desempeño de comisiones delicadas.

Pocos le igualaban en el conocimiento práctico del terreno, y su presencia era requerida en los reconocimientos, en las descubiertas y en las exploraciones.

Terminado el sangriento entrevero y logrado el designio de Castro, se le destinó, con 25 hombres, á posesionarse del paso del arroyo Vejiga, á fin de facilitar la retirada.

Cumplió bizarramente su cometido; pero la diferencia numérica del adversario obligó á Castro á sostener una lucha desigual, en medio del arroyo. Seis heridas, algunas de ellas graves, acreditan su comportación y su denuedo en aquel hecho. Los enemigos no insistieron en la persecución, porque temieron el avance de algún refuerzo para Castro. Su cálculo no fué erróneo: pronto apareció á lo lejos un escuadrón de lanceros.

El General Aguiar, que se encontraba en la margen derecha del Santa Lucía, fué testigo ocular de la lucha encarnizada sostenida por Castro, al frente de sus subalternos, contra 300 ó 400 soldados contrarios.

Como se le interrogara al General Aguiar por qué guardaba actitud pasiva ante el grave riesgo que corrían sus compañeros, contestó con la siguiente arrogante frase: «*¡Á los invencibles de la escolta*

del General Rivera, no se les protege! ¡Saben vencer ó morir!»

No todos los que presenciaron aquella contienda permanecieron indiferentes á su desarrollo. Un Sargento Mayor, cuyo nombre sentimos ignorar, anteponiendo el deber de compañerismo á las órdenes del servicio que se le trasmitieron, obró por cuenta propia, y avanzó con su escuadrón, con el objeto de contener el ímpetu y la osadía del atacante, y facilitar un medio oportuno que permitiera evadirse á los perseguidos. El desacato á la autoridad superior, que esta conducta implicaba, era manifiesto, mucho más si á lo dicho se añade que el prenombrado jefe no tuvo reparo en manifestar de viva voz á su tropa, que prefería pasar por todos los rigores de la disciplina, antes que permitir que fueran sacrificados impunemente sus compañeros de infortunio.

Preso, iba á ser sometido á un Consejo de Guerra extraordinario que juzgase su actitud, cuando la intervención de los jefes más caracterizados impidió que se le aplicaran los rigurosos preceptos disciplinarios. Para ello se tuvieron en cuenta su encomiable proceder y sus meritorios antecedentes, y sólo algunas horas de prisión fué el castigo que se le impuso.

Ejemplos de tal naturaleza patentizan cuán grandes son las afecciones nacidas al calor de los fogones y cuán estrechos son los vínculos de amistad y solidaridad que unen á los defensores de una misma idea.

Así finalizó la retirada que hemos descrito, efectuada el *día de Ceniza* del año 1843. La columna di-

visionaria emprendió esa misma noche su marcha, con dirección á Maldonado. Su retaguardia la formaba el «Escuadrón Escolta», que en esta empresa desempeñaba una misión distinta de la de costumbre, pues consistía en velar por los heridos, cuyo ánimo se retempló con la presencia de los *invencibles*, como los llamó Aguiar.

Recorridas varias jornadas, llegaron al pueblo de Maldonado, cuya población recibió con marcadas muestras de regocijo la entrada de la división, que era la mejor garantía para sus derechos más sagrados.

Desde este punto se dirigió á San Carlos, y una vez que hubo pasado el *Valle del Aiguá*, campó en la estancia de don Mateo Cortés, vecino de respetabilidad y de la confianza del General Aguiar.

En este establecimiento se dejaron los heridos más graves, entre los que se contaba nuestro biografiado.

En el paraje denominado *La Coronilla* residía, por esa época, un médico holandés, apellidado Van Donselaar, cuyos servicios profesionales fueron, al efecto, solicitados. Este facultativo no se rehusó, á pesar de que exponía su vida á las venganzas é iras de adversarios que, como lo ha dicho un publicista argentino, *creían ganar hasta la vida de los vencidos*.

Varios meses necesitó el Teniente Castro para el restablecimiento de las graves heridas que había recibido; pero, no bien hubo entrado en el período de franca convalecencia, y aún imposibilitado de hacer uso del caballo,—elemento indispensable para las correrías guerreras,—prefirió incorporarse á la

primera fuerza amiga que se hiciera sentir por esos lugares, antes que ser víctima de las asechanzas de sus adversarios.

Sus deseos se cumplieron. La bizarra división del intrépido Coronel Fortunato Silva, el de las memorables cargas de Cagancha, asentó sus reales cerca de *La Coronilla.*

Nunca mejor oportunidad podía presentársele á Castro para lograr sus anhelos de reincorporarse á las filas de sus correligionarios políticos.

Así lo efectuó conjuntamente con algunos amigos, dispuestos á correr su suerte.

El Coronel Silva, compadecido y admirado á la vez, de la férrea voluntad de aquel hombre débil y casi exangüe, que se hallaba imposibilitado para sufrir las marchas forzadas de un ejército y los contratiempos inherentes á la vida militar en campaña, creyó conveniente y oportuno ordenarle que se trasladase al pueblo de Maldonado, llevando consigo á los demás compañeros y al doctor Van Donselaar, y que se pusiera á las órdenes del Teniente Coronel don Antonio Machado, jefe del punto.

Las molestias de la curación y el género de existencia sedentaria á que momentáneamente le obligaban sus heridas, acrecentaron su impaciencia por volver á lo que constituía su única ambición: la brega sin descanso en pro de la causa eminentemente nacional y patriótica que defendía el partido colorado.

En un plazo relativamente breve, su vigorosa naturaleza recuperó gran parte de las fuerzas perdidas, y, creyéndose apto para las fatigas penosas de la guerra, reclamó y obtuvo su puesto en las filas de la

división del Coronel Silva. La guerra, tal como se hacía entonces, era una guerra despiadada, sin cuartel, de venganzas implacables para el vencido, y sus resultados dependían, más que de las grandes aglomeraciones de los ejércitos y de las combinaciones complejísimas de la estrategia, de los ardides de los guerrilleros y de la división fraccionaria en pequeñas partidas. Era por excelencia la guerra de recursos.

Frutos Rivera poseía, entre sus cualidades más relevantes de caudillo, un gran conocimiento de los hombres y una verdadera intuición respecto de sus aptitudes.

Por tanto, no es de extrañar que, cuando confiara á alguien una misión, aquel en quien él depositara su confianza, tuviese recomendables condiciones de soldado.

La fuerza que puso á órdenes del Coronel Silva, y con la que dicho jefe recorría los departamentos del Este, constituída por veteranos escogidos por Rivera, se encontraba en ese caso; y corroboró, con las proezas que efectuó más tarde, que era justicieramente acreedora á las distinciones que en ella depositara el jefe superior.

Por otra parte, cada uno de los jefes que acaudillaban divisiones departamentales aspiraba á merecer bien del generalísimo obteniendo algún triunfo de resonancia, de esos que dejan honda huella en el ánimo del criollaje y llaman sobre sí la atención de todos.

Los escuadrones de Silva libraron una reñida pelea, en Abril de 1843, con la división mandada por el Coronel Melgar.

El Teniente Castro se encontró en esa acción, que había de ser como el prólogo de la jornada que, pocos días después, había de ensangrentar nuevamente los campos del departamento de Maldonado.

Efectivamente, á pocas leguas del lugar donde pelearon ambas divisiones, desarrollóse un nuevo y sangriento drama.

Al llegar la división de Silva al paraje conocido por *Piedras de Afilar*, chocó con el núcleo principal de la división de Burgueño, en posiciones ventajosas, escogidas con antelación por este jefe.

Durante algunas horas ambos contendores se disputaron el triunfo con decisión inquebrantable, sufriendo grandes pérdidas. El Teniente Castro, guerrillero ya avezado y que tenía como antecedentes de guerra su brillante participación en combates encarnizados, en entreveros sangrientos y en encuentros hazañosos, coronó estos episodios de su primera época militar con dos hechos de recuerdos imborrables para su vida de heroísmos. Pero, antes de referirlos, nos parece conveniente dar una idea somera del estado del país en aquel momento.

CAPÍTULO VI

RECAPITULANDO.—ESTADO DEL PAÍS POR EFECTO DE LA GRAN GUERRA.—CAMPAÑA EN EL ESTE.—COMBATES DE SOLÍS GRANDE, AREQUITA Y LA CORONILLA.—INTERNACIÓN EN EL BRASIL.

La República entera sufrió los rigores de una situación excepcional: interrumpidos por efecto de la guerra los resortes de su mecanismo institucional; inactivas las industrias; paralizado el comercio; disminuídas considerablemente las rentas de la nación, ó consumidas en el sostenimiento de los grandes ejércitos; despoblada la campaña; devastadas las haciendas, que formaban, entonces como hoy, la principal riqueza; sitiada la capital por catorce mil soldados, en su mayoría extranjeros cebados en el crimen, como se probó en el Arroyo Grande, y en el pillaje, como lo demostraban á cada paso desde la invasión; todas las energías de nuestro pueblo se concentraban para repeler la tentativa criminal de Rosas, confiada desgraciadamente á la dirección de malos orientales.

Entre los planes del vencedor de Cagancha se contaba en primera línea el de bloquear al ejército del General Oribe, sitiador de Montevideo, para encerrarlo y batirlo entre dos fuegos.

Este plan, perfectamente ideado por Rivera, y que á haber sido secundado por los defensores de la plaza, hubiera cambiado radicalmente la faz de la situación y tornado en sitiados á los sitiadores, fracasó, porque la efervescencia de pasiones encontradas, la mal comprendida rivalidad de los émulos y las ambiciones de los hombres, fraccionó y dispersó las fuerzas que juntas debieron cooperar á un idéntico fin.

En vista de que su designio patriótico no era secundado como lo esperaba, el General Rivera se retiró con su ejército hacia el interior, decepcionado por las ingratitudes de sus amigos y correligionarios, pero resuelto como siempre á luchar sin tregua y sin desmayo contra los usurpadores de la soberanía nacional.

Entre los episodios de esa campaña, se cuenta la pelea de *Solís Grande*, realizada el 18 de Junio contra una fuerte división de 1000 hombres, en su mayoría tucumanos, cordobeses y correntinos.

La figura más descollante en aquel hecho de armas fué la del jefe de vanguardia de Rivera, el General Anacleto Medina.

Á este guerrero de las épocas de la independencia le cupo el honor de ceñir el lauro de la victoria, desbaratando las fuerzas comandadas por el Coronel José María Flores (argentino).

Después de unas horas de fuego recio y nutrido,

los escuadrones orientales repitiendo la arremetida impetuosa é irresistible de Cagancha, avanzan denodadamente; arrollan con brío al enemigo, y en una encarnizada persecución, lo llevan hasta pisotear, con los cascos de sus caballos, los fogones del campamento del General Oribe, situado en la margen izquierda del arroyo Solís Chico.

Enrique Castro se contaba en el número de los perseguidores que en su osadía llegaron al cuartel del jefe sitiador.

Con ello queda dicho cuál fué su participación en este memorable lance.

Como es sabido, Rivera se presentó, al frente de su ejército, á la vista de Montevideo; y desde el *Pastoreo de Pereira* estrechó las líneas del General Manuel Oribe y se interpuso entre éstas y las caballerías adversas, esperando en vano un refuerzo de infantería de la plaza. (3 de Julio del año 1843.)

Tres días seguidos conservó su línea tendida, causando la alarma consiguiente en el campo oribista.

Así se esterilizaron los inmensos sacrificios de una campaña que debió forzosamente obligar á los invasores al levantamiento del asedio.

La campaña ofrecía á Rivera un vasto escenario donde desarrollar con amplitud sus planes. Entretanto, Rosas, que presintió el grave riesgo que corría su ejército del *Cerrito*, ordenó con premura al General entrerriano Urquiza que invadiera nuestro territorio, en protección del General Oribe, con un ejército argentino compuesto de cuatro mil hombres, bien equipados y mejor armados y municionados.

El campo de operaciones de los ejércitos beligerantes se circunscribía á los departamentos de Minas y Maldonado.

Los Coroneles riveristas Flores, Silva y Estivao, con sus correspondientes divisiones, operaban de acuerdo, á fin de lograr en un momento preciso la concentración de todas sus tropas para batir al enemigo.

El primer choque se produjo en *Arequita*. Disputaron el terreno la fuerte columna oribista dirigida por el General Servando Gómez, y las dos pequeñas divisiones á cuyo frente figuraban Flores y Silva, dos héroes que recuerdan por su valor y sentimientos, los ejemplares de la antigüedad romana.

Los jefes de Rivera se vieron forzados á ceder el terreno con pérdidas considerables, pero sosteniendo una retirada honrosa contra todo un ejército de tres mil hombres.

En esa retirada, llena de vicisitudes, de grandes penalidades, de cruentos sacrificios, y que honra á la bravura y pericia de los jefes que la dirigieron, fué destinado Castro, con cien valientes, para cubrir la retaguardia.

Allí se luchó como en los tiempos de Artigas: á lanza, á boleadora y á puñal. Uno de los más expuestos en el difícil trance fué Castro, al frente de los suyos.

Estos bravos impusieron respeto á los mismos enemigos.

En auxilio de Castro se destacaron las tropas de Maldonado, á las órdenes del Comandante Machado, las que incorporadas á las que comandaban

los Coroneles Flores, Silva y Estivao, se replegaron sobre Rocha, formando un total de mil y tantos hombres.

Esta columna, perseguida por la de Gómez, en número de 3000 soldados, siguió por el *Camino de la Angostura*, hasta llegar á la *Fortaleza de Santa Teresa*. Durante todo el trayecto, Castro, con un escuadrón de 100 hombres, sostuvo denodadamente la retirada.

En el último de los dos precitados sitios, fué reforzado el escuadrón de Castro con 200 soldados, al mando del Comandante Mateo Páez.

No bien habían arribado estas fuerzas á *La Coronilla*, recibieron una impetuosa carga del enemigo, la que originó una lucha desesperada, que costó la vida á muchos de los combatientes, y entre ellos, á Mateo Páez, valeroso jefe colorado.

El Coronel Flores, con su clarovidencia de soldado, se dió cuenta exacta del descalabro que podía producirse si no se tomaba una medida atrevida y enérgica.

Mandó al célebre Coronel Calixto Centurión, alias *Calengo*, que protegiera el «Escuadrón Escolta», que, en aquel momento hacía prodigios de valor, con el intrépido Teniente Castro á su cabeza.

El Coronel Calengo, por quien Rivera tenía especial predilección, dado el conjunto de condiciones guerreras que le adornaban, se incorporó á Castro, y, apenas lo hubo hecho, cargó, con bravura de león, sobre el enemigo; lo dobló, y le hizo repasar la Coronilla.

La conciencia del deber cumplido y la justa va-

nagloria del triunfo, llenó de satisfacción el espíritu de los actores en aquel hecho de armas. Las fuerzas de los Coroneles Flores y Silva festejaron sobre el terreno la espléndida victoria obtenida.

Los actos ejecutados bajo la influencia de sentimientos nobles y generosos, y que sobrepasan la medida de lo común y de lo vulgar, merecen el galardón del aplauso, estímulo suficiente para los espíritus altivos y altruístas á la par.

Con arreglo á ese criterio, el Coronel Centurión manifestó á su jefe, el Coronel Flores, que Castro se había hecho acreedor á la justicia de sus superiores; y que, en tal virtud, no podía menos, sin faltar á un estricto y elemental deber, de expresarle la impresión vivísima de agrado que le produjo su conducta.

La recomendación de Calengo fué suficiente para que el Coronel Flores premiara, sin dilación, los méritos de Castro, ascendiéndolo á Teniente primero y dándole la efectividad en el cargo de jefe del «Escuadrón Escolta», que hasta aquel momento había desempeñado con carácter de interinidad, por encontrarse enfermo su jefe el Capitán Allende.

Sigamos los pormenores de la lucha. Rehecho el General Servando Gómez; reforzada su vanguardia, convenía á los intereses que defendía no permitir la incorporación de las fuerzas enemigas. Al efecto, forzó sus marchas para dar alcance á Flores y Silva; pero éstos, comprendiendo la dificultad de un triunfo sobre tropas más que dobles, se internaron en el Brasil para combinar nuevas operaciones.

Tales sucesos se desarrollaron á mediados de Noviembre de 1843.

Siguiendo la ilación de los aconteeimientos, narremos lo sucedido desde esta fecha en adelante.

Nuestro biografiado permaneció durante este lapso de tiempo ejerciendo la jefatura del «Escuadrón Escolta», y siguió la suerte de sus camaradas en territorio extranjero.

El Brasil les prestó hospitalidad durante dos meses.

El General Rivera marchó con su ejército en protección de la columna internada.

Sus planes de guerra así lo exigían. Era poco menos que imposible resistir á un enemigo poderoso en elementos bélicos y fuerte en las tres armas. El mismo ejército patriota requería el concurso de las legiones acaudilladas por Flores y Silva.

La excursión fué feliz, puesto que ocasionó un triunfo glorioso para las armas riveristas, las cuales hicieron flamear con esplendor los colores de su estandarte en las inolvidables márgenes del *Chuy*.

Las columnas de los Generales Gómez y Lamas fueron completamente derrotadas. De esa manera se facilitó la incorporación de las divisiones acampadas en territorio brasilero.

Antes de producirse dicha incorporación, Castro fué destinado á desempeñar una comisión de grandes responsabilidades. Debía escoltar al señor don José Luis Bustamante, secretario del General Rivera, hasta que dicho personaje llegara á *Canudos*, Provincia de Río Grande.

Es de imaginarse el compromiso moral que con-

traía un oficial, al merecer confianza tan honrosa por parte de su superior.

Se le prefería por considerarle más apto que sus compañeros para la realización de aquella delicada empresa.

La comisión fué desempeñada con lucimiento y coronada del éxito más halagüeño. Regresó al ejército con el contingente de sus hermanos José y Antolín, y de José Antonio Fernández, y siendo conductor de cuatro mil pesos para los Coroneles Silva y Flores, acampados á la sazón en el paraje de luctuosa memoria conocido por *India Muerta*.

Debemos hacer mención de algunas peripecias curiosas, sufridas durante la travesía de Canudos á India Muerta.

Para lograr su intento, se vieron en la necesidad de hacer vida de matreros; vestir como ellos; tomar aspecto de salteadores, para despistar á los espías y no despertar la codicia de los forajidos que llenaban los caminos.

Y aun así, harapientos, desarrapados, con porte de montaraces, no escaparon á la desconfianza de ciertas gavillas de *cuatreros*, que los pusieron en la irremediable situación de sostener, por repetidas veces, encuentros sangrientos.

Luchando sin tregua, sin más amparo que el monte, ni más garantía que sus armas, lograron, después de algunos días, llegar al ejército.

Éste emprendió marcha hasta establecer su campamento en el *Valle del Aiguá*.

En ese punto, y en el mes de Enero del año 1844, el Teniente Castro fué ascendido á Ayudante Ma-

yor y nombrado á la vez Comandante de la 2.ª compañía del «Escuadrón Guías», de reciente formación, y cuyo comando se confió al que más tarde, en la siniestra capitulación de *Quinteros*, había de pagar con su sangre generosa la defensa de la causa de las instituciones nacionales: nos referimos al entonces Sargento Mayor Isidro Caballero.

CAPÍTULO VII

COMBATE EN «LOS MOLLES». — COMISIONES CONFIADAS Á CASTRO. — SU DESEMPEÑO Y EL EJERCICIO DE SUS APTITUDES.

Noticiado el ejército nacional de la aproximación de las nuevas fuerzas invasoras mandadas por Urquiza, se dirigió al litoral, cruzando el departamento del Durazno.

Próximo á las puntas del *Arroyo de los Molles*, las partidas exploradoras divisaron al numeroso ejército del General Urquiza, precedido de una fuerte y aguerrida vanguardia, que bastaba ella sola, por la cantidad de sus elementos, á sostener, por algunas horas, el fuego del ejército de Rivera, que escasamente ascendía á 2000 hombres, en su mayor parte de caballería.

Urquiza no abrigó la menor duda sobre la victoria que fácilmente obtendría si medía sus armas con las de su enemigo; pues, como ya queda dicho, su ejército era más del doble del de Rivera, y poseía un armamento de que carecía el oriental.

Pero, lo que jamás supuso Urquiza, fué la resistencia valerosa y tenaz, hecha por los patriotas; jamás creyó que un pequeño número de orientales le disputase palmo á palmo el terreno é hiciese de cada matorral una fortaleza.

El combate que comenzó poco después del mediodía del 24 de Enero de 1844, fué encarnizado.

Después de seis horas de sangrienta pelea, el centro y la izquierda del poderoso ejército urquizista fueron doblados, corridos y acuchillados, en un trecho de varias leguas, por las huestes orientales, que adornaban, con un nuevo florón de gloria inmortal, el trofeo de las grandes epopeyas nacionales.

Las guerrillas de infantería, formadas al centro de la línea de Urquiza, fueron destrozadas por las caballerías de Rivera, que obraban simultáneamente en el centro y en la izquierda del enemigo.

Las sombras de la noche imposibilitaron una persecución que, á haberse realizado, hubiera sido de consecuencias proficuas en el desarrollo del sangriento drama.

Las columnas argentinas dispersas se ampararon de los grandes montes del río Yí, y costeando sus márgenes, aguas abajo, huyeron de los escuadrones patriotas, enardecidos por el triunfo logrado sobre los invasores.

Saber aprovechar los resultados de la victoria y perseguir al enemigo vencido, eran dos de entre las muchas habilidades que distinguían á don Fructuoso Rivera. Y aunque en aquel caso la noche no se lo permitía, hostilizó, sin embargo, fuertemente á los dispersos, hasta muy tarde.

Los recursos de la guerra indujeron al General Rivera á emprender marcha hacia el *Paso de las Piedras*, del Río Negro, punto intermediario entre las barras del río *Tacuarembó* y el arroyo *Cordobés*, paraje aparente para vadear, sin mayores dificultades, aquella caudalosa corriente de agua.

Consiguió llegar al Norte, y tomó rumbo al pueblo de Tacuarembó.

Era de urgente necesidad para Rivera saber el punto en que se encontraban las fuerzas enemigas.

Conocedor de las aptitudes que adornaban al Ayudante Mayor Castro, para esas empresas de exploración, le ordenó que, con 200 hombres elegidos del ejército, se pusiera inmediatamente en marcha, con objeto de tenerlo al cabo de los menores movimientos ejecutados en el campo contrario, y le intimó, en tono enérgico é imperativo, que, como testimonio de su actividad, debía traerle un prisionero á su campamento (1).

Atento Castro á aquella terminante orden, se retiró para darle cumplimiento, sin hacer la menor observación, aunque comentara entre sí el inopinado mandato de lograr un prisionero, disponiendo tan sólo de 200 hombres.

Al día siguiente de su partida del campamento general, descubrió, atacó y sorprendió dos guardias enemigas en el paso de las *Tres Cruces;* operación para la cual fraccionó sus fuerzas en dos partes, de

(1) Las fuerzas que Rivera tenía á su frente eran mandadas por los Generales Urquiza, Ignacio Oribe y Servando Gómez.

las que una era dirigida por el valiente Capitán Francisco Caraballo.

Debemos explicar por qué, en este episodio, Caraballo, que era superior en jerarquía militar á Castro, no puso obstáculo para ponerse bajo sus órdenes.

El más tarde General Francisco Caraballo, manifestó siempre un afecto sincero por su compañero de campañas Enrique Castro, con lo que, en realidad, no hacía más que corresponder al cariño y admiración que Castro le profesaba. Confianza recíproca y recíproca lealtad: tales eran los vínculos morales que los unían.

Hay más aún: cada vez que uno de ellos era nombrado para el desempeño de cualquier comisión, el otro se hacía un deber en apersonarse á su jefe para pedirle el permiso correspondiente y servir de compañía á su inseparable amigo. Ese fué el motivo de encontrarse juntos en el paso de las *Tres Cruces*.

Reanudamos la interrumpida exposición.

Puestas en dispersión, las guardias que defendían el susodicho paso, fueron perseguidas hasta que se guarecieron en los montes de Tacuarembó Chico.

Algunos escuadrones del cuerpo de ejército perteneciente al General Gómez, acampados accidentalmente entre *Tambores* y *Tranqueras*, salieron en protección de dichas guardias; razón por la cual Castro y Caraballo se retiraron, no sin antes descubrir perfectamente el número aproximado del ejército contrario y las posiciones ventajosísimas que había tomado.

Castro cumplió perfectamente con su cometido;

y el que sólo debía llegar al campamento de Rivera con un prisionero, según lo indicado por el caudillo, le remitió *veinte*, dándole además datos precisos sobre el número aproximado de las fuerzas enemigas.

En tres mil hombres calculó el descubridor el total de las columnas contrarias.

No estaba aún enteramente satisfecho Castro de su excursión, y para complementarla siguió de sorpresa en sorpresa y de descubierta en descubierta.

De los prisioneros remitidos al General Rivera, éste debía sacar el partido imaginable, interrogándoles sobre la situación de su contendiente.

Una sección de caballería, al mando del sargento Lucas Giménez, custodió los veinte presos.

Castro, á su vez, marchó una noche entera, rumbo al *Paso del Borracho*, de Tacuarembó Grande, paraje en donde, á su entender, merodearían algunas partidas del segundo cuerpo de ejército, ó sea del comandado por el General Ignacio Oribe. Efectivamente, su creencia halló completa confirmación en los sucesos que se originaron.

Con esta nueva empresa cimentó y robusteció su bien adquirida fama de experto baqueano.

Una tercera guardia fué sorprendida, batida y tomada.

Trató á los prisioneros que hizo, con su habitual consideración.

Siguió su marcha hasta *Yaguarí;* hizo alto en este punto; ordenó á sus escuadrones que hiciesen una recogida de potros, por la necesidad en que se encontraban de elementos de movilidad, y él, incansable, tenaz como el primero, ávido como el que

más, de saber de su enemigo, siguió su interrumpido viaje con *cuatro* soldados, recorriendo leguas, cruzando montes, salvando inconvenientes, hasta llegar al *Paso de Pereira*, del Río Negro.

Imaginó que en la zona limítrofe de los departamentos del Durazno y Cerro Largo se encontraría el cuerpo de ejército á las órdenes del General Ignacio Oribe, y, como el objetivo que buscaba era el de cerciorarse con exactitud y comprobar la estadía del enemigo en esos lugares, apresuró el viaje en dirección al arroyo *Cordobés*, límite natural de los dos citados departamentos.

En la costa del arroyo *Ceibal*, afluente del *Pablo Páez*, interceptó su marcha una causa ajena al móvil que lo guiaba, y que quizá hubiera pasado inadvertida para un espíritu menos perspicaz que el suyo.

Diez y siete prisioneros obtuvo en esta temeraria empresa.

Los datos que al respecto pasamos á exponer, ilustrarán á nuestros lectores, y darán una idea aproximada del arrojo y serenidad de Castro en aquel arriesgado trance.

La escena acaeció en una estancia, propiedad de don Juan Cardoso, cercana al monte que sirvió de escondrijo á Castro y á sus cuatro servidores.

Barruntó que en la casa allí situada debía de haber gente enemiga, desprendida del campamento oribista, ya en busca de elementos de boca, ya de elementos de movilización, ya como partida volante de reconocimiento de pasos y montes.

Muy pronto pudo disipar toda duda.

Llovía torrencialmente; circunstancia de que Castro se felicitó, pues le permitió aproximarse, sin ser notado, al sitio donde se resguardaba la supuesta tropa enemiga.

Después de haber oscurecido, Castro, acompañado de uno de sus fieles servidores, arrastrándose por el tupido pastizal muy sigilosamente, espiando los menores movimientos de la gente que suponía en el interior de la casa, advirtió que, á un costado del edificio, estaban pastando unos caballos atados á soga.

Lo presumible en tal caso era la existencia, en la casa, de un número de personas igual á la cantidad de animales atados. Á medida que fué aproximándose percibió el murmullo de voces que salía de una ventana entreabierta.

Al abrigo de un galpón, y guarecidos del fuerte y continuo aguacero que caía, sostenían una conversación en voz baja algunos de los soldados de la partida. El número de individuos era muy superior al de los atacantes, y, por tanto, urgía una trama ingeniosa y eficaz para llegar al fin deseado.

Castro no titubeó un solo instante. Sustrajo todos los caballos en medio del mayor silencio, y simultáneamente arreó una tropilla que había sido arrastrada por el temporal á la costa del Ceibal.

Emboscó los animales detrás de una cerrillada, situada arroyo por medio de la casa.

En esta actitud pasó toda la noche, que estaba tempestuosa, á la espera de las claridades del nuevo día. En las primeras horas de la madrugada, Castro tuvo la precaución de colocar á la vista de la estan-

cia, y en paraje cercano á la emboscada que preparó, dos de los caballos recogidos.

Dos soldados de los que había en la casa salieron á pie, en busca de ellos, pues eran los únicos animales que pudieron divisar en toda la extensión que su vista abarcaba. El temporal les hizo conjeturar que los caballos atados á soga habían huido.

En esa confianza siguieron en busca de los que se distinguían, cuando al vadear el arroyo fueron aprisionados por Castro.

Como tardasen los primeros en regresar, salieron otros dos con el mismo objeto; lograron tomar unos caballos que habían quedado en la costa, y fueron en busca de los restantes. No bien pasaron la cuchilla, y al doblar una quebrada, se les aprehendió.

Así fueron capturados, de dos en dos, ocho de aquellos hombres.

Por informes suministrados por los prisioneros, Castro supo que aún quedaban entregados al juego de naipes, el Capitán Jerónimo Gallo, jefe de la partida, el Teniente Jorge Escalante, dos clases y cinco individuos de tropa.

No había que perder tiempo, si no se quería malograr la aventura. Acompañado Castro de un soldado, avanzó; ganó la puerta, pistola en mano; les intimó la rendición, so pena de hacer con los que se resistieran un escarmiento ejemplar, y ellos, presa de una agitación intensa y temerosos por sus vidas, si se resistían, entregaron sus armas, con la promesa del oficial que los prendía, de garantizarles sus existencias.

Doble partido sacó Castro de su proeza: asentar

su reputación de guapeza aun entre sus propios enemigos, y averiguar, con abundancia de detalles, la situación del cuerpo de ejército del General Ignacio Oribe; secreto éste arrancado á los prisioneros.

Oribe tenía su campamento establecido en las márgenes pintorescas del arroyo *Antonio Herrera.*

Aprisionados los diez y siete individuos de la montonera por aquellos cinco hombres, se hizo difícil la situación de Castro, agravada por el hecho de la proximidad del ejército enemigo, y por la gran distancia que lo separaba del punto en que dejó á sus compañeros.

¿Qué resolución debía adoptar? Tal fué el problema que á sí mismo se planteó.

Salvar serias dificultades no era para él una novedad. Hallaba gozo en dominar situaciones críticas y en hacerse superior á los contratiempos.

Desechando todo temor, púsose en marcha hacia el *Paso de Pereira*, del Río Negro, y desde ese punto, y en pocas jornadas, se incorporó á su escuadrón, que días antes había acampado en un campo ubicado entre los arroyos *Yaguarí* y *Caraguatá.*

Tomó el mando de su gente, sin que durante su ausencia hubiese ocurrido novedad, y se puso en marcha acelerada en busca del ejército de Rivera, para dar cuenta de la comisión y ocupar el puesto que le correspondía en sus filas, en caso de no recibir nueva orden.

Al presentarse al gran caudillo, Castro lo enteró de todo lo ocurrido, y Rivera, sin perder el menor detalle de la relación que verbalmente le hacía, mos-

tróse satisfecho de la conducta de su subalterno, que terminó por hacerle entrega de los diez y siete prisioneros.

Cuando Rivera oyó pronunciar el nombre de Escalante, no pudo reprimir un movimiento de repulsión. Era que había acudido á su memoria el triste recuerdo de una acción criminosa, realizada por tal sujeto; acción consistente en el incendio de una estancia propiedad del Teniente Coronel Alemán, militar de toda su estimación, y que en aquellos momentos servía bajo sus órdenes como jefe de una fuerza.

Inmediatamente ordenó que, previa identificación del criminal, se le fusilase.

Entonces creyó Castro de su deber intervenir, y, con frase persuasiva y respetuosa, manifestó al General Rivera el pesar abrumador que recaería sobre su conciencia si faltaba á la palabra empeñada permitiendo la ejecución de un solo prisionero. Agregó, además, que aquellos hombres tenían promesa formal y solemne de que les sería respetada la vida.

Rivera, excitadísimo contra su costumbre y apremiado por las reiteradas exigencias del Comandante Alemán,—quien, dicho sea de paso, vió llegado el momento, para su alma enconada, de cobrar con creces el daño inferido á su propiedad,—persistió en su primera resolución.

Pero los Generales Medina y Aguiar, conocedores de lo sucedido, interpusieron su valiosa influencia ante el caudillo. Para impedir la ejecución de Escalante, entraron en consideraciones sobre el papel desairado que haría un oficial de las condiciones de

Castro; y con poco trabajo, pues estaba en la naturaleza de Rivera ser magnánimo con el vencido y respetuoso con sus subordinados, salvaron de la última pena al condenado. La palabra de Castro fué cumplida.

El General Rivera dió por terminado el incidente, con estas palabras dirigidas á Castro:

—«¡Vaya á recibirse de ese salteador, y dígale que es á usted á quien debe la vida!»

Este suceso, terminado del modo como queda referido, obtuvo unánime aprobación en el ejército; y entre otros muchos, el Comandante Isidro Caballero, alma grande y generosa encerrada en un pecho hidalgo, y que tan grande fué en los campos de batalla como en el sitio del martirio, acudió con la oficialidad de su cuerpo á felicitar ardientemente al jefe que supo conservar incólume y respetada la palabra del oficial.

El hecho que dejamos referido tuvo gran repercusión en todo el ejército, que comentó favorablemente para Castro, la actitud asumida por este pundonoroso oficial para con los prisioneros rendidos.

Episodios de esta índole; su incansable actividad; lo bondadoso de su carácter; lo abierto y franco de su trato; sus antecedentes, que ya comenzaban á popularizarlo entre los que servían bajo las banderas de la legalidad; lo experto y entendido en la vida de campo, pues con igual facilidad domaba un potro que *quinchaba* un rancho: todo ello contribuyó poderosamente á hacerlo sobresalir entre sus camaradas y á dar realce, en las filas heroicas, á su vigorosa y bien delineada personalidad.

Rivera, y con él todos los jefes superiores de su ejército, distinguían á aquel joven guerrillero, fuerte de cuerpo y fuerte de espíritu, como destinado á vencer los rigores de la naturaleza y la injusticia de los hombres.

Si, como lo ha dicho magníficamente Pelletán, *el verdadero soldado debe tener dos fuerzas y dos almas*, Castro sintetizaba en su persona la fuerza del brazo y la fuerza del espíritu.

CAPÍTULO VIII

NUEVAS COMISIONES.—DON JUAN RAMÍREZ Y SUS GRANDES SERVICIOS.—EPISODIO HEROICO.—CASTRO EN PELIGRO DE MUERTE Y SALVADO POR APARICIO.

Acampado el ejército constitucional en las proximidades de Tacuarembó, con Rivera á la cabeza, fué destinado Castro para que con el número de soldados necesario, que debía pedir en nombre del General en Jefe al General Aguiar,—estacionado por entonces en la costa del *Blanquillo*,—marchase hasta la estancia de *Bella Vista*, propiedad de don Fructuoso Rivera, con la consigna de tomar la potrada y caballada existente en ese espléndido establecimiento, para utilizarla en el servicio de la nación.

Un escuadrón de 100 hombres, al inmediato mando de un Capitán titulado *Curita*, y cuyo verdadero nombre ignoramos, fué el elemento de que dispuso Castro para el desempeño del cometido que se le confió.

Castro cumplió en breve plazo de tiempo la comi-

sión, y se presentó ante el General Aguiar conduciendo 1500 animales, entre caballos y potros.

El General Rivera, desde el campamento de la división Aguiar, adonde había llegado con su escolta en momentos que el Teniente Castro daba cuenta de la comisión que acababa de realizar, dispuso que el mencionado oficial partiera inmediatamente para el mismo punto, con análoga consigna y con los mismos elementos de que había dispuesto en la primitiva excursión.

Pasados cuatro días, regresaba, por vez segunda, al Cuartel General, con una tropa de 1400 novillos, propiedad del General Rivera, y destinados patrióticamente al consumo de los soldados defensores de las instituciones de la República.

Terminó su cometido haciendo entrega á su superior de la fuerza puesta bajo su comando en las dos empresas referidas.

Apenas realizadas estas comisiones, púsose á la cabeza de una pequeña fracción de quince hombres, y se dirigió al arroyo *Caraguatá*, sobre cuyas extensas riberas estaba acampado un regimiento de caballería al mando del Comandante Cabral, acreditado jefe riverista que debía prestar el concurso necesario al oficial Castro, á fin de que éste pasase hasta el *Rincón de Pereira* para recoger una novillada vendida por don Juan Faustino Correa á don Juan Ramírez.

Ya que viene á figurar incidentalmente, en el curso narrativo de los sucesos relacionados con el objeto militar de estas apuntaciones biográficas, el honorable ciudadano don Juan Ramírez, padre de

los conocidos abogados del mismo apellido, impulsados tan sólo por un sentimiento justiciero acerca de los hechos y los hombres de aquella época, tales como se nos presentan en los acontecimientos pasados, cumplimos con el deber de dejar constancia del valioso concurso prestado por dicho meritorio ciudadano á la causa de la libertad en el Río de la Plata.

En todo el período tumultuario de la *Guerra Grande*, residió en su establecimiento de campo, sito en territorio brasilero, desde cuyo paraje auxiliaba con elementos y recursos de todo género á las huestes que luchaban por la independencia de la patria. Su casa era el sitio preferido para las juntas y conciliábulos de los jefes de más alta graduación que componían el Estado Mayor del ejército constitucional, y que, por causales de la guerra, se veían obligados á pasar á territorio extranjero. Después de la sangrienta batalla de *India Muerta*, en que el ejército del General Rivera sufrió un irreparable contraste, retiróse el caudillo vencido con los jefes principales que figuraban al frente de sus respectivas divisiones, hasta pasar las fronteras de nuestro territorio por el río *Yaguarón*. El establecimiento de campo del señor Ramírez fué uno de los puntos elegidos por Rivera para reunirse con sus compañeros de infortunio, entre los que sobresalían el bravo Luciano Blanco, el denodado *Calengo*, el heroico Fortunato Silva, el intrépido Luna y el arrojado Báez, cuyos nombres se pronuncian con respeto por amigos y adversarios....

Castro estaba pronto para marchar hacia el punto

en que se hallaba el Comandante Cabral. Recibió las comunicaciones escritas dirigidas á dicho jefe, y al mismo tiempo experimentó la grata satisfacción de ver recompensados sus múltiples servicios con el ascenso á Capitán de caballería, que el General en Jefe del ejército le confería en la orden general del 23 de Diciembre de 1844, leída en su presencia por el señor don Mateo Tula, secretario del General Rivera.

Esta debida recompensa preludió, por así decirlo, el comienzo de un drama personal, que debía tener por teatro los espesos bosques del Río Negro, y que forma una de las páginas más interesantes de la vida militar de nuestro héroe. Como lo veremos en las referencias que siguen á estas líneas, el resultado inesperado de aquella lucha fué la caída de Castro en manos de sus enemigos políticos.

La nota que remitió Rivera á Cabral por conducto del mismo Capitán Castro, contenía órdenes terminantes y precisas, por las que se debía entregar á dicho oficial la cantidad de soldados suficiente para llevar á cabo la recogida de animales á que hemos hecho referencia en párrafos anteriores.

Así lo había dispuesto el superior, y de esa manera debía haberse cumplido; pero Cabral, interpretando de distinto modo las disposiciones escritas; creyendo tal vez que la acción del subalterno daría resultados más proficuos en una empresa de mayor responsabilidad y de mayores compromisos que la que se le había confiado, dispuso que el experimentado oficial partiera de su campamento,—puntas de *Caraguatá*,—con sólo 15 hombres, á efectuar un prolijo reconocimiento de los pasos *del Minuano*,

la Laguna, de Pereira, de la Cruz y *Picada de Cabral*, en el Río Negro, y con la especial consigna de permanecer, por espacio de cuatro días, en observación de los menores movimientos que realizase el enemigo en aquellos lugares.

Castro, soldado digno y cumplidor, ejecutó la orden de su jefe sin la más ligera vacilación. Partió del campamento á la hora de ocultarse el sol detrás de los espesos y vírgenes montes.

Transcurrido un breve plazo, comunicó al superior que la margen izquierda del Río Negro era recorrida por fuertes escuadrones de «gorros de manga», y solicitó á la vez de su jefe inmediato una pequeña protección para resistir con firmeza todo ataque que se intentase contra él y sus compañeros, dispuesto como estaba á sucumbir peleando, antes de consentir que se hollara el lustre y el honor de la bandera de su patria.

Extrañas circunstancias precipitaron los sucesos.

Llegada la hora decisiva de la prueba, faltó la protección que solicitara con tiempo y por reiteradas veces. Únicamente disponía de sus propias y escasas fuerzas. De ellas echó mano sin vacilar, como recurso extremo.

El adversario se aproximaba aceleradamente á los pasos predichos, precedido de dobles guerrillas, hábilmente protegidas, y en grupos de gente diseminada con anterioridad en los *albardones*, islas, abras y sendas que cruzan el río en esos parajes.

Debían hacerlo así. Todas las precauciones eran pocas, para impedir los designios de aquel caudillo que mereció ser considerado por Sarmiento como el

baqueano más grande de la tierra oriental. La resolución tomada por el Capitán Castro, en instantes tan críticos, fué la de fraccionar sus soldados en grupos de á tres, los que debían marchar sigilosamente, rumbo á las picadas y pasos indicados de antemano, hasta descubrir las posiciones contrarias y dar cuenta de lo que ocurriese.

Él, á su vez, acompañado de cuatro de sus fieles subalternos y su hermano Antolín, entonces de 14 años, se limitó al reconocimiento del *Paso de Pereira* y sus cercanías, pues que en estos sitios debían encontrarse los primeros cuerpos del ejército de Urquiza.

Cuando cerró la noche, Castro y sus cuatro acompañantes descendieron por una quebrada pedregosa, marchando á paso lento y cauteloso, como verdadera patrulla nocturna, hasta llegar á un valle protegido por unas alturas, donde pudieran resguardarse y pernoctar.

Mucho antes de rayar el día, y después de haber descansado algunas horas, recorrió próximamente una legua, muy incomodado por una espesa cerrazón. Hizo alto á treinta cuadras de las márgenes del Río Negro, en un punto equidistante del *Paso de Pereira* y el *Paso de la Cruz*, frente por frente del *Puerto de Duarte*, y á una distancia de tiro de fusil de un cerro, en cuya base serpenteaba un bosque.

Al salvar las últimas asperezas de la cumbre de aquellas eminencias, sin más compañía que la de su hermano Antolín, porque sólo con él quería hacer la descubierta, sintió por retaguardia el estampido de un arma de fuego y simultáneamente el estrepi-

toso movimiento de secciones de jinetes que corrían en diversas direcciones con intención de rodearle.

Lo numeroso de sus adversarios no lo inmutó, porque formado en una escuela de valor y abnegación, no contaba la cantidad de enemigos con que tenía que combatir, ni flaqueaba ante las inminencias de los más grandes peligros. Su serenidad entró en juego. Se dió cuenta del trance amargo, midiendo sus consecuencias. Exhortó á su joven hermano y le infundió valor con sus palabras y con su actitud.

Sin apresurar la marcha de su caballo, como hábil recurso para que el enemigo no lo tomase como *bombero*, resolvió, como el león acorralado, morir peleando. Su preocupación más viva era la suerte que podía correr el jovencito Antolín.

Sus cuatro compañeros habían quedado cortados á su retaguardia. Desde lo alto de la posición que ocupaba, divisó á su alrededor una fuerte columna. Á su espalda y á sus lados, la mayor parte de la fuerza esparcida, y al frente todo un regimiento, tendido en línea de batalla y protegido por dos escuadrones de lanceros. Resolvió combatir hasta ampararse del monte cercano. Abarcando con rápida mirada el campo en que iba á jugar su vida y la de su hermano, dirigió á éste las siguientes palabras:—«¡Antolín, es grave el peligro; pero no te asustes! Si tomamos campo afuera nos matarán, pero si enderezamos al monte, que está cerca, aunque tenemos esa fuerza al frente, quizás nos salvaremos echándonos al río.»

Dicho esto, avanzó resuelto y mesurado, buscando una de las alas del regimiento formado en batalla,

en momentos que se desprendía de éste, como para reconocerlo, uno de los comandantes de escuadrón, acompañado de dos soldados.

Castro llevó el ataque al adversario que se le puso enfrente, y á quien dominó y persiguió hasta romper las hileras de los tiradores que componían el escuadrón de vanguardia. El fuego de carabina que tuvo que sufrir fué recio y nutrido, y sus proyectiles hirieron en diferentes partes el cuerpo del magnífico caballo que montaba.

La primera arremetida había sido de felices resultados para el Capitán Castro, quien se retiraba defendiéndose, con temeraria valentía, del enemigo deseoso de darle caza.

El plomo dirigido contra su pecho de atleta, no había logrado herirlo: parecía invulnerable á las balas. Los adversarios recurrieron al arma tradicional del charrúa: las boleadoras; pero Castro logró cortar con el filo de su sable la soga del par que enlazaba con sus anillos las patas de su caballo. Por fin se esgrimió la temida lanza, el arma de los combates caballerescos en los entreveros, mas sus botes recios eran parados con habilidad de *faconero*.

Las fuerzas de su *flete* comenzaban á flaquear. El agudo vocerío de los jinetes intimándole rendición y lo enormemente desproporcionado de la contienda, no hicieron perder á Castro ni por un momento su proverbial entereza. Aquel hombre parecía crecerse en el peligro; su alma gigante sabía cernerse, como ciertas aves en alas de la tormenta, en medio de la pelea.

Una voz estridente, la del jefe, excitaba á la tropa

atemorizada para que arremetiera con más brío y lanceara al *salvaje*. En tanto, Castro, tendido sobre el pescuezo de su brioso caballo, detenía á los más atrevidos que se adelantaban á herirle, únicamente con la amenaza de descargarles la pistola que empuñaba.

Desafía á gritos al cabecilla de sus contrarios; le obliga á que avance tratándolo de cobarde; le hace fuego sin lograr herirlo, y, por último, le arroja el arma descargada sobre el cráneo, volteándolo del caballo.

Este oficial se llamaba Pedro Juan Rodríguez y tenía fama de *guapetón* entre sus compañeros.

La contienda había degenerado en lucha cuerpo á cuerpo. Castro abandonó su caballo, en la imposibilidad de dar en él un paso más.

Cien sables se entrecruzan con la velocidad del relámpago, y, en lo más furioso de la refriega, se destaca la figura del valiente guerrero, repartiendo hachazos y estocadas y abriendo brecha en las filas de sus enemigos.

De salto en salto, haciendo espalda en cada matorral, resguardando su cuerpo en el tronco de los árboles vecinos, recorre un largo trayecto, no sin que antes recibiera un lanzazo por la espalda, que lo tumba momentáneamente en tierra, y seis hachazos que lo acribillan, pero que no logran concluir con aquel vigoroso espíritu.

Se incorpora arrogante, bañado en su propia sangre, y revoleando el poncho con la mano izquierda, para espantar los caballos de los lanceros, apoya uno de los hombros en un espinillo, con objeto de

descansar breves instantes y restañar la sangre de sus numerosas heridas. Por repetidas veces le exige el enemigo que se rinda; pero aquel hombre indomable, todavía conservaba energías para resistir. Astutamente respondió que no tenía inconveniente en entregarse; y, al efecto, empezó por despojarse de las ropas, con la intención de facilitar sus movimientos; permitió que uno de los adversarios se hiciera cargo de las espuelas, donándoselas, pero, apenas se vió libre de aquella especie de grillete que entorpecía sus acciones, se enderezó bruscamente, pegó un feroz hachazo á un veterano que parecía adivinar sus intenciones, y logró abrir un claro entre los adversarios, que, sobrecogidos con el ataque impetuoso de Castro, trataron de esquivar los golpes que éste les dirigía.

El ánimo un tanto decaído de los atacantes, al ver fuera de acción al oficial que los mandaba, vaciló; y, arredrados, no se atrevían á aproximarse á aquel verdadero león.

La fibra del denodado protagonista de este episodio se retempló ante el decaimiento de sus tenaces enemigos.

En lo más encarnizado de la refriega, supo aprovechar los menores accidentes del terreno, y, aunque próximo ya á las barrancas del río, punto que consideraba como su salvación, intentó apoderarse de un caballo que á pocos pasos pastaba; pero el enemigo, que comprendió su intento, le privó de aquel postrer recurso. Recrudecen las descargas, mientras que Castro adelanta penosamente en su camino. Dos balazos, recibidos con estoica entereza, agravan su situación.

Llegamos al último cuadro de esta lucha sin igual, rematada por una escena caballeresca, en la que el Capitán Castro, sangrando por trece heridas,—*seis* de bala, *seis* de sable y *una* de lanza,—envuelto en la humareda del fuego enemigo, se lanza finalmente por los despeñaderos del Río Negro, para sumergirse en lo más profundo de su cauce.

Antes de ver su espada en manos de sus implacables perseguidores, la arroja al agua, pues prefiere perderla á deshonrarla. La corriente del río, como si una causa providencial la impulsara, le arrastra hacia un matorral de sarandíes.

El agua, con su tonificante influencia, le calmó en parte los agudísimos dolores de sus heridas.

El enemigo, en su afán de exterminio, dirigía sus tiros sobre los restos de árboles secos, flotantes en la corriente, y que á la distancia se tomaban erróneamente por la persona del perseguido. Minutos después de haberse oído la voz de «¡alto el fuego!», apareció en lo más elevado de la barranca, de la costa norte del río, un paisano de figura atlética, de ojos chispeantes, que llevaba cubierta su cabeza con un chambergo negro echado á la nuca, y en cuya frente se exteriorizaba el ceño de la cólera. Agitando en su mano derecha una aguzada chuza, se dirige á la soldadesca, y, con palabra brusca y desmedida, repróchale el cobarde proceder observado con un hombre que había resistido y escapado á las iras de *doscientos* gaúchos bien armados y con fama de *taitas* y matones.

Aquel hombre que surgía de improviso y que ostentaba en su fisonomía varonil y en su porte altivo

rasgos de nobleza gauchesca, era el valiente Capitán don Timoteo Aparicio, más tarde general de la nación y el caudillo más prestigioso del partido blanco.

Se había propuesto salvar á su émulo y compatriota; al compañero de los campamentos y de los vivaques en los días de imperecederas glorias para el pueblo uruguayo; al fiel amigo que, en horas de infortunio, compartió los azares de la lucha armada para sostener bien alto el pabellón nacional.

Aparicio, jefe á la sazón de las partidas descubridoras pertenecientes al ejército de Urquiza, que se encontraban diseminadas por los montes donde ocurrió el heroico suceso, de contornos casi novelescos, ordenó á las fuerzas á que hemos hecho mención, que se retiraran varias cuadras del paraje donde él se encontraba.

No bien fué obedecida su indicación, cuando desmontó del caballo, y, apoyando uno de sus brazos en un viejo coronilla que tendía su ramaje hacia las aguas de una laguna, dirigió una mirada escudriñadora á la orilla opuesta y pronunció fuertemente el nombre de Castro.

El eco de su voz se perdió entre la espesura del bosque, sin obtener la menor respuesta; pero él, con el vehemente deseo de ser oído y de prestar ayuda al antiguo camarada, redobló sus llamados.

Convencido de lo ineficaz de sus esfuerzos, tendentes á dar con el hombre que buscaba, si no voceaba su nombre para hacerse conocer de Castro, apeló á lo que él creyera el último recurso, y exclamó con voz potente y estentórea:

—«¡Soy Timoteo Aparicio! ¡soy tu amigo de siempre!»

—«Para degollarme, como lo habrán hecho con mi hermano Antolin,» contestó una voz doliente, que parecía venir de la margen opuesta.

Á lo que replicó inmediatamente Aparicio:

—«Antes me degollarán á mí. Soy tu amigo leal. Mi propósito es salvarte. Á Antolín lo tengo prisionero.»

Castro, resignado ya á correr la peor de las suertes, lívido, exangüe, falto por completo de fuerzas para defenderse, se arrastró dificultosamente por el suelo, dejando un reguero de sangre, y se mantuvo grave y altanero, con la faz serena y la mirada tranquila, ante la ola de jinetes que en su busca se lanzó al caudaloso Río Negro.

Castro advirtió como en sueños, los menores detalles del hecho.

Nos olvidábamos decir que las incesantes lluvias, caídas los días anteriores, habían hecho desbordar la corriente del río.

Para vadearla se tenía que nadar un largo y peligroso trayecto.

Los jinetes la cruzan en medio del ruido ensordecedor causado por el resoplido de los caballos y el vocerío de la gente; trepan por los escarpados menos barrancosos; siguen el rastro y las pisadas del perseguido; y, entre el tropel de las caballerías, se escucha el grito de un lancero que, dirigiéndose al Capitán, exclama:—«¡Se ha ido, Capitán! Aquí no hay más que un charco de sangre;» mientras que otro de los soldados hacía una afirmación contraria.

Castro creyó llegada su última hora, y, en tal convencimiento, se aprestó á morir.

Morir peleando, al frente del enemigo y por una idea que conceptuaba generosa y elevada, fué en todos los momentos de su existencia la mayor de sus ambiciones, su ideal como prosélito de un partido y como soldado.

Supuso, aun contra las seguridades dadas por Aparicio, que su persona sería el blanco de crueles venganzas; suposición tanto más justificada, cuanto que en la brava refriega había logrado poner fuera de combate á varios de sus enemigos.

Quiso, por tanto, salir de incertidumbres, y para evitarles el trabajo de seguir buscándolo, se dirigió á ellos diciéndoles:—«Aquí estoy; ¡vengan, si se atreven!» sin soltar de la mano el filoso cuchillo que esgrimía como prenda segura de garantía personal.

El soldado José Ramos, que en épocas anteriores había sido peón de confianza del hombre que en aquellos instantes tan afanosamente se buscaba, fué el primero en encontrarse, cara á cara, con su antiguo protector. Á la vista de éste, sintió pesar profundo, motivado por el estado desesperante en que hallaba á uno de los hombres por quien sintiera mayores simpatías y del cual había sido perseguidor sin saberlo.

Sumamente conmovido, con lágrimas en los ojos, é impulsado por un sentimiento compasivo, se tiró de su caballo; y, enteramente resuelto á ampararlo, llamó á su Capitán, quien en seguida compareció, reflejando en su rostro el sentimiento que lo animaba y guardando *uno de esos silencios que sólo se hacen en derredor de los prodigios*, como diría Víctor Hugo.

Cuando Aparicio divisó á Castro, se dirigió corriendo hacia él; puso la mano sobre la frente de su amigo y le estrechó fuertemente entre sus brazos.

El diálogo que siguió á esta tocante escena y que puso en evidencia la generosidad que se alberga en el alma del paisano noble, fué escuchado por un centenar de individuos, deseosos de presenciar la entrevista de aquellos dos hombres, distanciados por las afecciones partidarias, pero unidos por los estrechos lazos de una vieja y leal amistad.

Aparicio, que había jurado salvar á su amigo Castro, cumplió su promesa.

CAPÍTULO IX

CASTRO HERIDO Y PRISIONERO. — ES PERDONADO POR URQUIZA, É INCORPORADO Á SU EJÉRCITO, LO ACOMPAÑA Á ENTRE-RÍOS.

Obra de una feliz coincidencia, congregábase, en horas tan solemnes para aquellos bravos, un grupo de paisanos que, aunque habituados á los espectáculos sangrientos de la guerra, profesaban el principio cristiano de estimar á los demás como á sí mismos.

Cuando Aparicio se decidió á vadear el río, en busca de Castro, dijo á sus soldados que podía acompañarlo todo el que tuviese algún vínculo de amistad con el citado oficial.

No eran, por cierto, pocas las vidas que Castro había salvado en diferentes ocasiones.

Entre esos hombres figuraban: José Ramos, su antiguo servidor; Aparicio, el compañero de los campamentos del año 1836; Inocencio Fernández, oficial conocido por *el Chaná*, que en los albores de su juventud le sirvió de asistente, y una docena de

gauchos que salvó de ser pasados por las armas, años atrás.

Tal era, por una rara combinación de la fortuna, el corro que rodeaba al herido.

Aparicio, invocando con mayor autoridad que los otros el título de amigo y *aparcero*, obtuvo la entrega del puñal que Castro conservaba aún, bajo el juramento, exigido por el rendido, de salvar la vida á su hermano Antolín.

Hecho esto, se preocuparon de la curación: lavaron sus heridas, y después de vendárselas como pudieron, colocaron al paciente en un poncho que, en forma de manta, era conducido por seis hombres que se turnaban de trecho en trecho. Abriéndose camino por la espesura del bosque, hicieron una travesía de varias cuadras, hasta detenerse en la cumbre de una loma, en cuyo punto, puesto de pie y apoyándose en el hombro de Aparicio, pudo Castro amortiguar en parte la sed que le devoraba, bebiendo el agua que uno de los soldados le brindó en una *guampa*.

Del sentimiento que experimentaba Aparicio, manifestado en su rostro, participaban sus acompañantes.

Una gravísima herida de lanza, recibida por Castro en la espalda, y en la que se notaban los movimientos de la respiración, y un balazo feroz que le había atravesado el cuerpo, produjeron tan abundante y copiosa hemorragia, que se creyó en un próximo desenlace fatal.

En el caballo de Aparicio, y con los más prolijos cuidados, fué colocado el herido, sostenido por dos

jinetes, apareados á un lado y otro del caballo, y por Aparicio, que había montado en ancas. Asi se marchó hasta la estancia de don Faustino Cardoso, distante próximamente una legua del *Puerto de Duarte*, en el Río Negro, punto donde se desarrolló el sangriento drama cuya reproducción escrita merecería los honores de otra pluma mejor cortada que la nuestra.

En el trayecto los alcanzó el Teniente Coronel Pedro Juan Benítez, jefe entonces del Regimiento á que pertenecía Aparicio como comandante de escuadrón, cuyo jefe ofreció á Castro sus buenos oficios para ante los jefes superiores del ejército.

Así que se llegó á la estancia precitada, se hizo uso de los recursos con que se contaba, para aliviar los terribles dolores del herido, y, en las primeras horas de la tarde, se dispuso la marcha en dirección al campamento del ejército del General Justo José de Urquiza, sobre las márgenes del arroyo *Tarariras*, afluente del Río Negro. Al anochecer llegaron á las cercanías de la estancia de don Manuel Cardozo, en cuyo establecimiento había dispuesto el Capitán Aparicio que se acampase, para descansar de las fatigas del día.

El Capitán Castro, rendido por los intensos dolores que le aquejaban, no pudo seguir la marcha. Pidió que se le desmontara, y fué Aparicio en persona quien lo bajó del caballo que montaba.

Los atroces sufrimientos de Castro, llevados al último extremo, le privaron del conocimiento, y cayó desvanecido en brazos de Aparicio. Éste creyó que aquel instante era el último de la existencia de

su amigo; pero felizmente aquello no fué más que un desmayo pasajero.

Castro volvió en sí minutos después, y la angustia que se había apoderado del ánimo de los que le rodeaban, desapareció, para ser reemplazada por la esperanza.

Emprendieron la marcha hasta llegar á la casa á que hemos hecho referencia en líneas anteriores, punto en el que rodearon á Castro de todas las comodidades de que podía disponerse en circunstancias tales, y le colocaron una guardia para garantizarlo de cualquier atentado de que pudiera ser víctima.

Juan Hermelo, Teniente Coronel entrerriano, jefe de uno de los regimientos de vanguardia de las columnas urquizistas, y de la intimidad de nuestro biografiado, se acercó al lecho del prisionero, y, con la espontaneidad y franqueza de un adversario generoso, le ofreció sus servicios de manera incondicional.

El jefe nombrado, de común acuerdo con el Capitán Aparicio, conduciendo como prisioneros de guerra al joven Antolín Castro y al sargento José López, compañero y correligionario del Capitán Castro, se apersonó al General Urquiza, con la resolución jurada de extremar los medios para conseguir á cualquier precio el propósito humanitario que perseguían él y sus camaradas, y que era el de salvar la vida á los prisioneros.

La tarea no dejaba de presentar serios inconvenientes.

En efecto, presentarse con un pedido de aquella

índole ante Urquiza, á quien proclamaba la fama, con razón, como el verdugo de los que aprisionaba en los campos de pelea, según lo testimoniaban innumerables antecedentes, equivalía, para la persona encargada de hacerlo, á un verdadero peligro, porque el caudillo entrerriano no sabía perdonar.

Á pesar de lo arriesgado de la solicitud, hubo quien la hiciera.

La vida de Antolín Castro, llena de hermosas promesas para la tierra que lo vió nacer, fué salvada. En ello no puso inconveniente alguno Urquiza.

Pero, desgraciadamente, no pasó lo mismo con la del infortunado sargento López, quien fué conducido á uno de los batallones del ejército para sufrir la pena del fusilamiento.

Sobre la suerte que correría el Capitán Castro, nada pudo por el momento saberse.

Los que gestionaban su salvación no se descorazonaron, á pesar de lo ambiguo de las manifestaciones del General en jefe.

Todo en ellos fué incertidumbre, duda, cavilación y desconfianza, hasta que la voluntad única que allí privaba, no puso de manifiesto su determinación.

Mientras esto sucedía, el Capitán Castro,—colocado bajo la vigilancia de una guardia al mando del Capitán Piedrabuena,—aunque atormentado por los agudos sufrimientos de sus heridas, resistía con estoica entereza la cura de primera intención, efectuada por una humanitaria mujer, madre del soldado José Ramos, que hacía las veces de curandera; quien, después de infinitos esfuerzos, pudo evitar la continua hemorragia y aminorar los grandes dolores del herido.

Á media noche del día 24 de Diciembre, llegó Hermelo á la estancia donde se encontraba Castro, de regreso del campamento de Urquiza. Manifestó al herido que Antolín estaba salvo y que su vida dependía de una conferencia que debía tener Enrique con Urquiza, en la mañana del día inmediato. La noticia auspiciosa comunicada por Hermelo, respecto á su hermano, influyó favorablemente en el corazón abatido de Castro. Por lo que á él le era personal, esperó resignado y altivo el fallo del capricho de un hombre acostumbrado á ser implacable con los vencidos.

Al rayar el día 25 llegó á las casas, con aspecto tranquilizador, un paisano de aire arrogante, de elevada talla, montado en un caballo de pelo oscuro. ¿Quién era? El Capitán Timoteo Aparicio, salvador del menor Castro, á cuyo hermano mayor iba á entregarlo, para que dispusiera de él como quisiese. Le expuso al Capitán Castro, entre otras cosas, que, con relación al sargento López, había sido de todo punto imposible obtener su salvación, puesto que Urquiza se había mantenido inflexible en la injusta condena de que había sido objeto aquel desgraciado.

Uno de los indicios favorables á una solución halagüeña para Castro, fué la orden impartida por el General Urquiza, de conducir cuidadosamente, en una carreta, al hospital del ejército, la persona objeto de estos apuntes.

Llegaron á la estancia de Marcos Leiva, casa de campo de primer orden, cerrada por un espacioso cerco de material. Dicho establecimiento de campo se hallaba situado en la costa del arroyo *Tarariras*,

y servía entonces de hospital general del ejército argentino.

Multitud de jefes, oficiales y tropa de uno de los cuarteles cercanos al lugar, acudieron, llevados por la curiosidad, á presenciar el arribo del *salvaje que traían con tanto miramiento*, según sus palabras más frecuentes (1).

En la estancia de Leiva se preparó una camilla, para facilitar la traslación de Castro de la carreta al interior del establecimiento.

Tocóle al doctor Donau, Cirujano Mayor del ejército de Urquiza, proceder al reconocimiento y curación de las heridas, lo que efectuó en el acto con suma prolijidad.

Á los pocos días, y cuando se acentuaba más y más la mejoría del herido, llegó el Mayor Murillo, edecán del General Urquiza, con el propósito de tomar á Castro las declaraciones de práctica en tales casos.

Le interrogó sobre el estado del ejército del General Rivera, su número, su armamento, sus caballa-

(1) Bien merece una breve explicación el vocablo *salvaje*, empleado con brutal intención hasta por los hombres dirigentes de la situación que tenía por jefe á Rosas. Este calificativo denigrante se aplicaba á todo un partido glorioso, en el que figuraban los hombres de los más grandes méritos y condiciones personales, y también los primeros, por su talento, por su patriotismo y por su saber, entre los de la América; patriotas identificados con la suerte y el destino de sus pueblos; consecuentes en la defensa heroica de las instituciones republicanas, y que, si se lanzaban á defender sus ideales en el estadio sangriento de la guerra, lo hacían movidos por las inspiraciones más nobles y más puras, pues buscaban el cese de las opresiones bochornosas, el fin de la odiosa tiranía y de las *mazorcadas* infamantes, el logro de las garantías individuales y sociales y el respeto para todos los derechos.

das, y sobre su mismo plan de operaciones, empleando en sus preguntas la mayor cortesía en el lenguaje y mucha habilidad en el interrogatorio.

Durante tres días, con ligeros intervalos, estuvo sometido á la prolija inquisición, de la cual nada se pudo obtener, por haberse limitado Castro á hacer declaraciones vagas, sobre tópicos generales, sin vacilar en sus contestaciones, que concordaban en todos sus relatos.

Como insistiera por cuarta vez el Mayor Murillo en querer sacar partido del prisionero, éste se encolerizó y contestó acremente al pesquisante en estos términos: —«No presto más declaraciones: bastan las ya dadas. Lo que tenía que decirle se lo he manifestado de una manera franca. Tenga la bondad de comunicar de mi parte al señor General Urquiza, que, si algo tiene que disponer respecto de mí, puede hacerlo, sin insistir sobre la situación en que se encuentra el ejército del General Rivera.»

El edecán Mayor Murillo y algunos de los individuos que fueron testigos presenciales de esta escena, en la seguridad de que el General Urquiza tomaría como una ofensa las palabras del prisionero, trataron por todos los medios de persuadir á Castro de que declarase al tenor de las preguntas que le hacía el jefe sumariante. No hubo argumentos suficientes que hicieran desistir á Castro de su irrevocable resolución.

El espíritu quisquilloso de Urquiza se enconó con tales nuevas, y éstas, una vez que se divulgaron, dieron pábulo á la creencia de que la causa de Castro estaba irremisiblemente perdida, por culpa de sus propias intemperancias.

Urquiza era de carácter irascible, de violentos estallidos; hombre que no admitía la más ligera observación á sus decisiones, y habituado á castigar faltas leves con la última pena: un verdadero Dracón. Era vengativo y sangriento; y en el caso que nos ocupa, con tanta mayor razón cuanto que se trataba de un adversario que prefería morir antes que ver humillada su altivez y su decoro personal.

Castro se había resignado á sufrir todas las consecuencias resultantes de su silencio respecto de Rivera y de su ejército.

El día de su última entrevista con el edecán Murillo, y en las horas finales de una tarde calurosa, entró de improviso á la habitación que él ocupaba, un sujeto de porte altivo y soberbio, de facciones viriles, de rostro curtido por los rigores del campo, de mirada profunda y escudriñadora, vestido de paisano, luciendo ancha divisa punzó en un sombrero negro (1).

Castro imaginó, en el primer momento, que el desconocido sería uno de los tantos jefes entrerrianos que venían continuamente á visitarlo; pero, como notase en el visitante ciertos rasgos peculiares que le eran conocidos por informaciones de sus camaradas, abrigó la sospecha de que se trataba de Urquiza en persona.

Éste, disimulando sus intenciones, tomó una silla, y, colocándola cerca de la cama en que estaba Cas-

(1) Todavía en aquel tiempo la divisa punzó era usada por los rosistas, pero no tardó en ser distintivo de libertad en los que la adoptaron hasta como nombre de su partido.

tro, le dirigió la palabra, haciéndole una serie de preguntas, relacionadas, unas, con las heridas que tenía, y, otras, con las visitas que había recibido desde que cayó prisionero.

Después de nombrar Castro, uno por uno, los individuos que habían estado á verlo, siguió al diálogo un silencio de algunos minutos, embarazoso para los interlocutores.

Mientras que la entrevista versó sobre asuntos generales, nada de nuevo se manifestó en el jefe entrerriano; pero, así que recayó la conversación sobre tópicos referentes al ejército riverista, fué su voz subiendo de tono, y su lenguaje se hizo amenazador.

El jefe incógnito quería, por lo visto, informarse de una manera cierta del número exacto de las fuerzas contrarias; y, para lograr su propósito y hacer caer al prisionero en la celada que le tendía, enumeró una por una las divisiones del ejército adverso. Castro, á su vez, sin desviarse ni un ápice de la norma de conducta que se había trazado, se limitó á repetir las mismas palabras que expresó al edecán Murillo, con un solo agregado: el número aproximado de las fuerzas nacionales.

Entonces Urquiza, sin poderse contener, en un acceso de cólera, le dijo:

—«¡Vd. miente!»

Castro, ante lo imprevisto de la ofensa, se incorporó en la cama, y violentamente contestó al apóstrofe del desconocido en estos términos:

—«¡Yo no miento...!» (y agregó una interjección enérgica.) Los que mienten son los que le han dado

los informes falsos que usted tiene. Yo expongo la verdad, porque estoy acostumbrado á decirla.»

Á lo que el primero replicó:

—«Usted es un altanero, y le voy á mandar pegar cuatro tiros!»

Estas últimas palabras las profirió enfurecido, levantándose de su asiento, amenazando con su látigo, la vista inyectada en sangre.

Castro no quería que terminase aquella malhadada entrevista sin descargar por completo sobre su desconocido visitante, quien quiera que fuese, todas las iras de su alma varonil, y, sin inmutarse ante el peligro, gritó más altanero que nunca:

—«Puede usted mandar cumplir su amenaza cuando guste. Ya sabía desde el primer momento de haber caído prisionero, que era ésa la suerte que me esperaba.»

Urquiza,—pues, como lo habrá supuesto el lector, era él el personaje desconocido,—no contestó: recorría con paso precipitado la pieza en la cual se paseaba, y cuyo silencio era sólo interrumpido por el ruido de sus pisadas.

De repente se sentó, y, golpeando una de sus botas con el látigo que empuñaba, clavó su mirada sobre el suelo, como embargado por un pensamiento dominante. Transcurridos algunos momentos, se encara con su interlocutor, y, bruscamente transformados el aspecto de su rostro y el tono de su voz, pregunta afablemente á Castro:

—«¿Dónde tiene usted más amigos: entre los que le rodean, ó en el ejército del General Rivera?»

La respuesta no se hizo esperar. Declaró sin am-

bages que todas sus afecciones más arraigadas estaban en las filas de los que peleaban por la libertad de su tierra, y que sus vínculos y sus servicios lo arrastraban á seguir las banderas del ejército nacional. Reconoció, no obstante, la generosidad de algunos de sus adversarios, y manifestó, con ingénita franqueza, que allí, en aquel campo, tenía enemigos políticos de los cuales había recibido la más grande de las demostraciones amistosas, y por los que sentía la mayor de las gratitudes.

Urquiza le interrogó por vez segunda:

—«¿El General Rivera es amigo suyo?

—«Sí, señor, respondió Castro; es amigo mío y de mi padre, y lo he servido en ese carácter y como correligionario político.»

Notó que esta última parte de su confesión produjo mal efecto en el ánimo de su visitante, y, para atenuarlo, añadió:

—«No por encontrarme en estas circunstancias, señor, ni en otras peores, si es posible, voy á negar la amistad y admiración que profeso al General Rivera.»

—«Sí, contestó Urquiza, el General Rivera es sólo amigo de su bien particular: es un explotador de su país. El verdadero amigo y jefe de los orientales es el General Oribe.»

Á lo que replicó Castro con viveza:

—«Mal puede ser jefe de los orientales quien ha invadido su propio país, con un ejército compuesto de soldados entrerrianos, porteños, cordobeses y de otras provincias argentinas. El verdadero jefe de los orientales es el General Rivera, que comanda cinco mil compatriotas.»

Como movido por un resorte, incorporóse Urquiza de su asiento con aire amenazador, y, más que proferidas, escupió estas palabras:

—«El General Rivera es un infame; y á usted, que es un fanático por él, lo voy á hacer matar!»

Castro, dueño de sí, tranquilo, valiente y arrogante en su actitud correcta, le dijo á Urquiza, desde su cama, cuando éste ya pisaba los umbrales de la puerta:

—«¡Qué me importa! Eso ya lo sabía, pues desde el momento que caí prisionero, no he contado con mi vida. ¡Lo que siento es no poderme parar, para que me maten como á hombre y no como á un cordero!»

Urquiza dió vuelta rápidamente y, dirigiendo la mirada á Castro, le preguntó si era capaz de profesarle á él tanta amistad como la que sentía por Rivera.

Con franqueza criolla, el prisionero le contestó:

—«Si me tiende una mano de amigo, y con la otra no me da una bofetada, en ese caso, sí, le seré consecuente y fiel.»

Entonces Urquiza, que cuando ofrecía su mano de amigo lo hacía de corazón, expuso á Castro que estaba dispuesto á servirlo. El prisionero le agradeció su manifestación, y, queriendo salir de dudas, le preguntó con quién tenía el honor de hablar.

Urquiza, sin titubear un instante, le dijo:

—«Con Justo José de Urquiza, Gobernador de Entre-Ríos y General de vanguardia de los tres ejércitos de operaciones;» y añadió, como para dar término á aquella entrevista:—«Desde este momento

está usted en plena libertad, y reconocido en el grado de Capitán del ejército puesto bajo mis órdenes.»

—«¡Gracias, General!, balbuceó Castro. Sabré corresponder á su generosidad.»

El Capitán Castro, ante la actitud espontánea y generosa de su adversario, se conmovió profundamente y guardó agradecimiento eterno á su salvador.

El tiempo había de confirmar con pruebas irrecusables, que las protestas de agradecimiento de Castro no eran una vana palabra. En el pecho del perdonado latía un corazón grato y noble.

¡Raras combinaciones de la suerte! Urquiza libraba en aquellos momentos de la muerte al hombre en quien más tarde depositaría mayor confianza, al que había de ser su amigo fiel hasta la tumba y el admirador sincero de su memoria.

Terminada la conferencia que tuvo con Castro, Urquiza, antes de retirarse al Cuartel General, llamó al doctor Donau y le dijo:

—«¡Salve usted la vida á ese oficial!»

El cirujano contestó:

—«Haré todo lo posible, señor General.»

Éste se encaró con el médico, y, sacudiendo su látigo, como para dar más fuerza á sus palabras, le replicó:

—«¡Sálvelo; porque si muere, lo enterraré á usted junto con él!»

Muchos oficiales se apersonaron entonces al herido para saludarlo y presentarle sus felicitaciones.

Se extrañaban de la resolución del General en Jefe, pues, según ellos, *era el primer salvaje to-*

mado prisionero que se había salvado en aquella campaña.

Al día siguiente de la entrevista, un ayudante del General Urquiza entregaba á Castro un uniforme de Capitán y le daba lectura de la orden general de ese día, por la cual quedaba reconocido en tal grado en el ejército.

Á las tres de la tarde llegó Urquiza adonde estaba Castro, con el objeto de cerciorarse personalmente del estado de su salud, y por espacio de un mes le hizo diariamente sus visitas. No queremos entrar en comentarios: preferimos que el lector los haga. En estos ligeros apuntes nos limitamos á poner de relieve los hechos principales de la vida de un veterano, con todos los detalles que nos ha sido posible obtener; hechos que pueden figurar, según nuestra humilde opinión, entre los más notables episodios acaecidos en nuestras contiendas armadas.

El ejército del General Urquiza levantó su campamento de la costa de *Las Tarariras*, y marchó en dirección á la costa del Yí.

Se había proporcionado una carretilla al enfermo para hacerle menos penoso el viaje; medida ésta que no dió el resultado que se tenía en vista, porque el movimiento del vehículo producía al herido abundante hemorragia.

Consultado el doctor Donau, resolvió éste que Castro hiciera el viaje á caballo. Así lo efectuó, hasta el punto en que hizo alto el ejército para acampar. En el paraje elegido se permaneció un mes.

Entonces dispuso Urquiza que el doctor Donau,

con los enfermos que el ejército llevaba, marchase al Durazno, pueblo guarnecido á la sazón por fuerzas oribistas y donde era más fácil el cuidado y la curación de los heridos.

Al toque de diana de la mañana siguiente, poníase en marcha el ejército en dirección al Yí; mientras el convoy de enfermos y heridos, suficientemente custodiado, costeaba el citado río, corriente abajo, para llegar cuatro días después al Durazno. Castro iba en ese convoy y permaneció unos meses en el pueblo (1).

El jefe de la guarnición del Durazno, que lo era el Teniente Coronel don Guillermo Muñoz, recibió orden de Urquiza de custodiar los enfermos orientales y de mandarle los argentinos; pues, como ya había dispuesto marchar para Entre-Ríos, quiso conducirlos á su tierra natal, como retribución debida á sus compatriotas por los servicios prestados en esa campaña.

El Comandante Muñoz ordenó á Castro que separara los orientales que hubiese en el hospital, á cuyo mandato Castro dió cumplimiento; y así que llegó á presencia del jefe, para dar cuenta de la comisión cumplida, solicitó de éste el correspondiente permiso, para él y su hermano Antolín, á fin de pasar hasta el punto en que estaba acampado el General Urquiza con su ejército, para despedirse y expresarle de nuevo su reconocimiento.

Obtenido el consentimiento, emprendió marcha

(1) Éste es el motivo porque Castro no pudo figurar en la sangrienta batalla de *India Muerta*, librada en Marzo de ese año (45), á pesar de las afirmaciones verbales que corren sobre el particular.

en dirección á la costa del Río Negro, una expedición compuesta de todos los argentinos que existían en el hospital, inclusos el Capitán Castro y el doctor Donau.

Un día después presentábanse en el campamento del General Urquiza, establecido por entonces en el *Paso de los Toros*. Una vez allí, Castro y el médico Donau dirigiéronse á la carpa del caudillo entrerriano, al mismo tiempo que éste la abandonaba para ir á recibir con los brazos abiertos á Castro. El General Urquiza, así que lo vió, le dijo:

—«No esperaba verlo por acá.»

Castro respondió:

—«Aunque sin la venia del señor General, vengo á saludarlo y á reclamarle el cumplimiento de su promesa.»

Urquiza no recordaba en aquel momento la promesa á que Castro aludía. Averiguó por el mismo interesado, qué clase de trato se le había dado, durante su estadía, en el hospital de sangre. Entonces el doctor Donau, que había permanecido en silencio, dirigiéndose al General Urquiza, le dijo:

—«Vengo á que revoque mi sentencia de muerte. Aquí está el Capitán Castro convaleciente.»

El General festejó la ocurrencia de su médico de confianza, y, transcurridos algunos instantes, pasó revista á los heridos que estaban bajo el cuidado del doctor Donau.

Luego dijo al Capitán Castro y al doctor Donau:

—«Ustedes quedarán aquí; los tendré de huéspedes.»

Veinticuatro horas después, rompió marcha el

ejército, y, hechas algunas jornadas, fué á acampar á la costa del arroyo de los *Guayabos*, en cuyo punto dispuso que Castro quedase bajo sus inmediatas órdenes, demostrándole así, una vez más, la confianza que le inspiraba y que constituía un nuevo lazo de unión entre la nobleza del protegido y la generosidad del protector.

Castro aprovechó la oportunidad propicia que se le presentaba. Le recordó que, cuando lo puso en libertad, le había ofrecido darlo de alta en su grado de Capitán y honrarlo con su amistad; y que él, agradeciendo una cosa y otra, había aceptado su espontánea oferta, á condición de que no lo hiciera pelear contra sus compañeros de causa, porque esto constituiría para su conciencia un crimen; sería traición que jamás podría hacer á sus correligionarios.

Pidióle, en consecuencia, que no lo dejara en su patria, porque no serviría con los blancos, sus enemigos tradicionales, contra quienes tanto había combatido y contra los cuales siempre combatiría; considerando en cambio un deber moral seguirlo á la Argentina y acompañarlo en la defensa de su causa.

El General Urquiza no aceptó de buen grado las francas y sinceras manifestaciones del Capitán Castro, quien obraba con arreglo á lo que conceptuaba un deber elemental de compañerismo y de consecuencia política.

Insistiendo en sus propósitos, dijo á Castro:

—«Usted quedará en su tierra; lo recomendaré al General Oribe; él lo hará respetar, y será más útil entre sus paisanos que en tierra extranjera.»

El Capitán Castro acató á medias las indicaciones que se le hicieron, pues manifestó á Urquiza que cumpliría su orden de permanecer en el país, pero que, en cuanto á servir con Oribe, no se avenía, por las poderosas razones invocadas.

El Teniente Federico Álvarez, que había estrechado amistad con Castro durante el período que éste permaneció en el hospital, y que pudo escuchar parte de la conversación mantenida entre el oficial oriental y el jefe entrerriano, dirigiéndose á este último, dijo:

—«Poco valgo, General: soy muy insignificante; pero me atrevo á pedirle que lleve consigo al Capitán Castro, en quien tendremos un amigo útil y un compañero fiel.»

El General Urquiza, sonriéndose, exclamó en tono de broma:

—«¡Ya veo que un *salvaje* me está ganando mis primeros federales!»

Y preguntó á Álvarez:

—«¿Es tu amigo?»

—«Desde que cayó prisionero fuí uno de sus amigos, y lo seré siempre,» contestó Álvarez.

Entonces el General Urquiza replicó:

—«Hasta aquí me ha demostrado Castro que es hombre de bien y patriota. Me lo llevo; lo he estado embromando para tener el gusto de oirlo.»

El ejército levantó su campamento de los *Guayabos*, marchó durante dos días, é hizo alto en la costa del río *Queguay*.

Transcurridos ocho días, acampó el ejército en la costa del *Daimán*.

Desde el *Daimán* desprendió Urquiza algunas divisiones, con la consigna de sitiar la ciudad del Salto, mientras el resto del ejército establecía un nuevo campamento en las puntas del arroyo *Ceibal*.

El sitio duró de diez á doce días, sosteniendo las fuerzas de la plaza, mandadas por el célebre Garibaldi, algunos combates parciales con la vanguardia del ejército urquizista, al que obligaron á retirarse rumbo Uruguay arriba.

Este ejército vadeó el citado río el 23 de Diciembre de 1845, á la altura de la *Isla del Herrero*.

Desde esta fecha, el Capitán Enrique Castro va á actuar en las contiendas que se desarrollan en tierra extraña, llevado por lo que él creía el cumplimiento de un deber, y también por la risueña esperanza, que siempre acarició, de coadyuvar en día no lejano y con fuerzas propias, á la soñada reconstitución de los gobiernos libres de su país, la obra que llevaría á la práctica el glorioso Partido Colorado.

Correspóndenos estudiar ahora, en consecuencia, la participación que tuvo Castro en los sucesos de la República Argentina, para patentizar los meritorios y dilatados servicios prestados á aquella nación.

En tierra extraña confirmó el buen nombre de que gozaba entre sus paisanos, con hechos que no desdicen en lo más mínimo de la conducta honesta y plausible observada en su tierra.

Á nuestro juicio, la causa á que se plegaba no era legítima. Toda cooperación en favor de don Juan Manuel Rosas y su sistema, aunque fuera indirecta,

importaba una ofensa á la civilización, un atentado á la libertad, una violación de los más sagrados derechos, un insulto á la humanidad entera.

La conciencia honrada de Enrique Castro no alcanzó á comprenderlo así; y, por seguir á un hombre, por pagar un tributo de gratitud, por respetar la palabra empeñada, contribuyó al sostenimiento de la funesta dominación rosista; pero acaso creyó que sirviendo á un jefe que estaba lejos del tirano y que tenía una relativa independencia en la región de su dominio, no perjudicaba á sus compatriotas ni á la causa de la libertad unificada con su partido, y que pasaba en aquellos momentos por un trance tan duro, que hasta hacía desesperar de su suerte.

Los hechos posteriores justificaron, por otra parte, su conducta: Urquiza se levantó contra Rosas acompañando la acción conjunta del Partido Colorado y del Brasil, y Castro volvió á servir la gran causa, compartiendo la gloria de la gran jornada de Caseros. Las campañas posteriores, en los conflictos á que dió lugar la definitiva organización de la Confederación Argentina, le sirvieron también para acrecentar su prestigio y completar sus conocimientos y experiencia militar, con cuyo caudal, y aparte de otros no menos valiosos, que á su tiempo mencionaremos, se incorporó activamente á su partido en la gran campaña reivindicadora que debía restablecer su predominio en todo el tercio final del siglo XIX y más allá.

CAPÍTULO X

CAMPAÑAS EN CORRIENTES.—URQUIZA PONE Á CASTRO AL FRENTE DE SU ESCOLTA.—ACCIONES DIVERSAS.

Vamos á narrar ahora sucesos que ocurrieron en territorio argentino y en que tomó parte nuestro biografiado.

En la tarde del día 23 de Diciembre de 1845, las fuertes columnas del ejército del General Urquiza marchaban por territorio entrerriano, rumbo á la ciudad de Concordia, hasta que acamparon en la costa del arroyo *Yuquerí Grande*.

Se mantuvo en este punto los días necesarios para terminar los aprestos bélicos y dar comienzo á la campaña que se iba á efectuar contra el ejército aliado correntino-paraguayo, al mando de los Generales Francisco Solano López y José María Paz, el insigne estratégico del Río de la Plata, el bravo Comandante militar de la Defensa de Montevideo, de quien ha dicho con razón el General Mitre, que *era la capacidad militar más vasta de la América del Sud* (1).

(1) BARTOLOMÉ MITRE: *Arengas*, pág. 116.

Fuerzas procedentes del Paraná y de otros departamentos de Entre-Ríos fueron incorporándose sucesivamente, y el 1.° de Enero de 1846 el ejército entrerriano marchó en dirección á la Provincia de Corrientes, con el objeto de abrir las hostilidades contra el ejército enemigo aliado, formado de correntinos y paraguayos, bajo el mando de los dos citados generales.

Castro fué nombrado jefe de la escolta de Urquiza en el campamento del Yuquerí Grande; cargo altamente honroso y excepcional, si no se olvidan las desfavorables circunstancias en que se encontraba Castro para merecer puesto tan delicado, por su carácter de prisionero, por pertenecer á distinta comunidad política y por la diferencia de nacionalidad.

Nos inclinamos á creer que el General Urquiza, antes de dar tal paso, reconoció sobresalientes cualidades y aptitudes en Castro, las que ejercieron influencia decisiva en la resolución adoptada por el caudillo.

Castro, convaleciente aún de sus heridas, sólo podía caminar con el auxilio de una muleta.

El ejército, después de algunas jornadas de marcha, acampó en la costa del arroyo *Mandisoví Grande*, en cuyo paraje se recibieron nuevas incorporaciones.

Se le dió cuenta á Urquiza de que en las fracciones incorporadas figuraban sesenta individuos, en su mayoría criminales.

Sometidos á la correspondiente identificación, se justificó la presencia de cinco individuos coautores en el asesinato de don Cipriano de Urquiza, hermano

del General, los que fueron separados y remitidos, por orden expresa del generalísimo, al «Batallón Entre-Ríos», para ser inmediatamente ejecutados.

No sucedió igual cosa con dos jóvenes entrerrianos, de diez y ocho á veinte años de edad, que acusados de bandoleros, habían sido condenados á sufrir la última pena. Estos jóvenes tuvieron su salvador en el jefe de la Escolta de Urquiza.

La denuncia que se hizo contra los dos jóvenes, respondía, según el sentir de Castro, más al apasionamiento de sus delatores, que á la verdad y justicia de los cargos. Conceptuándolo así, resolvió pedir la conmutación de la pena, y, al efecto, empeñóse con los jefes de más alta graduación, entre cuyo número se contaban sus amigos los Tenientes Coroneles Hermelo y Juan Luis González.

Á la indicación de Castro, dichos jefes contestaron:

—«Pida usted por ellos al General, porque á nosotros no nos hace caso.»

Y agregó un Teniente apellidado Navarro, que allí se encontraba en ese momento:

—«Tiene pena de muerte, Capitán, el que pida por los reos.»

Á cuya advertencia contestó Castro con esta magnífica frase:

—«Poco da: yo debo mi vida á un entrerriano; saldré ganancioso si la pierdo por dos.»

Castro, efectivamente, pidió á Urquiza la salvación de los reos.

Dicho jefe, mirando fijo al peticionario, como si pretendiera penetrar sus intenciones, exclamó:

—«¿Los quiere?»

—«Sí, señor General,» contestó aquél.

Entonces Urquiza dijo:

—«Pues hágalos volver, y ya que es tan amigo de bandidos, desde que viene á interceder por la vida de ellos, hágase cargo de todos esos facinerosos.»

—«Gracias, General,» replicó Castro.

Dió media vuelta, y, haciendo un esfuerzo con su muleta para alcanzar al oficial que conducía á los reos, le gritó:

—«¡Haga alto!»

Advirtiendo Urquiza los esfuerzos que hacía Castro para que el oficial lo oyera, mandó á su ayudante Vera á comunicar la contraorden.

Acercóse Castro al pelotón, y después de participar al oficial la resolución de Urquiza, por la que se dictaba la libertad de los presos Raimundo Matos é Hilarión Galeano, que así se llamaban los dos jóvenes, invocando orden superior, les hizo desatar las ligaduras que oprimían sus brazos, y les dijo:

—«Vengan conmigo á darle las gracias al General Urquiza, que les ha salvado la vida.»

Igual cosa hizo con los demás presos, á quienes llevó á presencia del General, recabando el permiso necesario para que aquellos hombres le expresaran su agradecimiento por su magnanimidad.

Pero fué en vano. Urquiza se negó, diciendo que no quería recibir las gracias de bandidos.

—«La vida se la deben á usted,» dijo, dirigiéndose á Castro.

Y agregó:

—«¡Ya verá el pago que le van á dar! Pero desde ahora lo faculto para poder castigar y hasta matar á cualquiera de ellos, sin darme cuenta.»

Castro preguntó á su jefe á qué cuerpos destinaba los absueltos.

Y Urquiza le contestó:

—«Se los he entregado á usted para que haga lo que quiera de ellos. Sáqueme de la vista, cuanto antes, á esos bandidos!»

Marchó Castro con ellos; les repartió sus correspondientes uniformes, y formó ese mismo día una compañía de cuarenta y nueve plazas, con cuatro sargentos de toda su confianza, la que agregó á su escolta.

De la buena organización que imprimió á aquella tropa indisciplinada, pudo dar fe más tarde el empuje bravío de sus cargas, en las horas difíciles de la prueba y en los vaivenes agitados de la acción...

Castro reunía y acredita bien en esa época, todos los atributos de ese tipo valeroso en la arremetida, impetuoso y sagaz en la contienda, animoso y entero en el peligro, caballeresco después del triunfo.

Era también hombre tan excepcional, que se pasaba semanas enteras en los bosques de Entre-Ríos cazando tigres, para adornar con sus cueros los petos imponentes que usaban en sus casacas los bravos soldados de la tradicional escolta de Urquiza.

Era, en fin, un completo modelo del gaúcho, de ese gaúcho que con mano maestra supo diseñar el talentoso Juan Carlos Gómez, cuando dijo: «El gaúcho se va. Es una raza de centauros que desaparece. Hay en ellos grandes cualidades, grandes pasiones, originalidades características, costumbres pintorescas, abundantes materiales para la poesía...

. . . .

caballeresco y aventurero (el gaúcho), abrevaba su caballo en los torrentes de la cordillera, arrollaba en los desfiladeros los tercios de Bailén y de Talavera, salvaba la democracia con Artigas, se encaramaba en la tiranía con Rosas, y ha ido rodando en una ola de sangre hacia el mar de la nada... »

Desde la costa de *Mandisovi Grande*, marchó el ejército á establecer su campamento en el paraje conocido por *Trocito*, en donde dispuso el General Urquiza que el Capitán Castro se pusiera bajo las órdenes del Teniente Coronel Verón, comandante en jefe de la «División correntina», compuesta toda ella de gente voluntaria y decidida.

Fué destinado Castro para dirigir el delicado servicio de avanzada, tan en armonía con sus raras dotes de activo guerrillero, y en el que tanto éxito alcanzó en su país, bajo la dirección magistral de Rivera.

Llegado el ejército á las puntas del arroyo de las *Tunas*, desprendió Castro una descubierta á vanguardia, compuesta toda ella de hombres conocedores del terreno, prácticos y audaces; los cuales no tardaron mucho en comunicarle la situación del enemigo.

Un sargento de apellido Verón, como su jefe, le comunicó parte cierto sobre una guerrilla enemiga que merodeaba por la *Tapera de Casco*, á cuya partida pensaba Verón sorprender, y para lo cual pedía algunos hombres de refuerzo.

Castro se limitó á trasmitir el parte á su superior, y éste le concedió amplias facultades para obrar.

El oficial oriental, sin detenerse un solo momento,

ordenó á su gente que ensillase de inmediato. Casi al mismo tiempo, notaba el arribo del sargento Verón, el cual traía informes fidedignos respecto de la posición que tenía la partida enemiga y el modo más fácil de sorprenderla.

Se dispuso que una compañía, guiada por Verón, y al mando de un Capitán de nombre Celestino, marchase á vanguardia, protegida, á su vez, por Castro, que ocultaba su fuerza en un monte cercano.

Llegado éste próximo al sitio del avance, mandó hacer alto y echar pie á tierra, á fin de arreglar los recados, como para entrar en pelea, y colocó un vigía en lo alto de un copudo árbol, para que avisara el momento en que la compañía de vanguardia entraba en una abra que salía del monte, en dirección á la tapera. De esa manera estaba en aptitud de prestar la protección debida cuando las circunstancias lo reclamasen.

Anunciar la aparición de la compañía en la orilla del bosque, sentirse los primeros tiros, é iniciar Castro con su tropa el ataque, fué todo obra de un instante.

Los enemigos, fuertemente atrincherados en la *Tapera de Casco*, hacían un fuego tan recio, que era casi imposible pretender tomar sus posiciones. Nuestro biografiado hace desmontar su gente y la guarece detrás de un guardapatio, para hacer uso del arma blanca en el momento propicio, al mismo tiempo que un Alférez, Petronilo Acevedo, ganaba terreno con media compañía, para cubrir el lado izquierdo de la línea de Castro. Éste ordenó á esa tropa que desmontase y defendiese la parte del cerco

descubierta que rodeaba el patio; pero algunos soldados, ya porque no oyeran la orden, ya por hacer alarde de un valor temerario, entraron á caballo dentro del patio de la casa. El oficial sitiado, en compañía de dos soldados de su confianza, se presenta de improviso en el patio, y con suma decisión emprende con los sitiadores una violenta disputa del terreno, que da por resultado la muerte de cuatro combatientes, dos de cada parte. El valeroso oficial se reconcentra de nuevo dentro de la casa, porque, como queda dicho, sus dos soldados quedaron tendidos en la refriega, y, sin ceder el terreno, aviva el fuego de su tropa, la proclama y la incita al sacrificio antes que rendir sus armas.

El Capitán Castro, justo apreciador de la heroicidad de su adversario, dió la voz de: *¡alto el fuego!* y lo exhorta á que se rinda, bajo condición del respeto absoluto de su vida y de la de sus subalternos.

Nada pudo torcer la resolución irrevocable del oficial, que, en un último empuje, abrióse camino por entre los soldados de Castro, hiriendo á algunos de ellos y peleando en retirada contra un grupo de doce hombres que le seguían encarnizadamente, hasta que logró refugiarse en un espeso monte, inmediato al campo de la lid.

Entretanto, el Capitán Castro se propuso y llevó á cabo la rendición de los treinta y cinco combatientes que quedaron sosteniendo las posiciones; recogió los muertos y heridos, haciendo entrega de los últimos al Capitán Celestino, y partió acompañado de su asistente, para proteger al oficial perseguido, en caso de encontrarlo.

Alcanzó al grupo perseguidor á las pocas cuadras; hizo suspender el fuego, y, habiendo hallado al oficial, mantuvo con él el siguiente diálogo:

—«¡Ríndase, que lo salvo!»

—«Soy entrerriano, y á correntinos no me rindo. Prefiero morir peleando.»

—«Yo soy oriental: he sido prisionero, como usted va á serlo; tenga confianza en mi palabra: yo jamás me he manchado, ni me mancharé con sangre de prisioneros, y menos con sangre de valientes.»

Lo que no habían podido obtener el plomo y el acero, la violencia y la amenaza, contra un hombre de corazón bien puesto, lo consiguió la palabra honrada que brotaba de otro corazón no menos templado y generoso.

El oficial creyó en la promesa de Castro. Salió de su escondite y, así que avanzó unos pasos al frente, clavó su lanza y manifestó á Castro la resolución de rendirse, siempre que no fuera á sus paisanos, por quienes sentía profundo odio.

La fatalidad lo perseguía. Apenas profirió aquellas palabras, cuando inopinadamente se presenta el Mayor Aguilar con una sección de tiradores, y, á la voz de *¡pie á tierra!*, *¡fuego!*, cae bañado en sangre el valeroso entrerriano.

Castro apenas tuvo tiempo de gritarles:

—«¡No tiren sobre un prisionero!»

El hecho brutal estaba desgraciadamente consumado. Penosamente afectado Castro por el sangriento desenlace de aquel episodio, tomó su lanza, y dirigiéndose á Aguilar, le enrostró el hecho indigno que acababa de cometer en la persona de

Lázaro Casco, como así se llamaba el muerto, y que era propietario, además, del terreno en el cual quedó tendido.

Aguilar, para disculparse de los cargos que le hacía Castro, adujo la razón de no haber oído sus indicaciones.

De regreso Castro para ponerse al frente de su tropa, se encontró con los Capitanes Celestino y Pedro Mendieta, á quienes narró lo sucedido minutos antes.

Los referidos oficiales condenaron la conducta de Aguilar, y agregaron que el proceder del matador guardaba relación con el observado por el mismo con los prisioneros indefensos tomados en la casa atrincherada.

El hecho que narramos terminó con el auxilio que Castro prestó á los heridos. Marchó con ellos y con los prisioneros al punto que se le había designado, y dió el parte de lo acaecido al Comandante Verón, el cual ordenó la inmediata remisión de los elementos tomados en la refriega.

El asalto á la *Tapera de Casco*, efectuado el 12 de Enero de 1846, es el primer suceso de guerra, en territorio argentino, en que el Capitán Castro demostró las buenas dotes que le adornaban como soldado experto, valiente y humano.

El 13 de Enero fué relevado Castro del penoso servicio de avanzada, regresando al ejército, acampado á la sazón en los sangrientos campos de *Pago Largo;* y así que llegó á él, fué llamado por el General en Jefe para ser interrogado.

Urquiza, informado por el Comandante Verón y

por los mismos prisioneros, de todo lo sucedido, teniendo en su poder el parte que se le elevó, y en presencia de Verón, Aguilar y otros jefes y oficiales, le dijo á Castro:

—«¿Cómo le ha ido? ¿Qué ha hecho?»

Á lo que el interrogado contestó:

—«He pasado el parte á mi jefe, el Comandante Verón, por quien se habrá informado el señor General de todo lo ocurrido en la *Tapera de Casco.*»

Urquiza sacó entonces de uno de sus bolsillos el parte, y lo leyó.

De él se desprendía que el héroe de la jornada había sido el Mayor Aguilar.

Sólo él había desalojado al enemigo de las posiciones; sólo él había tomado los prisioneros; sólo él había dado el triunfo á las armas entrerrianas.

Entonces Castro comprendió que se había falseado torpemente la verdad. El documento real había desaparecido, siendo sustituído por uno que se le remitió al General.

Urquiza volvió á interrogarle en esta forma:

—«¿Es éste el parte que usted pasó al Comandante Verón?»

Castro contestó:

—«Se ha omitido en ese parte, por olvido involuntario, seguramente, el darle cuenta de los tres muertos y once heridos que ha tenido su escolta, señor General.»

Entonces Urquiza, encolerizado y con ademanes violentos, dirigióse á Verón y á Aguilar, diciéndoles:

—«He de castigar severamente á los falseadores de la verdad, á los falsificadores de partes; pues si

quieren glorias, que las ganen lealmente. Comandante Verón y Mayor Aguilar: preséntense presos al «Batallón Entre-Ríos!»

Algunas horas después de ocurrido lo que antecede, Urquiza accedió al pedido de Castro acerca de la libertad de los jefes detenidos. Ello prueba la alta estima de que gozaba Castro.

Urquiza había accedido, sin embargo, diciéndole al peticionario lo siguiente:

—«Disponga usted de ellos; pero hágales saber que les ordeno que no se me presenten á darme las gracias, pues no quiero verlos.»

La orden se cumplió, pasando los jefes á sus respectivos cuerpos.

En la campaña denominada del *Ibajay*, y desde que ella dió principio con la marcha hacia Corrientes, Castro figuró en primera fila en las avanzadas.

Castro y Verón, llamados por el general expedicionario, recibieron orden de hacer las marchas nocturnas, para aproximarse sin ser sentidos al campamento de *Villanueva*, en donde se encontraba el ejército enemigo, mandado por el General don Juan Madariaga. Urquiza facultó á Castro para que tomase todas las iniciativas que conceptuara conducentes al mejor logro de la expedición, sin previa consulta al superior.

Castro, encargado por Verón del servicio de vanguardia en los puestos avanzados, designó como baqueanos á dos Tenientes, los hermanos Reguera.

Una de las partidas encomendadas á estos oficiales descubrió el ejército acampado en *Villanueva*, y en sus inmediaciones una fuerza, cuyo número ex-

cedía de 1000 hombres, tendida en línea de batalla. Castro puso en conocimiento de Verón la existencia de la tropa enemiga, y como este jefe no se considerara en aptitud de tomar una resolución por sí solo, vista la diferencia numérica de su división comparada con la del enemigo, reunió en consejo á sus oficiales subalternos, quienes en su mayoría optaron por la retirada, desde que su misión se reducía exclusivamente á descubrir al enemigo. Únicamente Castro se opuso al temperamento adoptado, arguyendo que su deber consistía en mantenerse en observación del adversario. Como se desprendiera de éste un grupo explorador de soldados, Castro, secundado por los Mayores Juan Martínez y un Suárez, y con la venia de Verón, lo corrió hasta hacerlo repasar un arroyo situado á su espalda.

En lo mejor de la persecución, Castro y sus compañeros notaron, hacia su lado derecho y como á media legua, la presencia de dos escuadrones con guerrillas tendidas, mandados por el Sargento Mayor Martínez, de la división Urdinarrain, y que pertenecían al ejército del General Urquiza.

Alentado Castro con este contingente inesperado, hizo avanzar sus tiradores sobre la línea enemiga, al mando del Coronel Nicanor Cáceres, quien, como se deja consignado en líneas anteriores, había hecho formar sus tropas en batalla en las cercanías de *Villanueva*. Como estas tropas retrocedieran, las mandadas por Castro y por Martínez, de acuerdo, las escopetearon en un trayecto de tres leguas, causándoles algunas bajas. Cesó la persecución por haber acampado la tropa urquizista en la margen

del arroyo *La Osamenta*, desde cuyo paraje Martínez y Castro dieron cuenta á sus respectivos superiores del éxito alcanzado.

Después de lo que antecede, se reincorporaron al ejército, conduciendo los heridos de una y otra parte, y los prisioneros hechos á Cáceres. Estrenáronse en este episodio, conduciéndose bizarramente, los *niños criollos de Mandisovi*, como así llamaba Urquiza á los cuarenta y nueve criminales por cuya vida Castro intercedió, y que, cedidos por el General á su subalterno, en la costa del arroyo del mismo nombre, habían ingresado en la escolta mandada por Castro.

Reanudada la marcha por el ejército, éste se internó en Corrientes, en dirección á *Santa Lucía*, á cuyo destino llegó después de una jornada de tres días. Por orden de Urquiza, Castro estaba encargado de cubrir la retaguardia del ejército con los 280 hombres puestos bajo su dirección, y á fin de contrarrestar los avances de una fuerza de 200 enemigos, mandados por *Los Mellizos*, jefes de nombradía del ejército contrario.

En el desempeño de esta comisión, Castro dió con el cuerpo de ejército del General Garzón, fuerte y de las tres armas, el cual secundaba los planes de Urquiza. Tuvo con igual motivo, un ligero choque con la gente acaudillada por *Los Mellizos*, á la que causó algunos destrozos.

Consumado este hecho, Castro se separó del ejército de Garzón y se incorporó al de Urquiza.

Á los pocos días de lo que queda referido, se produjo un choque entre fuerzas de la vanguardia del

ejército de Madariaga y la 5.ª división mandada por el Comandante Moreno, al que derrotaron en el *Bañado de Corá-Guazú.*

Urquiza, indignado por la conducta cobarde de Moreno, reforzó las tropas y las hizo avanzar contra el enemigo, cuyas guerrillas estaban bajo las órdenes del entonces Comandante Manuel Hornos, una de las figuras más descollantes de las milicias argentinas. Este jefe, adelantándose, preguntó en alta voz á los primeros atacantes, quién era el jefe del regimiento de avanzada, y, como se le contestase que era el Capitán Enrique Castro, pidió hablar con él.

No bien divisó á Castro, le gritó:

—«¿Es posible, compañero, que esté peleando en las filas de Urquiza?»

—«Sí, contestó Castro; es mi gratitud lo que me mueve á ello.»

El encuentro producido por el choque de los beligerantes fué de resultados desfavorables para las tropas aliadas de correntinos y paraguayos. La derrota se inició con el desbande de las guerrillas, que cedieron al empuje de la gente capitaneada por Castro, y especialmente del Regimiento Escolta, cuyo comportamiento fué memorable en esta acción, por haber hecho prisionero al General don Juan Madariaga, jefe de la vanguardia del ejército aliado. Una rodada del caballo que montaba aquél, le hizo caer en manos de sus enemigos. Abandonado por sus soldados, que se dispersaron cobardemente, cayó en poder de Castro, cuyas tropas eran considerablemente inferiores en número á las de sus adversarios. Castro

hizo entrega del general prisionero á su superior, el Comandante don José Virasoro, quien lo condujo á presencia de Urquiza.

De una relación dejada por el General Castro y recogida piadosamente por su digno hijo el señor Juan José Castro, reproducimos los siguientes párrafos, á propósito del interesante episodio de que nos venimos ocupando:

«El General Urquiza lo recibió muy bien, con sumo amabilidad. Le preguntó:—¿Cómo lo han tratado mis soldados, señor General Madariaga? Á lo que el interrogado contestó:—Muy bien, señor General Urquiza, porque he tenido la suerte de caer en poder de guerreros valientes y generosos, que me han conducido hasta su presencia con toda clase de consideraciones. Estoy, pues, aquí ahora entregado á la generosidad de V. E. Urquiza le mandó tomar asiento.

«El Comandante José Virasoro, dirigiéndose al General, se expresó en estos términos:—Señor General Urquiza: en mi nombre, en el de mi hermano el Coronel Benjamín Virasoro, y en el de todos los jefes y oficiales correntinos que están bajo sus órdenes, pido á V. E. por la vida de este general correntino. El General Urquiza le contestó:—Ya ha salvado de entre las garras de Vds. ¡Qué más hay que esperar! Yo no he venido á destruir el pueblo correntino, sino á pelear al ejército que comandan los Generales Paz y Solano López, que han invadido nuestro territorio, trayendo la mayor inquietud á todas partes. Puede estar tranquilo, señor Comandante Virasoro, y diga de mi parte á su hermano el Coronel y á los

demás jefes y oficiales correntinos á mis órdenes, que la vida del General Madariaga está garantida por el honor militar. Nos ordenó luego que nos retiráramos y quedó solo con el general prisionero.

«El combate y persecución en que fué tomado prisionero el General Madariaga, tuvo lugar el día 4 de Febrero de 1846.

«Como á la hora, Urquiza me hizo llamar, para pedirme que llevara á su presencia otro prisionero de que le había hablado. Ese prisionero era un sargento de la escolta del General Madariaga, que había peleado valerosamente en un trayecto de más de diez cuadras. Una vez que se rindió, se lo mandé con un ayudante al General Urquiza, pidiéndole que salvara la vida de ese valiente.

«Urquiza me lo devolvió con el mismo ayudante, é hice entrega de él al cabo Silverio, con la orden expresa de que no lo dejara matar. Así que acampamos, después de la persecución, el cabo Silverio me lo trajo, haciéndolo quedar conmigo en mi *fogón*.

«El General Madariaga me había recomendado con interés el sargento, afirmando que era uno de los más acreditados que tenía.

«El General Urquiza ordenó al Comandante Virasoro que condujera al ejército al General Madariaga y lo entregara al General Garzón.

«Al día siguiente, yendo en marcha, Urquiza me pidió el sargento prisionero, y se lo mandó á Madariaga. Á los tres días apareció el sargento prisionero en el *fogón* de mis asistentes, con un oficio para el General Urquiza, cuya comunicación fué entregada á un ayudante, porque el general estaba durmiendo. Así que se levantó, me llamó y me dijo:

«—Ya está prestando muy buenos servicios su *ahijado:* ha ido al campo enemigo con comunicaciones para el otro Madariaga. Creo que vamos á *colgar* al manco Paz, porque voy á disolverle las divisiones correntinas, si se descuida.

«Al poco rato marchamos, siguiendo la pista al ejército del General Paz, el que casi todos los días nos formaba línea de batalla, siempre con grandes obstáculos por medio, hasta que llegó al *Bañado del Ibajay*, sobre la costa del río Paraná, en donde se atrincheró.»

Encargado Castro del reconocimiento, logró descubrir las obras de defensa, realizadas hábilmente por Paz, y consistentes en fuertes y ocultas estacadas construídas en los bañados, y en una batería de cañones oculta por unos matorrales que se encontraban á la derecha de un islote grande, que cubría el campamento enemigo.

El terreno se prestaba á esta estratagema, pues estaba cubierto de *yuyales* espesos.

En este servicio, Castro recuperó en las proximidades del *Bañado de Santa Lucía*, dos carretas de municiones de tercerola y de fusil, abandonadas por su conductor el Comandante Paredes, del ejército de Urquiza.

Siguiendo el ejército su marcha, y al llegar al arroyo *Vatel*, Castro fué comisionado por Urquiza para hacer una recogida de caballada, de que estaba desprovisto el ejército.

Dos días después, Castro se incorporaba á Urquiza en el *Paso de Santellán*, del río Corrientes, llevando dos mil animales, entre caballos, potros y

yeguas. Hizo entrega de este elemento de movilidad, por orden superior, á los Coroneles Palavecino y Galarza.

En el pasaje del río Corrientes, efectuado por Urquiza, le cupo á Castro el honor de ser el primero que, con su regimiento, realizara la audaz travesía. Su tropa efectuó el pasaje á nado, y para trasladar de una ribera á la otra los pertrechos y municiones, formó varias *pelotas* de cuero de potro, con lo que logró su propósito.

Atravesado Corrientes, el ejército urquizista emprendió marcha para la Provincia de Entre-Ríos, y después de una jornada de tres ó cuatro días, llegó á las puntas del arroyo *Mocoretá*, en cuyas cercanías se trabó una refriega entre las tropas de Hornos y las mandadas por el Coronel Urdinarrain.

Según las referencias del Brigadier General don José M. Paz, contenidas en sus *Memorias póstumas* (1), este hecho de armas ocurrió el 1.º de Marzo de 1846.

De Mocoretá, el ejército expedicionario se dirigió á la costa del río *Gualeguay*, á *Calá*, punto en donde se instaló el Cuartel General.

Tal fué la participación que tuvo Castro en esta campaña, denominada del *Ibajay*, coronada del éxito más lisonjero para nuestro biografiado. Sin embargo, una verdadera contrariedad experimentó en la retirada, y fué la enfermedad que postró á su hermano Antolín, su compañero inseparable en todas las correrías y campañas de Corrientes y Entre-Ríos, en-

(1) Obra citada, tomo IV, pág. 254.

fermedad contraída en el incendio de un campo. Don Enrique, bien á su pesar, dejó á su hermano en el hospital entonces existente en las puntas de *Villaguay*.

Llegado que hubo el ejército á *Calá*, fué licenciado por orden emanada del generalísimo, con excepción de las infanterías, artillería y un escuadrón perteneciente á su Regimiento-escolta, formado todo él por los *criollos de Mandisoví*.

Fué en este paraje donde Urquiza confiara á Castro 230 hombres que le habían sido remitidos y cuyos antecedentes no eran nada favorables.

Castro había formado con ellos cuatro compañías, á las que dió instrucción militar en un breve plazo. Solicitados los servicios camperos de Castro por unos hacendados de aquel sitio, de apellido Medina, y obtenido el consentimiento de Urquiza para hacer una gran recogida de animales *alzados*, logró reunir cuatro mil yeguarizos, por cuyo trabajo los Medina cedieron á Castro novecientos potros, que aquél destinó al servicio de la Escolta. Al efecto, fueron marcados con una *E*. Ésta fué la primera ocupación de esa índole que Castro desempeñó en territorio de Entre-Ríos.

El éxito obtenido en esta recogida cundió entre el vecindario, cuyos ganados, por efecto de las guerras continuas que asolaban aquella zona, se habían *alzado*. Así pudo recoger de varios establecimientos un total de diez mil cabezas de ganado yeguarizo. De *Calá*, Castro recibió orden de Urquiza para que al frente de 320 hombres, con cuatro caballos cada uno, se dirigiese á las estancias de *San José* y se presentara al General Galarza.

El 28 de Abril de 1846, Castro llegaba á su destino y se ponía á órdenes de este general.

Cuatro meses después, Urquiza, que se había trasladado á *San José*, nombró á Castro mayordomo general de sus establecimientos, dándole amplias facultades para el desempeño del cargo de confianza que se le discernía.

Á fines del año 46, Urquiza comisionó á Castro para que con unos 380 soldados observara desde el Uruguay los movimientos de Rivera en la campaña oriental, con el objeto de tratar de arribar á un arreglo amistoso entre los beligerantes. No pudo realizarse el deseo de Urquiza, porque el General Rivera atacó y tomó la plaza de Paysandú (1).

Según referencias verbales de Castro, Urquiza ya por entonces trataba de avenirse con el Gobierno de la Defensa, y sobre todo con Rivera, para dar en tierra con la oprobiosa dominación de Rosas; y si no realizó su pensamiento, fué por la impaciencia del caudillo oriental.

El lapso de tiempo que media entre la fecha anterior y el final del año 47, en que se inició la campaña de *Vences*, Castro lo pasó al frente de la administración de las estancias de Urquiza.

---

(1) Este hecho de armas, que tuvo lugar el 26 de Diciembre, obligó á la guarnición de la plaza sitiada á rendirse, con su jefe don Felipe Argentó, al prócer oriental.

CAPÍTULO XI

LA ALIANZA CONTRA ROSAS.—CASTRO VUELVE AL URUGUAY.—CAMPAÑA HASTA LA PAZ DE OCTUBRE.—PRELIMINARES DE CASEROS.

Á principios del año 1851, encontrándose Castro en *Gualeguay*, recibió la visita de un ayudante de Urquiza, para hacerle saber «que el negocio estaba completamente arreglado.» Con este lacónico parte se le comunicaba á Castro que las dificultades con que venía luchando el General Urquiza, habían sido salvadas; que contaba para derrocar á Rosas con el concurso de las fuerzas de Montevideo, del Brasil y Corrientes, y con elementos de las filas de Oribe; y que, en consecuencia, alistara su gente para marchar á la primera indicación.

La orden fué cumplida inmediatamente, concurriendo Castro á *San José* con la tropa que tenía bajo su mando en el Cuartel General de *Calá*. En esas circunstancias, fué Castro ascendido en San José, por Urquiza, á la categoría de Sargento Mayor graduado.

Preparado el ejército, emprendió marcha sigilosamente desde San José, en Julio del citado año, en dirección al *Arroyo de Urquiza;* llegado á este punto, siguió hasta el arroyo *Pelado*, cerca del *Paso de Paysandú*. Desde este paraje se inició el pasaje del río Uruguay por el «Batallón Urquiza» y el «Batallón Entre-Ríos», á los que siguieron las divisiones «Victoria», «Palavecino» y «Escolta», mandada la última por el Coronel don Manuel Caraballo, oriental, y el «Regimiento Estrella» al mando del Barón du Graty.

Urquiza ordenó á Castro que se pusiera á órdenes del Barón du Graty, y le prestara su cooperación en el pasaje del río.

El paso se realizó frente á *Sacra*. Al pisar el suelo oriental, las tropas libertadoras prorrumpieron en estruendosos vivas á los pueblos libres y ¡abajo los tiranos!

Era indescriptible el entusiasmo de la tropa.

Como se sintieran rumores de gente en marcha, el Barón du Graty hizo preparar en el acto su cuerpo y mandó reconocer la gente que se acercaba: era el General Servando Gómez, jefe militar de los departamentos al Norte del Río Negro, que, en combinación con el general entrerriano, venía á incorporarse con una fuerza como de 500 soldados.

Terminada la tarea del pasaje de las fuerzas que comandaba el Barón du Graty, Urquiza llamó á Castro. Éste acudió al llamado y se encontró con el Coronel Venancio Flores, jefe de la vanguardia, compuesta como de 1500 hombres.

Urquiza manifestó á Castro que lo había mandado llamar para que ayudase á su jefe, el señor Coro-

nel Flores, á pasar el resto del ejército, el parque y caballadas. Fué tan detestable el tiempo reinante, que se invirtieron cinco días de asiduo trabajo para efectuar el traslado de todo, especialmente de la caballada, que no quería abandonar su querencia.

Recién al quinto día, el Coronel Flores dió cuenta á Urquiza de haber terminado el pasaje y estar listo.

Urquiza ordenó la marcha, y en ese mismo día la vanguardia fué á acampar en la costa del arroyo *San Francisco Grande*. Al siguiente, campó en las puntas del mismo arroyo, y se continuó luego la marcha por la cuchilla hasta llegar al *Palmar*, donde se esperó un día entero á la «Gran Guardia», comandada por el propio General Urquiza, y compuesta de 3000 hombres. Siguió la vanguardia su derrotero hasta las puntas del *Arroyo Grande*, de allí hasta las puntas de *Tiatucurá* y *Laureles*, de donde ordenó Flores á Castro que marchara con sus escuadrones hasta la *Horqueta de los Salsipuedes*, y que en ese punto lo esperara con reses. El país había quedado tan esquilmado con la guerra, que no se encontraban vacas para carnear. Uno que otro toro matrero, era todo lo que podía conseguirse, y con no pocas dificultades.

En el rincón de los *Salsipuedes*, Castro dió con una invernada de pertenencia del General Neto, con lo que logró proveer de carne al ejército.

En ese punto se incorporaron á la «Gran Guardia»; después de lo cual, al día siguiente, la vanguardia efectuó una marcha apresurada hasta el arroyo de *Achar*, en donde se acampó, y á los dos días de permanecer en ese sitio, las descubiertas anunciaron la aproximación de fuerzas enemigas.

Algunos momentos después sintiéronse detonaciones en las avanzadas. Entonces Flores ordenó al Coronel Manuel Caraballo que con su regimiento marchara sobre la cuchilla en dirección á la *Picada de doña Mariquita*, en el Río Negro; y á Castro, que, con los dos escuadrones á sus órdenes, se dirigiera hacia el Río Negro, al paso de *Polanco*, porque era en esas direcciones en que se presumía tuviera lugar la pelea.

En efecto, las fuerzas que comandaba el General don Servando Gómez apuraban seriamente á las del General don Ignacio Oribe, á tal punto que éste se vió forzado á pasar el Río Negro en malísimas condiciones. Perdió parte de su parque y de la artillería, que arrojó al agua.

El General Gómez efectuó también el pasaje del Río Negro, que se encontraba bastante crecido, y, junto con él, Castro lo hizo con los dos escuadrones.

Vadeado el Río Negro, el Coronel Flores ordenó á Castro que lo esperara, siguiendo el General Gómez la persecución. Fué en tales momentos que se le presentó á Castro su hermano Juan Bautista, á quien no veía hacía varios años.

Venía con 10 hombres, y lo mandaba el Comandante Moyano, para dar aviso de que él, Moyano, se incorporaría al Coronel Flores ó al General Urquiza con 200 hombres.

Castro mandó parte inmediatamente al Comandante Moyano, haciéndole saber el paraje en que se encontraba el ejército de Urquiza, y que podía efectuar su incorporación.

Al día siguiente, Moyano con sus 200 hombres se

presentó al General Urquiza, quien le ordenó que se incorporara al General Gómez.

De la *Picada de Oribe*, del Río Negro, se marchó en dirección al Durazno, y de este paraje se siguió por el arroyo *Maciel*, aguas arriba, hasta el arroyo de los *Difuntos*, desde cuyo punto mandó á Castro el Coronel Flores á recorrer las puntas de *Quiebra-Yugo*, del *Pintado*, arroyo de la *Virgen* y *Sierra de Castillos*, hasta la Florida.

De la *Espina de Cruz*, mandó Castro á su hermano el Alférez Antolín, en descubierta por la costa del arroyo *Pintado* y arroyo de la *Virgen*.

El oficial explorador participó que con dirección al arroyo de la *Virgen*, ó á *Carreta Quemada*, marchaba una columna de 800 á 1000 hombres, circunvalada por flanqueadores; que la había seguido hasta pasar el arroyo de la *Virgen*, y que regresaba él esa misma noche hacia la costa del *Pintado* y la Florida.

Como á las 2 de la mañana, don Enrique recibió otro parte de Antolín, anunciándole que se había pasado Juan Allende, oficial de Oribe, con 28 hombres, entre los que se encontraban los Mendaras, los Núñez y los Gómez, todas personas de la familia de Castro, vecinos radicados en las inmediaciones del *Pintado* y de la Florida, que habían salido esa noche de la columna, peleando con los flanqueadores.

Flores ordenó á Castro que continuara la marcha por donde le pareciera más conveniente. Á los tres días, la «Gran Guardia» acampó en *Carreta Quemada*. El General Gómez tiroteaba siempre al Gene-

ral Oribe; el Coronel Flores ordenó entonces á Castro que se incorporara á la vanguardia, que acampó en *Carreta Quemada*, próximo al camino real de San José.

Allí se le ordenó á Castro que ocultamente fuera con los escuadrones á su mando á flanquear las fuerzas que perseguían á la vanguardia del General Gómez, las que se retiraban en completo orden.

Así que la vanguardia de Gómez divisó la tropa que venía en su auxilio, dió el frente y tiroteó de más cerca á los perseguidores.

Cuando los enemigos descubrieron á la fuerza auxiliar, ésta ya estaba sobre el flanco izquierdo de ellos; hicieron alto, y el tiroteo se acentuó por el frente y por el flanco izquierdo, hasta hacerlos retroceder.

En ese momento, el Coronel Flores mandó suspender el fuego: así lo exigía la inteligencia que existía entre el General Moreno y el General Urquiza. Las fuerzas al mando del General Oribe se retiraron hacia el *Paso de Juan Chazo*, en tanto que Castro y su gente regresaban á su campamento.

Al día siguiente se reanudó la marcha, siguiendo el rastro dejado por el enemigo; á los dos días dieron con un cuerpo de ejército en el *Colorado*, el que fué tiroteado por fuerzas del General Gómez, por tiradores al mando del Coronel Caraballo y por los escuadrones á las órdenes de Castro.

El enemigo fué arrollado y perseguido hasta las *Piedras*, donde se hizo alto, quedando de servicio sobre la línea la división al mando del Coronel Flores. Al día siguiente, después que se aproximó

Urquiza, se continuó el avance; el enemigo formó un gran cuadro con sus infanterías, y, batiéndose en retirada, se reconcentró en las faldas del *Cerrito* de Montevideo, haciendo descargas hasta á 50 varas de distancia. En esta tarea, el regimiento de Castro fué relevado por el «Regimiento Estrella».

Se continuó la marcha en dirección al Cerro de Montevideo, y en el *Pantanoso* pelearon las fuerzas urquizistas con la enemiga, que se dirigía al *Paso del Molino*. Allí, en el Pantanoso, estuvieron cuatro días de servicio, peleando durante todos ellos, hasta que capituló Oribe con las bases que dieron por resultado la paz celebrada el 8 de Octubre de 1851.

Levantado el sitio de Montevideo, el Presidente don Joaquín Suárez premió los importantes servicios de Castro ascendiéndolo á Sargento Mayor efectivo.

Firmada la paz, el General Urquiza y su ejército fueron visitados en su campamento del Pantanoso por las tropas, por jefes y por ciudadanos espectables de la plaza de Montevideo.

Fueron días de grandes expansiones, en medio de generosos sentimientos de confraternidad.

Después de embarcadas las tropas para regresar á Entre-Ríos, Castro pidió permiso al General Urquiza para visitar á su familia en la Florida y en el Pintado, y á su hermano Juan Bautista, radicado en la costa del Río Negro. Castro permaneció algunos días en la Florida, y en compañía de sus hermanos Gregorio y Antolín marchó hacia el Río Negro, á la casa de su hermano Juan Bautista. Al llegar al

arroyo de *Castro*, á la casa de don Antonio y don Benigno Islas, fueron los excursionistas informados de que unos salteadores habían saqueado una casa del *pago*. Don Enrique y sus hermanos corrieron en auxilio de los habitantes de la referida casa y en persecución de los asaltantes, con los soldados que les acompañaban.

Los bandoleros libraron con Castro y sus acompañantes un verdadero combate, y se resistieron hasta que los cabecillas fueron heridos unos y muertos otros.

Después de estas peripecias, prosiguió Castro su viaje hasta llegar á las *Asperezas*, campo próximo al Río Negro, de propiedad del Comandante Moyano, y en el que se encontraba radicado don Juan Bautista Castro, comisario de la sección. Don Enrique hizo algunas batidas en los montes, para limpiarlos de los matreros en ellos guarecidos. Permaneció varios días allí y prosiguió su marcha hacia Entre-Ríos, reuniendo de paso parte de su gente, que había licenciado, y se dirigió con ella al *Diamante*, sobre la costa del *Paraná*, punto señalado para servir de pasaje á todo el ejército en su expedición libertadora contra Rosas.

Castro fué al encuentro de Urquiza, quien se mostró muy complacido de verlo, y le ordenó que se presentara al Coronel Manuel Caraballo. Á los tres días dispuso que, aprovechando el primer día bueno, la división Escolta y la división Correntina pasaran á nado el río Paraná.

La orden fué cumplida, y el pasaje se efectuó sin tener que experimentar, no ya pérdidas de vidas,

pero ni siquiera el menor inconveniente en la operación de atravesar un río tan caudaloso como el Paraná. Sirvió de guía un isleño llamado José González y conocido también con el nombre de *El tigrero*, porque en las costas del Paraná y en las islas circunvecinas había muerto muchos tigres. Al toque de clarín, los escuadrones entrerrianos y correntinos caían al agua como un solo hombre, y así, de isla en isla, lograron salvar los anchos canales del Paraná.

Con esos soldados, para quienes no se había creado lo imposible, fácil era el triunfo.

Efectuada la travesía, y, procediendo en concordancia de las órdenes recibidas, Castro siguió marcha con la vanguardia del ejército hasta el arroyo *del Medio*.

Estando en este punto, supo el General Urquiza que se habían sublevado 500 rosistas; que habían muerto al Coronel Aquino y á otros jefes y oficiales. Ordenó en el acto que marchara la división Escolta á perseguirlos, lo que se efectuó sin demora. Al día siguiente la fuerza desprendida para poner coto á los desmanes de los sublevados, tuvo conocimiento de que del otro lado del arroyo *Ramallo*, en la provincia de Buenos Aires, se encontraba una fuerza acampada.

Ante esta nueva, se activó la marcha para ese paraje, y así que la tropa urquizista estuvo como á dos leguas del sitio indicado, el Comandante Fausto Aguilar ordenó al Mayor Francisco Caraballo y á Castro, todos orientales, que ocuparan su puesto á vanguardia con los tiradores; que batieran al ene-

migo que se presentase, que él los auxiliaría con su protección.

Una brillante carga, efectuada sable en mano, bastó para dispersar al enemigo, quien se vió forzado á pasar el arroyo *Ramallo*, en serias apreturas.

Francisco Caraballo y Castro descubrieron que las fuerzas que estaban del otro lado de ese arroyo, y á las que querían batir, tenían las líneas tendidas, y como no conocieran los pasos del arroyo *Ramallo*, convinieron en que la manera de no perder tiempo y dar con los pasos, era llevar una impetuosa carga á sable á las guerrillas que habían salido á su encuentro.

Se acordó igualmente, por los dos jefes orientales, que una vez que se pasara el arroyo, Caraballo tomaría la izquierda y Castro la derecha, para atacar la línea enemiga, y que el centro fuese atacado por una treintena de soldados escogidos entre los mejores, mientras el resto de la fuerza urquizista los embestiría por los flancos. El plan fué puesto en ejecución. Ante la furiosa arremetida de los soldados libertadores, las guerrillas enemigas dieron vuelta, cayeron al arroyo, y junto con ellas sus perseguidores, en número de 300 hombres. Fácilmente estuvieron del otro lado, sin que se hubiese disparado ni un solo tiro.

Así fué que, cuando de la línea tendida del otro lado del arroyo *Ramallo* por unos 600 hombres, mandados por el Comandante Cortinas, se quiso desprender una protección, las fuerzas de Caraballo y Castro amagaban al enemigo, entreteniéndolo

por el frente, al mismo tiempo que lo batían reciamente por los flancos.

En esa forma, la derrota no demoró en producirse, dejando el enemigo algunos muertos sobre el campo y tomándosele muchos prisioneros, bastante caballada y hasta la carne que estaban por comer.

Si la noche no sobreviene, la derrota hubiera sido más completa para los 600 hombres del Comandante Cortinas.

Con la caballada y prisioneros tomados al enemigo, marcharon á incorporarse á la «Gran Guardia», á la que alcanzaron al llegar ésta á la *Laguna del Tigre*. Se continuó la marcha en dirección á la *Villa de Luján*, y á los dos ó tres días se hallaban los expedicionarios como á cuatro leguas de esa población. Estando en ella, fué llamado Castro por el General Urquiza, quien le ordenó que marchara á vanguardia con su escuadrón. Castro se aproximó á Luján, y como á una legua de allí, descubrió una partida grande que estaba churrasqueando, con los caballos á soga; mandó Castro una sección á la orden del Teniente Lino, para que dispersara la partida. Este oficial marchó ocultándose del enemigo, hasta que pasó una cañada próxima al sitio donde aquél se hallaba. Entonces fué sentido, y un grupo de ocho ó diez hombres salió á hacer su reconocimiento.

El Teniente Lino, después de pasar la cañada, hizo alto y los esperó.

Cuando se aproximaron, los cargó y los llevó á sablazos hasta donde se encontraba el núcleo principal del enemigo, el que emprendió retirada peleando. De la *Villa de Luján* desprendieron como 80 á 100

hombres en protección de la partida perseguida por Lino, y cuando pretendieron proteger á los derrotados, Castro les salió por un flanco, de entre unos cardales, tiroteándolos.

Castro tomó prisionero á un oficial Lagos, que mandaba las referidas fuerzas, y á quince de sus soldados.

El resto de la partida se dispersó en distintas direcciones. Después de esa acción, acamparon en la costa del río *Luján*, como llamaban á una zanja sin caudal de agua.

El oficial prisionero salvado por Castro sirvió bajo sus órdenes en toda esa campaña.

En este paraje permaneció el ejército tres ó cuatro días, hasta que Urquiza recibió un parte del General López (santafecino), que estaba de servicio de vanguardia con su división, haciéndole saber que había dado con fuerzas superiores á las suyas; que había hecho alto, y que esperaba refuerzos. Esto le sentó muy mal á Urquiza, y en el acto mandó llamar á los jefes de la división «Escolta», á quienes informó del parte que había recibido y les ordenó que marcharan inmediatamente en busca del enemigo y lo batieran; agregando que iban á operar por su cuenta, sin estar en el campo de la acción á órdenes de nadie, y que los hacía responsables respectivamente de los cuerpos que mandaban. Y terminó sus órdenes con esta advertencia: «al que vuelva derrotado al ejército, le haré pegar cuatro tiros ó lo haré lancear; peleen con los que se les presenten, ya sean dos ó cuatro, ocho ó diez para cada uno.»

La consigna era terminante. Inmediatamente los jefes y sus divisiones se pusieron en marcha. Como á las tres leguas descubrieron la vanguardia, á órdenes del General López, y á las fuerzas enemigas sobre el arroyo de *Álvarez*. Las fuerzas de López cubrían una parte de la derecha del ejército enemigo.

Ordenado el ataque, tocó á Castro ocupar la extrema izquierda de la línea de López, cuya ala debía batir 700 ú 800 hombres que mandaba el Sargento Mayor Rubio. Este jefe desplegó como 300 tiradores al frente de los escuadrones de Castro, que se componían de 300 hombres. Castro ordenó á la primera compañía de tiradores, mandada por el Capitán Francisco Ocampo, que cubriera el frente de los tiradores del enemigo; al Capitán Mernies, con su compañía, que flanqueara la izquierda enemiga, yendo él en persona á flanquear la derecha con el resto de la fuerza. Se tocó *¡á la carga!* El choque fué recio; el enemigo fué arrollado completamente, causándosele numerosas pérdidas de vidas, entre las que se contaba el propio jefe, Mayor Rubio.

La persecución se operó en más de una legua, tomándosele al enemigo 300 prisioneros. En esas circunstancias, notó Castro que hacia el *Puente de Márquez* se levantaba una gran polvareda.

Hizo hacer alto; reunió su gente, y, como medida de precaución, mandó formar los prisioneros á su retaguardia, cual fuerza que le perteneciera. Ordenó á su ayudante Antonio Barragán que fuera á reconocer la causa de aquella nube de tierra, y que, si eran enemigos, los tiroteara. En efecto, así que Barragán se aproximó al *Puente de Márquez* con

sus diez tiradores, se puso al flanco derecho de la columna que había pasado el puente, y empezó á tirotearse con los flanqueadores; la columna seguía su marcha en dirección al paraje en que se encontraban Castro y los suyos. Éste tenía que custodiar á sus prisioneros, y no disponía sino de ochenta hombres.

Cuando la columna los descubrió, formó en batalla como para cargar.

Entonces Castro desplegó sus ochenta hombres al frente é hizo colocar á su retaguardia, en orden de batalla, á los 300 prisioneros. Ante este despliegue de fuerzas, el enemigo formó columna á la izquierda y emprendió marcha al galope. Castro mandó tocar *á la carga*, y arremetió con sus 80 hombres. En esa forma se inició y continuó la persecución, hasta que los perseguidores divisaron el ejército de Rosas, y obligaron á los que huían á pasar el arroyo *Morón*. La columna perseguida se componía de las fuerzas sublevadas que habían dado muerte al Coronel Aquino.

La persecución fué llevada á cabo con tenacidad, y en ella se le quitaron al enemigo varias carretas con víveres y unos carretones con botiquines, etc.

Del arroyo de *Morón* dió vuelta Castro con su tropa, para ir á campar al arroyo de *Álvarez;* en el trayecto se encontró con la división del Coronel Galarza, que marchaba al tranco é iba con la consigna de protegerlo.

Campados en *Álvarez*, aquellos intrépidos y valerosos soldados, descansaron varias horas.

Al día siguiente, Castro recibió orden del Coman-

dante Fausto Aguilar, de hacer entrega de los prisioneros al Coronel Galarza; lo que aquél efectuó en el acto. Llegó el ejército al *Puente de Márquez*, y allí se le confió á Castro el servicio de avanzada. Ocupó el frente de los dos ejércitos, dándosele por línea el arroyo *Morón*. El servicio se verificó en la zona en que habían sido batidos los sublevados de Aquino.

Á los dos días, Castro fué relevado por Francisco Caraballo, quedando el primero con su gente en protección del segundo.

CAPÍTULO XII

CASEROS.—BREVE RESEÑA DE LA BATALLA.—ACTUACIÓN DISTINGUIDA DE CASTRO.—SU CONSECUENCIA CON URQUIZA.

El 3 de Febrero de 1852 se movió el ejército para dar la *Batalla de Caseros*. Previamente se ordenó á los jefes de avanzada que despejaran el frente de las guerrillas del ejército de Rosas, y la orden fué cumplida, arrollándolas y llevándolas hasta *Caseros*.

En seguida dichas fuerzas se incorporaron al General Urquiza, que se encontraba en una altura dominante, de la que descubría toda la línea. Colocadas las tropas en orden de batalla, entraron las infanterías en pelea, en este orden: 1.º la oriental, 2.º la brasilera y 3.º la entrerriana. Los proyectiles de los primeros cañonazos del enemigo, bien dirigidos, fueron á dar en el regimiento que mandaba Castro. Éste permanecía cerca del General Urquiza, hasta que se les ordenó á Fausto Aguilar y Caraballo que marcharan á la derecha, se informaran de lo que ocurría, y, en caso necesario, protegieran á las tropas

que requiriesen auxilio. En el cumplimiento del mandato recibido, los jefes cuyos nombres anteceden notaron que los indios pampas traían lanceando á una parte del «Regimiento Estrella», y ordenaron á Castro que fuera á protegerlo con su escuadrón. Éste lo hizo con eficacia, puesto que logró, á la primera carga, hacer dar la espalda á la indiada, y la persiguió hasta que fué alcanzado por el Comandante Olmos, de quien recibió la orden de detenerse y de ir adonde se encontraba Urquiza, porque éste iba á entrar en pelea. Así lo hizo Castro, y el General Urquiza operó personalmente al frente de sus fuerzas.

Las infanterías de Rosas cedieron al empuje de las infanterías del ejército libertador, y en la persecución, el propio Urquiza hizo rendir á tres ó cuatro batallones y á una parte de la artillería enemiga. Hacia el lado de la izquierda iba un batallón enemigo: el general ordenó á Castro que fuera á perseguirlo, ó que lo hiciera rendir. Castro mandó una mitad con el portaestandarte Pedro Castro, para que los tiroteara; éste los apuró de tal manera, que los rosistas tuvieron que refugiarse en una quinta.

El porta Castro hizo echar á sus soldados pie á tierra y logró desalojar al enemigo de la posición que ocupaba. En esa circunstancia se le incorporó el Teniente Ventura Rodríguez con una pieza de artillería, lo que contribuyó á hacer rendir al batallón. Mientras esto ocurría, Castro vió asomar una columna de caballería por el costado de la quinta de los Waete.

Fué personalmente con 50 hombres á reconocerla, y así que notó que eran enemigos, mandó montar á

caballo á los que habían hecho rendir al batallón, y mostrándoles el que se había entregado y al propio Teniente Rodríguez con su pieza de cañón, intimó rendición á la columna compuesta de 600 hombres, que estaban á las órdenes de un Capitán, porque sus jefes habían cobardemente escapado, dejando á sus soldados á cargo de los oficiales subalternos.

Intimada la rendición, y ante lo aparatoso de las fuerzas desplegadas, se entregaron sin resistencia.

El desarme se efectuó en el acto.

Castro hizo alto en el mismo sitio con sus doscientos hombres, y el Teniente Rodríguez con su pieza de cañón. El batallón hecho prisionero constaba de 350 plazas y la columna de caballería de 700 hombres; total, mil cincuenta prisioneros y la correspondiente dotación de armamento.

En marcha ya Urquiza con parte del ejército, Castro se dirigió á su encuentro.

Salió á recibirlo el Comandante Aguilar, á quien dió cuenta de lo ocurrido, pasando después adonde estaba el General Urquiza.

El Comandante Aguilar le dijo á Urquiza:

—«Aquí está el Mayor Castro, que ha tomado unos cuantos prisioneros.»

—«Sí, dijo el General; yo le ordené que persiguiera uno de los batallones enemigos de nuestra izquierda y que procurara hacerlo rendir.»

Entonces Castro le dió cuenta de lo acaecido, diciéndole que sus órdenes habían sido cumplidas; que el batallón estaba todo prisionero, así como una columna de caballería de 700 hombres, y que tenía en su poder 1050 prisioneros. El general miró son-

riendo á Castro y le dijo, con el tono de buen humor que él solía adoptar algunas veces:

—«¡Qué flojos son los porteños, cuando se dejan tomar prisioneros por usted!»

Luego Urquiza hizo alto frente al paraje en que Castro tenía á su gente, y dirigiendo sus miradas al batallón prisionero, le dijo á aquél:

—«Entregue las armas á esos flojos; coloque sus doscientos hombres á retaguardia, y toque marcha, que vamos á acampar en *Palermo*.»

Así se hizo. Se emprendió la marcha y se acampó en *Palermo;* y entonces, procediendo Castro de *motu proprio*, puso en completa libertad al oficial que mandaba el batallón rendido, un Capitán llamado Juan Bautista (ignoramos el apellido), así como también á varios otros oficiales y soldados, cuya libertad fué solicitada por sus padres y parientes.

El General Ventura Rodríguez, soldado valiente y antiguo servidor del Partido Colorado, que hizo, como hemos visto, lucido papel en *Caseros*, nos ha informado que Castro figuraba al frente de una división de caballería entrerriana en *Caseros*, cuya fuerza estaba bajo las órdenes del Brigadier General Márquez y formaba parte del ejército de reserva.

Durante la acción gloriosa ocupó con su gente el ala izquierda de la línea del ejército aliado, conjuntamente con otras divisiones de caballería entrerriana que tomaron parte en la gran lucha.

Su comportación al frente de las tropas fué digna de todo encomio, evidenciándolo así las repetidas cargas llevadas sobre el enemigo, sin vacilar un instante; haciéndose acreedor al calificativo de in-

trépido y arrojado, y demostrando á los soldados entrerrianos que mandaba, toda la bizarría que encierra un pecho oriental cuando combate por una causa liberal y civilizadora.

Á los muchos días de estar acampados en Palermo, el General Urquiza ordenó á Castro, como á todos los demás jefes, que preparara caballos para la revista que iba á tener lugar, pero que antes cada jefe se presentara con las fuerzas á su mando. Castro eligió, de las caballadas que pertenecían á su cuerpo, los mejores *pingos;* los hizo preparar convenientemente para que tuvieran buen aspecto; uniformó á su tropa con traje de ordenanza, igual al que vestía el día de la batalla de *Caseros*, esto es: chiripá, blusa colorada, peto blanco y gorro de manga, también colorado.

Así equipado el regimiento de Castro, éste se presentó al general con los escuadrones á sus órdenes. El porte de éstos agradó tanto al General Urquiza, que hizo quedar con él un oficial y varios soldados, para ofrecerlos como modelos al ejército.

Algunos días después, se realizaron la formación y la revista, y la entrada á Buenos Aires se verificó el día 2 de Febrero á las 7 a. m. Las tropas regresaron á su campamento el mismo día á las 7 p. m.

Los escuadrones que comandaba Castro marchaban inmediatos al General en Jefe, haciendo el servicio de batidores á la cabeza de la columna, para hacer despejar el numeroso público que se aglomeraba; en el trayecto fueron aclamados con vítores el General Urquiza y las tropas aliadas; las damas

arrojaban flores al paso de los vencedores. El entusiasmo y la alegría eran indescriptibles.

Vueltos al campamento de *Palermo*, se ordenó á Castro, al cabo de seis días, que se pusiera á las órnes del General Galarza, que se encontraba en *Santos Lugares*.

Estando de servicio en este paraje, recibió nuestro biografiado la efectividad de Sargento Mayor, debido á la siguiente circunstancia: el Mayor graduado don Manuel Navarro, que confeccionó las listas para las propuestas, incluyó á Castro como Sargento Mayor graduado, no obstante haber recibido éste los despachos de Sargento Mayor efectivo, otorgados por el Presidente don Joaquín Suárez, después de la paz del 8 de Octubre de 1851.

En la propuesta, el Mayor graduado Navarro se propuso para Teniente Coronel, cargo que en rigor á Castro correspondía, y solicitaba para este último la efectividad de un grado de que ya gozaba.

No reclamó Castro de esa flagrante injusticia, ni hizo mención de ella. Él no había ido á la República Argentina, como tantos aventureros, en procura de ascensos militares. Si servía, lo hacía por gratitud á Urquiza y como muestra de lealtad á la causa de las libertades de las Repúblicas del Plata, de la cual había sido brillante paladín en el palenque de las justas guerreras.

Transcurrieron dos ó tres meses, durante los cuales todo el mundo, el pueblo y la tropa, elogiaba la conducta del General Urquiza, haciendo justicia á su habilidad política y reconociendo en su personalidad el sostén principal de las instituciones.

Mas, como es difícil satisfacer las aspiraciones políticas de todos los círculos, una vez que con el esfuerzo común había desaparecido el déspota que á todos humillaba, empezó la lucha entre los hombres y los círculos que aspiraban al predominio en la dirección de los negocios públicos.

El prestigio y el valimiento efectivo que había alcanzado el General Urquiza, fueron puestos en tela de juicio por las ambiciones despertadas. El vencedor, entre otras malas medidas, ordenó el uso del cintillo colorado federal, tres ó cuatro meses después de la acción de *Caseros*.

Esto produjo un gran descontento entre el pueblo y muchos militares, á quienes se les imponía la obligación de llevar la insignia usada por el bárbaro Rosas y sus parciales.

El descontento comenzó á manifestarse entre los jefes cooperadores en el movimiento libertador.

Hornos, con tal motivo, decía á Castro:

—«Hemos volteado á un tirano, pero desgraciadamente se va á levantar otro.»

Y el pretexto del cintillo ocasionaba todo género de comentarios tendentes á desvirtuar las patrióticas intenciones del caudillo triunfador, que no aspiraba á otra cosa, para su patria y para la República Oriental, sea dicho en obsequio á la verdad, que á la entrada de lleno á la vida institucional, bajo la autoridad de los hombres más conspicuos, llamados á encarrilar sus respectivos pueblos en las vías de sus futuros y grandes destinos.

Sin embargo, los trabajos subversivos dirigidos á producir un cambio de gobierno, se acentuaban.

No es, por tanto, de extrañar que Castro recibiese de algunos jefes amigos todo género de proposiciones, á fin de que tomara participación en el movimiento proyectado, ofreciéndole en cambio recompensas halagadoras.

Estas tentativas fueron estériles. Castro, ni en aquella circunstancias, ni nunca, vaciló ante el cumplimiento de lo que él creyó su deber.

Resuelto Urquiza á ausentarse de Buenos Aires, se retiró de esta ciudad en Septiembre del 52, despidiéndose previamente de los jefes y oficiales de la división «Escolta», quienes lo acompañaron hasta el buque en que debía embarcarse.

Llegó el día 11 de Septiembre, y se produjo la revolución.

El General Galán se vió obligado á retirarse de los cuarteles de Palermo con su infantería y artillería, yendo á incorporarse con el General Galarza en *Santos Lugares*. Entretanto, el Coronel Artigas se batía en *Barracas*, y no se pensaba en protegerlo.

Castro pidió permiso para ir en su auxilio con los escuadrones á sus órdenes, al mismo tiempo que hacían igual pedido el Comandante Aquino, de la división Galarza, y el Mayor Melitón Lascano. Á todos se les negó la autorización solicitada.

Esto no dejó de afectar profundamente á aquellos jefes, que conceptuaban injustificada la medida tomada por los superiores. En estas circunstancias llega un parte, haciendo saber al General Galán que el enemigo arrollaba unas guardias avanzadas.

Castro solicitó por vez segunda que se le permi-

tiera proteger á las guardias arrolladas. Galán accedió al reiterado pedido. En el acto, Castro llevó á cabo la protección á las guardias, conteniendo á los perseguidores, los cuales hicieron alto y suspendieron el fuego. Momentos después recibía orden de retirarse, para cubrir la retaguardia del ejército, que se ponía en marcha.

Al cumplir la orden, Castro notó que una fuerza en desorden hacía su retirada; apuró el caballo y alcanzó á la gente: eran los escuadrones del Comandante Navarro, que se habían amotinado contra su jefe y lo llevaban preso, con el caballo de tiro.

Castro llegó en momentos en que dos oficiales se disponían á lancearlo; les gritó, y se contuvieron. Interrogados por Castro acerca de lo que iban á hacer con su jefe, aquellos hombres enfurecidos le contestaron que iban á matarlo.—«Los valientes entrerrianos, replicó Castro, se mancharían con un acto semejante. Suelten á su jefe, porque se van á cubrir de deshonra con lo que piensan ejecutar.» Convencidos por estas palabras, prorrumpieron en un «¡viva el Mayor Castro!»

Un viva general atronó los aires.

Fué en esta ocasión que Castro combatió contra las fuerzas mandadas por el Coronel Hornos.

Éste mandó suspender el fuego, y Castro hizo otro tanto. El último se retiró hasta inmediaciones de la *Capilla de Santos Lugares*, con la protección.

Al ponerse el sol volvieron á hacer fuego las guerrillas enemigas, protegidas por una fuerte columna.

Durante el tiroteo se le avisó á Castro que el Coronel Hornos lo llamaba desde el punto que ocupaba, á la izquierda de la línea.

Castro accedió al llamado y concurrió á la cita. Tan pronto como lo vió, le dijo:—«Enrique, ya no tienes compostura: te has propuesto defender á ese tirano con todas tus fuerzas, y desatiendes á tus mejores amigos.» Á cuya inculpación Castro contestó en estos términos:—«Ya sabe usted, Coronel Hornos, lo que le he dicho antes de ahora sobre ese particular, y sabe también que no soy hombre de dos palabras. He prometido defender al General Urquiza, y ese compromiso será cumplido por mi parte mientras tenga fuerzas y vida para batallar. Los traidores no me han de contar entre su número.» El combate continuaba, y entretanto que se mantenía aquella conversación, cayó muerto un soldado á la derecha de Castro. Viéndolo caer, Hornos dijo:—«No hagamos matar á esos infelices, que valen más que tu General Urquiza. Vamos á hacer cesar el fuego y hagamos retirar nuestras respectivas tropas.»—«De acuerdo,» contestó Castro.

Y en el acto se mandó suspender el fuego. Después de esto, los interlocutores se apearon y permanecieron entre las líneas hasta las diez de la noche, paseándose y conversando. Por fin se separaron abrazándose y deseándose buena suerte.

En procura del ejército que mandaban los Generales Galán y Galarza, Castro marchó por una rastrillada hasta pasar el arroyo de las *Conchas*, donde campó por momentos, y á la madrugada volvió á emprender la marcha, guiándose por las huellas que había dejado el pasaje de una fuerte columna, que suponía ser el ejército.

Cuando aclaró pudo ver que las huellas que seguía se orientaban hacia la *Capilla del Señor*.

Se aproximó al pueblo de *San Pedro*, donde tenía unas caballadas en invernada, pertenecientes á los escuadrones y al Cuartel General. Mudó de caballos y acampó, á la espera de unos cien hombres que seguían su retaguardia y que se habían extraviado.

Horas después se le incorporaron los cien hombres, y emprendió marcha en dirección á *San Nicolás de los Arroyos*, porque según informaciones que había obtenido, para ese punto se dirigía el grueso del ejército.

Al retirarse de *San Pedro*, formó su tropa y le previno que estaba dispuesto, como siempre, á mantener el orden; que al que pretendiera perjudicar á los vecinos en sus personas ó en sus propiedades, le pegaría cuatro tiros, y que el que no se considerase capaz de pelear con fuerzas mayores, que se separara inmediatamente de la columna. Nadie aceptó la invitación; de manera que todos aquellos soldados estaban dispuestos á batirse, como tenían por costumbre, aun en condiciones desfavorables.

En marcha hacia *San Nicolás de los Arroyos*, se presentó á Castro un anciano, exponiéndole la queja de que un soldado le había arrebatado el poncho y el sombrero y arrancado otras prendas de su vestimenta. Castro dió con el desordenado, le hizo entregar al anciano lo que le había quitado, y le impuso la pena correspondiente.

Al cruzar el *Paso de Obligado*, le salió al encuentro el Coronel Lapido con 400 ó 500 hombres, tendiéndole línea de batalla. Castro tendió también

la suya con 80 tiradores á vanguardia y 60 lanceros. En los preliminares de la pelea, el Coronel Lapido mandó á Castro un ayudante ordenándole que le entregara las armas y las caballadas. Castro le contestó que sólo le entregaría una parte de la caballada, y eso porque le estorbaba, y que en cuanto á las armas que llevaba, no eran de su provincia para que pretendiera su entrega.

El ayudante,—que era un hijo del propio Coronel Lapido,—volvió para decir á Castro, en nombre de su padre, que por orden del General Urquiza le entregara las armas. Á lo que Castro replicó en voz bien alta para ser oído de todos, que Urquiza le había entregado las armas para morir con ellas, y no para rendirlas á nadie; y que no acataba otra orden.

Por vez tercera, volvió el ayudante para participar á Castro que el Coronel Lapido quería hablar con él, y que si se negaba á ello sería compelido por la fuerza.

Castro contestó que no tenía inconveniente en entrevistarse con el Coronel Lapido; pero que, en cuanto á las amenazas, ni siquiera las tenía en cuenta.

Se apartó el Coronel Lapido al flanco izquierdo con ocho individuos de tropa, entre lanceros y tiradores, é hizo llamar á Castro. Éste salió á su encuentro, no sin antes ordenar á su hermano el Alférez Pedro Castro, que estaba al frente de los soldados de Lapido, que con ocho hombres lo siguiera.

Lapido interrogó á Castro en esta forma:

—«¿Cómo es que desobedece usted las órdenes del General Urquiza?»

— «No creo desobedecer órdenes del General Urquiza, replicó Castro, desde que no me son dadas por él, y porque la orden del Coronel Lapido es contraria á la que he recibido del propio general, que no me ha dado armas para entregarlas al primero que me las pida, ni soldados para hacerlos rendir sin haber quemado hasta el último cartucho ó roto á pedazos el acero confiado á su valentía. Es una humillación vergonzosa la que el señor Coronel quiere imponerme, haciéndome presentar delante del General Urquiza con mis escuadrones desarmados, estando, como estamos, puede decirse, con el enemigo al frente. Por otra parte, no cometeré la cobardía de exigir á mis soldados que entreguen sus armas, tan sin motivo ni razón que lo justifique; y creo más, señor Coronel: que mis soldados no se entregan á nadie, aunque yo se lo mande. Conque mi resolución está tomada: me presentaré al General Urquiza con mis fuerzas armadas, ya sea aquí, ó en la Provincia de Entre-Ríos.»

Ante esa manifestación categórica, observó el Coronel Lapido que el General Urquiza salía ese mismo día de San Nicolás de los Arroyos para Entre-Ríos, y que le permitía pasar al otro lado de *Obligado*, siempre que le dejara las armas y los caballos y le proporcionase botes para efectuar el pasaje á Entre-Ríos.

Accedió Castro á ello, y así terminó la entrevista, no sin antes cambiarse un fuerte apretón de manos.

Como la gente de Castro se encontrase fatigada, la hizo descansar esa noche, para emprender el pasaje al día siguiente. Esa misma noche determinó,

auxiliado por un bote que tenía, que pasaran cincuenta hombres al otro lado, cada uno con su respectivo caballo. Al verificar la travesía tuvo un incidente con un oficial de Lapido, que al frente de 50 hombres se interpuso para impedir el paso. Castro lo desarmó, así como á su tropa.

Terminado el pasaje, llegó momentos después una partida al mismo sitio de la costa que había ocupado la tropa de Lapido, y algunos de los soldados que la componían gritaron:—«Mayor Castro: somos los *Mellizos*, y venimos, por orden del general Urquiza, para decirle que venga con nosotros hasta donde él está, en San Nicolás de los Arroyos.» Como trajeran un bote, Castro se embarcó en él, en compañía de su hermano Pedro, dejando su gente toda del otro lado del *Paraná*, en territorio de la Provincia de Entre-Ríos.

Llegado que hubo á la presencia de Urquiza, le dió cuenta de todo lo ocurrido. El general aprobó en un todo sus procederes, inclusa su conducta para con el Coronel Lapido.

Ordenó Urquiza á Castro que pasara el *Paraná;* que licenciara las fuerzas con sus armas, hasta segunda orden; que recorriera los pueblos de la costa del Uruguay, para divulgar la nueva de que no le había sucedido contratiempo alguno y que regresaba á la Provincia con su ejército hecho; que advirtiera también al Coronel Pasos, así como á los demás jefes de departamento, la necesidad de reunir sus respectivas divisiones, y que lo esperaran.

En *Gualeguay*, en donde Castro llegó con sus soldados, licenció los pertenecientes á ese departa-

mento, y fué efectuando la misma operación en los restantes, hasta que arribó á la *Villa de Federación.*

Después se produjo la invasión del General Hornos á la Provincia de Entre-Ríos. Desembarcó en *Gualeguaychú* con unos 500 á 600 hombres, y se le incorporaron algunos de sus amigos, proporcionándole caballadas.

Á los tres días de la invasión, los Generales Galarza, Velázquez y Almada señalaron á *Las Masitas* como punto de reunión. Así que Castro llegó á él, manifestó al General Galarza que le faltaban municiones y armas. Galarza le ordenó que fuera al parque á recibirse de lo que necesitara.

Estando en ese edificio, se presentaron los tres generales; examinaron las carretas en que iban el armamento y las municiones, y, conversando respecto de los partes que recibían sobre las fuerzas invasoras, preguntó á Castro el General Galarza á quién mandaría para descubrir las fuerzas enemigas. Como Castro se ofreciera, se dispuso que fuera á efectuar la descubierta.

En el desempeño de su cometido, Castro se halló con un amigo suyo, de la tropa de Hornos, y le recomendó que le dijera á este último, que él, Castro, era quien le había descubierto; que iba á dispararle, porque tenía demasiada gente, y que los Generales Almada y Velázquez lo esperarían en un sitio de allí distante cuatro ó cinco leguas.

Varias compañías de la tropa de Hornos siguieron á Castro en un trayecto de siete leguas, desde el arroyo del *Gato* hasta el *Genacito.*

Los perseguidores hicieron alto y acamparon, apo-

yando su derecha en la estancia de doña Juana Lozada. Entretanto, los bomberos de Castro recorrían las estancias de San Pedro, San Juan y San Pablo, con la orden de retirar las caballadas y conducirlas á las puntas del arroyo *Gená*.

El General Urquiza tomó los hombres que Castro había mandado y envió un ayudante para ordenarle á aquél que lo cuidara mientras su gente comía; que trasmitiera á los generales la orden de no pelear; que se retiraran hacia donde el General en Jefe se encontraba, ó hacia las puntas del arroyo *Gená*, y que, en cuanto aclarara el día, fuera Castro adonde él estaba, á recibir órdenes.

Al aclarar el día, Urquiza le ordenó que siguiera al enemigo y le enviara partes sobre el rumbo que tomaba y demás novedades.

Como el enemigo emprendiera marcha con todas sus fuerzas en dirección al *Paso de Hornos*, de *Gualeguaychú*, Castro dió aviso de ello á Urquiza, y fué á pasar por la picada de *San José*, una legua más arriba de donde el enemigo vadeara.

Después, el enemigo tomó rumbos hacia el pueblo de la *Concepción*, del Uruguay, lo que también comunicó Castro á Urquiza. Un fuerte tiroteo, sentido por Castro entonces, le hizo conjeturar algún choque entre los rivales; y, en efecto, un parte recibido puso en su conocimiento que el Comandante Ricardo López Jordán había derrotado al General Madariaga.

Al día siguiente, á la madrugada, era rechazado también el General Hornos, el que se retiró, tomando por el río Uruguay arriba.

Castro le tomó el flanco izquierdo y lo siguió sin perderlo de vista.

Después de haber pasado el *Arroyo Grande*, el General Velázquez, jefe de vanguardia, le ordenó hacer alto. Castro prestó acatamiento á lo mandado por su superior.

Días después se incorporaba al ejército y recibía la información de que las fuerzas invasoras habían emigrado á la Provincia de Corrientes.

CAPÍTULO XIII

CASTRO, ADMINISTRADOR DE LA ESTANCIA DE URQUIZA

Concluída esta campaña, Castro fué nombrado por Urquiza Administrador general de sus estancias de Entre-Ríos, confiando á su honradez, á su fidelidad y á su buen tino un fuerte capital de 200,000 vacas, y poniendo bajo sus órdenes trescientos hombres, todos ellos de completa confianza del caudillo entrerriano, y muchos de los cuales la habían conquistado en los campos de pelea, ya con su bravura, ya con su actividad, ya, en fin, con otras cualidades no menos recomendables.

Castro había recibido de Urquiza amplias facultades para el manejo de los intereses y dirección de los hombres que puso bajo sus reconocidas aptitudes de hombre trabajador.

La empresa era difícil y llena de compromisos. El manejo de una de las primeras fortunas de Sud-América, y, lo que es más, la lidia cotidiana con trescientos individuos, muchos de ellos gaúchos viciosos, de vida turbulenta y de costumbres pen-

dencieras, fué tarea más ardua para Castro, que su puesto en la línea de fuego y al frente del enemigo.

Sin embargo, supo vencer los obstáculos con su admirable constancia y su férrea voluntad. Él no podía vivir sino en continua actividad, porque su naturaleza, hecha para resistir los azares de la vida, demostró en todos los momentos la ecuanimidad de su carácter y la enérgica resistencia en el trabajo.

Desde el establecimiento cuya dirección se le diera en el extranjero, se dedicó á auxiliar á sus compatriotas, prefiriendo entre ellos á los antiguos compañeros de causa y á los viejos adalides del tradicional riverismo.

Empleó más de doscientos cincuenta orientales en las estancias á su cargo, mediante el pago mensual, á cada peón, de 12 á 15 pesos bolivianos, y otras concesiones á los que tenían familia.

Como puso al servicio de lo que se le encomendó ejemplar esmero y encomiable laboriosidad, obtuvo plena aprobación de Urquiza y conquistó amistades de valía, que fueron otros tantos factores que cooperaron á realizar los planes que secundó Castro y que se hicieron una verdad el año 1863.

Continuó prestando sus buenos servicios al lado de Urquiza, sabiendo hacerse acreedor á la estima que éste le dispensara y correspondiendo á las generosidades de su jefe con adhesión y desinterés.

Unidos por fuerte lazo de recíproca amistad, que el tiempo se encargó de robustecer, llegó el año 1859, en cuya época estalló la guerra civil en la República Argentina.

El gran prestigio adquirido por Castro en la pro-

vincia, entre el elemento de acción, fué inmenso, hasta el punto de que disponía de toda una división de hombres aguerridos para el primer momento que Urquiza lo dispusiera. Ese momento llegó con la lucha entre Mitre y Urquiza.

En ella, como era de esperarse, dadas las vinculaciones que unían á nuestro biografiado con su benefactor, Castro actuó en primera línea, defendiendo virilmente la bandera sustentada por el caudillo de Entre-Ríos.

9000 soldados porteños, al mando del General don Bartolomé Mitre, midieron sus fuerzas, para dirimir la contienda, contra un ejército de 14,000 hombres, á cuyo frente se encontraba Urquiza en la histórica *Cañada de Cepeda*.

El 23 de Octubre del año 59, y á hora avanzada de la tarde, las arrolladoras caballerías de Urquiza desalojaban de los santafecinos campos de *Cepeda*, á todo el ejército porteño, que, á pesar de su brillante bravura, tuvo que ceder al número y al empuje del contrario.

Castro tuvo en este hecho una participación de mucha importancia.

Uno de los cuerpos predilectos del General Urquiza fué el denominado «División Escolta», compuesto por dos regimientos, cada uno de 400 plazas, y mandados, el primero, por el bravo Manuel Caraballo, y el segundo, por Enrique Castro.

Los dos, á su vez, estaban á órdenes inmediatas del Coronel Navarrito, supuesto hijo de Urquiza. En *Calá* se formó una división de gente elegida, siendo nombrado para mandarla el denodado Fausto

Aguilar, aquel que sería saludado más tarde por Urquiza, en pleno campo de batalla, como *la primera lanza de la América del Sud.*

Las proezas realizadas por estas dos divisiones, comandadas por tres intrépidos orientales, fueron la admiración de los combatientes en *Cepeda*, y la evidente prueba de la pujanza de nuestros soldados en lo más recio del combate y en las horas agitadas del entrevero.

Castro tuvo por compañeros y subalternos en esta acción, á sus hermanos Pedro, Antolín y Gumersindo, siendo herido el primero de ellos en el campo de batalla por una granada enemiga. Ninguno de los tres desmintió la bien adquirida fama de arrojados, conquistada en tierra propia y extraña.

El General Mitre, así que vió la acción perdida para sus armas, resolvió dejar la artillería en el campo y retirarse con la infantería hasta el pueblo de *San Nicolás*.

No habían de pasar dos años desde la batalla de *Cepeda*, sin que el general vencido, sosteniendo los mismos ideales que lo habían impulsado á guerrear, tomara la revancha en *Pavón*.

Á la cabeza de 22,000 hombres, con 35 bocas de fuego, púsose en marcha en busca de Urquiza, quien organizaba á toda prisa sus fuerzas, que alcanzaron tan sólo á 17,000 soldados, con 42 piezas de artillería, dada la premura del enemigo en romper las hostilidades y la rapidez de sus movimientos.

Mitre contaba entre sus filas á Venancio Flores y á Ambrosio Sandes, jefes orientales con reputación hecha y de indiscutibles méritos, y que fueron ele-

mentos de primer orden en la lucha armada que se iba á solucionar en los campos de *Pavón*.

Urquiza también podía decir que algunos de sus regimientos eran conducidos bizarramente al campo de acción, por jefes uruguayos probados en las batallas y en los azares de la guerra.

El 17 de Septiembre de 1861, á las 2 y media de la tarde, se produjo el encuentro en las riberas de *Pavón*, y después de un reñido combate, el ejército del General Mitre quedaba dueño del campo, habiendo sufrido grandes pérdidas en sus caballerías, que fueron arrolladas por las contrarias. Esto dejó evidenciado, una vez más, la fama bien adquirida por las caballerías entrerrianas, que fueron conducidas valerosamente por el General Urquiza.

El denodado Fausto, el bravo Caraballo y nuestro biografiado desempeñaron casi análogo papel que en *Cepeda*, desalojando del campo las caballerías enemigas y sosteniendo después una brillante retirada.

Concluída la guerra civil, Castro fué ascendido á Coronel de caballería del ejército argentino, según despachos que le expidió el Vicepresidente en ejercicio de la Presidencia de la República, el 12 de Diciembre de 1861.

CAPÍTULO XIV

LA SITUACIÓN EN EL URUGUAY. — CONSECUENCIAS DE QUINTEROS. — LA CRUZADA LIBERTADORA. — SUS PRIMERAS ACCIONES: COQUIMBO, CAÑAS, DON ESTEBAN.

Al error injustificable de *Quinteros*, hecho sin precedentes en los fastos de la historia moderna, sucedió una serie de atentados contra los prohombres del Partido de la Defensa, quienes, al verse perseguidos y amenazados de muerte, pasaron á tierra argentina en busca de garantías. Usaron de un derecho legítimo, en nombre de la humanidad y la civilización. Invocaban el mismo título que los hijos preclaros de aquel país, cuando solicitaban hospitalidad dentro de los muros de la Nueva Troya, para escapar de las iras del monstruo de Palermo.

La vida se hacía imposible, no solamente para los partidarios de la causa de la libertad, sino también para los que llevaban en su apellido prueba de abolengo colorado.

En aquella época de efervescencias políticas y de atentados inauditos, se amordazaba á la prensa, se

desterraba y encarcelaba á los ciudadanos más conspicuos de la República, se perseguía á los militares más meritorios de la nación, se hacía, en fin, escarnio de la moral pública y burla de todo principio civilizador.

La escuela del odio ejercía su predominio en las alturas del poder.

Todo contribuyó á que se precipitaran los acontecimientos.

Al Partido Colorado, después de la Hecatombe del 58, no le quedaba otro recurso que la revolución; recurso violento, sí, pero necesario, y por medio del cual se reconstituyen el derecho escarnecido, la moral vilipendiada, la virtud conculcada y proscripta, la libertad atacada en lo más sagrado de sus fueros.

Bien puede decirse de los que se levantaron contra aquella situación, lo que dijo Bauzá en un discurso memorable: «que el gobierno se había convertido en revolucionario conculcando todo derecho, y que los revolucionarios eran la autoridad como sostenedores de ese derecho y de la libertad de todos [1].»

Por espacio de cinco años, el partido glorioso que constituía la inmensa mayoría del país, fué condenado á la abstención y á estar proscripto, por salvar incólume las prerrogativas alcanzadas en bien de la soberanía popular.

Las opiniones entre los elementos de talla del Partido Colorado divergían grandemente respecto á la actitud que debía asumirse.

(1) Discurso pronunciado en la tumba de los mártires de Quinteros el 2 de Febrero de 1891.

La juventud montevideana, encabezada por ciudadanos eminentes, prefería la lucha en los comicios, levantando bien alto la bandera de principios y desconociendo por completo la legitimidad del Gobierno de Berro, al que se consideraba originado de un crimen é impuesto por caudillos obscuros del Partido Blanco.

Sostenían que el movimiento armado no estaba preparado y que, lejos de lanzarse al terreno de la acción, se debía combatir en el campo de las ideas.

El venerable patricio don José María Muñoz, aquel cuyo empuje sólo pudo ser contenido por las rejas de hierro de Vilardebó, en los memorables días de la Defensa, proscripto en lejana tierra, hacía ocho años, por el Gobierno blanco, aconsejó con verdadera sensatez política, que el Partido Colorado debía abstenerse, y que haciéndolo así no se enervaría ni perdería los bríos de comunidad batalladora, conservando esas energías para una política de acción, en época de esperanzas, de regeneración, no muy distante para la patria.

El eminente tribuno Juan Carlos Gómez, esclarecido talento y una de las primeras cabezas pensantes del Partido Colorado, creía que la verdadera solución política para su partido era la lucha armada, y decía: «Entre la abstención que enerva y la lucha electoral que es una transacción inmoral, hay el medio de la revolución que nos salva y que se prepara en el laboratorio de los sucesos inevitables.»

Nadie creía en el probable éxito de un movimiento armado. Faltaban elementos de guerra; fal-

taban hombres para contrarrestar el fuerte poder del Gobierno de Berro.

No se comprendió el influjo fascinador del General Flores sobre los hombres de acción de nuestra campaña.

El caudillo libertador, con sólo un clarín y al toque de *tropa*, congregó en las cuchillas de la República, al pie de la banderola blanca con cruz colorada, centenares de bravos que, en poco tiempo y en lucha franca y desventajosa, cambiaron por completo la faz política del país.

Cruza noventa leguas de territorio solamente con cuatro hombres; á los tres días tiene trescientos; á los quince, mil quinientos; enardece el espíritu del partido; recorre el país de un extremo á otro; divide sus fuerzas en columnas ligeras, haciéndose sentir por todas partes.

Derrota á Servando Gómez; despedaza á Olid, y santifica su causa con el triunfo de *Coquimbo* y la victoria de *Cañas Vera*.

Aquellos gloriosos hechos no significaban otra cosa que *reabrir la legalidad asesinada en Quinteros*, según la magnífica frase del fogoso Juan Carlos Gómez.

Entusiasmo, virilidad, fe en la causa, deseo ardiente de combatir, abnegación y patriotismo, fueron los caracteres que revistió la empresa de 1863, llena de heroísmos y de virtudes.

El eminente tribuno doctor don José Pedro Ramírez, refiriéndose, en uno de sus brillantes artículos, á la gran cruzada, decía: «El General Flores levantando al país en masa y venciendo doquiera á su

enemigo, cien veces superior en toda clase de elementos de guerra, nos ha probado que estábamos equivocados, y que el partido enervado por la diplomacia del 52, por los sangrientos episodios del 55, decapitado el 58, oprimido y proscripto desde entonces, podía todavía levantarse con toda la virilidad de sus mejores tiempos, quebrando la cadena ominosa de inmoralidades y de crímenes que arrastra ese infortunado pueblo desde hace ocho años.

«Por eso, desde que la revolución tuvo el concurso del país y se diseñó con sus verdaderos caracteres la eterna lucha de los partidos tradicionales de estos pueblos, no hubo un solo hombre del antiguo Partido Colorado, con excepción de los traidores, por demás conocidos, que no le prestara el concurso, ó de su brazo, ó de su inteligencia, ó de sus recursos, ó de su influencia, ó tan sólo de su opinión y de sus simpatías.»

Y otro publicista eminente, el doctor don Ángel Floro Costa, en su inmortal oración fúnebre pronunciada en la tumba de los Mártires de Quinteros, por iniciativa del Presidente de la República General Santos, en 1884, dijo que «las hazañas épicas de la gran causa de la Cruzada Libertadora debían dar y dieron en tierra con la dominación y las esperanzas sombrías de un partido criminoso, tan empedernido como retrógrado é insensato.»

Esa revolución proclamaba el sufragio libre; defendía la garantía de los derechos consignados en nuestra Carta fundamental; aspiraba á la reconstitución de los Poderes públicos sobre la base de una política verdaderamente nacional.

Llegado á conocimiento del Coronel Castro el plan redentor, acariciado primero y hecho carne después por el ilustre Venancio Flores, produjo en su alma de patriota vivísima emoción y conmovió su fibra partidaria.

Pensó en que se repetirían en la tierra de su nacimiento los ardientes triunfos y las inolvidables victorias alcanzadas por las huestes coloradas en los días esplendorosos de Cagancha y de la Defensa.

La noticia de la Cruzada fué para él como un renacimiento de su espíritu nacional y partidario. Ella borró las tristezas que le habían causado los hechos sangrientos con que se ahogó la revolución de 1857.

Todos los Castros, para coadyuvar á la empresa, vendieron sus bienes, y el producto, que ascendió á 70,000 pesos, fué donado íntegro para las necesidades de la gran revolución.

Nuestro biografiado vendió 9000 animales vacunos de la estancia de *San Mateo*, en Entre-Ríos, y todos los demás intereses que constituían su fortuna, aduciendo, como motivo para ello, que si contribuía con su persona para el movimiento, debía emplear también en él el producto de sus sacrificios y de sus ahorros.

Gran pesar le causó á Urquiza desprenderse de la persona de Castro, quien significaba para él una garantía y un resguardo de sus valiosos intereses y el buen compañero de cruentas luchas.

Influyó cuanto pudo porque Castro no ingresara en la revolución; pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos.

Él quería contribuir á la reivindicación de los fueros de su partido político; él quería figurar entre los defensores de la justicia y el derecho; el soldado de Rivera en las grandes luchas del 36 al 45, sentía que el destino le señalaba la hora de volver á prestar sus servicios á las instituciones de su patria y probar que todo lo que había adquirido en el extranjero en experiencia y capacidad militares, como en bienes de fortuna, debían emplearse en la acción en que estaba empeñado su partido para salvar á la patria.

Sus antiguos camaradas se reunían entusiastas para lanzarse á la empresa, y él los debía imitar y seguir.

El 30 de Septiembre de 1863 pasaba el Uruguay, por el puerto de *San Gregorio*, á la cabeza de 260 voluntarios decididos y animosos, armados, municionados y equipados á su exclusiva costa.

Se componía dicha fuerza de 200 hombres de caballería y 60 infantes, comandados estos últimos por el valeroso Eduardo Beltrán. Entre estos soldados formaba el valiente Eduardo Vázquez, á la sazón de 17 años, y quien había de ser, más tarde, figura descollante en el Paraguay é intrépido jefe colorado en la revolución de 1870.

También iba entre ellos el entonces soldado Lorenzo Latorre, valeroso y bizarro jefe de infantería, que tanto había de distinguirse después, al frente de su batallón, en una carga á la bayoneta en los campos de *Severino* y en la resistencia verdaderamente heroica que opuso á los reiterados ataques de las caballerías de Aparicio en la sangrienta bata-

lla del *Sauce*, así como otros que debían alcanzar alto y lucido puesto en la milicia nacional.

El segundo jefe de la expedición era Elis, quien tenía á su cargo los 200 hombres de caballería (1).

Desde el puerto de San Gregorio marchó la fuerza de Castro hasta el Arapey, haciendo un pequeño descanso en la estancia del Coronel Santana, en cuyo punto este meritorio servidor se incorporó con dos escuadrones formados por él mismo y sostenidos á su costa (2).

Reunidas esas dos fuerzas, siguieron hasta las cercanías del Salto, para incorporarse á las pocas horas á la columna que acaudillaba el ilustre General

(1) Damos á continuación la lista de los patriotas cruzados bajo las órdenes del Coronel Castro, que componían la fuerza de infantería de la fracción invasora:

Lista nominal de los señores oficiales, clases é individuos de tropa que componian la 1.ª compañia del Batallón Florida durante la Cruzada Libertadora, en la campaña de 1863-64-65, tomada de la lista que entre los papeles del General don Enrique Castro, encontró su hijo don Juan José:

Capitán, don Eduardo Beltrán; Teniente 1.°, Eduardo Rocha; ídem 2.°, Manuel Ortega; Alférez, Manuel Aguirre; ídem Manuel A. Suárez; Sargento 1.°, José Alciaturi; ídem 2.°, Irenón López, ídem Isaac de Tezanos, ídem Julio Maidán, ídem Juan Fontán; Cabos 1.°ˢ: Leandro Sandoval, Nicolás Porro, Jacinto Reyes, Carlos V. Domínguez, Dionisio Montero; Soldados: Eduardo Vázquez, Pedro Mendoza, Fructuoso Mendoza, Pedro Montaldo, Osvaldo Rodríguez, Andrés Castro, José Reyes, Gabriel Mendoza, Juan Rule, Julio Muró, Lorenzo Latorre, Marcos Núñez, Antonio Sánchez, Victorio Rodríguez (a) *Pampero*, Antonio Blanco, Alberto Cerro, Carlos Gaudencio, Manuel Carretero, Enrique Pereda, Federico Solano, Adolfo Nuvel, Domingo Bianchi (a) *Chuchede*, Martín Brande, Pedro Ávila y Veira, Rosendo Otero y Otero, Fernando Castillo, Tomás Martínez, Francisco Cazenave.

(2) Cuando estas fuerzas se reunieron con las de Flores, éste, en un arranque de entusiasmo, al divisar á Santana, se quitó el sombrero, y ante el ejército que presenciaba el acto, dió un estentóreo «¡viva el Coronel Santana!»

Flores, por entonces ya orlada con los laureles de *Coquimbo*.

Como la invasión de Castro y sus tropas al territorio del país se realizó, como queda consignado, el último día del mes de Septiembre de 1863, no tuvo éste ocasión de encontrarse en tres de los hechos de armas principales de aquella guerra, ya citados, á saber: el combate de *Coquimbo*, verificado el 2 de Junio del mismo año; la pelea de las *Puntas de las Cañas*, el 25 de Julio, y la acción de las *Piedras*, el 16 de Septiembre.

La carta que en seguida reproducimos, da los pormenores de los hechos realizados por Castro en los dos primeros meses que siguieron á su invasión al territorio de la República, para cooperar á la obra redentora á que con tanta intrepidez se había lanzado Flores:

«Molles, Diciembre 6 de 1863.

«Señor don Bautista Castro.

«Presente.

«Mi querido hermano:

«Ésta sólo tiene por objeto noticiarte de nuestro estado y al mismo tiempo darte un detalle de todas mis andanzas desde nuestra separación.

«Á los pocos días de habernos separado, encontré el ejército en las *Flores*, de donde marché, al día siguiente de llegar, en comisión, á la costa del Uruguay; recorrimos los pueblos de Palmira, Carmelo

y San Salvador, habiendo pasado muy inmediato á Mercedes. Después de llenar mi comisión, me reuní de nuevo con el ejército y marchamos en dirección á San Gregorio, donde el 17 del pasado encontramos á Medina y le formamos línea.

«Éste no aceptó el combate, sin embargo de ser mayor su infantería. Cuando anocheció seguimos nuestra marcha hasta el día 22, en cuya fecha nos encontramos en las puntas del *Soldado*, departamento de Minas. Convinimos en no dar una batalla que pudiera comprometer al gran Partido de la libertad. Dispuso nuestro general la retirada, la que se efectuó con todo el valor que es de costumbre en nuestros soldados. Esta retirada duró desde las 9 de la mañana hasta muy cerca de las 2 de la tarde, hora en que, temiendo nuestros enemigos alguna sableada, hicieron alto.

«Desde ese día hemos recorrido la mitad del departamento de Maldonado, Florida, San José y Durazno, sin que nuestros enemigos se hayan ni siquiera acercado á nosotros. Debo prevenirte que yo fuí comisionado para recorrer los dos primeros departamentos y parte del tercero.

«Hoy me hallo en este punto, y no quiero perder esta proporción para darte mis noticias, sin dejar de decirte que nuestras pérdidas, en la referida pelea, fueron pocas, no teniendo que lamentar más que la pérdida de nuestro querido amigo el Mayor Vera y dos individuos de tropa y cuatro heridos.

«Todo cuanto te digo es la pura realidad, y lo puedes hacer presente á todos los amigos, pues te hablo de hechos en los que he sido actor.

«Mi regimiento sostenía el fuego del costado derecho del enemigo.

«Tu hermano y amigo,

«*Enrique Castro*.»

Por haber llegado en tales momentos de la campaña, la figuración militar de Castro no adquiere la importancia de la de Fausto Aguilar, Francisco Caraballo y José Gregorio Suárez. Con todo, veráse en las líneas que van á continuación, la parte que le cupo en los hechos subsiguientes.

El Mayor Lucas Bergara,—ventajosamente conocido en las filas del ejército oriental y en las de la prensa argentina, pues durante toda la Cruzada fué activo é inteligente corresponsal de *La Tribuna*, uno de los diarios mejor conceptuados entonces del periodismo americano,—en correspondencia dirigida á un diarista porteño, con fecha 16 de Noviembre de 1863, daba cuenta de que el Coronel Castro se había encontrado en la Florida con el enemigo, completamente cortado del Ejército Libertador; pero que, con su acostumbrada sangre fría y valor reconocido, pudo salir airosamente del paso. El mismo Bergara daba cuenta, en los siguientes términos, del incidente en que actuó como protagonista un teniente de la fuerza de Castro, de nombre Sixto Artigas:

«Habiendo quedado éste cortado á la retaguardia, fué rodeado y sorprendido en la plaza por más de 40 individuos de la gente de Laguna. El digno descendiente del inmortal Artigas salió de una casa y

montó á caballo, sin tiempo siquiera para tomar su sombrero, y, con su trabuco en la mano, gritó:—«Aquí está Sixto Artigas, y el que se arrime que embista! ¡Viva la libertad! ¡Viva Flores!», y, atropellando por todas partes, rompió por el medio el círculo, en circunstancia que, apurado, disparó su tremendo trabuco, abriendo brecha.

«Sus enemigos le dieron una lanzada que le hirió levemente; pero, bramando de coraje, gritó nuevamente.

«Sus compañeros, como atraídos por este grito, arremetieron á trabucazos, pudiendo sacar á Artigas de la crítica situación en que se encontraba.»

En la misma correspondencia se daba cuenta de que el 21 de Noviembre las guerrillas de la división florista fueron confiadas al valiente Coronel don Enrique Castro, quien, según declaración del comunicante, supo, no sólo sostener, sino dar realce al valor reconocido de los soldados del Ejército Libertador, «batiendo constante y bizarramente al enemigo durante la retirada, y forzándolo, más de una vez, á emprender la fuga y morder el polvo, probándole siempre que no era él el que nos hacía retirar, sino el mandato de nuestro jefe.».

El Coronel don Enrique Castro, Jefe de Estado Mayor del Ejército, se incorporó el 25 de Julio de 1864, en la costa de *El Soldado*, al ejército mandado por el General Flores. Castro iba con las fuerzas del Norte, habiendo dejado en todos los departamentos tropas en número de más de 1200 hombres.

El General Flores daba cuenta, en carta dirigida á su señora esposa, desde la estancia de Ocampo, en

Vejigas, con fecha Julio 28 de 1864, de las operaciones realizadas por el ejército á sus órdenes. El ejército enemigo se encontraba al Norte de Santa Lucía, en una posición fortísima, entre los arroyos *Gaetán* y *Chanchos*, y por los fondos de *Santa Lucía Grande*.

El General Flores formó línea de batalla á media legua de distancia, ocupando la derecha las tropas mandadas por el General Caraballo; el centro estaba bajo las órdenes del Coronel Castro, Jefe de Estado Mayor General, y la izquierda bajo el comando del Coronel Suárez.

Sobre el ataque y toma de la Florida por el ejército del General don Venancio Flores, realizados en las primeras horas de la mañana del día 4 de Agosto de 1864, debemos manifestar, por lo que á Enrique Castro concierne, que su conducta no desmereció de la observada por él en hechos de igual naturaleza.

El resultado de la acción fué la toma del mencionado pueblo, después de tres horas de un reñido combate, dejando los enemigos 40 individuos, entre muertos y heridos, 140 prisioneros y como 400 fusiles, municiones y demás pertrechos pertenecientes á la guarnición.

José Cándido Bustamante, al reseñar los pormenores de este hecho de armas, encomiaba especialmente la sorprendente actividad del Coronel Enrique Castro, Jefe de Estado Mayor.

Y al dar cuenta de la toma de *Porongos*, realizada en Agosto de 1864, participaba que el Coronel don Enrique Castro había marchado á ponerse al frente de las fuerzas del Norte.

Con fecha 27 de Septiembre de ese mismo año, el General Flores nombraba á Castro Comandante en jefe de todas las fuerzas que estaban al Norte del Río Negro.

Tal fué la confianza que el caudillo libertador depositó en su leal subalterno, fiel siempre á las tradiciones gloriosas del Partido Colorado y entusiasta defensor de la causa que abrazó durante aquel período agitado de nuestra historia política.

Por aquella fecha, los servicios de Castro eran hartò conocidos, no tan sólo en la tierra de su cuna, sinò también en las provincias argentinas. El General Flores sabía perfectamente á quién confiaba sus fuerzas, sabía que Castro era un jefe aguerrido y experto; motivo suficiente para depositar en su reconocida habilidad de soldado veterano, las grandes responsabilidades de la magna empresa.

En sus operaciones al Norte del Río Negro, en las que reveló Castro una actividad asombrosa, digna de un discípulo de Rivera, sufrió un pequeño contraste en la costa del arroyo *Don Esteban*, en el actual departamento de Río Negro. Castro había dividido sus fuerzas para cumplir las instrucciones recibidas del General en Jefe, y que tendían á dominar la campaña del Norte, mientras él completaba su acción en el Sud, sobre Montevideo, preparando así el triunfo total, que ya se diseñaba como una realidad. En tales circunstancias lo atacó una fuerza enemiga de infantería y caballería muy superior á la que conservaba consigo Castro, y tuvo que cederle el campo con pérdida de unos 20 y tantos hombres, entre los cuales se contaba al valiente Mayor don Modesto

Castro, que cayó dando una carga recia á los infantes que mandaba Timoteo Aparicio.

No se trata de una acción de importancia, por más que algunos que escriben historia traten de insinuarlo. El mismo Castro, al comunicar el hecho al General en Jefe, se expresaba con cierta jocosidad, hablándole «de la corrida que le habían dado los blancos;» y es lo cierto que al día siguiente de aquel encuentro (que ocurrió el 15 de Octubre de 1864), Castro estaba en Salsipuedes Grande, en plena actividad, y sin preocuparse de otra cosa que de las disposiciones correspondientes al plan del General Flores.

CAPÍTULO XV

EL FIN DE LA CAMPAÑA.—EN EL NORTE.—EL TRIUNFO.—LA PAZ.—LA TRIPLE ALIANZA.—GUERRA DEL PARAGUAY.—PRIMERAS OPERACIONES.

Conociendo el jefe de la Cruzada el gran influjo que Castro ejercía sobre Urquiza, con fecha 31 de Octubre de 1864 le dirigió, desde su Cuartel General en el Durazno, una carta, en la que, entre otras cosas dignas de reproducirse, le decía lo siguiente: «Envíe usted un chasque á la Provincia de Entre-Ríos, para que nos manden noticias nuestros amigos residentes en ella, y no deje de escribirle al General Urquiza, pues se me asegura que se aprontan algunos enemigos nuestros para invadir el país, bajo el pretexto de creer amenazada la integridad de la República por el Imperio del Brasil.

«Usted, mejor que nadie, conoce la falsedad de esta aserción, y es por ello que le recomiendo á usted trabaje sobre este particular.»

Con fecha 7 de Noviembre del mismo año, volvía á escribir el General Flores al Coronel don Enrique

Castro, desde la estancia del Coronel Peñarol, explicándole por qué rehuía dar batalla á los blancos.

De dicha correspondencia, conservada inédita hasta la fecha, entresacamos el siguiente párrafo, que explica su actitud:

«He llegado hasta este destino, retirándome de Servando Gómez, quien, después de escopetearnos cuatro días y tirarnos más de sesenta cañonazos, formó línea á 20 cuadras. Resolví retirarme y no dar una batalla, porque su infantería era muy superior á la nuestra en número.»

Se acercaba, entretanto, el fin de la gloriosa revolución. La actitud del Gobierno blanco con el Brasil había obligado á éste á tomar represalias invadiendo la República con sus ejércitos y movilizando su escuadra con el mismo objeto. Los que hablan de las intervenciones extranjeras se olvidan, en este punto, de que aquel Gobierno, á raíz del rompimiento con el Brasil, gestionó oficialmente una alianza con el tirano López del Paraguay, quien, después de protestar contra el Brasil, preparó su ejército y se dispuso á tomar la ofensiva. La anarquía interna, las consecuencias de una serie de revoluciones y de desgobiernos, unidas á estos gravísimos conflictos internacionales, ponían nuevamente en peligro la independencia de la República, su existencia de nación. En tales circunstancias, no son seguramente los que produjeron esa situación con sus torpezas y sus crímenes, los que pueden hablar de amor á la libertad y á la independencia del país: ese amor lo probó, en cambio, el General Flores al unirse con el Brasil para destruir los restos del desgraciado Gobierno que invocaba la re-

presentación nacional, al restablecer la paz y la concordia en el interior y estrechar los vínculos fraternales con aquel país y la Argentina, obteniendo así la mejor y más eficaz garantía de la nacionalidad.

Resuelto el General Flores á la acción conjunta con el Brasil, marchó rápidamente hacia la frontera, y el día 17 de Noviembre de 1864 llegaba á *Caraguatá*, donde se le incorporó el General Neto con 2000 hombres de las tres armas. De allí, con uno de esos movimientos de la escuela riverista, rápidos y decisivos hasta lo increíble, marchó sobre Paysandú, recogiendo á su paso las fuerzas organizadas, según sus instrucciones, por Enrique Castro, con Gregorio Suárez, Luis Larrobla, Máximo Pérez y otros.

El día 20 del mismo mes estaba el ejército sobre Paysandú, y dos días después sobre el Salto, que tardó poco en rendirse.

Cayó después Paysandú, y el 20 de Enero, el General Flores, desde la costa del Colorado, daba al país su manifiesto memorable de triunfador desinteresado y previsor. El 20 de Febrero se firmaba el tratado de paz que puso fin á la revolución consagrando su triunfo, y el día 22 entraba el General Flores á Montevideo y tomaba posesión del poder supremo como Gobernador provisorio.

Entró el héroe á la ciudad de la Defensa inmortal, sin aparato ni ostentación, con su traje sencillísimo de campaña, en el que no había un solo galón; y á su lado figuraba, entre el grupo de los beneméritos jefes de la campaña, el Coronel don Enrique Castro.

Restablecida la paz en el país, quedaba un grave problema por solucionar: la amenaza del Paraguay, que, como lo hemos dicho, se disponía, por resolución del tirano López, á intervenir en las cuestiones del Río de la Plata, y especialmente en nuestro país. Para defenderse de esa agresión; para restablecer en el país hermano, sometido á una dominación oprobiosa, la libertad y el derecho, más que por vengar agravios, que también existían y clamaban venganza, se formó la Triple Alianza del Brasil, la Argentina y la República Oriental del Uruguay.

Por el tratado firmado el 1.° de Mayo de 1865 entre los plenipotenciarios del Uruguay, Brasil y la República Argentina, se estipulaba que la dirección de las armas aliadas sería confiada al Presidente de la Argentina, general en jefe de su ejército, Brigadier General don Bartolomé Mitre; las fuerzas marítimas estarían bajo el inmediato mando del Vicealmirante Vizconde de Tamandaré, comandante en jefe de la escuadra de S. M. el Emperador del Brasil, y las fuerzas de tierra de la República Oriental del Uruguay, con una división de las fuerzas argentinas y otra de las fuerzas brasileras, debían formar un ejército bajo las órdenes inmediatas del Gobernador provisorio de la República Oriental, Brigadier General don Venancio Flores.

Este tratado fué firmado en la ciudad de Buenos Aires por los plenipotenciarios don Carlos de Castro, don F. Octaviano da Almeida Rosa y don Rufino de Elizalde.

La voz de la justicia y del honor, desconocidos por el déspota paraguayo, congregó bajo una misma

bandera á los tres Estados del Río de la Plata, los cuales iban á protestar, con las armas en la mano, contra la barbarie y el despotismo [1].

Inmediatamente el Gobierno presidido por el General Flores se puso á organizar la división que debía incorporarse al ejército de la Triple Alianza y cubrirse de gloria en la gran campaña.

El Coronel Castro, que se encontraba en Paysandú, recibió instrucciones del Gobernador provisorio para que se preparara á incorporarse á aquella división con un contingente de caballería, cuya selección confiaba á su experiencia y conocimientos militares.

El 19 de Mayo, un decreto del Gobierno provisorio concedía el grado de Coronel Mayor á don Enrique Castro, á la vez que se ascendía á los principales jefes y oficiales de la Cruzada. Castro, con su actividad característica, estuvo inmediatamente preparado para la gran campaña. Consagrado por vocación al servicio de la patria, ni siquiera preguntó qué puesto iba á ocupar en el ejército: la orden del General Flores lo encontró, como siempre, dispuesto á la acción y al sacrificio.

(1) Como una demostración del servilismo á que habían descendido los paraguayos en la época de López, reproducimos lo que dice Thompson en su obra *La Guerra del Paraguay:* «El paraguayo no se quejaba nunca de una injusticia y se hallaba enteramente satisfecho con todo lo que determinaba su superior. Si lo azotaban, se consolaba diciendo: «Si mi padre no me azota, ¿quién me haría este favor?» Todos llamaban á su oficial superior *su padre*. Á López le llamaban *taita-guaxú* ó el *padre grande;* le decían también *mitamoroti*, ó el *niño blanco*, y *caraí* ó *caraí-guaxú*, que significa *gran señor*.»

Duarte tenía orden de López para matar á todos los prisioneros que tomara, según consta de la comunicación que aquél dirigió al General Robles, y que fué interceptada por el General Paunero, que marchaba á incorporarse al General Flores.

El 22 de Junio de 1865 se embarcó en Montevideo la División oriental.

Estaba compuesta de los batallones «Florida», «24 de Abril», «Voluntarios Garibaldinos» y «Auxiliares», «Escuadrón de Artillería Ligera», «Escuadrón Escolta» y algunas caballerías de los suburbios de Montevideo y campaña; en total: 1900 á 2000 hombres. Iba como jefe superior provisorio de las fuerzas el Coronel Mayor don Enrique Castro, jefe efectivo de la división de caballería.

La divisa decretada por el Gobierno para el ejército en operaciones en el Paraguay, como distintivo entre las fuerzas aliadas, consistía en una cinta punzó, evocadora de glorias verdaderamente nacionales, con el lema *Ejército Oriental*. En el costado izquierdo, encima de la cinta, lucía la escarapela nacional.

El General Castro iba con las fuerzas expedicionarias, á las que hizo una ovación entusiasta la población entera de Montevideo.

Hablando León de Palleja, en su importantísimo *Diario*, de las primeras operaciones realizadas por las tropas orientales en Entre-Ríos, y á propósito del paso de las tropas al través del *Gualeguaycito*, dice lo que reproducimos textualmente á continuación:

«La infantería conducida por el General don Enrique Castro costeó el arroyo aguas arriba, como dos leguas cortas, y pasó por un puente medio deshecho, que fué reparado la víspera por dicho General Castro. Tiempo es ya que diga algo de este señor y de su hermano el Comandante don Goyo Castro.

Como han permanecido muchos años en esta provincia (se refiere á Entre-Ríos) tienen muchas relaciones en ella y la conocen á palmos. El General explota á su sabor estos conocimientos; apela á ellos en todos los casos; todos deben estarles sumamente reconocidos, pues es humanamente imposible hacer más que lo que hacen estos dos excelentes amigos y beneméritos militares.

«Es muy probable que luego que el General en Jefe se encuentre más bien provisto de todo, ocupen estos dos jefes un puesto elevado en el mando inmediato de las tropas.»

El General Castro trabajó con tesón en el paso del ejército por *Mocoretá*, realizado el 27 de Julio, arreglando la balsa que se improvisó con tres canoas y las tablas que se aprovecharon al efecto.

El General Flores confiaba en las recomendables aptitudes de Castro, quien tantas pruebas de actividad había dado siendo su Jefe de Estado Mayor en la Cruzada Libertadora.

Las dificultades del terreno eran pronto allanadas con verdadera habilidad.

Él en persona dirigía cualquier operación de pasaje ó de desmonte, dando así alto ejemplo á sus soldados del esfuerzo y voluntad que debe desplegar todo aquel que hace de la profesión militar un culto y de la defensa de una idea verdadero apostolado.

En el paso del rio *Miriñay*, efectuado por la caballería el 4 de Agosto, ésta fué fraccionada en tres divisiones, correspondiendo el mando de la primera, compuesta de cuatro regimientos de á dos escuadrones, al General Enrique Castro; la segunda al General Borges, y la tercera al General Suárez.

De tanta importancia era el paso de tan caudalosa corriente de agua, que el Coronel Palleja escribía: *vamos á pasar el Rubicón.*

El General Castro con 2000 hombres, y el Coronel Reguera con 600, habían sido enviados antes de *Yatay* á retaguardia de los paraguayos, con orden de marchar hasta la *Encarnación*, es decir, por el camino que habían recorrido los paraguayos, con el objeto de cortar sus comunicaciones y reconocer el país, para el caso en que se enviaran refuerzos al socorro de Estigarribia.

CAPÍTULO XVI

YATAY.—TOMA DE URUGUAYANA.—TRIUNFOS DE SAN CARLOS.—IMPORTANTES OPERACIONES DE CASTRO EN MISIONES.

El 17 de Agosto de 1865, el ejército aliado, al mando del Excmo. señor General don Venancio Flores, y la columna paraguaya, fuerte de más de 3000 hombres de las tres armas, que había invadido el territorio argentino por la margen derecha del Uruguay, libraron la acción memorable de *Yatay*. Esta batalla fué la primera y la precursora de la completa victoria en la gran campaña del Paraguay. Ella evitó la invasión de las fuerzas paraguayas al territorio oriental, dió margen á la capitulación de *Uruguayana*, y sirvió, como *Caseros*, para dar realce y nombre á las armas nacionales fuera de las fronteras de la patria.

Si bien es cierto que las veteranas columnas de soldados uruguayos fueron las últimas en llegar al teatro de los acontecimientos militares, también es verdad que les cupo en suerte ser las primeras en en-

contrarse frente á frente y en abierta hostilidad con los organizados ejércitos contrarios.

Al General don Venancio Flores le tocó dirigir en jefe el combate y el honor de tener en el primer encuentro, *bajo sus órdenes, á las tres banderas de las naciones aliadas*, como lo expresó don Bartolomé Mitre.

La acción se desarrolló en la rinconada que forma la confluencia del arroyo Yatay con el río Uruguay, y en un pésimo terreno, hondo y pantanoso.

La División oriental la componían dos baterías de artillería bajo el comando del General Nicasio Borges, dos brigadas de infantería confiadas á la intrepidez del Coronel León de Palleja, y constituídas por los batallones «24 de Abril», «Florida», «Legión Voluntarios» del Comandante don José Cándido Bustamante, «Voluntarios» del Coronel Fidelis; y la caballería que estuvo á cargo de los Generales Gregorio Suárez y Enrique Castro, con excepción del «Regimiento Escolta», á cuyo frente figuraba el Comandante Fortunato Flores.

En la mañana del 17 de Agosto de 1865, una mañana de incesante lluvia y de frío intenso, el ejército marchaba en columnas paralelas con distancias para desplegar, y á su vanguardia iba Suárez con sus escuadrones. Á poco andar estuvieron sobre el enemigo, el cual tomó sus posiciones en una gran arboleda rodeada por zanjas de tres metros de ancho por dos de profundidad, y las cuales sirvieron para ser ocupadas por dobles guerrillas de las infanterías de Duarte.

El General Flores en persona se adelantó hasta

descubrir la línea que se le presentaba y desplegó á su frente las compañías de cazadores de sus cuatro batallones, las cuales se encargaron, como lo hicieron á los pocos instantes, de rechazar á las del adversario, que se parapetaron en los primeros fosos.

Á las 10 y 55 se oyó una serie de toques de clarín, que fueron seguidos por los ecos imponentes y atronadores de las bocas de fuego y las nutridas descargas de fusilería. Había empezado el combate. Los soldados orientales tomaron la ofensiva, ganando terreno, como era su costumbre.

Pasados algunos minutos de entablada la lucha, el Mayor Eduardo Flores trasmitió la orden á Palleja de cargar á la bayoneta, á lo que contestó éste: *¡Hace un cuarto de hora que espero impaciente esa orden!*

El adversario se encontró impotente para resistir el fuerte empuje de los aliados y púsose en retirada, con intención de vadear el arroyo *Yatay* por su único paso; pero tuvo que sufrir la embestida de las pujantes caballerías de Suárez, á las que correspondía el turno de operar.

Obligados por el gauchaje embravecido á internarse en los bañados del río, los enemigos se azotaron al Uruguay y al Yatay, debido al fuego recio con que los apuraban el «24 de Abril» y el «Florida».

¡3200 paraguayos eran doblados por el ímpetu bélico de 1200 orientales de la columna de vanguardia!

Los argentinos y brasileros completaron el triunfo.

Á las 12 y 15 minutos estaba terminada la batalla. Los paraguayos abandonaron en el campo de pelea 1700 cadáveres, 300 heridos, 1200 prisioneros, entre los cuales figuraba Duarte, su jefe superior, cuatro

banderas y toda la artillería, después de pelear como leones, porque su lema era morir antes que rendirse.

Nuestra bandera cobijó entre sus pliegues á 250 criollos entre muertos y heridos, figurando en el número de los primeros Teodoro Ferreira, el de alma templada y corazón noble, y contándose entre los segundos Máximo Pérez, la primera lanza de Mercedes, Cándido Bustamante, que reunía en su personalidad la acción y el pensamiento, el guapo Fidelis y el fogueado Regules.

El General Flores daba cuenta del resultado obtenido, con las siguientes palabras: *Todos han llenado su deber en el campo de batalla.*

El pueblo de Montevideo recibió electrizado la primera noticia del triunfo de nuestro pabellón en territorio extranjero, donde se le vió tremolar para defender los altos principios humanitarios y civilizadores; y como merecido homenaje á aquella imperecedera gloria de las armas nacionales, se organizó una gran manifestación encabezada por los Magariños, los Ramírez, los Rodríguez, los Álvarez, los Tompson, los Araújo, los Mac-Coll, los Domec, los Umarán, los Nebel y tantos otros ciudadanos que quisieron testimoniar públicamente las simpatías de la población por los vencedores de *Yatay*. Y aquel acto, por todos conceptos solemnísimo, fué brillantemente coronado con la elocuente palabra tribunicia del doctor José Pedro Ramírez.

Con motivo de este glorioso hecho de armas, en que tuvo tanta y tan brillante participación don Enrique Castro, el Gobernador delegado doctor don Francisco A. Vidal, en acuerdo de Ministros, expi-

dió un decreto, fechado el 30 de Septiembre de 1865, por el cual se creaba una medalla de honor, destinada á todos los individuos que asistieron á tan memorable batalla.

En tanto que el ejército paraguayo se atrincheraba en *Uruguayana*, después del serio contraste del *Yatay*, el General Castro marchó Uruguay arriba, por su margen derecha, con una fuerte columna de 1500 jinetes, con el fin de establecerse por la *Cruz*. Aunque escaso de caballada, continuó el General Castro avanzando por dicha margen, sin encontrar obstáculo de ninguna especie.

La toma de *Uruguayana*, efectuada el 18 de Septiembre de 1865, importó la rendición á las tropas aliadas, del ejército paraguayo mandado por el General Antonio Estigarribia, compuesto de más de 6000 hombres, y se obtuvieron como trofeos de esta victoria, que no costó á los aliados ni una sola gota de sangre, 5 cañones, 9 banderas, más de 5000 fusiles, como 1300 lanzas con sus banderolas de colores paraguayos, tercerolas, correaje, cajas de guerra y de equipos, y además una escuadrilla de canoas y balsas de que disponían los paraguayos para evadirse.

Estos primeros triunfos de los aliados en su lucha contra los paraguayos, produjeron en el ánimo de López honda conmoción. Un historiador que peca por su parcialidad manifiesta en favor de la causa del tirano, escribe que cuando López recibió la noticia de la rendición de Estigarribia,—noticia que cayó sobre López como un rayo,—rugía de cólera contra su general. Y para dar mayor realce á su afirmación, agrega:

«Éste fué el único revés que durante la guerra afectó verdaderamente á López, aunque no lo mostró públicamente.

«Pasó tres días presa de tan furiosa rabia, que ni aun su hijo, á quien quería locamente, se atrevía á acercársele.»

El 20 de Septiembre el General Castro se encontraba en *Santo Tomé*, teniendo á su frente la columna del Coronel Reguera; de los enemigos no había más que una fuerza que se encontraba en las puntas del *Aguapey* y vueltas del *Ombú*, al oeste de *Santo Tomé*.

El General Castro se proponía batir dicha fuerza.

Con fecha 27 de Septiembre de 1865, el doctor Julio Herrera y Obes escribía desde el *Paso de los Libres*, al director de *El Siglo:* «El General Castro, con su hermosa división de 1500 hombres, y el Coronel Reguera con la suya, de cerca de 700, están ya en territorio paraguayo, haciendo flamear nuestras banderas.

«Las noticias que estos jefes anuncian es que todo ese lado de *Itapuá* está completamente abandonado, no existiendo en los pasos y pueblos del camino sino pequeñas guardias. De éstas se han tomado dos prisioneros al enemigo, los cuales, á pesar de haber sido puestos en libertad por el general, no quisieron volverse y pidieron ser incorporados al batallón que, con los prisioneros de *Uruguayana*, se ha formado aquí bajo el mando del Comandante Elías (1).»

(1) Efectivamente, de los prisioneros que correspondieron á la División oriental, y que ascendían al número de 1500, se sacaron 450 para formar un batallón puesto bajo el mando de Elías.

Las operaciones de guerra continuaban, y nuestro biografiado hacía más grande su personalidad en medio de las penosas exigencias de la lucha.

Encontrándose el General en Jefe de la primera división de operaciones, General Enrique Castro, en el campamento de *San Alonso*, comunicó al General en Jefe del ejército de vanguardia, Brigadier don Venancio Flores, el triunfo obtenido por una expedición á cargo del Coronel don Isidoro J. Reguera, sobre las fuerzas paraguayas, en un campo inmediato á *San Carlos*, en territorio del Paraguay.

La importancia de este hecho está en que las tropas mandadas por el Coronel Reguera—700 hombres entre argentinos y orientales—hicieron flamear las banderas de sus respectivos países, por vez primera, en territorio paraguayo, como así lo declaraba el General Venancio Flores en la nota enviada al Ministro de Guerra y Marina, Coronel don Lorenzo Batlle, desde el Cuartel General de *Tapiquizé*, y en la orden general dada en el Cuartel General del *Paso de los Libres*, dirigida á los soldados del ejército aliado de vanguardia.

La infantería y la caballería paraguayas fueron dispersadas, quedando 20 muertos y 14 prisioneros y tremolando victoriosas sobre los muros de *San Carlos*, las banderas blanca y celeste, de orientales y argentinos.

No transcurriría un mes sin que las fuerzas á órdenes del bizarro General Enrique Castro cubrieran de gloria su pabellón augusto, con la misma brillantez con que lucieron su gallardía desde el éxito imperecedero del *Yatay* y demás combates librados al

pisar en territorio argentino. La lucha iba á tomar otro carácter más trascendental.

Ya no tendría por teatro el campo raso, sino que tornaría á la toma de trincheras y á la destrucción de fortificaciones.

Una correspondencia mandada del Cuartel General, en arroyo *Yaygué*, dos leguas al Norte de *Mirinay*, con fecha 12 de Octubre de 1865, daba cuenta del éxito de las operaciones de la columna de observación, á órdenes del General Enrique Castro y Coronel Reguera.

Ambos jefes, con fecha 3 del mismo mes, comunicaban haberse posesionado de las célebres *trincheras* (1), donde encontraron una pequeña fuerza como de 100 infantes, que después de una débil resistencia, se embarcó en nueve canoas, pasando del otro lado del Paraná.

De las *trincheras*, nuestras fuerzas tomaron más de 1000 animales vacunos y caballares, cuatro carretas y bueyes. Los mencionados jefes, después de recorrer el *Rincón del Ombú* y de haber recogido igualmente algunas puntas de ganado vacuno y yeguada, pasaban á *Candelaria* (2), en donde iban á rescatar la hacienda robada por los paraguayos en las provincias argentinas.

He aquí cómo el General Castro noticiaba las hazañas realizadas en aquellas apartadas zonas y las

(1) Las trincheras consistían en una pared de piedra que tenía como tres varas de alto y una extensión como de 15 á 20 cuadras. El campo sobre el que se encontraban era montuoso y sólo había un camino.

(2) El *Rincón de Candelaria* tiene cinco leguas de extensión, pero el terreno es más montuoso que el de las *trincheras*, y con un solo paso de entrada y salida.

penurias á que se sometían estoicamente, por cumplir un patriótico deber, él y sus abnegados y valientes servidores:

«Apipé, Noviembre 14 de 1865.

«Señor don Bautista Castro,

«Querido Bautista:

He recorrido desde la *Candelaria* hasta este punto, después de haber tomado las trincheras de *Itapuá*, *Candelaria*, *Tranquera San José*, *Tranquera San Miguel* y *Loreto*. Según notas que tengo del General Cáceres y Flores, los ejércitos están ya de este lado del río *Corrientes*, aproximándose á la costa del *Paraná*. Desde hace pocos días recién he encontrado familias, pues las Misiones están desiertas.

«Yo con mi división estaba á 80 leguas de los ejércitos, sin protección de ninguna clase; pero la Providencia quiso ampararme y que triunfara completamente de mis enemigos.

«Mis relaciones son únicamente con mis soldados.

«Como siempre, tu hermano y amigo te desea toda felicidad.

«*Enrique Castro.*»

Como complemento de la carta anterior, resumimos á continuación las importantes operaciones realizadas por la división del General Castro en la primera quincena de Octubre de 1865. En dos expedi-

ciones, encomendadas, una al Teniente Eugenio Lescano, y otra al Coronel Reguera, quitó el primero á los paraguayos 1000 animales vacunos y 400 yeguarizos, y el segundo 20000 animales entre vacunos y yeguarizos.

Con ese motivo, el General Flores, acusando recibo de las comunicaciones remitidas por Castro, le dirigía estas palabras justicieras:

«Felicite en mi nombre al Coronel Reguera y á todos los valientes que forman la vanguardia de la división de su mando, recibiendo V. S. y toda la división á sus órdenes iguales felicitaciones por el denuedo y heroísmo con que se han conducido, como también por la disciplina y moral (1) con que han marchado en esa penosísima campaña en que se han cubierto de gloria.»

El importante diario *El Siglo*, escrito á la sazón por el distinguido publicista doctor don José Pedro Ramírez, dando cuenta de estos hechos, hablaba en estos términos, respecto del General Castro: «La columna de caballería que el General en Jefe de la vanguardia desprendió á las órdenes del General oriental don Enrique Castro, hace sus correrías por la frontera del Paraguay, derrotando y persiguiendo al enemigo en todas direcciones.

«Últimamente ha tomado varios pueblos guarne-

(1) Estas palabras del General Flores no son un lugar común con relación al General Castro; porque, como lo veremos más adelante, él supo imponer en el ejército á sus órdenes una disciplina y una moralidad admirables y dignas de las milicias orientales, que ya, en la campaña de 1852 contra Rosas, dieron el ejemplo de que no desertara ni se extraviase un solo soldado, ni alguno de ellos cometiera una falta reprensible.

cidos con pequeñas fuerzas de infantería, que huyen al solo amago de nuestros valientes.

«En esas correrías, el General Castro ha recuperado más de 30000 cabezas de ganado vacuno y yeguarizo, de las *arreadas* que impunemente han estado haciendo los paraguayos en la Provincia de Corrientes.

«El resultado, pues, de la arriesgada operación del General Castro, no puede ser más satisfactorio hasta ahora, y así lo reconocen los Generales Mitre y Flores.»

Las fuerzas del General Enrique Castro y Coronel Reguera corrían desde la *Tranquera de Loreto* hasta la *Trinchera*, sin tropiezo de ninguna clase, según lo comunicaba el Coronel Paiba, desde *Cuay-Chico*, con fecha 30 de Octubre de 1865.

Á propósito de las operaciones realizadas por la división del General Castro en las *Misiones*, he aquí lo que dice en la página 234 de su *Diario*, el invicto Palleja:

«Del General Castro se sabe que ha limpiado las *Misiones* de paraguayos y ha llegado hasta la *Candelaria*, tomando á los enemigos las haciendas y yeguadas que habían acumulado sobre el Paraná; las infelices *Misiones* han sido barridas. No quedan ya por este lado, sobre el territorio de Corrientes, más fuerzas que una guardia fuerte que conservan en la *Tranquera de Loreto*, punto estratégico de la mayor importancia, por ser el estrecho de la tierra firme entre la laguna *Iberá* y río *Paraná*, por el cual pasa un camino único por esas alturas, llenas de lagunas y bañados por este lado del Paraná. Ese

camino es el que se propone seguir el General Castro.»

Los correntinos que se unieron á los paraguayos contra los ejércitos aliados, presentáronse más tarde á sus jefes, y con especialidad á Castro, á quien mucho respetaban, solicitando indulto.

Muchos de ellos volvían con sus familias.

El General Castro proveyó de caballerías y reses á la División oriental, siendo todas ellas de las tomadas de las estancias de *Misiones*.

Con fecha 2 de Noviembre de 1865, el General Castro, que, como hemos dicho, figuraba como General en Jefe de la primera división del ejército aliado de vanguardia, elevó un parte al General Flores, desde la *Tranquera de Loreto*, por el que participaba que los paraguayos habían pasado en fuga precipitadamente el Paraná, por el *Paso de la Patria*.

Á mediados de Noviembre, el General Castro había ya entregado el servicio de la costa del alto Paraná al Coronel Paiba, quien pasaba con su división y la del Coronel Reguera á hacerse cargo de esta parte de la frontera del Paraguay.

En las expediciones hechas á *Candelaria* y *Trincheras*, el Coronel Reguera estaba bajo las órdenes del General Castro.

El General Flores llegó al campamento del General Castro, en la costa del Paraná, el día 4 de Diciembre, y el 5 el General Castro se unió con el grueso de la división, después de una separación de más de tres meses.

La división de caballería confiada á la pericia y

al valor del General Castro, realizó, durante ese lapso de tiempo, tan importantes como arriesgadas operaciones, sin vestuario, sin cooperación de ninguna especie, sin paga y cruzando verdaderos desiertos.

La incorporación de dicha división de caballería al ejército de vanguardia se verificó el día 6, después de haber atravesado bañados, riachos y esteros, en cuyos fondos fangosos quedaron sepultados como 500 caballos.

Cuando el General Enrique Castro desfiló con su división por delante del campamento, en la marcha emprendida sobre las barrancas del *Paraná*, el General Flores mandó que le saludaran las músicas del ejército con el Himno Oriental.

Ocupándose el Coronel Palleja de la censurable inacción del General Márquez, que, con un ejército de 7000 hombres de las tres armas, y su equipaje de barcas en *San Borja*, del otro lado del Uruguay, había permitido á los paraguayos posesionarse nuevamente de la *Tranquera de Loreto*, se expresaba así:

«Da grima el ver, por esta parsimonia inexplicable, desvirtuarse el feliz resultado de la expedición del General Castro á *Misiones*. No bien faltó él de allí, cuando van volviendo las cosas al mismo estado en que se encontraban antes de presentarse sobre el Paraná este jefe oriental con la división Reguera y 800 jinetes orientales.»

CAPÍTULO XVII

ESTERO BELLACO. — TAITÍ CORÁ. — BATALLA DEL POTRERO DEL SAUCE: BOQUERÓN. — OBSERVACIONES DE CASTRO. — CURUPAYTÍ.

El ejército aliado, el más numeroso que hasta entonces había visto la América, se encontraba el 30 de Diciembre de 1865 á inmediaciones del río Paraná, única barrera que lo separaba del territorio paraguayo.

El ejército argentino, fuerte de 20,000 hombres, estaba acampado á una legua del *Paso de la Patria*. El General Flores, con 4000 de sus soldados, estaba en la margen derecha del río. El Mariscal Osorio, á retaguardia, disponía de 30,000 hombres; en total, un ejército de 50,000 combatientes estaba pronto para invadir el Paraguay por ese punto; mientras que el Marqués de Porto Alegre, el General Enrique Castro y el Coronel Paiba invadirían por *Itapuá*, al frente de 12,000 hombres.

Cuando la sorpresa de *Estero Bellaco* (1), rea-

(1) El *Estero Bellaco*, según Thompson, consiste en dos corrientes de agua paralelas, que casi siempre guardan una distancia de tres millas, se-

lizada por las fuerzas paraguayas el día 2 de Mayo de 1866, el General Castro tenía á sus órdenes las caballerías.

Sabido es que la victoria se decidió por los orientales merced al heroísmo de los tres batallones que, al decir de Thompson, quedaron solos para contrarrestar el empuje de los paraguayos.

Con sobrada razón Palleja, uno de los héroes de aquel día memorable, en que quedaron en el campo de batalla 800 soldados entre muertos y heridos, escribía lleno de patriótico entusiasmo: «El soldado oriental, sin disputa, es el mejor de Sud-América, por su sufrimiento y valor.»

Al dar cuenta el Coronel Palleja de lo realizado por los ejércitos beligerantes en los primeros días del mes de Mayo de 1866, y del trazado de tres baterías de fuegos cruzados al frente del Norte del campo atrincherado de López, consignaba que el General Castro había pasado sus dos regimientos de caballería orientales desmontados, y quedaba de Comandante del campo atrincherado del *Paso de la Patria*, con esa fuerza y otra más, argentina, y probablemente alguna brasilera.

«Así, agrega, tendremos segura la pasada de haciendas, cabalgaduras y víveres para el ejército, después de su salida en procura de López.»

Los trabajos de fortificación del referido campo atrincherado se hicieron con suma lentitud.

paradas una de otra por un espeso bosque de palmas llamadas *Yatay*, que se hallan á la altura de 80 á 100 pies sobre el nivel de los esteros. Lo que hacía poco menos que imposible la maniobra de las caballerías, era el fondo del terreno, por los hoyos que hacían los caballos con sus vasos al pasar.

Tan es así, que aun el día 18 la fortificación de la parte Norte no estaba terminada; las tres lunetas no estaban ligadas aún, quedaban aisladas y sin dotación de piezas.

El señor E. C. Jourdán, Teniente del ejército brasilero y miembro de la Comisión de Ingenieros del ejército, juzga á Castro en los términos que á continuación se reproducen, en su obra *Guerra do Paraguay*, con motivo del comportamiento de nuestro biografiado en la batalla del 24 de Mayo:

«Castro, Sampayo, Paunero, Argollo, Netto y otros valientes jefes, mandan dignamente, dando ejemplo de heroicidad á nuestros bravos camaradas [1].

El 24 del mismo mes, las armas aliadas obtuvieron un triunfo mayor, derrotando á un ejército de 23,000 paraguayos mandados por los principales Generales de López: Barrios, Resquin y Díaz. Cierto es que los aliados eran superiores en número, pero esa ventaja estaba aminorada, como en casi toda esta campaña, por las enormes dificultades del terreno. Fué, de todas maneras, la batalla llamada de *Tuyutí*, una de las más importantes libradas en estos países. Los paraguayos dejaron en el campo de batalla 6000 entre muertos y heridos, y 500 prisioneros, llevándose, además, otros 4000 heridos; los aliados, por su parte, tuvieron 3913 bajas, entre muertos, heridos y contusos.

El General Castro, en carta dirigida á su hermano

(1) Obra citada, pág. 27.

Juan Bautista, narra lo principal de la sangrienta batalla, en los siguientes párrafos:

«El día 24, á las 12 del día, avanzaron los paraguayos, en número de 13 á 14,000 hombres de las tres armas, por varios puntos, á nuestro ejército, y como nuestra línea estaba muy inmediata á la de los paraguayos, cuando acordaron nuestras avanzadas, ya estaban entreveradas con el enemigo. Hicieron retroceder á los batallones nuestros «Libertad» é «Independencia», que eran los que estaban de servicio, por no poder competir con una fuerza tan desigual.

«Pero un momento después, lo que los enemigos cargaron hasta nuestras líneas de protección, empezaron á hacer fuego nuestras piezas y batallones, hasta vencerlos y llevarlos sobre sus líneas.

«El General Osorio, por el costado izquierdo, cortó una fuerza de los paraguayos de tres á cuatro mil hombres; los mismos que, como á las tres horas de un fuego nutrido, sucumbieron; el resto se replegó al centro y derecha, donde fueron completamente rechazados, y la mayor parte de ellos quedaron en el campo de batalla.

«El fuego duró hasta las cinco de la tarde sin cesar. Se confundían los tiros de cañón con las descargas de fusilería, por ser tan sumamente nutrido el fuego.

«El resultado ha sido tan desfavorable para los paraguayos, que se calcula que han tenido de diez á doce mil bajas.

«Por nuestra parte, se calcula en dos mil, entre ellos la pérdida de algunos jefes amigos.»

El mes de Julio fué el más activo de toda la campaña:

El día 10, una división argentina sostuvo el combate llamado de *Taití-corá*, en el que aquélla perdió 400 hombres y los paraguayos unos 500; en los días 16, 17 y 18, todo el ejército combatió en el campo del *Potrero del Sauce*, siendo la última de esas jornadas, la célebre del *Boquerón*.

Los paraguayos se habían fortificado en ese punto, aprovechando una inexplicable desidia de los aliados, que el General Mitre y los historiadores argentinos atribuyen únicamente á los brasileros. Lo cierto es que la serie de combates fué iniciada el día 16 por los brasileros, á las órdenes del General Polidoro, que había sustituído al ilustre Mariscal Osorio, y aunque fuerzas argentinas apoyaron á aquéllos en el combate, el honor de la jornada les correspondió casi por entero.

El día 17 continuó el combate casi en absoluto entre las artillerías de los dos campos, y el 18 se llevó el ataque más formidable á las trincheras paraguayas.

Mandaba en jefe ese día el General Flores, y la división argentina, á órdenes del Coronel Domínguez, se cubrió de gloria, lo mismo que la brasilera, que obedecía al General Victorino. En cuanto á los orientales, estuvieron representados dignamente, aparte del comando superior que tocó al General Flores, por el Coronel Palleja, que encabezó el más vigoroso y heroico de los ataques, perdiendo en él la vida; por el «Batallón Florida», conducido valientemente hasta las trincheras por el Capitán Pereda,

que ejercía el mando accidentalmente, y por el Comandante Fortunato Flores, que guió á la columna argentina, en el ataque, primero, y en la retirada salvadora después, mereciendo los elogios unánimes de los jefes, repetidos á la distancia con justicia por historiadores como Garmendia y otros.

Las tropas aliadas perdieron en los tres días cerca de 5000 hombres, y los paraguayos, que estuvieron á la defensiva, unos 2500.

Lo más memorable para nosotros en esa acción, es la muerte del Coronel León de Palleja, el valiente é ilustrado guerreador del Sitio Grande y de Caseros, el experimentado táctico y organizador que ha legado en sus *Ordenanzas* y en su *Diario de la campaña del Paraguay* (que alcanza hasta la víspera de su muerte), dos obras llenas de enseñanzas provechosas.

Después del combate del *Potrero del Sauce*, el hecho más importante fué la toma de *Curuzú*, en que cupo todo el mérito á la escuadra brasilera y al ejército de la misma nación, mandado éste por el Barón de Porto Alegre. Esa acción fué librada el 1.º de Septiembre. Pocos días después se realizaba, á pedido de López, su famosa entrevista con el generalísimo de los aliados. No se ha llegado á conocer ni el verdadero objeto de la entrevista ni las causas de su fracaso; pero de lo que no hay duda, es de que López aprovechó el tiempo perdido en aquellas entrevistas y la demora en las operaciones que el General Mitre había confiado al ejército brasilero, para fortificar el por siempre memorable campo de *Curupayti*, preparando á los aliados uno de los más

rudos reveses que hayan sufrido en esa campaña.

El General Castro, en carta dirigida al Coronel Moyano, da sobre la entrevista referida y las causas que cree haber penetrado, detalles de mucho interés, y que por lo mismo reproducimos en seguida:

«Tuyutí, 30 de Noviembre de 1866

«....El ejército de López está deshecho.... este tirano ha perdido el prestigio que tenía sobre los paraguayos.

«El primero entre ellos que ha participado de los grandes sentimientos y fines de la Triple Alianza, ha sido un joven Capitán de nombre Dolores Paiva, hijo del pueblo *Encarnación*, en las Misiones.

«Este valiente oficial, inspirado por la libertad de su patria, ha sacudido el yugo de la tiranía, pronunciándose en favor de nuestra santa causa, al frente de 300 hombres decididos. Su primer paso fué posesionarse de *Cerro León*, donde tomó las municiones y armas que creyó conveniente, inutilizando lo que no pudo llevar.

«De allí pasó á fortificarse á la *Cordillera*, como media legua distante de *Cerro León*, y esperó á una columna que venía á reducirlo.

«Atacado, pudo, no sólo rechazar á los esclavos, sino vencerlos, pues una gran parte se pasó durante la pelea.

«Furioso López, mandó una segunda expedición de 800 hombres, con dos piezas.

«Esta columna no fué más feliz que la anterior: los

libertadores quedaron dueños de cañones, carretas y gran número de prisioneros.

«Contando ya el jefe de la revolución con 600 hombres, los mejores caballos y de 3000 á 4000 reses, tomadas en las estancias de López, dejó la *Cordillera* y se puso en marcha hacia la *Candelaria*, buscando la incorporación ó protección de las fuerzas brasileras, que en aquellas alturas ocupaban la margen izquierda del *Paraná*.

«Cuando el chasque que el Capitán Paiva mandó con las comunicaciones dejó las fuerzas revolucionarias, quedaban éstas en *Pibicuarí-Guazú*, donde diarias reuniones venían á engrosar sus filas.

«Cuenta el chasque que, cuando López pidió la primera entrevista á Mitre, ya tenía conocimiento de la segunda victoria alcanzada por los revolucionarios.

«Se cree que el movimiento revolucionario tenga grandes ramificaciones; de donde deducen algunos que á López le sucederá lo que á Estigarribia en *Uruguayana*.

«De aquí nada hay de importancia que comunicar.

«Los días 25 á 27 los enemigos nos enviaron algunas cañoneras, pero muy luego fueron apagados sus fuegos por los tiros certeros que hicieron los inteligentes oficiales brasileros.

«En la derecha, las guardias de caballería han hecho dos sorpresas: en la primera mataron once hombres, en la segunda cinco, y cayeron tres prisioneros; perdiendo nosotros un Capitán y tres soldados heridos.

«He visto con satisfacción en los diarios, que han

tomado con entusiasmo la idea del ferrocarril. ¡Ojalá fuera imitado por todos nuestros paisanos, que entonces pronto veríamos á nuestro país convertido en un verdadero paraíso, como está destinado á serlo por lo favorecido de su clima y lo hermoso de su suelo.

«Siempre tu amigo de corazón,

«*Enrique Castro.*»

Como se ve por los párrafos finales de la carta transcripta, en medio de las preocupaciones de la terrible guerra y de los problemas á ella vinculados, el General Castro se mostraba interesado por el progreso de su patria y convencido del porvenir brillante que le deparaban sus recursos naturales.

Ese rasgo, que caracteriza la personalidad sobresaliente de nuestro biografiado, se revela á cada paso en su correspondencia; y para no citar otros testimonios, nos limitaremos á copiar una expresión contenida en una carta dirigida desde *Tuyutí* á su hermano Juan Bautista, con fecha 27 de Febrero de 1867. Después de extenderse en consideraciones acerca de la guerra y sus consecuencias, concluía así uno de los párrafos de la referida carta: «Tú sabes que mi religión es el trabajo y no la espada.»

En la jornada de *Curupaytí*, tan desastrosa para las armas aliadas, el General Flores, según las mejores referencias, se opuso en los consejos de guerra al plan del General Mitre, y tuvo á su cargo las principales caballerías del ejército, con las cua-

les amagó eficazmente la retaguardia de los paraguayos, mientras argentinos y brasileros, y especialmente los primeros, sostenían el ataque de frente con el éxito desgraciado que no es necesario mencionar.

El General Flores, al frente de la columna de caballería, cumplió, como sabía hacerlo siempre, su parte en el plan de ataque, llegando hasta *Tuyu-cué*, de donde regresó al conocer el desastre de *Curupayti*.

Por esos días, finales de Septiembre, el jefe oriental fué llamado con urgencia de Montevideo, para atender los asuntos de Estado, que reclamaban una dirección más enérgica y prestigiosa que la del Gobernador delegado don Francisco A. Vidal.

Al ausentarse el General Flores del ejército de operaciones, trajo consigo algunas de las fuerzas que lo constituían y que creía necesarias para reforzar la situación del país, que no era nada tranquilizadora. Esas fuerzas se componían de los restos del heroico «Batallón Florida», á cuyo frente venía el Coronel don Fortunato Flores.

Por una inspiración poco feliz, el batallón de Palleja fué disuelto pocos días después, desapareciendo por entonces el nombre evocador de glorias, para ser sustituído por el «Libertad», que recogió á muchos de los veteranos de aquél, pero que desgraciadamente, ni aun así, había de continuar su tradición.

El 3 de Octubre el General Flores reasumió sus funciones de Gobernador provisorio, para tomar bien pronto una serie de medidas que constituyen títulos de los más saneados para él como gobernante progresista y liberal.

CAPÍTULO XVIII

CASTRO QUEDA AL FRENTE DE LA DIVISIÓN ORIENTAL. —SUS APTITUDES COMO JEFE. —CORRESPONDENCIA CON EL GENERAL FLORES. —RECONOCIMIENTO DE HUMAITÁ. —TUYUCUÉ.

Aunque el General Flores pensaba que su ausencia del ejército de operaciones en el Paraguay no sería, como había de ser, definitiva, nombró para reemplazarlo en el comando en jefe de la División oriental, al General don Enrique Castro. Desde esta fecha, pues, nuestro biografiado desempeña el cargo más elevado y de mayor responsabilidad; pero también el de mayor mérito de toda su vida militar.

Castro, al hacerse cargo de la División oriental, como cabeza dirigente, aportó una suma de valiosos conocimientos prácticos que había adquirido en los campos de batalla y al lado de los generales más salientes de nuestro escenario militar.

Supo dar á sus tropas una organización severa y admirable, para poder obrar con acierto en todos los instantes y en las circunstancias más difíciles.

Conocía por práctica, y puede decirse que hasta por intuición, el momento preciso en que, avistado el enemigo, debía desplegar sus fuerzas, evitando así los inconvenientes de la precipitación y las graves consecuencias de un despliegue tardío, que siempre obliga á maniobrar bajo el fuego de la artillería contraria.

Tampoco desconocía el principio, que debe servir de guía á todo jefe de tropas, de que la ofensiva es el mejor medio para asegurar los más grandes resultados, siempre que circunstancias imprevistas no aconsejen ú obliguen á tomar la defensiva.

Por lo demás, él sabía muy bien que las determinaciones enérgicas levantan el ánimo de la tropa y pueden compensar ampliamente las desventajas del terreno.

Los comienzos del año 1867 no fueron nada favorables para el ejército aliado. El desastre de *Curupayti*, el retiro de algunas de las fuerzas argentinas y orientales y el cólera, que diezmó materialmente al ejército aliado, causaron gran desaliento en él; así, su actitud fué durante un largo período, puramente defensiva; mientras que el enemigo, confortado por el último triunfo, se disponía á una resistencia más ventajosa y más larga.

El General Castro, en tales circunstancias, sin dejarse abatir ni contaminar por el general desaliento, se preocupó de vigorizar el espíritu de la valiente división á sus órdenes. Todos los cuerpos, que ya eran veteranos, se ejercitaban sin descanso, y asimilaron, en las mejores condiciones, los elementos incorporados á ellos después de *Yatay* y

Uruguayana, como queda referido. Las órdenes del día de aquel tiempo (desgraciadamente extraviadas en la actualidad) revelan el celo, la energía y el conocimiento profundo que del carácter de las fuerzas á su mando y de su misión en aquella campaña, tenía el experimentado militar, y justifican bien los repetidos elogios que los Generales Flores y Batlle le tributaron por el espíritu inmejorable de disciplina y moral que supo mantener durante toda la guerra.

Aparte de las preocupaciones militares del General Castro, pesaba sobre él — y pesó todo el tiempo que permaneció en el Paraguay,—la vigilancia sobre los servicios de administración del ejército. Con esto se puso á prueba, á la vez que su honestidad intachable, su prudencia para conciliar, sin menoscabo de los intereses nacionales, las exigencias legítimas del ejército con el afán mercantil de los proveedores, que tanto partido sabían sacar de las dificultades económicas del Gobierno oriental en aquellos tiempos. En este sentido, los estados y balances que con toda regularidad remitía el General Castro, minuciosamente controlados y documentados, son un título muy honroso, que no puede dejar de agregarse á los que realzan su personalidad como jefe superior de la División oriental en el Paraguay.

El General Flores, cuya honradez personal y como gobernante es indiscutible, apreciaba las mencionadas condiciones del General Castro, y sólo plácemes tuvo para él en lo relativo á la administración. También sabía que en todo lo que fuera defender intereses sanos y legítimos, encontraría en él un au-

xiliar decidido y capaz. Así, con motivo de los procederes incorrectos del Gobierno argentino, pretendiendo imponer gabelas al comercio de nuestro país en el *Paso de la Patria*, le envió las instrucciones contenidas en la carta que copiamos aquí:

«Montevideo, Enero 15 de 1667.

«Señor General don Enrique Castro.

«Mi estimado amigo:

En estos momentos me ocupo con el mayor empeño en remover los gravámenes que imponen al comercio de la República en el *Paso de la Patria*, con el decreto del Gobierno de Buenos Aires, que obliga á todos nuestros buques á ir á pagar derechos á la ciudad de Corrientes. En el entretanto, debe usted prestar una protección decidida á toda embarcación, ya sea nacional ó extranjera, que habiendo cargado en los puertos de esta República, conduzca directamente sus efectos al territorio paraguayo ocupado por los aliados; debiendo usted apersonarse al señor Marqués de Caxías, pidiéndole conceda la protección de sus medios marítimos á todo buque que en las circunstancias indicadas la solicite, para exonerarse del pago de los derechos que injustamente pretende imponer el Gobierno argentino.

«Saluda á usted su afmo. amigo,

«VENANCIO FLORES.»

Vuelto el General Mitre al comando del ejército aliado, se reanudaron las operaciones, empezando por las que tenían como principal objetivo á *Humaitá*. En los preliminares cupo á la División oriental la intervención activa y asidua que la señala, por otra parte, en toda la campaña, y que justifica la referencia del doctor Golfarini, cuando dice que ella «se batía diariamente, pudiendo afirmarse que fué la que más luchó en aquella memorable campaña.»

El 3 de Agosto se le confió á la División un reconocimiento, destinado á tentar la resistencia que la guarnición de *Humaitá* pudiera oponer por tierra al avance del ejército aliado. La operación fué realizada con el éxito más completo: las caballerías orientales, mandadas personalmente por el General Castro, atacaron, en el lugar llamado *Pasecué*, á la retaguardia de las fuerzas paraguayas, y le infligieron una derrota completa. Quedaron 150 paraguayos muertos y 30 y tantos prisioneros; se les tomaron 2000 animales vacunos y caballares, y algunos carros de municiones. La expedición llegó en su avance hasta dos leguas más abajo del *Pilar*, y logró cortar el telégrafo que comunicaba con la Asunción.

El diario *El Siglo*, dando cuenta de este hecho de armas, en el que fué destrozada una fuerte división paraguaya de 700 hombres, decía que este triunfo había sido «el más completo y menos costoso que se había obtenido desde que el ejército se movió de su campamento,» y que para formarse una idea de lo completo de la victoria, bastaba recordar que las fuerzas orientales de avanzada habían cortado la comunicación telegráfica con la Asunción en más de

doce partes, en un trayecto de cuatro leguas; hecho que, por otra parte, probaba también el pánico del enemigo, cuando la operación pudo llevarse á cabo sin que fuerza alguna apareciese á impedírselo.

En la orden del día núm. 108 del ejército brasilero, cuyo comando en jefe era ejercido por el Mariscal Marqués de Caxías, se lee lo que reproducimos á continuación, á propósito del combate de *Tuyucué:*

«Habiendo sido la misma operación realizada con buen éxito, como se ve por el parte abajo transcripto, S. E. se congratula con las fuerzas de su mando, y especialmente con los Excmos. señores Teniente General Barón do Herval, Comandante del referido ejército, y General don Enrique Castro, Comandante de las fuerzas orientales, que de manera tan distinguida ejecutaron las presentes operaciones; y manda elogiar á los demás oficiales y plazas que tomaron parte en este combate [1].»

Por su parte, el General Gelly tributó los mismos elogios á la División oriental y al General Castro, al comunicar el feliz resultado de aquella operación.

En este momento de la campaña se produjo una nueva tentativa de pacificación, en que intervinieron dos diplomáticos: primero, Mr. Whasburn, Ministro norteamericano en la Asunción, y que fracasó desde los comienzos; y después, el secretario de la embajada británica en Buenos Aires, Mr. G. Z. Gould, quien llegó á formular un convenio que los Generales Mitre y Marqués de Caxías consideraron aceptable, y que seguramente hubiera puesto término á

(1) Ordens do dia, 2.º volumen, págs. 61 y 62.

la guerra; pero López, con la doblez de todas sus acciones, no tardó en reaccionar y desistir de cuanto había convenido con Mr. Gould, no pasándose de ahí. En estas tentativas no se dió participación alguna al General Castro, y éste, que era por naturaleza modesto y que conceptuaba muy limitado su papel en el ejército aliado, no reclamó, como hubiera debido hacerlo, la intervención que le correspondía como representante en el ejército aliado de uno de los paises firmantes y sostenedores del tratado de la Triple Alianza, base de aquella guerra.

Pero lo que el General Castro disimuló, no pasó inadvertido para el General Flores, quien, en conocimiento de las tentativas de paz, se dirigió á Castro, con fecha 26 de Septiembre de 1867, diciéndole:

«Sé de una manera positiva que se está tratando de paz con López, y me ha llamado la atención el que usted nada me diga á ese respecto.

«Así es que supongo, ó que usted me ha escrito y sus cartas se han extraviado, ó que los Generales Mitre y Caxías no han dado á usted conocimiento de lo que se hace en el sentido de la paz.

«Usted, mi querido general, es el jefe de la División oriental en el ejército aliado, y, por consiguiente, debe tener participación, como representante ahí de la República, en toda medida que se adopte, tanto en el orden militar como en negociaciones con el enemigo, pues que nada puede hacerse sino de acuerdo entre los tres poderes aliados.

«Yo conozco perfectamente su prudencia y su carácter bondadoso, que tal vez le hagan retraerse de ciertas cosas; pero, en el caso presente, usted, que

está á la cabeza de ese puñado de valientes, tan heroicos en sus sufrimientos como admirables en los momentos del peligro, debe colocarse en el puesto que le corresponde y exigir, con toda moderación, pero con decidida firmeza, el rol que le compete y por el cual debe tomar ingerencia en todo lo que se haga y que pueda afectar los intereses y la dignidad de la República, que tiene en la lucha los mismos derechos y las mismas prerrogativas que los otros poderes aliados.

«Espero, pues, que usted me diga lo que haya sobre este importante asunto, y que para ello, si nada le hubieran comunicado aún los Generales Mitre y Caxías, los vea usted y les haga sentir el deber en que usted está de exigir participación en este negocio, sobre el cual no puede prescindirse del general oriental.

«Le recomiendo me escriba pronto y me dé todos los conocimientos posibles en cuanto á negociaciones de paz.»

Al recibir Castro esta carta, las negociaciones que la motivaban estaban concluídas, como queda dicho, y así se lo comunicó al General Flores, excusándose á la vez por no haber exigido una participación que creía debía dársele espontáneamente por los otros generales aliados.

En el mes de Octubre se libraron varios combates de alguna importancia, en los que sufrieron las mayores pérdidas, por parte de los aliados, los argentinos y brasileros.

Concluyó el año 1867 sin mayores novedades, pero el 68 se inició con mayor actividad. La escuadra forzó el paso de *Humaitá* y el ejército aliado se preparó para avanzar. López empezó á retroceder, desalojando la línea de *Paso Pucú* y *Curupayti*, y formando un nuevo cuadrilátero. Los aliados estrecharon las líneas y se apoderaron de *Tavi*, cortando el camino de la Asunción. López pasó al Chaco. El 22 de Febrero todas las líneas habían sido abandonadas y *Humaitá* quedaba aislado. Prescindiendo de otras operaciones realizadas en esos días, cupo á la División oriental una intervención honrosa en la maniobra general de los ejércitos aliados, la que mereció una mención especial del Marqués de Caxías en la orden del día correspondiente al 24 de Febrero de 1868.

CAPÍTULO XIX

ASESINATO DE FLORES.—HONORES EN EL EJÉRCITO.—PRELIMINARES DE LA TOMA DE HUMAITÁ.—PASECUÉ.—CORRESPONDENCIA DE CASTRO CON EL GENERAL BATLLE.

Mientras se producía una nueva interrupción en las operaciones, llegaron al campamento aliado las tristes noticias de los sucesos ocurridos en Montevideo el 19 de Febrero, y en los que había perdido su vida el ilustre caudillo don Venancio Flores. Inmediatamente, el General Castro, muy apenado por la muerte de su digno jefe y amigo, dispuso que la División lo honrara en la mejor forma, tomando las disposiciones oportunas de que informan los párrafos siguientes de la orden del día relativa:

«1.° En el día 19 del presente mes se mantendrán á media asta todas las banderas de los cuerpos de la División, desde que salga el sol hasta que se ponga, disparándose un cañonazo de media en media hora.

«2.º Las guardias y centinelas mantendrán sus armas á la funerala, llevándolas del mismo modo los cuerpos que formen en el transcurso del día, echándose todos los toques de ordenanza con cajas destempladas.

«3.º El mismo dia, á las seis de la mañana, en el paraje que se indique, y por uno de los capellanes del ejército argentino, se celebrará una misa fúnebre por el eterno descanso de su alma, á que asistirá toda la División con banderas y cajas enlutadas y armas á la funerala, debiendo vestir luto en tal ocasión todos los que asistan al acto.

«4.º La parada la mandará el Sargento Mayor don Miguel A. Navajas.»

Invitados por el General Castro, concurrieron á dichos honores, no sólo los jefes principales de los ejércitos argentino y brasilero, sino también un número considerable de oficiales que, como aquéllos, experimentaban profundo sentimiento por la muerte del General Flores; sentimiento que expresaron elocuentemente, por otra parte, los Generales Caxías y Gelly y Obes, en cartas dirigidas á Castro con este motivo.

Pocos días después llegaba al ejército la noticia de la elección de Presidente de la República, recaída en el General don Lorenzo Batlle, quien se apresuró á dirigirse al General Castro comunicándole el voto de la Asamblea y renovándole las manifestaciones de consideración que le había hecho mientras estuvo á cargo del Ministerio de la Guerra.

En las operaciones preliminares de la toma de *Humaitá*, la División oriental cooperó eficazmente

auxiliando á la División argentina, mandada por el General Emilio Mitre, y á una gran parte del ejército brasilero. Los paraguayos se reconcentraron en *Humaitá*. El General Castro refiere en los siguientes términos, y en carta particular, los sucesos ocurridos en esos días:

«El día 23 del mes ppdo., el enemigo abandonó sus fuertes trincheras para retirarse á *Humaitá*, quemando antes su campamento. El 2.º cuerpo del ejército brasilero acampó en seguida en *Curupayti*, el ejército argentino en el *Paso Pucú*, y el General Gelly y Obes en la casa del Mariscal López. Después de algunos días de calma, el 1.º recorrió con el Marqués de Caxías las trincheras paraguayas hasta *Curupayti*, en donde el mismo día se pasó una guardia enemiga á la escuadra, después de haber matado á dos soldados que no quisieron seguirla. Lo restante del ejército estaba pronto para marchar, cuando el 4, á la mañana, llegó la orden de mudar el campo; seguimos el camino para llegar arriba de *Humaitá*, y llegamos hasta el lugar llamado *Establecimiento*, sin novedad ninguna. Yo, con la División oriental, ocupo la derecha, como á doce cuadras de este lugar. Esta operación contiene al enemigo en su fortaleza, no teniendo casi campo para sus animales; y creo que, en pocos días, tendrá que retirarse para el Chaco, si la escuadra no se lo impide, ó entregarse, como en *Uruguayana*.

«Según voces de oficiales superiores, y como yo lo creo también, antes de tres meses estará concluída esta infeliz guerra; lo que me alegraría sobremanera.»

Los augurios del General Castro no debían cumplirse, y á los tres meses de la carta referida, aún estaba el ejército aliado enfrente de *Humaitá*. Desde allí, Castro escribía lo que sigue, con fecha 2 de Junio:

«Este ejército está inmóvil frente á la fortaleza de *Humaitá*, esperando que se rinda. Entretanto, hay bombardeos diarios de parte á parte, y de vez en cuando tenemos que lamentar la pérdida de algún compañero, causada por los innumerables cascos de bombas que salpican nuestro campamento.

«El éxito de la guerra no es dudoso: las probabilidades del triunfo están todas de nuestra parte; pero con todo, no dejan de sentirse las penalidades de este clima malsano y el aburrimiento que resulta de la duración de esta guerra, tan monótona y á propósito para probar la constancia más acérrima.

«Difícil es decir cuándo se acabará esto. Sólo puedo asegurarte que mientras no me abandone el ánimo que me sostiene, he de acompañar la bandera de la patria hasta donde me sea dado en esta nueva cruzada; después, los consuelos de mis hermanos y de mis amigos me harán olvidar los sinsabores que he sufrido, y tendré la conciencia satisfecha.»

El 5 de Agosto se rindió á los aliados la fortaleza de *Humaitá*, y concluída con este acto la campaña que los historiadores llaman del Cuadrilátero, quedaba concluída también la parte principal de la guerra; porque, como dice el General Garmendia, «lo demás fué una agonía prolongada, la agonía de una fiera que, acosada y herida, emplea sus últimas fuerzas en bravío combate contra la numerosa jauría que la acosa.»

Apenas le quedaban á López unos 10000 hombres, de los cuales muchos inservibles por las heridas ó por la edad; y sin embargo, aun había de sostenerse un año más, resistiendo por una parte al ejército aliado y por otra completando la obra nefanda y criminal que le inspiraban sus perversos instintos.

Después de una breve permanencia en *Humaitá*, el ejército aliado continuó su avance. En una de las primeras operaciones que realizó el ejército brasilero en *Pasecué* el 17 de Agosto, la División oriental, que formaba en la vanguardia, desempeñó un papel muy lucido; y continuó en el mismo puesto como exploradora en la marcha hacia el Norte.

Posesionado el ejército brasilero del puente del arroyo *Surubí-hi*, después del combate que tomó el nombre de dicho arroyo, dominó todo el terreno hasta *Palmas*, pasando en seguida á establecerse entre estos dos puntos.

El General Gelly, dice el General Garmendia en su obra sobre la *Guerra del Paraguay*, «desembarcaba en *Villa Franca* con las fuerzas argentinas, y en seguida se establecía en *Palmas*, formando la izquierda del ejército aliado; mientras los orientales ocupaban el centro y los imperiales la derecha, apoyándola sobre un espeso bosque.»

Con motivo de la parte que tomó el General Castro en el reconocimiento hecho á las trincheras de *Angostura*, el día 1.° de Octubre de 1868, dice el General en Jefe de las fuerzas brasileras, en la orden del día núm. 254, expedida en su Cuartel General en *Surubí-hi*, el 3 de Octubre de 1868:

«Manda el mismo Excmo. señor, elogiar también

á los Excmos. señores Brigadieres.... General oriental don Enrique Castro y señores.... por la proficua y eficaz ayuda que prestaron y las buenas disposiciones que supieron dar á las fuerzas de sus respectivos comandos [1].»

Unido ya todo el ejército, se encontraba de nuevo detenido por otra línea, que el Dictador levantaba como por encanto, y esa línea no era otra que la fortificada del *Pikiciry*, que se presentaba inaccesible en su frente y su flanco izquierdo, á causa de sus defensas naturales, que valorizaban las obras que en otro terreno no hubieran tenido grande importancia.

En el consejo de guerra celebrado el 8 de Octubre de 1868 por los generales aliados para arbitrar los medios conducentes al buen éxito de las operaciones de sus respectivos ejércitos, el General Castro se manifestó de acuerdo con lo propuesto por el General Gelly, y que sólo fué ligeramente modificado por el Marqués de Caxías. Con arreglo á ese plan, la División oriental, que sumaba entonces 800 hombres, debía permanecer en *Palmas*, á las órdenes del General Gelly, en unión de otras fuerzas argentinas y brasileras.

En tanto que el ejército brasilero derrotaba al paraguayo en la batalla de *Itororó*, y que el General Osorio seguía la ruta trazada, el ejército argentino y la División oriental mantenían en continua alarma á la línea del *Pikiciry* y *Angostura*, ya haciendo continuas demostraciones, ó bien causando alarmas nocturnas, que tenían á López siempre en sobre-

(1) Obra citada, 4.º volumen, págs. 220, 221 y 223.

salto y le impedían distraer un solo hombre de estos puntos.

De los movimientos que precedieron á la batalla de *Avahy*, ejecutados por el ejército mandado por el General Gelly, y del que formaba parte, como hemos dicho anteriormente, la División oriental, da cuenta el guerrero é historiador argentino antes mencionado, en los siguientes términos: «Á la alborada del 11 se puso en marcha el ejército de *Palmas* y avanzó sobre las posiciones del enemigo, tomando posición la infantería á cierta distancia de la línea del *Pikiciry*.»

Una lluvia torrencial que empezó á caer á las diez y media, aumentó extraordinariamente las dificultades de aquel terreno, é hizo materialmente imposible el pasaje de la infantería; entonces el General Castro, con las fuerzas de caballería de su División, el regimiento «San Martín», argentino, y la Legión paraguaya, avanzaron, venciendo obstáculos, por esteros y bañados, en los cuales el mayor tránsito se hacía con el agua hasta el encuentro de los caballos.

Los paraguayos retiraron su servicio de avanzada, y habiéndose aproximado el General Castro con sus fuerzas, empeñó un fuerte tiroteo con las del enemigo, que estaban próximas á la trinchera. Este avance produjo tal confusión y movimiento en el interior del recinto, que hizo suponer á los aliados que los paraguayos temieron un ataque formal, y que, en previsión, López ordenaba la reconcentración de esas fuerzas á su Cuartel General.

Entretanto se celebró entre los Gobiernos aliados

el acuerdo de que dan conocimiento los párrafos que siguen, extractados de una carta escrita por el entonces Presidente de la República don Lorenzo Batlle:

«Montevideo, 26 de Octubre de 1868.

«Señor General don Enrique Castro.

«Mi estimado amigo:

«He recibido sus cartas, en que me participa que el cólera va en disminución; que el Marqués de Caxías le ha notificado el convenio celebrado entre los Gobiernos aliados, relativo á que cada General en Jefe mande su División, poniéndose los tres generales de acuerdo para operar, y en que me avisa la dificultad que experimenta usted para proveerse de fondos, por el descrédito en que está mi administración.

«Quiero aprovechar el día de hoy, Domingo, para contestarle. Sus cartas las dejé en el Fuerte, pero creo acordarme de que esos tres son los puntos principales á que se contraen.

«Me alegro de la desaparición de la terrible enfermedad en la División oriental, y que vaya aminorando mucho en los aliados, porque su permanencia podría ser desastrosa para la aceleración de las operaciones, pues nuestro más vehemente deseo es la pronta conclusión de esa eterna guerra, que se creyó obra de pocos meses y dura ya tres años, sin que le veamos próximo término.

«La ausencia del Ministro de la Guerra y el in-

menso recargo de ocupaciones, han sido las causas de que se haya descuidado en enviar á usted la copia del convenio celebrado entre los aliados, relativo al mando de las fuerzas respectivas; pero es exactamente como se lo notificó el Marqués. Excuso recomendarle que es de desear que el mejor acuerdo exista entre ustedes; porque, de lo contrario, no alcanzaríamos el fin que nos hemos propuesto, ó lo obtendrían sólo los brasileros, lo cual no sería conveniente.

«El General Gelly ha sido nombrado General en Jefe del ejército argentino, y confío, por el conocimiento que tengo del carácter de ustedes dos, que es muy probable que este plan tenga ejecución, pues con jefes de carácter difícil é intransigentes, sería imposible de realizar. Pero estando ya tan avanzadas las operaciones y completamente dominado el enemigo, creo se entenderán ustedes fácilmente para rematarlo.

«Lo saluda muy afectuosamente su amigo y servidor,

«LORENZO BATLLE.»

CAPÍTULO XX

UN PERSONAJE INTERESANTE: HIPÓLITO CORONADO.—UNA DE SUS EMPRESAS.—RENDICIÓN DE ANGOSTURA.—ACERCÁNDOSE AL FINAL.

Una de las figuras más interesantes de la División oriental, por su carácter inquieto y algo indisciplinado, por su amor á las aventuras arriesgadas y más que todo por su valor excepcional, era el entonces Mayor Hipólito Coronado. Pronto tendremos ocasión de referir circunstanciadamente algunos de los hechos en los cuales el impulso partió casi siempre del General en Jefe de la División oriental, don Enrique Castro, quien, con su certera intuición y con su experiencia de guerrero valiente, sabía reconocer y aprovechar las cualidades de los hombres que tenía á sus órdenes.

En Noviembre de 1868, Coronado, separado momentáneamente del ejército, intentaba realizar una expedición para cortarle la retirada á López y privarlo de los recursos que recibía de la frontera de Bolivia. El mismo Coronado da cuenta de sus tra-

bajos en este sentido, en una carta dirigida al General Castro, que vamos á transcribir, y en la que se revela toda la sagacidad y toda la audacia de aquel jefe destinado á las grandes empresas que requieren fuerte corazón, ánimo indomable y despreocupación de la propia existencia.

Dice la carta:

«Humaitá, Noviembre 16 de 1868.

«Señor General don Enrique Castro.

«Palmas.

«Respetado señor General:

«Es en mis manos su muy apreciable de fecha 29 del ppdo., la que no he tenido el gusto de contestarla porque me encontraba por el Rosario, y recién ayer he llegado.

«El objeto de mi viaje á esos puntos ha sido arreglar una expedición con esos hombres, lo que no he podido hacer; pero al desembarcar he encontrado al señor Zenón Fontao, boliviano, que ha venido explorando el gran *Jenió ó Nuevo Bermejo*, quien me da las noticias más ciertas de López; pues dice que de Bolivia le vienen las haciendas, sal, efectos, y últimamente toda provisión, no por el Gobierno, sino por negociantes particulares; que López ha hecho venir de Santa Cruz de la Sierra (Provincia de Bolivia) al doctor Ramón Roca, doctor Tristán Roca, don Rafael Peña, abogado é ingeniero, y dos señores Rujias, ingenieros.

«El año pasado han entrado por la misma vía veinticinco ingenieros ingleses venidos por el Pacífico.

«Al Mariscal se le calculan, por un negociante que entró hasta el centro del Paraguay, de treinta á treinta y cinco mil hombres.

«Melgarejo, Presidente de Bolivia, ha mandado seis mil veteranos á la Provincia de Santa Cruz, no se sabe con qué objeto; pero hombres de ese país dicen que nunca se ha podido mandar ese número de gente á esta provincia. Según dice el expedicionario, vienen á dilucidar el derecho de línea divisoria.

«Esto le comunico para que abra el ojo y para que vea que su loco tiene más juicio que los que lo titulan así.

«No está distante que después que hable con usted me vaya hasta Bolivia por el *Bermejo*, pero después que hable con usted, que sin hablar no lo haré. El expedicionario queda conmigo, pero hoy marchará para Buenos Aires y Montevideo.

«Se me iba olvidando, en la enumeración de los individuos venidos de Bolivia, á un coronel, — que es ahora general hecho por López, — don Antonio Vicente Peña, famoso ingeniero acreditado en el Perú y en Bolivia como el mejor.

«Sin más, queda ansioso de verlo S. S.

« Hipólito Coronado.»

Realizada la incorporación de las fuerzas del General Gelly con las mandadas por el Marqués de Caxías, después del ataque llevado por la División de Mena Barreto á la retaguardia de la línea del *Pikiciry*, (20 de Diciembre), llegó el primero sobre las posiciones de López y acampó en la *Loma de Cumbaretí*, ocupando la derecha del ejército aliado, que enfrentaba la izquierda de la posición enemiga. Los orientales quedaron en el centro y los brasileros en la izquierda.

Se acercaba el final lógico de la guerra, y antes de llevar los aliados el ataque definitivo á las diezmadas fuerzas de López, que eran ya apenas sombra de un ejército, y sintiéndose los generales condolidos del inútil sacrificio que el tirano imponía á sus infelices defensores, acordaron, con fecha 24 de Diciembre, dirigir á López un ultimátum, invitándolo á rendirse y á ahorrar el derramamiento de nueva sangre. La respuesta de López, aunque menos soberbia que las anteriores, fué contraria en absoluto á la deposición de las armas que exigían los aliados.

En consecuencia, éstos resolvieron no demorar el ataque á las posiciones enemigas.

El día 27 fué el elegido para la operación: el General Gelly debía atacar la izquierda de las posiciones paraguayas, el centro el General Castro, y la derecha el General Rivas: todo á las órdenes del Marqués de Caxías.

Según lo dispuesto, los orientales y argentinos debían dar el asalto, mientras que los brasileros constituirían la reserva. Las tropas orientales que se hallaban frente á *Itaivaté* y *Angostura* ascendían

á 600 soldados de infantería y 200 de caballería y artillería.

El total de las tropas aliadas alcanzaba próximamente á 24,000 hombres. La columna del centro, formada, como ya dijimos, por la División oriental, la componían las siguientes fuerzas: batallones «24 de Abril», «Independencia», «1.er Escuadrón de Artillería» y «Escolta del General Castro»: todo á las órdenes del valiente Teniente Coronel Eduardo Vázquez, figura militar que, según la opinión autorizada del General Garmendia, «será siempre una de aquellas que honran á su país.»

En el ataque dichas fuerzas arrollaron todo lo que se les puso al frente, hasta reunirse con las tropas del Coronel Ayala, y contribuyeron á encerrar al enemigo en un verdadero círculo de fuego.

Notable fué la participación de las fuerzas orientales en aquella memorable batalla, que costó á los paraguayos 1500 muertos, 1500 prisioneros, 14 cañones, algunas banderas, gran cantidad de provisiones y muchos objetos pertenecientes á López.

El Marqués de Caxías, en el 4.º volumen de sus órdenes del día, se expresa en los términos más favorables sobre la conducta del General Castro en las operaciones realizadas durante los últimos días del mes de Diciembre de 1868.

En la batalla de *Caraguatahí*, las fuerzas del General Castro contribuyeron al éxito de la jornada.

En el ataque al desfiladero de *Sapucaia*, cúpole al General Castro un rol de importancia, según refiere el ingeniero Jourdán en su obra *Guerra del Paraguay*.

Á la rendición de las tropas guarecidas en la *Angostura*, contribuyó eficazmente la División mandada por el General Castro, uno de cuyos batallones, después de acordadas las bases de la capitulación, debía ocupar el mencionado recinto.

Tal acontecimiento ocurrió el 30 de Diciembre de 1868.

La rendición de las fuerzas de la *Angostura* se efectuó con todos los honores de la guerra y en forma solemne.

Formado el ejército aliado en las lomas que rodean la *Angostura*, con 40 piezas de campaña en línea de batalla y sus banderas desplegadas, desfiló la guarnición paraguaya á tambor batiente, con sus banderas también desplegadas.

Entretanto, la guarnición paraguaya hizo alto en el punto designado; formó pabellón la tropa; se despojó de sus cartucheras y demás elementos de guerra, y, avanzando cuatro pasos, se entregó al ejército aliado.

En seguida fué ocupada la *Angostura*.

El número de fuerzas allí reunidas ascendía á 1300 hombres sanos, al parecer la flor del ejército paraguayo. Había además unos 500 heridos y enfermos y como 400 mujeres.

En la *Angostura* se encontraron 44 piezas, de las cuales 18 eran de 64 y una magnífica de 150, fundida en el Paraguay con los bronces de las campanas, la que tocó en la repartición al ejército argentino.

Era primer jefe de las tropas que guarnecían la *Angostura*, el ingeniero inglés Thompson, y su segundo un primo de López, el paraguayo Carrillo.

La cantidad de armas y pertrechos de guerra tomados al enemigo fué enorme.

Lo prueba el siguiente dato:

Desde el combate del 6 de Diciembre hasta el del 27, los aliados habían tomado al enemigo 85 cañones.

En ese mes de Diciembre de 1868, el Gobierno de la República ascendió á Brigadier al General Castro, jefe de la División oriental en operaciones contra López.

La prensa aplaudió el nombramiento, considerándolo como un verdadero acto de justicia.

El Comandante don Eduardo Vázquez, en nota elevada á su superior el General Castro, le daba cuenta de la repartición hecha de las piezas y armamento tomados al enemigo, y de la parte que le cupo á la División oriental:

«Campamento Angostura, Enero 1.° de 1869.

«Señor Brigadier General don Enrique Castro.

«Señor General:

«Habiéndose procedido en el día de ayer al inventario y repartición de las piezas y armamento del enemigo, le adjunto á V. E. un resumen de todo lo que en la repartición nos ha tocado, habiendo recibido igual parte el brasilero y argentino.

«Todas las piezas, fusiles, lanzas, sables y tercerolas, las he colocado en el campo que ocupo; las municiones no se han repartido, pero quedó de

acuerdo el señor Coronel, en que se sacarían las municiones pertenecientes á los calibres que nos han tocado, y en consecuencia voy á proceder á la reunión de todas las que pueda sacar.

«Las piezas de 68 que nos han tocado, están en la batería que yo separo, y tienen, por consiguiente, las municiones en los polvorines; la de á 150 les tocó á los argentinos.

«Aprovecho esta ocasión para reiterar á V. E. las consideraciones de mi distinguido aprecio.

«Dios guarde á V. E.

«Eduardo Vázquez.»

«En el pueblo de *Peribebuy*, á los seis días del mes de Octubre del año 1869:

«Reunida la Comisión internacional, compuesta de los señores Sargentos Mayores don Federico da Fontusa Lima, por parte del Imperio del Brasil; don Abrahán Walker, por parte de la Confederación Argentina, y don Ernesto Curtín, por parte de la República Oriental del Uruguay, nombrados por los respectivos señores Generales en Jefe de los Ejércitos aliados para proceder á la división de los objetos tomados al enemigo sobre las *Cordilleras*, efectuaron la mencionada división con toda igualdad, en la forma que á continuación se detalla. No habiendo los demás artículos que constan en el inventario general, por haberlos clasificado como inútiles, y hallándonos conformes los referidos comisionados, firmamos tres de un tenor á un solo efecto.

Mil treinta y un tercios de yerba. Cuatrocientos doce cueros vacunos. Ochenta y una petacas de tabaco en hoja. Una pipa vino en mal estado. Un quinto. Tres sillas de montar. Tres petacas con tabaco. Ocho cajones velas estearinas. Un cajón de velas sebo. Doce frascos conservas arruinadas. Dos cajones aceite. Un cajón con jabón. Una pieza lona. Trescientas medallas de cobre del 3 de Noviembre. Cuatro pares zapatos ordinarios.

Federico Agusto da Fontusa Lima.—
Ernesto Curtín.—A. Walker.

CAPÍTULO XXI

CARGOS INJUSTOS Á LA DIVISIÓN ORIENTAL.—CARTAS DEL GENERAL BATLLE AL GENERAL CASTRO.—EXPEDICIÓN DE CORONADO AL IBICUÍ.

Los diarios argentinos publicaron, en el mes de Enero de 1869, graves denuncias sobre el comportamiento de los orientales que servían en el ejército aliado, en la toma de la capital paraguaya. Los cargos más directos se hacían á los ayudantes del General Castro, quienes, según los corresponsales argentinos, llevábanse en carretas, de los depósitos particulares, tabaco, cueros y cuantos objetos encontraban, embarcándolos en un buque que debía conducir el resultado de la rapiña á Montevideo. Los mismos corresponsales agregaban que el General Emilio Mitre había embargado el buque y cargamento á solicitud de los dueños de los artículos robados, porque habían sido desatendidos por el general oriental.

El diario *El Siglo*, haciéndose eco de las denuncias de los corresponsales argentinos, y bajo el epí-

grafe de *Un acto de piratería*, afirmaba que «dos buques habían sido cargados para comerciar con frutos y efectos saqueados de la Asunción, con autorización y beneplácito del Jefe de la División oriental.»

La protesta no se hizo esperar. En *La Tribuna*, sus redactores y otros amigos del General Castro, invocando la reconocida probidad del guerrero uruguayo, desmintieron los cargos imputados, alegando para ello que no se había probado el saqueo, falsamente atribuído á la División oriental.

Entretanto, y después de los combates de *Lomas Valentinas*, los aliados consideraron concluída la guerra, aun cuando el principal causante de ella todavía quedaba en actitud de resistencia, con los escasos elementos que lo acompañaban en su retirada á *Cerro León* y la *Cordillera*. El 5 de Enero de 1869 fué ocupada la Asunción por las fuerzas aliadas. La verdadera ocupación la efectuaron los brasileros, pues los jefes de las Divisiones oriental y argentina, previendo desórdenes y abusos en aquel acto, quisieron salvar la responsabilidad que de otra manera hubieran tenido que compartir. En tales circunstancias, viendo que el General Caxías se había retirado del comando del ejército brasilero, lo mismo que el General Mitre, y que el resto de la campaña debía confiarse más á la diplomacia que al esfuerzo armado, el Gobierno oriental, presidido por el General Batlle, se preocupó del regreso de los restos de nuestra División, á fin de ahorrar gastos también, porque aun cuando fuesen reducidos, pesaban demasiado sobre el exhausto Tesoro nacional.

Dan cuenta de las ideas y de la resolución del General Batlle al respecto, las siguientes cartas que dirigió al General Castro:

«Montevideo, Enero 19 de 1869.

«Mi estimado amigo:

«Terminada ya la campaña militante del Paraguay y restando sólo ahora la diplomática; no teniendo nosotros en ese territorio ningún interés inmediato ó de fronteras que debatir, creo llegado el caso de hacer retirar el pequeño contingente oriental que ha tomado hasta el fin parte en esa terrible lucha.

«En consecuencia, he ordenado al Ministro de Relaciones Exteriores que pase nota á los Gobiernos del Brasil y de la República Argentina, previniéndoles que, terminada la lucha, el Gobierno va á disponer el regreso inmediato del elemento oriental que existe en ese ejército. Como he dicho á usted en mis anteriores, el Gobierno no quiere que venga un solo paraguayo entre la tropa que debe regresar. Debe usted, pues, poner en lista á todos los orientales, para que, cuando reciba usted las órdenes, se sepa los que han de venir y los que deberán quedar.

«Podrá ofrecernos alguna dificultad la forma en que quede el elemento paraguayo que figuraba en nuestra División, y el arreglo de este incidente quizás pueda demorar algún tanto el regreso de ustedes; mas yo he de poner todo en juego para resolver con prontitud esta cuestión.

«En lo sucesivo mi correspondencia le tendrá á usted al corriente del giro que tome este negocio.

«Soy su afmo. y S. S.

«L. Batlle.»

«Montevideo, Enero 2 de 1869.

«Señor Brigadier General don Enrique Castro.

«Estimado General y amigo:

«Me ocupé ya en tratar con los Poderes aliados del retiro de nuestra División del teatro de la guerra; pero he encontrado una resistencia tenaz de parte del Ministro brasilero, el cual me ha pedido suspenda las gestiones hasta la llegada del señor Paranhos, que se espera de un día para otro.

«La prensa, tanto de aquí como de Buenos Aires, se ha ocupado de la remisión que hacen oficiales de la División oriental, de dos cargamentos de cueros, tildando este acto de abusivo. Pensé dejarlo pasar sin hacer mérito de él; pero se nos ha dicho que un Ministro extranjero piensa poner embargo en esos cueros, por ser propiedad de un súbdito de su nación.

«Para anteponernos á ese acto y encontrarnos en actitud de poder responder á las reclamaciones que se hagan, he dispuesto sean embargados aquí por la Capitanía del Puerto, en cuanto lleguen.

«Es un hecho bien desgraciado, que la primera vez que las tropas de nuestra División han tomado

algo como botín de guerra, haya tenido tal publicidad y producido el reproche que la prensa nos hace. Sé que en sucesos anteriores, los jefes de los otros ejércitos aliados han cometido actos tanto y más abusivos, que han pasado sin que la prensa se ocupara de ellos.

«El producto que se obtenga de la venta de esos cueros se mantendrá en depósito, ya sea para satisfacer la reclamación, ó para devolverse á la oficialidad. Dígame usted en qué punto se tomó ese corambre: si fué en la Asunción ó en el campamento, y déme cualquier otro dato que juzgue oportuno para combatir la reclamación, que se nos asegura se va á intentar por un súbdito español.

«Nada ocurre aquí de particular, y no puedo ser más extenso porque me han avisado la salida del vapor á última hora.

«Soy su afmo. amigo y S. S.

«LORENZO BATLLE.»

«Montevideo, Abril 0 de 1869.

«Señor Brigadier General don Enrique Castro.

«Estimado General y amigo:

«El 6 del corriente tuve la visita del Conde d'Eu, que va á tomar el mando del ejército brasilero en el Paraguay.

«Me solicitó, con gran empeño, no se retirase á usted del teatro de la guerra, pues que todos los

generales brasileros le tenían á usted el mayor afecto y le estimaban como á un compañero utilísimo para la continuación de la campaña. Á nada me comprometí, por la imposibilidad absoluta en que estamos de satisfacer los gastos de esa División, que me duele no poderlos abonar rigurosamente á sus vencimientos.

«Así que en cuanto regrese el señor Paranhos, que me dicen ha llegado ya á Buenos Aires, el señor Rodríguez, nuestro Ministro Plenipotenciario, tiene órdenes terminantes para recabar el retiro de nuestras fuerzas, emancipándonos á la vez de hacer en lo sucesivo ningún gasto en el Paraguay.

«Soy su afmo amigo y S. S.

«LORENZO BATLLE.»

«Montevideo, Abril 16 de 1869.

«Señor Brigadier General don Enrique Castro.

«Mi estimado amigo:

«Tengo á la vista sus estimadas del 1.º, 2 y 5 de Abril.

«En ellas me dice usted que las demás Divisiones del ejército han marchado á *Luque*, y que usted, para evitar gastos, lo practicará cuando estén próximas á emprender operaciones.

«Por la prensa de Buenos Aires, y aun la de aquí, se ha dicho que la División oriental no podía

seguir la marcha porque estaba desprovista de todo. Si bien es cierto que la situación del erario es en extremo afligente y que no se han podido pagar con regularidad los libramientos que ustedes han hecho, también es cierto que hemos atendido con preferencia esos libramientos y no hemos limitado á usted de hacer uso de los recursos que pudiera encontrar. Por otra parte, hace más de tres meses que, viendo la imposibilidad de atenderla regularmente, he solicitado su retiro, y el Gobierno brasilero, primero, y el argentino, en la actualidad, hacen oposiciones á mi demanda.

«Voy á insistir en ello, cierto de obtener la misma contestación; á lo cual tendré que ceder para evitar las complicaciones internacionales que pudieran sobrevenirnos con el Brasil y la República Argentina, que pretenden que, por el pacto de la alianza, estamos obligados á continuar en la guerra hasta su completa terminación.

«Soy su afmo amigo y S. S.

«L. BATLLE.»

«Montevideo, Mayo 15 de 1869.

«Señor Brigadier General don Enrique Castro.

«Mi estimado General y amigo:

«Tengo á la vista sus apreciables del 23, 25 y 27, que he recibido casi á un mismo tiempo.

«La mayor recomendación que tenía de este

Gobierno nuestro Ministro Plenipotenciario don Adolfo Rodríguez, fué la de recabar de los dos Gobiernos aliados el retiro de nuestra División.

«Desgraciadamente, ambos han hecho una resistencia decidida á nuestro propósito, valiéndose para ello de las estipulaciones del Tratado de la Triple Alianza, en que se obligaron las tres naciones á no desistir de la guerra hasta que López fuese expulsado del Paraguay. En vano hemos hecho valer la insignificancia de nuestra fuerza, pues que dejaríamos allí el contingente paraguayo que compone su mejor número. Se nos ha contestado que nuestra sola bandera y su persona de usted, encabezando un grupo de orientales, constituían un elemento moral de inmensa importancia para el éxito de las próximas operaciones.

«Todo nuestro esfuerzo se ha estrellado contra la oposición de aquellos poderes, que declaraban mirarían como rota la alianza por nuestra parte y responsabilizada la nación oriental por las consecuencias que aquel hecho produjese.

«Ante esta actitud hemos debido contemporizar, esperando el primer momento favorable para obtener el retiro de nuestro elemento en la contienda.

«En situación tal, y siendo cada vez más apurado el estado de nuestras rentas, hará usted bien en aceptar todos los auxilios que le ofrezcan los generales aliados, desde que puedan aliviar las necesidades de nuestro ejército, disminuyendo los giros que vienen á agobiarnos....

....

«Cruzamos por aquí una situación extremadamente

difícil, y temo que la política venga á mezclarse con las dificultades de la crisis financiera, por el inmenso malestar que produce.

«El partido blanco está en acecho, y cualquiera división que surja entre nosotros, puede ser la señal para que se lance á la lucha.

«No ha pasado la República, desde su origen, por una situación tan difícil, pues nadie acierta con las medidas que convenga adoptar, para disminuir los perjuicios y ruina de que está amenazado nuestro comercio.

«Sin nada nuevo, me repito su afmo. amigo y S. S.

«LORENZO BATLLE.»

«Montevideo, Diciembre 4 de 1869.

«Señor Brigadier General don Enrique Castro.

«Mi estimado General y amigo:

«Por el doctor don Adolfo Rodríguez escribí á usted para ponerle en relación con aquel señor, á quien encomendé pusiera á usted al corriente de todos los sucesos acontecidos aquí.

«El doctor Rodríguez iba á esa con el carácter de Ministro Plenipotenciario, para negociar con los agentes del Brasil y de Buenos Aires, el retiro total de nuestra fuerza. He recibido hoy cartas de ese señor, datadas en Corrientes, con fecha 27, y supongo que á esta fecha habrá obtenido ya un resultado favorable en la misión que llevaba. Así al menos me lo

hace esperar el protocolo que se nos ha comunicado, formulado en la misión que llevó el Ministro Varela á la Asunción, y por el cual vemos que consiguió el retiro de la guardia nacional de Buenos Aires, expresando en él, que se haría igual concesión á todo el personal oriental que existía en nuestra División. En breve, pues, espero tener el gusto de abrazarlo, y en su persona abrazar á todos los individuos de esa valiente División, que, por su constancia en el sufrimiento de las privaciones y su denuedo en los combates, se ha hecho altamente acreedora á la consideración del Gobierno y del país.

«Aquí encontrarán ustedes todo en bastante calma, pues que las pasiones políticas se han amortiguado un tanto, en razón de lo ocurrido en las elecciones del último domingo. Las listas promovidas por el «Club del Orden», con las que el Gobierno simpatizaba, han obtenido una inmensa mayoría, así en la capital como en todos los departamentos. Este resultado, que parece no esperaban los agitadores, les ha hecho bajar el tono y comprender que el país quiere paz y orden y no se presta á secundar los conatos de revuelta á que todos sus afanes propendían.

«En breve espero se hallará usted entre nosotros, y no dudo que el Gobierno encontrará en usted y sus leales compañeros, nuevas columnas para el mantenimiento del sosiego y reposo públicos.

«Entretanto, me despido de usted, repitiéndome su afmo. S. S. y amigo,

«LORENZO BATLLE.»

Con fecha 23 de Febrero de 1869, y por iniciativa del Ministerio de Relaciones Exteriores del Gobierno argentino, el Gobierno de la República ordenó al jefe de las tropas orientales en el Paraguay, General Castro, que concediera á la legión paraguaya que servía en el ejército aliado, el uso de su bandera nacional. Con ese motivo, los Generales aliados Emilio Mitre, Guillermo Javier de Souza y Enrique Castro dirigieron en la Asunción, con fecha 29 de Marzo de 1869, una proclama al pueblo paraguayo, en la que, después de recordar el propósito que los guiara al declarar la guerra al dictador Francisco Solano López,—propósito contenido en las siguientes palabras, entresacadas del documento hecho conocer al iniciar la homérica cruzada: «Guerra al despótico Gobierno del Paraguay; compasión al pueblo que gime bajo su férreo yugo»,—participaban la resolución tomada por los respectivos Gobiernos, de permitir el uso del pabellón paraguayo.

Sobre el nombramiento de los delegados por los Gobiernos aliados, para tratar todo lo relativo á las cuestiones paraguayas y á la terminación de esta cruenta guerra, el General Batlle dirigió las siguientes comunicaciones al General Castro:

«Montevideo, Febrero 17 de 1869.

«Señor General don Enrique Castro.

«Estimado General y amigo:

«El Gobierno ha nombrado al doctor don Adolfo Rodríguez Ministro en misión especial para que vaya

al Paraguay, en compañía de los diplomáticos que mandan el Brasil y la República Argentina, con el objeto de proceder al nombramiento del Gobierno paraguayo y la completa organización de ese país. Así que estos señores hayan terminado su cometido, volveremos otra vez á insistir sobre la vuelta á la República de la División oriental. La misión de estos señores será, además, de acuerdo con los jefes del ejército, dictar las medidas que se juzguen más oportunas para perseguir á López y arrojarlo fuera del territorio paraguayo; pues mientras él esté en él, no podrá constituirse nada que tenga un carácter estable.

«Aquí no hay novedad.

«Siempre su afmo. amigo y S. S.

«LORENZO BATLLE.»

«Montevideo, Marzo 13 de 1869.

«Señor Brigadier General don Enrique Castro.

«Mi estimado General y amigo:

«Me desespera el ver que no se reunan los plenipotenciarios de los tres poderes aliados, para exigir el retiro de nuestra División. La permanencia en esos parajes del señor Paranhos, no queriendo la República Argentina mandar allí ningún agente caracterizado, y pretendiendo que sus conferencias tengan lugar en Buenos Aires, á lo cual el señor Paranhos no se presta muy de buena gana, es un incidente que

puede retardar el regreso de ustedes, que es mi primer empeño.

«Se dice que se han emprendido operaciones contra López, pero no sé qué plan se proponen seguir, ni qué fuerzas concurran á esta operación. Escríbame usted dándome siempre conocimiento detallado de cuanto por ahí ocurra.

«Por aquí marchamos siempre con extremas dificultades, dificultades que cada vez toman más proporciones; pero espero en Dios que las hemos de sobrellevar y salir con bien de situación tan crítica.

«No poco beneficio me haría la presencia de esos valientes en la República, pues si bien espero conservar la paz, el mejor medio para conseguirla es hallarse preparado para la guerra.

«Sin tiempo para extenderme más, me repito su afmo. amigo y S. S.

«LORENZO BATLLE.»

«Montevideo, Marzo 23 de 1869.

«Señor Brigadier General don Enrique Castro.

«Mi estimado General y amigo:

«Recién hoy he recibido su estimada del 3. No sé á qué atribuir el retardo que tienen todas sus cartas.

«Respecto á la remesa de cueros que hicieron los jefes y oficiales de esa División, haciendo escala el buque que los traía en Buenos Aires, fueron allí embargados y vendidos, de acuerdo, dice el Gobierno

argentino, con la resolución tomada por los generales que mandan el ejército aliado. Don Adolfo Rodríguez, por órdenes de este Gobierno, reclamó al de Buenos Aires sobre el embargo y venta de esos productos, que pertenecían á orientales y venían destinados á este puerto; pero han eludido su reclamación, diciendo que los fondos están depositados en el banco, hasta que se resuelva este incidente, como los demás que ocurran análogos, por los Gobiernos aliados, y no hemos creído digno insistir más.

«El Gobierno argentino se ha opuesto á enviar un Ministro á la Asunción, haciendo así innecesaria en aquella ciudad la presencia del doctor don Adolfo Rodríguez.

«Quedo impuesto de los resultados que tuvo el paseo que dió usted á la villa Occidental. Quedo igualmente impuesto de la resolución adoptada por los generales de ese ejército, con presencia del señor Consejero Paranhos, para establecer una policía fluvial, encomendada á la escuadra brasilera.

«Apruebo el que haya hecho usted objeciones para tomar parte, con el contingente oriental, en las operaciones que van á abrirse en el interior de la República.

«Hace tiempo que estoy gestionando su retiro á la patria, y ahora con más razón que nunca me veo precisado á exigirlo, pues que nos es imposible hacer frente á los gastos para sustentarlo. La crisis financiera que atravesamos, cada vez oprime más al comercio, y su consecuencia natural es que las rentas decaigan de un modo extraordinario.

«Nada se paga, sino el presupuesto de empleados y las letras que usted gira, y una y otra erogación se encuentran así mismo muy retrasadas.

«Soy de usted muy afmo. amigo y S. S.

«LORENZO BATLLE.»

No obstante lo que se desprende de las cartas que acabamos de transcribir, aun debía tocarle á la División oriental, á pesar de haber quedado tan reducida, tomar una participación no menos brillante y gloriosa que en la de los otros tres años de campaña, en las operaciones finales de la guerra.

Corriendo el año 69, López, refugiado en *Luque* y acosado como una fiera, desataba sus odios y sus perversos instintos en aquella serie de crímenes que ni aun los más parciales defensores del tirano han podido ocultar, y que bastarían en todo caso para justificar la campaña cuyo objeto era eliminar del Gobierno de una nación hermana y digna de gozar de la libertad y la civilización, á un verdadero monstruo. En aquel último refugio, todavía contaba López con recursos que la pérdida de la capital, las medidas del Gobierno provisorio protegido por los aliados, y la incomunicación con el exterior, no le habían quitado en absoluto. Esos recursos provenían principalmente de los arsenales que el tirano tenía en el departamento del *Ibicuí*, á una distancia tal del medio en que habían operado y operaban los aliados, que era casi imposible pretender apoderarse de ellos. Tratado el asunto en consejo de jefes, el General

Castro manifestó que contaba en su División con elementos para realizar aquella empresa. Algunos historiadores dicen que el Conde d'Eu, General en Jefe de los ejércitos aliados á la sazón, fué quien solicitó del General Castro un hombre capaz de llevar á cabo la difícil operación que se proyectaba.

Sea cierto ó no esto, el General Castro eligió en su División el hombre que conceptuó más capaz de la empresa, que exigía algo más que la resignación á la muerte y que la audacia de un espíritu inclinado á las aventuras. Y ese hombre fué Hipólito Coronado, Comandante de caballería, oriundo del Salto, á quien hemos visto figurar ya en arriesgadas operaciones, revelando valor extraordinario, intuición y disposiciones superiores.

La nueva comisión que le confió el General Castro y que lo ponía en evidencia ante todo el ejército, era de tal magnitud, que por primera vez en la campaña, Coronado vaciló. Sin embargo, ni él era hombre de esquivar ningún peligro, ni el General Castro se equivocaba al elegir sus hombres.

Trazó á Coronado todo el plan de la difícil expedición, con la clarovidencia del veterano capaz de realizar estas acciones, en que se sale de las reglas y previsiones de la guerra, para entrar en el dominio de lo aventurado, de lo imprevisto, en que todo ó casi todo queda librado á la iniciativa individual, á las inspiraciones del momento y al esfuerzo de un espíritu superior.

Coronado partió para el *Ibicuí* con 80 hombres, elegidos por él entre los compañeros más probados en sus aventuras de aquella campaña, y entre los cuales

había unos 20 artilleros armados de Chassepot, siendo el resto lanceros.

Los heroicos expedicionarios desaparecieron misteriosamente del campamento de los aliados, pues una de las principales condiciones para el éxito de la empresa debía ser la reserva con que ésta se llevara á cabo. Los partes oficiales han conservado la frase espartana del General Castro, quien, al despedirse de Coronado, le dijo: « *Vaya á las Cordilleras como quiera que sea; muera, si es necesario, antes que dejar de pasar más allá de las Cordilleras.* »

Y Coronado fué á las *Cordilleras*, pasó más allá, realizó todo el pensamiento y el plan del General Castro, y volvió triunfante al campamento de la División oriental en menos de quince días, recorriendo ochenta leguas de territorios ásperos y casi inexplorados, venciendo con sus 80 hombres á más de 500, libertando centenares de prisioneros, y después de haber destruído hasta en sus fundamentos, los arsenales de López. Nada mejor, para dar idea de esa expedición de contornos legendarios, que el sencillo parte del jefe que la realizó. Dice así:

«Campamento en Franco-Islas, Mayo 15 de 1869.

«Excmo señor:

«Habiendo hoy proporción de dirigir un chasque á ese campamento, lo aprovecho para dar cuenta á V. E. de las operaciones que he practicado hasta este día, con las fuerzas que á ese fin V. E. se ha dignado poner á mis órdenes.

«Después de emprender nuestra marcha de la *Asunción*, el día 5 del presente, siguió la columna hasta *Franco-Islas* sin novedad de importancia. Por noticias, sabía que allí residían varias familias.

«El día 8 por la mañana, alcanzamos á *Franco-Islas*. El piquete de descubridores, que los primeros llegaron á los ranchos, fueron recibidos por siete hombres armados que se resistieron y murieron antes que entregarse, y por un herido se sabía que habían sido desertores de nuestros ejércitos. De allí me fuí al rincón de *Franco-Islas*, donde quedé dos días para dar descanso á los caballos y aprovechar del buen campo y los maizales.

«El día 11 nos dirigimos hacia las minas de *Ibicuy*, cuyo establecimiento me dió á conocer que estaba con poca guarnición; me propuse tomarlo de sorpresa para inutilizar las máquinas, salvar los prisioneros nuestros que allí estaban, y, en fin, causar al enemigo un perjuicio que me parecía serio al quitarle la primera fábrica de artículos de guerra.

«Siguiendo el camino para las minas y pasando por la capilla de *Ibicuy*, tomamos prisionera una guardia de doce hombres.

«De *Ibicuy* seguimos por el puente *Zarra*, monte *Zarzete*, arroyo *Tacuarí*, lagunas *Imes* y *Caballero*, arroyo y zanja *Hú*, y el 13 á las 7 1/2 de la mañana estábamos frente al establecimiento de las minas de fierro de *Ibicuy*.

«Al llegar, ordené inmediatamente que 50 hombres, con una guerrilla al frente, avanzasen al galope sobre el establecimiento: esta guerrilla llegó casi á apoderarse de la posición sin tirar un tiro, pues

cuando allí se presentó, recién se armaba la guarnición para defenderse.

«El oficial que mandaba la guerrilla se acercó al portón del establecimiento, y pudo con el Teniente Moreno, uno de los oficiales paraguayos que estaba allí empleado, el cual se dispuso á rendirse; entonces el Capitán Insfrán, jefe del punto, mandó á las armas y no quiso oir las condiciones conciliatorias que se le ofrecían, y se le responsabilizó de las consecuencias; en seguida comenzó el fuego de parte á parte; mandé echar pie á tierra á tiradores y lanceros y cargar sobre el enemigo. Éste, que aun no había podido establecer el orden en las filas, no sufrió nuestro empuje y la posición fué tomada después de una hora de pelea. Obtuvo así la fuerza de mi mando un espléndido triunfo sobre el enemigo, tres veces mayor en número y ocupando una fuerte posición, accesible tan sólo por un portón. Juzgue V. E. si lo sería, cuando á mi juicio lo considero más fuerte que *Humaitá*.

«Tomóse prisioneros al Comandante del punto, Capitán don Julián Insfrán, al Teniente 2.° don Gaspar Moreno, Alférez don Ventura Cáceres y 53 individuos de tropa; muertos tuvieron 23 soldados, y los demás huyeron al monte contiguo á los edificios del establecimiento. La guarnición se componía de 4 oficiales y 241 individuos de tropa, todos hombres escogidos, la flor del ejército paraguayo; y fueron vencidos por el puñado de soldados de la escolta que me acompañó ese feliz día.

«Fueron salvados del martirio que les imponían López y su sicario Insfrán, 96 presos, que estaban

encerrados en calabozos: éstos son 87 prisioneros del ejército aliado, argentinos, brasileros y orientales. 9 paraguayos por causas políticas, y otros.

«El Capitán Insfrán tres veces dió la orden de que se matasen 40 prisioneros que estaban trabajando en una carbonería, bajo las órdenes del Alférez Cáceres: pero éste no obedeció y por eso esos infelices viven aún: ese Alférez es muy querido de todos los prisioneros y de sus subordinados los paraguayos por su buen corazón: eso lo hace recomendable á la consideración de V. E.

«¿Cómo le describiré, Excelentísimo señor, los gritos de alegría, las manifestaciones de júbilo de tantos prisioneros que se vieron repentinamente entre salvadores providenciales, después de porción de años de los más crueles padecimientos?

«Estaban casi desnudos, flacos: sólo tenían de hombres la figura!... Algunos, enfermos, caminaban con la ayuda de báculos!... otros, engrillados, con el zoquete de arrastro!... Todos nos llamaban «nuestros salvadores», y contaban las penurias y las inhumanidades que habían sufrido por la crueldad del tirano López y sus bárbaros servidores.

«Durante el conflicto, ví á un individuo que por la ventana de un calabozo me hacía señas con los brazos, y gritaba nombrándome: «Mayor Coronado, aquí están los prisioneros argentinos: somos prisioneros argentinos;» pero no era posible socorrerlos en esos momentos. Ese individuo era un sargento Del Valle, que perteneció al regimiento de caballería «San Martín», del ejército argentino.

«Todos los grillos les fueron sacados inmediata-

mente después del combate, y los hombres conducidos al campamento para reunirse á mi columna, separando los prisioneros de la gente de López.

«Las máquinas de la fundición han sido totalmente destrozadas por mi orden, de modo que por algunos meses no funcionarán. Las municiones y armamentos que no pudimos conducir, fueron echados al fuego y al agua.

«Este trabajo fué ejecutado por los prisioneros al ser libertados, los que puse al cargo del Sargento Mayor Gualberto Lescano con ese objeto. Era curioso ver con qué frenesí desempeñaban esa comisión: no oían las órdenes, no veían lo que hacían.

«Las pérdidas sufridas por mi gente se reducen á trece fuera de combate, entre ellos tres muertos, y treinta caballos; los heridos los llevo, junto con los enfermos y heridos que encontré en el punto tomado, en las tres carretas que acompañan mi columna desde las minas, donde las tomé. Los maquinistas y operarios del establecimiento de minas están en nuestro poder y marchan con nosotros.

«En las inmediaciones se recogieron como cien bueyes y algunas vacas.

«La comportación de los jefes, oficiales y soldados que tengo el honor de mandar, ha sido meritoria de todo elogio: han mostrado que son dignos de pertenecer á la División oriental que manda V. E.

«Terminada la operación en el establecimiento de minas de *Ibicuy*, ordené la reunión de mi fuerza y de todos los prisioneros, y con el ganado recogido emprendí la marcha á las 2 del día próximamente, hacia la capilla *Ibicuy*, siguiendo después hasta este

lugar; esto es: viceversa el itinerario que llevé para la ida á las minas.

«Llegué hoy aquí, y mañana despacho con el chasque al Mayor Lescano, y marcho al rincón de *Franco-Islas* á alcanzar algunas familias que dejé allí.

«Por interrogaciones que he hecho á varios oficiales y soldados prisioneros, he conseguido la declaración de que López tiene su campamento general en *Azcurra (Cordilleras);* en *Yutí* está formando un nuevo campamento, en donde hoy tiene como mil hombres; en *Cerro León* hay 400 hombres; en *Iguitimí* 50; en *Punta Caballero* 50, é igual número en el paso *Ibicuy*.

«Para volver á la Asunción voy á abrir por el monte una picada que irá al potrero *Mármol;* es una medida de prudencia, porque puede el enemigo querer incomodarme en el tránsito, y como ahora irá bastante pesada mi columna, deseo engañar cualquier maniobra del enemigo, por las familias (como 130 mujeres y criaturas) y el ganado, que por lo demás no temo; á mi salida de esa capital mis fuerzas eran ochenta hombres, y hoy cuento con 250 prontos á pelear; por lo que puedo asegurar á V. E. un feliz término á la comisión que me ha confiado.

«Antes de cerrar ésta, permítame V. E. recordarle sus palabras antes de mi marcha: «Vaya á las *Cordilleras* como quiera que sea; muera, si es necesario, antes que dejar de pasar más allá de las *Cordilleras*.» Yo lo he prometido, y me permitirá V. E. una pregunta, que es: si he cumplido su orden ó no?

«Aprovecho la oportunidad para reiterar á V. E. las seguridades de mi más alta consideración.

«Dios guarde á V. E. muchos años.

«Hipólito Coronado.»

«Conforme:

«Federico Guillermo Daug.»

«Á S. E. el señor Brigadier General don Enrique Castro, General en Jefe de la División oriental en operaciones contra el Gobierno del Paraguay.»

Hay en este episodio algo que no refiere la historia y que sin embargo es verdadero y merece ser conocido, por lo que importa para el carácter de nuestro biografiado. Cuando á Coronado se le encargó de la expedición al *Ibicuy*, su situación en el ejército era muy crítica. Aquel espíritu inquieto é inclinado á las aventuras, solía olvidar que para un militar el primer deber y el mayor mérito es la disciplina. Ante el General Castro, que, por más que se hubiera formado en la guerra irregular, tenía el más alto concepto de las condiciones de la milicia organizada, el Comandante Coronado había incurrido en una falta que no hay para qué mencionar.

Al surgir la idea de la expedición al *Ibicuy*, el General Castro, que apreciaba las cualidades positivas de Coronado, pensó que á la vez de prestar un servicio importante al ejército aliado, el audaz guerrillero se vindicaría ante su jefe y ante la División á que pertenecía, si el éxito coronaba su empresa.

Estas circunstancias, rigurosamente verídicas, dan la clave de la frase del General Castro, que hemos calificado justamente de espartana, y de la referencia que á ella hace Coronado al concluir el parte de su expedición. Pues bien: cuando Coronado regresó triunfante con los trofeos de su arriesgada empresa, hubo en los ejércitos aliados una explosión de admiración y de aplauso.

El guerrillero victorioso fué saludado con dianas en todo el campamento.

El General en Jefe brasilero le confirió el grado de Coronel de los ejércitos imperiales, con todas sus rentas y honores; los argentinos prodigaron sus elogios y sus manifestaciones de admiración al que era sin disputa un héroe. En la División oriental sólo se participó en la orden del día, que el Comandante Coronado quedaba reincorporado á ella con el mismo grado que tenía antes de la hazaña. Para quien había estado á punto de ser separado completamente de la gloriosa División, y ante el concepto elevadísimo de la disciplina y del honor militar que había sabido infundir el General Castro en las fuerzas á su mando, no había mayor premio que seguir figurando entre ellas.

CAPÍTULO XXII

COMBATE EN PERI-BEBUY.—REGRESO DE LA DIVISIÓN ORIENTAL.—DISTINCIONES AL GENERAL CASTRO.—HONORES EN MONTEVIDEO.—SÍNTESIS DEL CARÁCTER DE CASTRO.

Este interesante hecho fué sin duda el último de importancia que merezca citarse entre los servicios de la División oriental en el Paraguay. Después de una larga inacción, en Julio se libró un combate en *Peri-Bebuy*, fatal para la vanguardia de López. Éste inició su retirada de *Azcurra* en dirección á Bolivia, y en esa marcha hacia la muerte,—marcha que debía durar hasta Marzo de 1870,—los brasileros solos fueron sus perseguidores implacables.

En Diciembre de 1869 quedó resuelto el regreso de la División oriental. El último campamento avanzado que ocupó nuestro ejército, fué el de *Cerro León*. Allí, en los primeros días de Diciembre, y cumpliendo órdenes del Gobierno, fueron licenciados los paraguayos que servían en nuestras filas, quedando solamente los que quisieron por libre voluntad continuar en ellas.

De *Cerro León*, la División marchó para la *Angostura*, donde se efectuó el embarco. Son dignas de publicarse las comunicaciones que el General Castro recibió en el momento de retirarse del Paraguay.

El Ministro Paranhos le escribió de la Asunción, con fecha 22 de Diciembre, lo que sigue: «Excmo. señor Brigadier don Enrique Castro.—Tuve el honor de recibir la carta que V. E. me dirigió con fecha 9 del corriente, y mucho agradezco la despedida amistosa, deseándole que encuentre en su patria la felicidad de que es digno.

«Envío cordialmente á V. E. mis congratulaciones por la alta estima á que se hizo acreedor para con sus conciudadanos y para con sus aliados.

«No sé aún cuándo será mi regreso; pero aquí, y en cualquier parte, probaré que soy, con perfecto aprecio y distinguida consideración, de V. E. muy atento amigo y obediente servidor.—*José María da Silva Paranhos.*»

El señor Fernando Iturburu, jefe de la legión paraguaya incorporada al ejército oriental, dirigió al General Castro la siguiente carta:

«Asunción, Diciembre 23 de 1869.

«Señor General don Enrique Castro.

«Mi estimado General y amigo:

«Con la mayor satisfacción he leído su apreciable del 19 del corriente, por la que al retirarse para su patria se despide de mí y de todos los jefes y oficia-

les de la legión de mi mando, que hemos tenido el honor de compartir los peligros y fatigas de esta larga y memorable campaña, con la valiente División oriental, que tantos y tan importantes servicios ha prestado á la causa de la libertad de esta mi desgraciada patria.

«Á mi nombre y al de los jefes y oficiales de la legión paraguaya, agradezco á usted, con todo mi corazón, sus buenos deseos respecto á este país tan desgraciado, como también sus generosos ofrecimientos á todos nosotros, lo que altamente apreciamos, y esté usted seguro que nunca olvidaremos á usted y á los beneméritos jefes y oficiales de la invicta División oriental, como nunca olvidaremos al inmortal héroe General Venancio Flores, que ha dejado en nuestro corazón recuerdos de inmensa gratitud.

«Estimaré á usted infinito haga presente al señor Comandante Vázquez, Mayor Curtín y todos sus oficiales, los amistosos recuerdos de mi hermano y míos, disponiendo usted como guste de su mejor amigo,

«Fernando Iturburu.»

Muy expresiva es también la carta del General en Jefe brasilero Conde d'Eu, y que el General Castro recibió estando ya en Montevideo. Dice así:

«Cuartel General en la Boca del Pacova, 8 de Enero de 1870.

«Excmo. señor General don Enrique Castro.

«Mi muy estimado General:

«Ayer solamente me llegó á las manos la carta que V. E. me escribió el 9 del mes pasado, de su campamento de *Cerro León*, comunicándome que tiene que retirarse con los pocos orientales al seno de su patria, y asegurándome que, como compañero de armas, siempre puedo contar con hallar en V. E. un amigo en toda ó cualquier ocasión que se presentare. Doy á V. E. muchas gracias por tan cordiales palabras y por sus buenos deseos á mi favor para el resto de la tarea que me queda por cumplir. Esta tarea la considero hoy como virtualmente concluída, pues las molestias, el hambre y las consecuentes deserciones, son las que se encargarán de acabar con el diminuto resto de la fuerza enemiga, oculta hoy en una región enteramente desierta, que no le ofrece por eso mismo recurso de ninguna especie.

«Está, pues, completa la obra que se impusieron (ya van 5 años) las tres naciones aliadas, y en la que V. E. y sus pocos, mas heroicos paisanos, han tenido una brillante parte.

«En cuanto á mí, agradezco una vez más á V. E. el concurso que con tanta dedicación me prestó en las operaciones del mes de Agosto próximo pasado, las cuales destruyeron la mayor parte del poder enemigo. Espero que á mí también me será lícito en breve retirarme de este país, y mucho celebraré si

puedo entonces, al pasar por Montevideo, renovar personalmente mis relaciones con V. E. y repetirme su afectísimo compañero y amigo,

«*Gastón de Orleáns.*»

En la mañana del día 29 de Diciembre de 1869 llegó á Montevideo el vapor *Angostura*, que conducía los restos de la heroica División oriental.

Recibieron á los 150 hombres que la constituían, una Comisión nombrada por el Gobierno, y formada por jefes de alta graduación; todas las fuerzas de la guarnición; los niños de los colegios municipales, y una inmensa cantidad de gente.

El Presidente de la República, don Lorenzo Batlle, agradeció en una proclama, en nombre de la patria, á los valientes que, «desde los campos gloriosos de *Yatay* hasta las cuestas artilladas de *Azcurra*, durante 5 años continuos de combates y penosísimas marchas y privaciones, formando casi siempre en la vanguardia, se habían mostrado dignos sostenedores de las glorias de la nación.» El pueblo tributó á los bravos guerreros ovaciones indescriptibles, y se unió á los festejos oficiales, adornando los balcones con banderas y colgaduras.

El General Castro, después de las fiestas realizadas en el fuerte de *San José*, hizo entrega de las tres banderas, oriental, argentina y brasilera, que en los campos del Paraguay eran símbolos de la alianza, y que le confiara el benemérito General Flores, para que se las devolviera coronadas por el triunfo.

La prensa del país unánimemente dió su parabién á los que regresaban á la patria.

Las simpatías que supo despertar el General Castro entre sus compañeros de lucha, y con especialidad entre las personalidades más encumbradas del Brasil y la Argentina que tomaron participación en aquella guerra, están patentizadas en los documentos que hemos transcripto, y en las obras á que hemos hecho referencia continuamente y que nos han servido de guía y de base en nuestro trabajo.

Una constancia inquebrantable, una prudencia y discreción ejemplares, un valor y un espíritu militar dignos de presentarse como modelos en todo tiempo, unidos á un celo activo por la disciplina y la moralidad, fueron los caracteres sobresalientes del comando superior de las fuerzas orientales en los tres años largos en que estuvo á su frente el General Castro.

De la campaña gloriosa volvió apenas con un grado más, sin pretensiones á premios ni influencias, que nadie como él podía tener; y á no mediar la circunstancia de la revolución de Aparicio, iniciada dos meses después de su regreso, y que lo obligó á ponerse de nuevo en campaña, se hubiera retirado tranquilamente á atender sus intereses, harto descuidados por la larga ausencia. Tal era el hombre en quien el heroísmo y la virtud eran más notables, porque no aparecían más que como una expresión natural y sencilla del deber.

CAPÍTULO XXIII

REVOLUCIÓN DE 1870, Ó DE APARICIO.—CASTRO ES NOMBRADO COMANDANTE GENERAL EN CAMPAÑA.—ATAQUE DE LA FLORIDA.—OPERACIONES EN CERRO LARGO Y TACUAREMBÓ.—COMBATES EN EL RINCÓN DE RAMÍREZ, TREINTA Y TRES, SAN JOSÉ Y PORONGOS.—FORMACIÓN DE UN NUEVO EJÉRCITO.—COMBATE EN «LAS CONCHAS».—PROGRESOS DE LOS REVOLUCIONARIOS.—UNIÓN DE LOS GENERALES CASTRO Y SUÁREZ.—BATALLA DE SEVERINO.

Al través de las cartas del Presidente de la República General Batlle, que hemos transcrito en el capítulo anterior, se ha podido notar la preocupación del gobernante acerca de la situación interna del país. Combatido su Gobierno implacablemente desde el comienzo por el partido adverso y por fracciones del propio, que encontraban ambiente propicio en la desastrosa crisis económica porque atravesaba el país, se inició el año 1870 con amenazas y con síntomas revolucionarios.

Unas y otros no debían tardar en verse confirmados por los hechos.

El 5 de Marzo, en efecto, invadían el país, con procedencia de Entre-Ríos, los Coroneles Timoteo Aparicio é Inocencio Benítez, al frente de 42 jefes, oficiales y soldados, afiliados al Partido Blanco, expulsado del poder por la revolución bien llamada *Libertadora*, que llevó á cabo el General Flores.

La revolución que es conocida en la historia con el nombre «de Aparicio», tenía por fin y por móvil la restauración en el poder del partido que había caído cinco años antes, más por su desprestigio que por el esfuerzo de la revolución que lo derrocó.

Dejando aparte detalles que no caben rigurosamente en el presente trabajo, vamos á entrar de lleno á referir la intervención que cupo á nuestro biografiado en estos nuevos sucesos:

Los revolucionarios que invadieron, como hemos dicho, el 5 de Marzo, por el paraje llamado *Espinillal* (departamento del Salto), se internaron rápidamente hasta Tacuarembó, donde los alcanzó el Comandante Frenedoso, quien los persiguió tenazmente hasta la Florida, en cuyos montes, tan numerosos como espesos, se refugiaron los invasores y empezaron á formar número. Se encontraban todavía en la Florida, y se dudaba de las proporciones que pudiera alcanzar el movimiento, cuando el Gobierno, como acto de previsión, resolvió, en 18 de Marzo, nombrar al General don Enrique Castro Comandante General en la campaña, con instrucciones para organizar toda la fuerza que fuera posible para dominar la hasta entonces montonera. El General Castro nombró su jefe de vanguardia al Coronel don Máximo Pérez y formó rápidamente su ejército en

la Florida, mientras los Generales Caraballo y Borges, con otros jefes, organizaban fuertes divisiones al Norte y Sud del Río Negro.

Después de un ataque al pueblo de la Florida, sin ningún resultado práctico para la revolución, Aparicio siguió á marchas forzadas hasta *Cerro Largo*, donde se le incorporaron varios contingentes con el General Ángel Muniz, los Coroneles Ibáñez, Pérez, Muniz y Coronel. Intimó la rendición de *Melo*, obteniendo del Comandante Carrión, que mandaba las fuerzas de la plaza, una respuesta tan resuelta como lo fué su actitud, que hizo tomar otro rumbo á los revolucionarios. Éstos, después de algunas marchas y contramarchas entre *Cerro Largo* y *Tacuarembó*, haciendo una verdadera guerra de recursos, el 24 de Abril atacaron á la guarnición de *Melo*, dispersando la caballería y obligando á rendirse á los infantes del «1.° de Cazadores», á cuyo frente había quedado el Teniente Cándido Robido después de la muerte del Capitán Quiroga. El Comandante Militar del departamento, Teniente Coronel Nicomedes Castro, se acantonó, sin poder impedir que los revolucionarios se hicieran dueños de toda la población, los que sólo se retiraron á la aproximación del ejército del General don Enrique Castro. La vanguardia de este ejército, compuesta de caballerías y de un batallón de infantería mandado por el Coronel Olave, estaba á órdenes del Coronel don Máximo Pérez. Estas fuerzas, en la persecución hecha á los revolucionarios, sufrieron un innegable contraste en el *Rincón de Ramírez*, pues se dispersaron ante una carga inesperada de éstos, las caballerías, retirándose solamente en orden el batallón de Olave.

El Coronel Pérez, que servía de mala gana al Gobierno, porque lo odiaba, después de enviarle un parte poco franco y verídico al General Castro, concluyó por retirarse del ejército y emigrar á la Argentina. Á consecuencia de los informes que por intermedio de su secretario mandó el Coronel Pérez al General Castro, éste envió al Gobierno el parte oficial fechado en *Conventos* el 30 de Abril, y en el cual un crítico severo podría observar que no se dice toda la verdad sobre el hecho del *Rincón de Ramírez*. Y es necesaria esta aclaración, aunque se trate de cosas de poca importancia, porque el General Castro fué siempre hombre de verdad y no titubeó jamás en confesar los contrastes que sufriera en la guerra, y hasta en exagerarlos, como lo hemos visto en el hecho de armas de *Don Esteban*.

Del *Rincón de Ramírez* los revolucionarios se acercaron á *Treinta y Tres* el 29 de Abril, y aunque perseguidos tenazmente por el Coronel Manduca Carabajal, lograron apoderarse de ese pueblo; contramarcharon en seguida hacia el Sud, y el 5 de Mayo se presentaron frente á *San José*, de donde fueron rechazados valientemente por la guarnición que mandaba el Comandante Tabares. El 14 del mismo mes se apoderaron del pueblo de *Porongos*, después de una fuerte refriega con las fuerzas que lo guarnecían, y en la cual se produjo el famoso encuentro caballeresco entre el Coronel colorado Gil Aguirre y el blanco José María Pampillón.

De Porongos, los revolucionarios atravesaron el departamento de Florida, entraron á Canelones y hasta llegaron á cinco leguas de Montevideo.

Todas estas marchas, en las que es justo reconocer una movilidad asombrosa en el ejército revolucionario, sirvieron á éste para hacerse de recursos materiales, recoger contingentes y, sobre todo, contribuyeron á darle el prestigio moral que fluía del hecho de aparecer recorriendo todo ó casi todo el país sin mayores obstáculos.

De Toledo marchó Aparicio hacia Solís Grande, donde lo alcanzó la vanguardia del General Castro; pero internándose en Minas, al llegar á Espuelitas, una vuelta cara igual á la del *Rincón de Ramírez*, produjo un entrevero, en el cual, desde los jefes hasta el último soldado, todos pelearon heroicamente, sufriendo grandes pérdidas ambas partes. Luego, ante la aproximación del grueso del ejército de Castro, los revolucionarios se alejaron en dirección á Cerro Largo, con la rapidez que les permitía la abundancia de caballos y el estar desprovistos de toda impedimenta.

El Presidente de la República, que había salido á campaña, dejando como encargado del P. E. al Presidente del H. Senado, doctor Francisco A. Vidal, á mediados de Julio de 1870 se puso en marcha, desde la costa del Yí, donde á la sazón se encontraba, hacia la Florida, en cuyo pueblo debía buscar la incorporación del General Castro, después de haber librado éste al departamento de Cerro Largo de las tentativas de la gente que acaudillaba Aparicio.

En Julio de 1870, el General Castro, acampado en las proximidades del Durazno, formó un nuevo ejército, destinado á operar sobre los departamentos

fronterizos, pues el Presidente Batlle se había hecho cargo del ejército, cuyo Cuartel general se hallaba en aquellos parajes.

El Coronel Trifón Ordóñez era el jefe de vanguardia del ejército constitucional á órdenes del Presidente General Batlle.

En prueba de los servicios prestados por Castro al Partido Colorado en el primer período de la guerra de Aparicio, transcribimos el párrafo que va á continuación, extractado de una carta dirigida por Batlle á nuestro biografiado, desde su campamento en la costa del Yí, con fecha Julio 14 de 1870, y cuya carta obra en nuestro poder:

«El país entero tiene que agradecer á usted los servicios y penalidades porque ha pasado en estos últimos meses. Con ellos ha adquirido usted un nuevo y valioso título á mi aprecio y amistad.»

Una fuerza desprendida del cuerpo de ejército mandado por el General Enrique Castro, acampado en las *Palmas* el 1.° de Agosto de 1870,—fuerza que estaba al mando de los Mayores Rosano y Sabas, dió alcance en el arroyo de *Las Conchas* á una partida revolucionaria compuesta de 65 hombres y capitaneada por un tal Viana, poniéndola en completa dispersión y obligándola á azotarse al *Cordobés*, que estaba campo afuera. En la persecución se les mataron á los enemigos un titulado Capitán Pedro Amor y cinco soldados.

Según el parte oficial remitido por Castro, se les tomó, además, 11 prisioneros, un pasado, y 34 caballos ensillados. Al intentar vadear el *Cordobés*, varios de los heridos revolucionarios se ahogaron.

El Gobierno, con fecha 14 de Agosto de 1870, expidió un decreto, por el cual la zona militar que comprendía los departamentos situados al Sud del Río Negro, quedaba dividida en dos secciones. La primera, compuesta de los departamentos de Soriano, Colonia y San José, fué puesta bajo el mando inmediato del Brigadier General don Enrique Castro, y la segunda, formada de los demás departamentos comprendidos en dicha zona, bajo el comando del General don José G. Suárez.

Con motivo de la renuncia presentada por el General José A. Possolo, con fecha 20 de Agosto de 1870, del cargo de Ministro de Guerra y Marina, el General Batlle designó en reemplazo del renunciante al Coronel don Trifón Ordóñez.

El 8 de Septiembre de 1870 el General Castro se incorporó, por las *Puntas de Chamizo*, á las fuerzas de los Generales Suárez y Borges.

Por esta fecha la revolución había tomado proporciones considerables: había invadido, para plegarse á ella, el veterano General Anacleto Medina, quien renegando una vez más de sus tradiciones, mancilladas para siempre en la jornada de *Quinteros*, venía, como decían en su tiempo los que eran sus antiguos correligionarios, á buscar la muerte y á desagraviar la memoria de los mártires del Partido de la Libertad, en las lanzas que ostentaban las mismas banderolas que el viejo oficial de Rivera había conducido á la victoria en los grandes días de la patria.

Se habían pronunciado además diversos jefes con contingentes que elevaron las fuerzas revolucionarias á más de 3000 hombres, con los que pudieron dominar numerosos pueblos de la campaña.

Pero la guerra de recursos, que había permitido á los revolucionarios eludir con éxito las persecuciones, desmoralizando á los jefes y á los ejércitos del Gobierno, tocaba á su fin; y en la guerra regular, el Gobierno, ó mejor, el Partido Colorado, encarnado en él, iba á triunfar brillantemente de la reacción, que sólo dejaría como fruto, ruinas y miseria en todo el país.

El 6 de Septiembre, el ejército que mandaba el General Aparicio, y que sumaba unos 2000 hombres, se presentó en el Cerrito de la Victoria, frente á Montevideo, donde permaneció tres días, partiendo luego al encuentro del General Suárez, para probar sus fuerzas en una batalla campal y buscar á la vez la incorporación con Medina. El encuentro se produjo en el *Paso de Severino* el 12 del citado mes.

Los revolucionarios consiguieron en esta acción doblar á las caballerías del ejército de Suárez, como había sucedido en casi toda esa campaña; pero el resto del ejército, infantería y artillería, que sumaba unos 600 hombres, sostuvo heroicamente los ataques y quedó dueño del campo.

La batalla dió comienzo como á las 8 1/2 de la mañana, y se inició en la parte Sur del *Paso de Severino* de Santa Lucía. Tenía el mando del ala derecha el Brigadier General don Enrique Castro; el centro lo mandaba en persona el General Suárez, y la izquierda el General don Nicasio Borges. La artillería, distribuída en toda la extensión de la línea, estaba á cargo del Teniente Coronel Ríos.

El combate duró dos horas y media, y durante él los soldádos gubernistas tuvieron que resistir impe-

tuosas cargas de la caballería enemiga, hasta que la victoria coronó sus esfuerzos.

En el parte detallado que de dicha batalla elevó al Ministro respectivo el General Suárez [1], en varios pasajes se hace mención honrosísima del comportamiento del General Castro, quien puso de relieve una vez más sus dotes excepcionales de pericia y valor.

Al dar la batalla de *Severino*, los revolucionarios contaban ya con 4000 hombres, por habérseles incorporado en la misma mañana el General Medina.

Como sucedió en casi todas las acciones de esta guerra, exceptuando las del *Sauce* y *Manantiales*, los dos adversarios se atribuyeron siempre el triunfo. Pero lo cierto es que en *Severino* el ejército colorado quedó en el campo de la acción, no habiéndose decidido á molestarlo el revolucionario, mucho más numeroso. Sólo desde el siguiente día, cuando el primero emprendió marcha hacia Montevideo en busca de municiones, de que estaba totalmente desprovisto, lo siguió de lejos, hostilizándolo algo á la altura de *Las Piedras*, y adelantándose después hasta las cercanías de Montevideo, de donde lo obligó á retirarse el mismo ejército del General Suárez, aunque sólo ocurrió un pequeño encuentro en el *Paso de Casavalle*.

Con motivo del triunfo obtenido en el *Paso de Severino*, el Gobierno de la República, haciendo un acto de estricta justicia, ascendió á Brigadier Ge-

(1) Dicho parte oficial fué confiado, como premio por su conducta en la acción, al entonces Capitán Juan José Martínez.

neral al Coronel Mayor don José Gregorio Suárez.

No dejará de llamar la atención del lector el hecho de que el Brigadier General don Enrique Castro, en vísperas de la batalla de *Severino*, se pusiera á las órdenes de un inferior jerárquico, el Coronel Mayor don José Gregorio Suárez.

En los diarios de la época encontramos la explicación del hecho, que tanto honra al General Castro.

En efecto, se refiere que habiéndose incorporado Castro con una fuerza de 700 á 800 hombres al ejército del Sud, mandado por don José G. Suárez, el primero se expresó en estos términos: —«Yo no soy obstáculo, ni puedo serlo, al triunfo de los colorados; quiero que desaparezcan las susceptibilidades que pudieran herirnos. Como colorado estoy, pues, bajo tus órdenes. Manda!» Con razón, comentando este episodio, digno de un general romano en los buenos tiempos de la República, el señor Eduardo Flores, en un artículo publicado en *La Tribuna*, decía: «Esas palabras, dichas en momentos de un combate, honran al General Castro y serán para él una digna corona cívica.»

CAPÍTULO XXIV

CASTRO SE RETIRA DEL SERVICIO MOMENTÁNEAMENTE. — VUELVE Á LA ACCIÓN. — COMBATE DE LA UNIÓN. — BATALLA DEL SAUCE. — MANANTIALES.

Castro, después de *Severino*, se retiró momentáneamente á su hogar, á descansar de las fatigas sufridas durante la guerra y para restablecer su quebrantada salud.

No descansó, sin embargo, mucho tiempo, pues cuando después de los combates de *Corralito* y *Soriano*, volvió el ejército revolucionario á poner sitio á Montevideo (26 de Octubre), el General Castro fué nombrado jefe superior de la línea de la Capital; y en el ataque que las tropas del Gobierno llevaron el 30 de Noviembre contra las de Aparicio y Medina, nuestro biografiado compartió con el General Caraballo la dirección de las tropas, bajo las órdenes del Presidente de la República, General Batlle.

En ese ataque, la columna expedicionaria estaba compuesta de los batallones 1.º y 2.º de Cazadores,

«24 de Abril», Urbano, «Pasivo», 2.º de GG. NN., caballería y 6 piezas volantes.

Los blancos fueron derrotados completamente, y dejaron 150 muertos diseminados en las quintas y en el trayecto de *Sorchantes* á la Unión.

La importancia de este suceso fué inmensa, pues puso de relieve la impotencia del ejército sitiador y la superioridad irresistible de las armas gubernistas.

Los blancos fueron perseguidos hasta sus últimos atrincheramientos; sus guerrillas fueron arrolladas y sus reservas se pusieron en fuga.

Pero la verdadera reacción favorable al Gobierno no se produjo sino después de la batalla del *Sauce*, librada el 25 de Diciembre de 1870 por el General don José Gregorio Suárez, y en la cual el ejército revolucionario sufrió una completa derrota, precisamente en los momentos en que se consideraba triunfante y hasta trataba de organizar Gobierno. Concluída la acción, los revolucionarios fueron tenazmente perseguidos por el General Suárez; pero después de algunos encuentros sin mayor importancia y de grandes marchas que aniquilaron sus caballadas, á fines de Abril, hallándose Suárez en Santa Lucía, envió desde allí su renuncia del cargo, por graves desavenencias con algunos de los jefes subalternos, siendo inútiles todos los esfuerzos para que permaneciera en el puesto en que se había cubierto de gloria, salvando en los momentos más críticos la suerte del Gobierno y de su partido.

Fué nombrado entonces para reemplazar al General Suárez, el General don Enrique Castro, quien se puso inmediatamente al frente de las fuerzas por

aquél organizadas, y entró en operaciones contra el enemigo,

Hallándose en la costa del Cordobés, el General Castro recibió la noticia del nombramiento del General Francisco Caraballo como auxiliar suyo en la campaña. Ese nombramiento, y una carta que el Presidente de la República dirigió á Castro en los mismos días, decidieron á éste á contestarle en términos que merecen ser conocidos, por lo que realzan el carácter del distinguido jefe.

La carta dice así:

«Señor Presidente de la República, General don Lorenzo Batlle.

«Cordobés, Abril de 1871.

«Mi estimado Presidente y amigo:

«He recibido una apreciable carta de V. E. sin fecha, pero que infiero sea del 16 del corriente, por las noticias que trasmite del asesinato del General Urquiza. Muy anticipadamente á la carta de S. E., sabía esta lamentable noticia por distintos conductos.

«No participo de los temores que S. E. abriga, en cuanto á que nuestros enemigos duplican sus elementos de acción en la lucha que venimos sosteniendo. Creo, señor Presidente, que, lejos de aumentar sus elementos, se debilitarán, por la justa indignación que ha debido causar aquel crimen á todos los hombres de corazón de Entre-Ríos.

«No obstante esto, soy de su opinión, señor Presi-

dente, que debemos estar prevenidos para toda eventualidad. Si algún grupo se lanzase en estos momentos, no sólo ha de encontrar al país preparado para rechazarlo, sino que traerá el doble desprestigio del crimen que acaban de cometer. Me felicito, señor Presidente, de que S. E. haya aceptado el ofrecimiento del Brigadier General Caraballo, aprovechando sus valiosos servicios y las simpatías que el país le profesa.

«En cuanto á mí, señor Presidente, puedo asegurarle que me llena de satisfacción su nombramiento, y si S. E. dispone me someta á sus órdenes, ó á la de cualquier otro que S. E. tenga á bien nombrar, lo haré gustoso, tratándose de combatir á nuestros comunes enemigos.

«El contenido de su carta, señor Presidente, me obliga á pedirle una explicación, pues en ella me dice que el General Caraballo *será un auxiliar mío*, y como esto podría importar á mis deliberaciones, estimaré que S. E. me demarque el grado de atribuciones, y si es que debo sólo limitar mis operaciones á la parte Sur del Río Negro, sin perjuicio de trasmitirle al referido General Caraballo todos los avisos que puedan interesar á sus operaciones y demás elementos de guerra de que pueda carecer.

«Siento, señor Presidente, que S. E. atribuya á negligencia ó falta de actividad de los jefes de los departamentos, la no conclusión de la montonera de Aparicio,

«V. E. debe recordar todas nuestras luchas civiles, y muy especialmente al ilustre General Flores, que, lanzado al país con cuatro hombres, se burló por

largo tiempo de numerosas fuerzas enemigas, haciendo impotentes los esfuerzos y elementos que se pusieron en juego para exterminarlo. Muy lejos estoy de comparar á Aparicio con las aptitudes y simpatías con que contaba el General Flores, pero no por eso deja de ser dificilísima su persecución, en razón de su baquía y de los elementos que le ofrece el país para sus correrías.

«No debe V. E. tampoco extrañar mi silencio, pues en algunas ocasiones, esperando noticias por instantes de los Coroneles Pérez, Carabajal y Moyano, etc., he retardado mis chasques, en el deseo de trasmitirle á V. E. noticias ciertas del enemigo.

«Por otra parte, V. E. debe tener presente la distancia á que me encuentro y la creciente de los ríos.

«Enrique Castro.»

El primer encuentro con el enemigo ocurrió en Mansavillagra el 20 de Junio; pero, después de algunas escaramuzas sin importancia, se llegó á un armisticio por la intervención del General Osorio, y no habiendo sido posible arribar á nada práctico, se retiraron los dos ejércitos, el de Aparicio para el Oeste y el de Castro para el Sud. Los revolucionarios atravesaron el Durazno y se dirigieron al litoral para recoger caballadas, y el General Castro, después de algunos días de permanencia en Minas, se puso rápidamente en persecución de aquél, habiendo aumentado sus fuerzas con la incorporación

del Ministro de la Guerra, Coronel don Trifón Ordóñez.

El choque con los revolucionarios se produjo en el lugar conocido por *Manantiales de San Juan*, departamento de la Colonia, y en circunstancias en que se tramitaba oficiosamente una nueva fórmula de pacificación. Los historiadores blancos pretenden, para aminorar la derrota sufrida en esta acción, que ella se libró aprovechando deslealmente la suspensión de hostilidades que los revolucionarios consideraban establecida por aquellas gestiones; pero esta aseveración, como la que hacen respecto de *Corralito*, no son más que recursos de mala ley. Lo cierto es que el General Castro, sin tener por qué tomar en cuenta intervenciones y oficiosidades que ya le habían hecho perder tiempo en Mansavillagra sin ningún resultado, se resolvió á dar una batalla decisiva en aquel paraje.

Ella se libró el día 17 de Julio de 1871, y el resultado fué completamente favorable al ejército mandado por Castro. De todas las batallas libradas en esa campaña, aun incluyendo la del *Sauce*, ésta fué la más importante, confirmándose la superioridad de los jefes y la buena organización del ejército colorado. Fué también, en opinión de militares tan competentes como el hoy General don Eduardo Vázquez, cuyo comportamiento en ella fué muy brillante, la única batalla, dada hasta ahora en el país, en la que se hayan respetado los principios tácticos. La línea tendida en esa acción por el jefe del Estado Mayor, Coronel don Gregorio Castro, tiene además alto valor desde el punto de vista de la crí-

tica militar, pues que fué una innovación valiosísima y eficaz en nuestras guerras, y ha quedado como ejemplo para evitar los graves inconvenientes que se han presentado hasta en campañas muy recientes, respecto de la misión de las caballerías, que son, como se sabe, generalmente improvisadas y de deficiente organización.

Como aparte de esto se trata de la más importante batalla librada por nuestro biografiado, vamos á ser en este caso algo más prolijos que de costumbre, transcribiendo al efecto el parte detallado de la acción, que el Coronel don Gregorio Castro, como Jefe de Estado Mayor, dirigió al General en Jefe:

«Estado Mayor General del ejército en campaña.

«Campamento en el arroyo del Colla, Julio 20 de 1871.

«Excmo. señor Brigadier General don Enrique Castro, General en Jefe del ejército.

«Excmo. señor:

«Lleno de complacencia, cumplo con el grato deber de pasar á V. E. el parte oficial detallado de la batalla que, bajo la dirección de V. E., se libró al ejército enemigo el día 17 del corriente, en los campos de San Juan.

«El mencionado día nos encontrábamos campados en las Piedras de Espinosa, cuando V. E. recibió parte de la vanguardia, que la formaban la División Soriano, á las órdenes de su jefe Teniente Coronel don Gervasio Galarza, y las fuerzas del departamento de

la Colonia, á las órdenes del Comandante don Luciano Tolosa, dando cuenta de que el enemigo se encontraba con su línea de batalla tendida en las puntas de San Juan, en el lugar conocido con el nombre de *Cuchilla de los Manantiales*. En el acto recibí orden de V. E. para hacer marchar la vanguardia, á las órdenes del General don Nicasio Borges, en protección de aquélla, lo que inmediatamente ejecutó el digno general, mandando al Coronel Coronado con su división.

«Acto continuo recibí orden de hacer poner al ejército en marcha, á fin de aproximarnos al enemigo y batirlo.

«Efectivamente, á las once de la mañana hice tocar *á ensillar*, y media hora después emprendimos la marcha en dirección al campo enemigo.

«Como á quince cuadras de él, cumpliendo las órdenes de V. E., hice echar pie á tierra á las infanterías y colocarlas en orden de pelea.

«El enemigo nos esperaba con su línea formada, apoyado su extremo derecho del otro lado del arroyo de San Juan, como á doce cuadras de la estancia del señor House, en donde tenía colocado su centro, compuesto de sus infanterías y artillería, protegida por fuertes escalones de caballería; la izquierda se dilataba desde la referida casa, siguiendo una cordillera de piedras, hasta apoyarse en una fuerte casa de teja. La infantería y la artillería enemigas se apoyaban en una gran casa de azotea y en un cercado zanjeado y alambrado, como de cuatro cuadras de cada frente, que la circunvalaba.

«Nuestra línea de batalla se formó del modo siguiente:

«La derecha la mandaba el señor Jefe de Vanguardia, General don Nicasio Borges, y estaba compuesta de las divisiones del Salto, Paysandú, Tacuarembó y Maldonado, y los batallones «1.º de Cazadores», «Santa Rosa» y el «Sosa»; la caballería en este costado fué escalonada é intercalada entre los citados cuerpos de infantería. El centro lo formaban el batallón «24 de Abril», 2.ª Batería de Artillería, batallones «General Pacheco», «Resistencia», 1.ª Batería de Artillería; y á su retaguardia, como de protección, dispuso V. E. se situasen la «División Florida» y el cuadro de oficiales á las órdenes de los señores Comandantes don Braulio Milán y don Juan Rodríguez, dividida la artillería en dos baterías: la 2.ª colocada entre el «24 de Abril» y el «Resistencia», á las inmediatas órdenes del Sargento Mayor don Juan J. Díaz, y la otra situada entre el segundo batallón nombrado y el «General Pacheco», á las órdenes del jefe superior de artillería, Teniente Coronel don Miguel A. Navajas. Á retaguardia del centro se colocaron el parque y bagajes, al mando del Capitán don Marcos Cabrera, que desempeñó dignamente ese puesto, protegido por el batallón «San José», la división del mismo nombre, al mando del Teniente Coronel don Luis E. Pérez, que era cuerpo de reserva del ejército, y la del Durazno, al mando del Comandante don Manuel Rosano.

«Todas estas fuerzas las puso V. E. bajo las órdenes del infrascripto.

«La izquierda la defendían el «Escuadrón Escolta del Gobierno», el batallón 2.º de Cazadores, la división de Canelones, la división «Soriano», el escua-

drón «Tajes» y las fuerzas á las órdenes del Teniente Coronel don Francisco Belén. Todas estas fuerzas las mandaba S. E. el señor Ministro de la Guerra.

«Establecida la línea en el orden que dejo citado, dispuse, consecuente con las órdenes que V. E. me impartió, que la artillería rompiese el fuego sobre el centro enemigo, lo que cumplió el jefe de ésta, siendo tan certeros los tiros, que á los primeros disparos desmontó la pieza de grueso calibre que ellos tenían y con la que nos habían hecho los primeros tiros, continuando el fuego de toda la línea de la artillería enemiga, que, colocada en lo más culminante de la cuchilla que ocupaba, trató de aprovecharse de las ventajas que le ofrecía el terreno.

«Esto sucedía como á las dos y media de la tarde. En esa actitud se permaneció como dos horas, entre cuyo intervalo hubo un choque recio en toda la izquierda, que lo resistió con toda dignidad la división al mando del señor Coronel Ordóñez. Tratando el enemigo, por segunda vez, de cargar á nuestra izquierda, se mandó protegerla por la 1.ª batería de artillería, á las órdenes del Teniente Coronel don Miguel A. Navajas, y los batallones «General Pacheco» y «Resistencia», mandados por sus jefes Tenientes Coroneles don Gabriel T. Ríos y don Carlos Gaudencio, y con toda la reserva del ejército, trayendo á más dos cuerpos de la vanguardia, que los componían las fuerzas de Maldonado á órdenes del Coronel don Sandalio Giménez y la escolta del General Borges. Habiendo sabido, por uno de mis ayudantes, que se corrían cinco escalones más á proteger su extrema derecha, los que repitieron dos cargas más, que fue-

ron rechazadas por toda nuestra línea izquierda, en el acto se corrió á la derecha nuestra la extrema izquierda de ellos.

«La derecha también fué amagada casi simultáneamente; pero, como en la izquierda, fueron completamente rechazados. En ese mismo acto, la división de Canelones daba una brillante carga por el centro, mientras igual operación hacía la división de San José, al mando del Teniente Coronel don Luis E. Pérez y los Comandantes Gil Aguirre y don Manuel Rosano, ambos á las órdenes del primero. Momentos después, V. E. se sirvió ordenar que los cuerpos de reserva, al mando del Comandante don Luis E. Pérez, protegiesen la derecha nuestra, así como los escalones de vanguardia al mando del Coronel don Sandalio Giménez, los que inmediatamente dieron ejecución á la orden. En esa actitud, V. E. ordenó se llevase un ataque general sobre las posiciones enemigas, á cuyo efecto V. E. dispuso que marchase el que firma á hacer llevar el ataque sobre la línea enemiga con las infanterías de nuestro centro y costado derecho; lo que verifiqué personalmente, y se hizo general la batalla. Las dos baterías de artillería, en el mismo orden en que estaban colocadas, marcharon, haciendo fuego, avanzando terreno, en columna paralela con los batallones «24 de Abril», «General Pacheco» y «Resistencia», que llevaban el ataque al centro de la línea enemiga.

«En esas circunstancias, fuertes columnas de caballería del ejército enemigo se recorrieron á gran galope sobre su flanco derecho, amenazando envolver nuestra izquierda. V. E. ordenó que contramar-

chase el batallón «General Pacheco» en protección de la izquierda, lo que verificó á paso de trote, rompiendo el fuego sobre el enemigo en columna de ataque, con cuya operación lo contuvo, haciéndole repasar el arroyito de San Juan, y siguiendo en protección del protegido por el batallón «2.º de Cazadores» y las fuerzas de caballería que componían esa ala.

«Mientras eso sucedía en la izquierda, las fuerzas del centro y derecha habían arrollado completamente al enemigo, poniéndolo en retirada, tomándole toda la artillería, en número de siete piezas, y municiones y bagajes, haciéndoles muertos y prisioneros. V. E. me ordenó siguiese la persecución; lo que verifiqué con los batallones «24 de Abril», «Resistencia» y 1.ª Batería, haciendo montar enancados una compañía del «Resistencia» en los caballos de la División Florida, y el cuerpo de oficiales que protegían á los cuerpos indicados.

«Perseguí al enemigo como dos leguas y media, donde recibí orden de V. E. de hacer alto y regresar, porque había oscurecido completamente; lo que cumplí, encontrándome á pocas cuadras con V. E. y el General Borges, que había hecho varios muertos y prisioneros con las fuerzas de su mando, cuando V. E. me ordenó campase tomando las precauciones de costumbre.

«Por igual razón suspendieron su persecución las fuerzas de la izquierda, que también habían hecho pronunciar la derrota en el costado derecho de la línea enemiga, que se retiraba en grupos, regresando al campo de batalla. Debo hacer presente á V. E. que el cuerpo de oficiales, mi Estado Mayor y

el. Detall, mandado por el Coronel graduado don Leopoldo Mansini, me secundaron eficazmente.

«El enemigo sufrió en la corta, pero encarnizada persecución, considerables pérdidas, entre ellas el Brigadier General don Anacleto Medina, los titulados Coroneles Manuel López, N. Ocampos y los Comandantes Gurruchaga, Machado, Pereira, Arrúe y porción de otros jefes y oficiales cuyos nombres no se han podido averiguar, y como ochenta individuos de tropa, en su mayor número infantes. También se le tomaron doscientos cincuenta y nueve prisioneros, entre los que figuran algunos jefes y oficiales, según V. E. lo verá por las relaciones adjuntas.

«Por nuestra parte, sólo tenemos que lamentar al señor Teniente Coronel don Eduardo Vázquez, herido en una mano levemente al tomar las posiciones enemigas, cinco oficiales muertos, cinco heridos, nueve muertos de tropa y cincuenta y dos entre heridos y contusos.

«Excelentísimo señor: la jornada del 17 del corriente es uno de los hechos más gloriosos de la actual guerra, pues el ejército enemigo, aparte de las pérdidas materiales que ha experimentado, ha sido completamente disperso, y me atrevo á asegurar á V. E. que el triunfo no puede haber sido más favorable por nuestra parte, por las pocas pérdidas que ha sufrido el ejército á órdenes de V. E.

«El armamento, municiones y demás trofeos tomados al enemigo en la batalla de *San Juan*, lo encontrará V. E. consignado en las relaciones adjuntas.

«Los cuerpos, tanto de infantería como de artillería y caballería, que tomaron parte en la batalla del 17, han realizado pruebas de valor y patriotismo, por cuya razón no me es permitido hacer mención especial de ninguno de ellos.

«Todos son acreedores á la estimación y aprecio de V. E.

«Mil felicitaciones por el brillante y decisivo triunfo obtenido en los campos de *San Juan*, y permítame V. E. que le recomiende muy encarecidamente á los señores jefes, oficiales y tropa por la brillante comportación que observaron durante el combate.

«Dios guarde á V. E. muchos años.

«Gregorio Castro.»

La prensa revolucionaria clamó, á propósito del desastre de los *Manantiales*, contra el proceder del General Castro, hablando de «traición nefanda», de «gran crimen», de «infame impostura»; pues, en su sentir, se habían violado descaradamente los pactos tendentes al logro de la paz.

Como único desmentido á tan calumniosas y gratuitas aseveraciones, cedemos la defensa de nuestra causa á un opositor violento del Gobierno de la época y de los generales colorados:

El doctor don Carlos María Ramírez, publicista de alto vuelo y de indiscutible talento, que desde las columnas de *La Bandera Radical* combatía virulentamente la existencia de los partidos tradicio-

nales, escribía lo que sigue, en el número 27 de su publicación, tercer volumen, página 115, con motivo de las apreciaciones calumniosas que, sobre la batalla de los *Manantiales*, habían hecho los enemigos de nuestra gloriosa comunidad política:

«La batalla de los *Manantiales* no fué traición, ni felonía, ni perfidia ante las leyes rigurosas de la guerra.

«Bajo esta faz verídica, elevada y generosa, debieron los escritores blancos presentar el hecho de su fatal contraste, y no apelando á consecuencias exageradas, conjeturas falsas, acusaciones violentas, donde el espíritu de bando explaya todo el tesoro de su cavilosidad y de su saña.

«Sistema viejo y gastado que no conduce sino á la cruda represalia de las invectivas, agravando las hondas pasiones del presente con la vivaz memoria de un pasado que se reproduce constantemente á nuestros ojos.»

Y esta opinión es tanto más digna de ser tenida en cuenta, cuanto que, como queda dicho, el director del periódico ya citado, caracterizaba su propaganda periodística por un ataque severísimo á las parcialidades políticas entonces militantes.

Del campo de pelea no se retiraron más que pequeñas divisiones: lo demás fué deshecho.

El ejército colorado constaba de 4000 hombres. El de Aparicio de 3600, de las tres armas.

La pérdida más sensible para los blancos, fué la de Medina, lanceado en el mismo campo de batalla.

Tal resonancia tuvo el importante hecho de armas ocurrido en los campos de *San Juan*, que el Gobierno, considerando que dicha batalla garantía por sus resultados el término de la guerra que en esa época afligía á la República, acordó, por intermedio del Ministerio de Gobierno, el 20 de Julio de 1871, indulto general, por delitos políticos, á todos los que hubieran tomado parte en la revolución.

La batalla comenzó, poco más ó menos, á las 4 de la tarde, y duró dos horas, sin interrupción.

Medina mandaba la extrema izquierda de la caballería, y se estrelló en el ala derecha del ejército del Gobierno.

Como la mejor prueba de la decisión entusiasta con que peleaban las fuerzas coloradas, basta recordar las informaciones suministradas por los mismos blancos, quienes afirman que los batallones gubernistas, al atacar las infanterías y artillería guarnecidas en la casa de Suffern, á pesar del fuego mortífero que se les hacía, siguieron avanzando en la misma formación, hasta llegar á 60 varas del enemigo.

Allí se tocó *¡alto el fuego!*, y entonces, en medio de aquella lluvia de balas, se oyó una voz robusta y vibrante, que ordenaba cargar *á la bayoneta*. Á esta voz, las tropas se lanzaron con la furia de una avalancha, desalojando á los enemigos de sus posiciones.

Las caballerías blancas quisieron repetir las cargas del *Sauce;* pero, como en el *Sauce* también, fueron deshechas por los cuadros colorados.

Los blancos habían elegido magníficas posiciones.

El centro de su línea lo tenían en la casa de Suffern, rodeada de cercos y zanjas, donde colocaron su artillería é infantería.

El pánico que la derrota produjo entre los revolucionarios, fué espantoso.

En dos leguas á la redonda no se veía más que gente que huía en todas direcciones; pero la pérdida mayor fué, indudablemente, la del General don Anacleto Medina, muerto en la persecución después de la batalla.

Medina representaba para la revolución, no solamente un jefe de prestigio, sino también un veterano formado en nuestras guerras de recursos, experimentado conocedor del país y de sus hombres y capaz de completar á Aparicio, que estaba muy lejos de alcanzarlo en capacidad militar; por lo cual los historiadores reconocen que los desastres del *Sauce* y *Manantiales* se deben principalmente al desacuerdo de opiniones entre los dos jefes y á la prevalencia de las de Aparicio, que era sólo un jefe de montoneras, incapaz de organizar y luchar con un ejército regular [1].

---

(1) En el número 6 de la revista *Rojo y Blanco*, correspondiente al 22 de Julio de 1900, hemos relatado extensamente la muerte del General Medina.

CAPÍTULO XXV

PERSECUCIÓN Á LOS REVOLUCIONARIOS EN EL NORTE.—NOTABLE PROCLAMA DE CASTRO.—RETIRADA DE LA SIERRA.—MANIFESTACIÓN POPULAR EN HONOR DE CASTRO.—FIN DE LA GUERRA.—PAZ DE ABRIL.

El General Castro persiguió luego á las fuerzas de la revolución acaudilladas por Muniz, que, después de *Manantiales*, recorrieron los departamentos de *San José*, *Minas* y *Cerro Largo*, hasta hacerlas internar en las *Sierras de Aceguá*. Esto acaeció en los últimos días de Septiembre del 71.

Durante estas correrías y persecuciones, en 7 de Noviembre ocurrió un encuentro entre las fuerzas revolucionarias y la columna de operaciones mandada por el Jefe del Estado Mayor del Ejército en campaña, Coronel don Gregorio Castro. El choque se produjo más abajo del paso de *Don Carlos*.

El resultado de este hecho de armas fué la derrota de los insurrectos, con la pérdida de 14 individuos de tropa, 3 oficiales y el titulado Coronel Mena, uno de los mejores jefes de caballería de la revolución.

Los fugitivos dejaron también en poder de sus perseguidores varios ponchos y cargueros, algunos fusiles y 200 caballos en buen estado. Mena fué lanceado por el bravo y pundonoroso Coronel Julián Llanes, que ese día peleó como un simple soldado, en primera fila.

Después de producidos estos hechos, en la noche del 18 de Noviembre el Jefe del Estado Mayor se incorporó con su columna al ejército del General Castro, en el *Paso del Sauce*, del Tacuarí.

Al entrar en el departamento de *Cerro Largo*, el General Castro dirigió la siguiente proclama á sus habitantes:

«Campamento en Fraile Muerto, Septiembre 8 de 1871.

« Habitantes de Cerro Largo:

«Un ejército vencedor, después de dominar toda la República, domina también este último refugio de los revolucionarios, cuna, centro y fecunda fuente de todos los elementos que alimentaban la revolución. No viene envanecido ni orgulloso por la victoria.

«Altanero en presencia de un enemigo que apoyado en la fuerza le disputa el triunfo, después de adquirirlo en lucha franca y leal, arroja generosamente sus estandartes de guerra, para desplegar las banderas de la patria, á cuya sombra espaciosa han cabido y caben todos los que volviendo sobre sus extravíos, no contribuyan á la anarquía que reina en la República.

«No hemos venido á arrojar las armas vencedoras en la balanza de los vencidos, humillando y explotando cruelmente su infortunio. Soldados del Gobierno y de la ley, haremos extensivas á todos las garantías que les debe aquél y respetaremos los derechos que aquélla acuerda á todos los habitantes nacionales y extranjeros.

«Habitantes de la campaña: Los que habéis tomado parte en el movimiento revolucionario, volved á vuestro hogar, y aspiraréis á la tranquilidad en presencia de las amarguras de la familia abandonada, arrojando las armas fratricidas al rostro de los que explotan vuestra sangre, para tomar las herramientas del trabajo, que producirán la prosperidad de la familia y de la patria.

«Aún os queda otro camino más noble y más patriótico para disputar el triunfo á vuestros adversarios políticos: acudir á las urnas electorales; y os prometo que mi espada, siempre desenvainada ante enemigos armados, será una garantía para el libre sufragio, manifestación espléndida de los pueblos que aspiran sinceramente á la vida democrática.

Soldados del ejército: Á juzgar por la obediencia prestada á mis órdenes anteriores, nada debo temer de vuestra conducta al tocar á su término esta campaña; pero quiero recordaros que debéis respetar como hasta ahora, la vida de vuestros compatriotas y enemigos vencidos, y garantir la propiedad de nacionales y extranjeros.

«Todo atentado importaría una mancha arrojada sobre el partido, condenada por vuestros compa-

ñeros y castigada con implacable severidad por vuestro jefe y camarada

«Enrique Castro.»

Después el General Castro retrocedió de Fraile Muerto al Sud.

El General Borges y algunos otros jefes subalternos tuvieron encuentros de poca importancia con los revolucionarios al Norte de Río Negro. Aparicio, corriéndose hacia el litoral, intentó, sin resultado, tomar el Salto y Paysandú, en los primeros días de Noviembre; pasó luego el Río Negro al Sud, y reunido con el General Muniz, vino á ponerse en contacto, á fines del mismo mes, con el ejército del General Castro, en momentos en que se incorporaba á éste el Coronel Gregorio Castro, en el *Paso de San Juan* del Cordobés.

Desde el 24 al 26 de Noviembre, los dos ejércitos marcharon, á la vista el uno del otro, hasta las *Puntas del Yí,* sin que el General Castro pudiera conseguir que las fuerzas de Aparicio y Muniz aceptaran el combate. Falto de caballería, nuestro biografiado no pudo dar un golpe decisivo á los revolucionarios, quienes, al ser atacados, se fraccionaban, y escalonándose á los flancos del ejército, lo tiroteaban, dándole á veces á esta marcha el carácter de una persecución á la inversa, por lo que sostienen historiadores blancos que, en esta ocasión, el perseguido era el General Castro.

En busca de las fuerzas del Coronel Carabajal, el

General Castro vadeó el *Valentín* y el *Monzón*, despuntó el *Godoy* y se internó en Minas, acampando en el *Campanero* el 5 de Diciembre, mientras Aparicio quedaba en Timote. Entretanto, la división más lucida quizá, del ejército, mandada por el Coronel Ordóñez, había permanecido inactiva é inutilizada, casi lo mismo que las fuerzas que mandaba el General Borges, las cuales recién el 6 de Diciembre salieron de Mercedes á incorporarse al General Castro. En esa misma fecha, el ejército de vanguardia de la Capital, organizado por el General Gregorio Suárez, se dispuso á reunirse también con aquél.

Nuevas negociaciones se habían iniciado en ese tiempo para la pacificación de la República, y fueron las que al fin alcanzaron éxito.

El General Castro recibió la incorporación del Coronel Carabajal en *Barriga Negra*, y marchó hacia la Capital. El día 9 se encontraba en *Solís* con las fuerzas mandadas por el General Suárez. La orden general con que Castro saludó esa incorporación, dice así:

«El General en Jefe cree interpretar los sentimientos del ejército á sus órdenes enviando un voto de fraternal simpatía á la bizarra columna que forma el ejército de vanguardia de la Capital, así como al Brigadier General don José G. Suárez, que tan dignamente la comanda. En cualquier momento que se hubiera realizado la reunión de ambos ejércitos, habría sido un suceso que produciría en el de campaña el más vivo entusiasmo; pero habiendo acudido presuroso con el noble fin de participar de las fatigas y peligros que tan heroicamente arros-

trasteis en estos últimos días, existe mayor causa para saludar su llegada con la más patriótica efusión.»

Al conocerse en la Capital la aproximación del General Castro, surgió entre las más altas personalidades de su partido la idea de tributarle un homenaje digno de sus servicios en aquella campaña. En las reuniones efectuadas con este motivo, á las que asistió numerosa concurrencia, atendiendo á la convocatoria de una Comisión de ciudadanos presidida por el doctor don Conrado Rücker, y compuesta, además, de los doctores Pedro Bustamante, Ernesto Velazco, Emeterio Regúnaga, los Coroneles Juan Pablo Rebollo y Manuel M. Aguiar, y los ciudadanos don Fernando Torres, don José Cándido Bustamante, don Floro Lacueva, don José Saavedra y don Felipe H. Iglesias, fué sancionada y votada unánimemente una moción, por la que debía dirigirse, en nombre del Partido Colorado, una felicitación al General don Enrique Castro, por su conducta en la retirada que se llama «de la Sierra».

El día 12, por la noche, llegó el General Castro á Montevideo, donde fué objeto de una entusiasta manifestación de simpatía, y mientras permaneció en la ciudad, se renovaron en su favor las expresiones de la mayor consideración y aplauso. De ello pueden dar idea las siguientes notas, cambiadas entre la Comisión Popular y él:

«Montevideo, Diciembre 13 de 1871.

«Señor General:

«En la reunión popular que tuvo lugar el día diez del corriente en la cancha de pelota conocida por de

Valentín, á la vez que se aplaudió calurosamente por voto unánime la serenidad y pericia militar demostrada por V. S. en la retirada que efectuó con la división bajo sus inmediatas órdenes, desde el *paso de San Juan* en el Cordobés, hasta la *Sierra de Polanco*, seguida y hostilizada de cerca por todas las fuerzas de Aparicio y Muniz reunidas, así como el valor, subordinación y constancia de todos los señores jefes y oficiales é individuos de tropa que obedecieron y cumplieron las órdenes de V. S. durante toda aquella jornada, se condenó también unánime y enérgicamente la conducta de algunos jefes superiores que, por su insubordinación y falta de obediencia á las órdenes de V. S., puso en conflicto y peligro graves al cuerpo de ejército á las inmediatas órdenes del señor General en Jefe.

«Al comunicar á V. S. los sentimientos de la opinión, manifestados en aquella reunión popular, la Comisión que suscribe cumple el mandato que para el efecto se le dió, y espera que V. S. se sirva hacerlo llegar al conocimiento del ejército que tan dignamente comanda.

«Dios guarde á V. S. muchos años.

«*Alejandro Chucarro* (padre).—*Conrado Rücker*.—*Pedro Bustamante*.—*Emeterio Regúnaga*.—*José C. Bustamante*.—*José Pozzolo*.—*Felipe H. Iglesias*.—*Fernando Torres*.—*Juan P. Rebollo*.—*Manuel Aguiar*.—*Bonifacio Martínez*.—*Floro Lacueva*.—*Ernesto Velazco*.—*José Saavedra*.»

El General Castro contestó en estos términos á la Comisión que presidía las reuniones populares de la cancha de «Valentín»:

«El General en Jefe del ejército en campaña.

«Montevideo, Diciembre 18 de 1871.

«Señores de la Comisión:

«He sentido el más profundo reconocimiento al enterarme de la nota de ustedes, trasmitiéndome el generoso voto de aprecio, tanto á mi conducta como á la del ejército que me honro en dirigir, enviado por la reunión de ciudadanos que tan noblemente se preocupan de los intereses del país y del partido.

«Mientras tenga la satisfacción de mandar soldados como los que me acompañaron con pericia y con valor en la retirada del *Cordobés* hasta la *Sierra*, puedo garantir al partido que sus glorias de ayer no se empañarán en el presente y serán su timbre para el porvenir. Si por algo han podido complacerme las últimas jornadas, es porque de la resistencia de una pequeña columna, pequeña en su relación á las robustas fuerzas del partido, se destaca la impotencia de los revolucionarios y se ha constatado como un hecho indiscutible, que la guerra puede concluirse con la guerra. Basta para ello la unidad de acción en el desarrollo de los planes militares, esterilizados hasta hoy desgraciadamente.

«No concluiré sin aplaudir calurosamente, en mi nombre y en el del ejército, de cuyos sentimientos

creo ser genuino intérprete, el elevado pensamiento puesto en práctica por la reunión de ciudadanos cuyo voto de aprecio he merecido, tendente á la unificación del Partido Colorado, para contemplar como en sus mejores tiempos, á los apóstoles y á los soldados del mismo credo político, fortificados por la virtud de sus propósitos y estrechamente vinculados por la identidad y el patriotismo de sus aspiraciones.

«Mientras las tendencias de esa asociación política sean las manifestadas hasta hoy, sentiré no concurrir á participar de sus tareas, por impedírmelo mis deberes como jefe del ejército en campaña, pero de cualquier modo, mis votos la acompañarán en su marcha.

«Quieran ustedes hacerlo así presente en la próxima reunión, agradeciendo por mí y por el ejército, el testimonio de estimación que se han dignado ofrecernos.

«Dios guarde á ustedes muchos años.

«Enrique Castro.

«Señores don Alejandro Chucarro (padre), Conrado Rücker, Pedro Bustamante, Emeterio Regúnaga, José C. Bustamante, José A. Possolo, Felipe H. Iglesias, Fernando Torres, Juan P. Rebollo, Manuel M. Aguiar, Bonifacio Martínez, Floro Lacueva, Ernesto Velazco, José Saavedra.»

En cuanto á la manifestación popular á que hemos hecho referencia, el diario *Los Debates*, en su número del 13 de Diciembre, la relataba así:

«*Manifestación al General Castro.*—La de antenoche no dejó nada que desear, ni en lo numerosa, ni en la clase de personas que la componían, ni en el orden inalterable que reinó en ella.

«Á la hora convenida partió de la Plaza Independencia, acompañada por las bandas musicales del 2.° de nacionales y la artillería, y precedida por dos banderas patrias.

«El General Castro, acompañado por su secretario el señor Tezanos, la recibió en la puerta de su casa. El último tomó allí mismo la palabra, para agradecerla en nombre del General. Los doctores Ferreira y Artigas y José P. Ramírez hablaron luego, dirigiendo al héroe de la manifestación dos inspirados y aplaudidos discursos. El gentío, ó mejor, una parte de aquel gentío enorme, penetró en seguida en la modesta casa del General. Ya en su interior, habló el doctor Laudelino Vázquez, y volvieron á hacerlo los señores Tezanos y Ferreira y Artigas.

«Todos los discursos fueron sazonados con repetidos vivas al General Castro, al vencedor de *Manantiales*, al héroe de la retirada del *Cordobés*, al soldado modesto y patriota, al desinteresado militar.»

Por su parte, *El Siglo* de la misma fecha, con motivo de la manifestación al General Castro, hacía los comentarios que vamos á transcribir, y que constituyen un testimonio valiosísimo para aquél:

«*Manifestación al General Castro.*—Tuvo efec-

tivamente lugar la que anunciamos en nuestro número de ayer. Más de quinientos ciudadanos llegaron á la morada del General Castro, á significarle la simpatía y el aplauso que su conducta en las últimas jornadas le ha merecido de parte de sus conciudadanos; tanto más recomendable, cuanto que contrasta con el proceder de otros jefes superiores, que no obedecen á nadie y sacrifican los intereses públicos en aras de sus intereses particulares y de sus aspiraciones personales.»

El 21 de Enero salió el General Castro de la Capital para ponerse nuevamente al frente del ejército, que se encontraba entonces en *Maciel*, después de haberse incorporado á él las divisiones de los Coroneles Ximénez, Llanes y Pérez.

Aparicio y Muniz se hallaban en esa fecha en las *Cañas*, departamento del Durazno, y los seguía de cerca el ejército del Norte, que antes mandara el General Borges, y que á la sazón estaba á órdenes del Coronel Coronado. El 17, Aparicio, que se encontraba en el *Chileno*, fué notificado del armisticio convenido para la paz, y desde entonces los dos ejércitos permanecieron casi á la vista, hasta que se ultimaron dichas negociaciones.

El 1.° de Marzo dejó la Presidencia de la República el General Batlle, sucediéndole el Presidente del Senado, don Tomás Gomensoro. El General Castro recibió en la costa del *Caballero* la noticia de la trasmisión del mando, juntamente con comunicaciones acerca de la inmediata denuncia del armisticio. En consecuencia, se preparó para entrar en operaciones, procurando activamente caballadas que le permi-

tieran una gran movilidad; y con fecha 16 de Marzo dirigía al Presidente de la República la siguiente carta:

«Río Negro, Marzo 16 de 1872.

«Señor Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, don Tomás Gomensoro.

«Estimado señor Presidente:

«No puedo menos de felicitar á V. E. por haber con tanto acierto definido una situación que tan embarazosa y violenta se estaba pronunciando.

«Participo en un todo de las vistas y opiniones de V. E. respecto al modo y forma en que es más conveniente dar una solución á la actual contienda.

«En efecto, si los revolucionarios desean la paz, pero una paz franca y sincera, lo más regular y más propio es que para ello se entiendan directamente con el Gobierno de la República, sin intervención de las naciones extranjeras, que generalmente hacen surgir inconvenientes.

«¿Dudarán los hombres de la revolución que lo que se pacte con el Gobierno de la República será fiel y rigurosamente cumplido?

«Para contestarles basta dirigir una mirada á la historia de nuestro país, y en particular á la del partido liberal, y se verá que jamás éste ha faltado á sus compromisos.

«Si los enemigos persisten en continuar la guerra arruinando la riqueza del país, es de nuestro deber

hacer un esfuerzo último y decisivo para conquistar la paz por la guerra.

«Por lo que á mí toca, puede estar V. E. persuadido de que no he de omitir sacrificio alguno para responder á la confianza que el país tiene depositada en mí.

«He conferenciado con el Coronel Castro, y tanto él como las fuerzas del Norte se hallan poseídos de los mismos sentimientos.

«Todo lo que en ese sentido se haga, á fin de reanudar las negociaciones de paz por los medios empleados anteriormente, no dará otro resultado que pérdida de tiempo y continuación indefinida de la guerra.

«Lo que se debe hacer es activar las operaciones bélicas. Por mi parte, estoy pronto.

«Su afmo. servidor y amigo,

«Enrique Castro.»

Celebrada la paz en Abril de 1872, el General Castro dirigió al Ministro de la Guerra la carta que á continuación publicamos, en la que se exteriorizan sus sentimientos de patriota:

«San Borja, Abril 12 de 1872.

«Señor Ministro de Guerra y Marina, General don Juan P. Rebollo.

«Estimado amigo:

«Con alegría he recibido la noticia de haberse realizado la tan ansiada paz de la República.

«Siempre, cuando mis compañeros han precisado de mis servicios, he estado pronto á defender la buena causa y jamás la mala. Por esto, las exhortaciones que me hace usted, en nombre de la patria, no me competen, pero sí á algunos que han estado, más de una vez, extraviados de la buena senda.

«Las demostraciones de alegría en este ejército, han sido bastante marcadas, pues todos han recibido con júbilo la noticia.

«Quiera usted aceptar las felicitaciones de este su amigo y S. S.

«Enrique Castro.»

El jefe de la revolución, don Timoteo Aparicio, participaba, en nota elevada al Ministro de la Guerra y Marina, General don Juan P. Rebollo, desde el pueblo de la Florida, y con fecha Abril 14 de 1872, que el día anterior á la fecha citada, había conferenciado y puéstose de acuerdo con el Brigadier General don Enrique Castro, y que las operaciones de guerra habían concluído, teniendo presente el tratado de paz firmado el día 6 y ratificado el 9 del mismo mes.

Ambos jefes cumplieron las órdenes superiores respecto á la manera y forma en que debía efectuarse el licenciamiento de las tropas en armas, tanto del Gobierno como de la revolución.

CAPÍTULO XXVI

TRABAJOS POLÍTICOS.—LA CANDIDATURA PRESIDENCIAL DE ELLAURI.—SUCESOS DE 1875.—ADHESIÓN DE CASTRO AL GOBIERNO.—REVOLUCIÓN TRICOLOR.—INTERREGNO.

Confirmada definitivamente la paz, el Partido Colorado se organizó para entrar de lleno á la lucha electoral.

En la Comisión Directiva designada al efecto, figuraba el General Castro, según se desprende de la comunicación siguiente:

«Montevideo, Mayo 29 de 1872.

«Señor Brigadier General don Enrique Castro.

«Estimado amigo:

«Á pesar del silencio con que respondió usted á la mía, quiero escribirle todavía; porque, como la orden del día, dictada por la Inspección General de

Armas, á cargo del Coronel don Juan M. de la Sierra, con fecha Junio de 1872, en su tercer artículo dice lo siguiente: «Por el Ministerio de Guerra y Marina se comunica á este E. M. lo siguiente: «Habiendo llegado el Brigadier General don Enrique Castro con las fuerzas de su mando, de regreso de la penosa campaña en defensa del orden y las instituciones, el Gobierno de la República agradece altamente los importantes servicios en ella prestados, tanto al que tuvo el comando en jefe del ejército, cuanto á los leales subordinados que lo acompañaban...»

«Los hombres del Partido Colorado que tiene Montevideo, se han constituído en una asociación política, á fin de trabajar para las elecciones.

«Forma usted parte de la Comisión Directiva, y esperamos todos que acepte usted el puesto que sus correligionarios le han destinado, para una lucha no menos importante que la que acaba de concluir. Le remito una cantidad de circulares que se relacionan con ese objeto.

«Lo saluda afectuosamente,

«Isaac de Tezanos.»

«Club Libertad»—Centro del Partido Colorado.

«Montevideo, Agosto 7 de 1872.

«El que suscribe, Presidente del «Club Libertad», ha creído conveniente nombrar á usted para que, en representación de este Club, y en nombre de los

grandes intereses de nuestro partido, se apersone usted á todos nuestros correligionarios políticos de los departamentos de Soriano, Paysandú y Salto, con el fin de excitar su celo y patriotismo para que contraigan sus esfuerzos al triunfo de la causa que sostendremos en la próxima lucha electoral. No trepidando el que suscribe en apelar á su reconocido patriotismo, confía que no verá defraudadas sus esperanzas, y que su autorizada palabra en los departamentos indicados ha de ser escuchada por nuestros amigos con el respeto y consideración á que tiene tan justos títulos.

«En este concepto, me permito recomendar á usted muy especialmente, dedique su principal atención: 1.º á hacer que se inscriban todos los ciudadanos que simpaticen con los propósitos y aspiraciones del Partido Colorado; 2.º á pedir á nuestros amigos vigilen la inscripción de los adversarios políticos, tachando oportunamente los que fuesen ilegales; 3.º á influir por todos los medios á su alcance para que no haya divisiones en el seno del partido, á fin de que vayan los colorados unidos y fuertes á la lucha, único medio de conseguir el triunfo.

«Esperando de su decisión por nuestra causa, que no se rehusará á prestarle este importante servicio, tengo la satisfacción de ofrecerme de usted atento S. S.

«Conrado Rücker.»

El General Castro fué partidario decidido de la candidatura del doctor Ellauri, por cuyo triunfo hizo

grandes trabajos. Á propósito de la elección de este ciudadano para Presidente de la República, su hermano Antolín le dirigió la carta que en seguida publicamos:

«Torres, Marzo 14 de 1873.

«Señor Brigadier General don Enrique Castro.

«Montevideo.

«Apreciable hermano:

«Gran contento tuve al recibir por Juan José tus muy atentas del 18 del ppdo. y 3 del presente.

«En la primera me das tu idea de quien supones sea elevado á la Presidencia, y en tu segunda me vienes á probar que no era erróneo tu cálculo á este respecto, habiendo sido nombrado el hombre por quien todos nosotros hemos batallado. Ya podrás hacerte una idea del gran regocijo que existe en mí y en nuestros compañeros, al ver realizada toda nuestra aspiración, que es la felicidad de nuestra patria. Así lo consideramos con haber nombrado Presidente Constitucional de la República al hombre de antecedentes honorables, al hombre sin tacha, don José E. Ellauri. Por acá el contento es general en todos los colorados, por su nombramiento, y más aún, habiendo sido el pueblo en masa quien pidió el retiro de su renuncia y por quien aceptó el puesto honorífico que le conferían.

«Por tanto, te felicito á ti, y felicitarás en mi

nombre á todos nuestros amigos de esa, por el triunfo alcanzado en la batalla electoral.

«Tú, ordena á tu hermano

«Antolín Castro.»

Los sucesos de 1875 volvieron á poner al General Castro en actividad, reclamando sus servicios para reprimir la revolución que amenazó la existencia del Gobierno surgido del movimiento militar y político producido contra el Gobierno del doctor Ellauri.

Nuestro biografiado recibió el nombramiento de Comandante General al Sud de Río Negro, y lo aceptó, como otros jefes del partido aceptaron igualmente cargos de importancia, sin considerar bien el grado de legitimidad de la nueva situación, que, por otra parte, se iniciaba con promesas que podían tomarse como anuncios de una era de paz, orden y prosperidad para la República.

Inmediatamente el General Castro se dirigió á sus amigos, jefes prestigiosos de la zona cuyo comando se le había confiado, y pocos días después, el 20 de Enero, las fuerzas á sus órdenes sometían á los grupos revolucionarios alzados en el *Carmelo*.

Antes de finalizar ese mes, la situación se presentaba completamente tranquila, y el Gobierno, con fecha 23, decretó el cese de las Comandancias militares creadas al Norte y Sud del Río Negro.

Con tal motivo, el General Castro suspendió toda reunión de fuerzas y licenció las que ya tenía reunidas, obedeciendo á órdenes superiores, emanadas del Ministerio de Gobierno.

El 24 de Enero de 1875 se embarcó en el *Carmelo*, dirigiéndose al departamento de *Soriano*, y el 29 del mismo mes llegaba á Montevideo.

Sucesos posteriores, entre los cuales el más ruidoso fué la deportación de un grupo selecto de ciudadanos á la Habana, trajeron una revolución que, al igual de la del *Quebracho*, años más tarde, hubiera envuelto al país en una guerra larga y desastrosa, si el Gobierno no hubiera desplegado actividades y energías que, bien secundadas por los jefes elegidos para su defensa, no la hubiesen ahogado desde sus comienzos.

Estaban en incubación esos sucesos, cuando, en 5 de Junio, el General Castro, unido á los Generales José Gregorio Suárez y Nicasio Borges, dió un paso político excepcional en su vida y en su carrera, que, como lo hemos visto, están caracterizadas precisamente por su prescindencia en la política. Fué éste, sin duda, uno de sus pasos más arriesgados y discutidos. Ese acto consistió en adherirse al Gobierno de la época, suscribiendo los tres jefes ya nombrados, un manifiesto dirigido á sus correligionarios, y en el cual, entre otras cosas, se decía lo siguiente:

«Aceptamos, pues, el orden de cosas actual, porque como partidarios, y antes que partidarios hijos de esta tierra, fecunda en explotación de camarillas políticas, cuyos principios no tenían otra norma que sus fines, veíamos al fin un Gobierno de verdad entregado á compañeros de infortunios, que no significan una promesa mentida como las anteriores, sino una realidad palpitante de las aspiraciones honestas, de la campaña muy especialmente. Todo el

que atente contra el Gobierno y, de consiguiente, contra la tranquilidad de la República, recibirá de nosotros igual condenación. Cuarenta años de servicios no han cansado nuestros brazos y tampoco debilitaron la voluntad con que contribuímos á garantir el orden público, siempre que fué amenazado. Una administración enérgica y honrada; paz para la República; preferente atención á la campaña, pues la necesita; respeto y garantías para todos, sin distinciones chocantes: tal es lo que hasta hoy realiza el Gobierno, y si es un crimen odioso que pretendan sublevarse contra tantos bienes los círculos segregados de los partidos vencidos hace poco por la opinión, sería una burla sangrienta á sus propias tradiciones, que cooperasen á esos fines los antiguos compañeros de *Enrique Castro, José Gregorio Suárez* y *Nicasio Borges.*»

Conjuntamente con este manifiesto, los diarios de la época publicaron el que el General don Timoteo Aparicio dirigió á sus amigos y al país. En este documento se condena la rebelión encabezada por el Coronel don Ángel Muniz en el departamento de Cerro Largo, «porque es un atentado contra un Gobierno legalmente constituído y porque ella viene á envolver en nuevos males al país y á despertar antiguos rencores de partido que deben olvidarse para siempre.»

Este manifiesto del General Aparicio está ratificado por la circular de fecha 2 de Agosto de 1875, dirigida á sus correligionarios políticos, así del interior como del exterior del país.

En el nuevo documento de Aparicio se exhortaba

á los blancos que por error ó alucinación formasen en las filas de la montonera, que «trataran, desde luego, de separarse de tan mala causa;» y lo terminaba con estas categóricas y terminantes declaraciones: «Si contra todas mis esperanzas, mis correligionarios desoyesen estas palabras francas y leales del amigo y del viejo compañero de armas, sentiría de corazón verme obligado á montar á caballo para robustecer la acción del Gobierno y contribuir con mis verdaderos amigos al aniquilamiento del bando armado.»

En los últimos días de Agosto y primeros de Septiembre de 1875, los Generales don Enrique Castro y don Nicasio Borges fueron nombrados respectivamente Comandantes Generales al Sud y Norte del Río Negro.

Bajo las órdenes del primero se puso el General don Timoteo Aparicio, al frente de una respetable columna de soldados.

El nombramiento de Castro se expidió con fecha 10 de Septiembre de 1875.

El General Castro llevaba como Jefe de Estado Mayor del Ejército del Sud al Coronel don Eduardo Vázquez.

El Ferro-Carril correspondiente al 2 de Octubre de 1875, informaba que el ejército del Sud, al mando del Brigadier General don Enrique Castro, ascendía por entonces á 2000 hombres, de las tres armas.

Entretanto, el Comité revolucionario radicado en Buenos Aires, en los primeros días de Octubre de 1875 dió un manifiesto, declarando que no aceptaba ningún género de transacción con el Gobierno de la época.

Ese documento llevaba la firma de los señores Gonzalo Ramírez, Agustín de Vedia, J. Arrúe, Miguel Herrera y Obes, J. J. Beláustegui, Carlos A. Lerena y Santiago Botana.

Á esta proclama de guerra de sus adversarios, el Gobierno contestó con un decreto, fechado el 5 de Octubre de 1875, por el que se declaraba en estado de sitio el territorio de la República.

El escaso desarrollo y el rápido final de esta guerra, hicieron imposible desenvolver una acción militar amplia y eficaz, y el 4 de Noviembre, considerando el Gobierno concluída la misión de los ejércitos en campaña, confió al Ministro de la Guerra, Coronel Latorre, la terminación de la campaña, que no duró mucho más, haciendo cesar á los Comandantes militares.

Desde esta fecha, puede considerarse concluída la vida militar activa del General Castro. En Julio del 84, el Gobierno del General Santos, cumpliendo una disposición del Código Militar, que acababa de ser sancionado, declaró elevado al grado de Teniente General de la nación al expresado militar.

CAPÍTULO XXVII

REVOLUCIÓN DEL QUEBRACHO. — PARTICIPACIÓN DEL GENERAL CASTRO. — CARTA ORGÁNICA DEL MOVIMIENTO. — PREPARATIVOS DE LA INVASIÓN. — EN ENTRE-RÍOS.

Desde el punto de vista elegido para este trabajo, nada importante podemos referir, pues, de la vida del General Castro, hasta llegar al año 1886 y al momento de la revolución llamada del *Quebracho*.

Los iniciadores de ese movimiento revolucionario, obedeciendo á un plan bien combinado de alta política, quisieron colocar al frente de sus elementos de acción una personalidad militar descollante entre los guerreros del Uruguay, que encarnase por sí sola tradiciones de gloria, indiscutible prestigio en milicia y estuviese dotada de aptitudes reconocidas de soldado veterano para los momentos de prueba.

En las filas revolucionarias la opinión señalaba al Teniente General don Enrique Castro como la única figura militar que reunía mayores títulos para la dirección de la campaña que iba á emprenderse.

Alguien que se ha preocupado de historiar los hechos de la revolución de 1886, haciendo la enumeración de los jefes principales y subalternos del movimiento militar, escribía lo que sigue sobre nuestro biografiado, cuyo nombre entre los emigrados orientales se pronunciaba como una esperanza de mejores días para la patria: «El General Enrique Castro, anciano, sin pasiones vehementes, bien intencionado, conciliador en la paz, práctico en la guerra, influyente en el ejército y conocedor del terreno, era el colaborador más señalado para la realización de la gran obra.» (1)

Y el mismo autor de la interesante obrita á que aludimos, hace el retrato del General Castro en estos términos: «Es un anciano simpático, alto, grueso, de cabello y barba blancos; se conserva vigoroso á pesar de sus setenta años de edad. Viste de pantalón, saco, sombrero de anchas alas y botas de montar. No obstante su avanzada edad, es sumamente ágil para el caballo.»

En efecto, para muchos de los jefes de significación comprometidos en el movimiento revolucionario, el viejo guerrero de los tiempos heroicos equivalía á una respetable columna y era prenda de garantía de probable éxito.

Lo abordaron, y obtuvieron de él contestación afirmativa, en el sentido de cooperar á la empresa con toda la decisiva buena fe que ponía siempre en el cumplimiento de su palabra honrada.

Entre los revolucionarios produjo viva impresión

(1) *Cartera de un recluta*, pág. 22.

de agrado la noticia propalada sobre el importante concurso que prestaba el veterano, consintiendo en que se tomara su nombre como bandera de futuras reivindicaciones.

En conformidad con las bases contenidas en la *Carta Orgánica* de la revolución, firmadas y ratificadas en la ciudad de Buenos Aires el día 27 de Enero de 1886, partió el General Castro el día 3 de Febrero de ese mismo año para la Provincia de Entre Ríos (1).

(1) Antes de pasar más adelante, creemos oportuno insertar á continuación la citada Carta Orgánica, que hasta la fecha no ha sido dada á la publicidad:

«En la ciudad de Buenos Aires, á 27 de Enero de 1886, reunidos á llamado de los señores Generales don Enrique Castro y don José Miguel Arredondo, los ciudadanos al final suscritos, expusieron los nombrados generales:

«Que habían arribado á un completo acuerdo en la dirección militar del movimiento revolucionario que el pueblo oriental prepara como único medio posible y eficaz para poner fin al régimen de fuerza, usurparción y latrocinio encarnado en la dominación personal de don Máximo Santos, y exhibieron como comprobación de su aserto, las siguientes cartas cambiadas entre ellos: — «Buenos Aires, Enero 24 de 1886. — Señor Teniente General don Enrique Castro. — Mi estimado compatriota y amigo: — De acuerdo ya en la necesidad de encabezar conjuntamente el movimiento revolucionario que está próximo á producirse para libertar á nuestra patria nativa de la oprobiosa dominación personal de don Máximo Santos, cúmpleme manifestarle que prestando el debido acatamiento á la superioridad de su jerarquía militar y á sus merecimientos personales, me pongo á sus órdenes en la campaña militar á iniciarse. — Soy de usted su afmo. amigo y compatriota. — Firmado: *José M. Arredondo* » — «Señor General don José M. Arredondo. — Buenos Aires, Enero 24 de 1886. — Mi estimado amigo: — En contestación á su favorecida de esta misma fecha, debo decirle que, aunque deseoso, como ya se lo he manifestado en nuestras conferencias verbales, de tomar inmediata participación en la campaña militar que nos proponemos abrir para devolver sus libertades á nuestra desgraciada patria, no me siento con la salud necesaria para contraer el compromiso de permanecer constantemente en la acción, y que, por consiguiente, veré con gusto que usted se preste á asumir el comando en jefe del ejército revolucionario. He sido su compañero de armas en largas y gloriosas campañas, y sé bien

Á Castro lo acompañaban su digno hijo Juan José, don Luis Machado, don Cándido Robido, —actualmente Coronel y ex jefe del «Parque Nacional»,— y el Teniente Juan Bautista Castro, su sobrino.

En la madrugada del 5 llegaban al *Paraná*. El General Castro hizo una visita al Gobernador de la Provincia, General Racedo, y al Ministro de Gobierno, señor Sabá Hernández, cuyos personajes recibieron al guerrero con marcadas demostraciones de aprecio y respeto; recordando, tal vez, sus méritos y las consideraciones que debían los argentinos al

que sus aptitudes militares lo hacen acreedor á ese puesto, pudiendo asegurar á mis conciudadanos que la suerte de nuestras armas estará confiada á excelentes manos, sin excusar por eso el concurso de mi experiencia para el esfuerzo común. Queda así convenido y entremos resueltamente á la acción, con completa fe en el resultado de nuestros esfuerzos patrióticos. Lo saluda su afmo. amigo y compatriota. — Firmado: *Enrique Castro.* » — Que estando así determinada la dirección militar del movimiento revolucionario, ambos generales han creído llegada la oportunidad de convocar á los ciudadanos presentes, como miembros de las diversas fracciones políticas que han tomado parte en la preparación de la grande obra patriótica cuya realización va á iniciarse, á fin de recabar su opinión sobre la manera más acertada de constituir el Gobierno Provisorio que regirá los destinos del país mientras se proceda á las elecciones generales que, con arreglo á la Constitución oriental, deben dar al pueblo su representación legítima y su organización definitiva dentro de las formas y prescripciones que la misma Constitución establece. En consecuencia, invitaban á los ciudadanos presentes á cambiar ideas y manifestar sus vistas sobre las cuestiones indicadas. Después de una bien meditada deliberación, los ciudadanos presentes arribaron á las siguientes conclusiones: Que el Gobierno Provisorio tendrá todas las facultades necesarias para la administración y reconstitución del país, sin más limitación que la de los artículos 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 130, 132, 134, 135, 136, 138, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146 y 147 de la Constitución de la República, debiendo ser su misión primordial la conservación de la paz pública y la adopción de medidas que hagan prácticas y eficaces las garantías legales de la verdad y libertad del sufragio del pueblo. Que esas medidas deben buscarse preferentemente en la leal aplicación de los principios que sirven de base al movimiento revolucionario y

hombre que contribuyó con su sangre á la consolidación de las instituciones de aquel gran pueblo.

Castro dijo en su proclama, dirigida al país con motivo del movimiento revolucionario de 1886, que se iba á «un movimiento nacional, sin miras de dominaciones exclusivistas de partido.»

Sólo un día se detuvo Castro en el *Paraná*. El 6 marchó para la *Concepción del Uruguay*, adonde llegó el día 8, después de haber pasado por *Nogoyá* y *Tala*. Al día siguiente se trasladó á *San José*, palacio y residencia de la señora viuda del General Urquiza.

que han hecho posible la aproximación de los partidos, proclamando, como proclaman, que la patria es de todos y que todos tienen derecho á compartir las funciones de los poderes públicos. Que la necesidad de restituir al país sus instituciones representativas y sus formas constitucionales, es superior á todo otro interés político. Que el Gobierno Provisorio debe convocar á elecciones generales en el más breve tiempo posible, y que en ningún caso podrá postergarlas más allá del tiempo fijado en la Constitución. Que como no es posible hacer funcionar el sufragio popular en formas regulares para la designación de los ciudadanos llamados á desempeñar el Gobierno Provisorio, atentas las fuerzas de las circunstancias y tomando en cuenta los diversos intereses de la causa común, creen que el Gobierno Provisorio debe ser ejercido por los Generales don Enrique Castro, don Lorenzo Batlle y don José Miguel Arredondo. Que los miembros del Gobierno Provisorio determinarán el momento de entrar en el desempeño de sus funciones, siempre que puedan establecerse con residencia permanente dentro del territorio nacional.—Conocido el resultado de esta deliberación, los Generales Arredondo y Castro declararon que la aceptaban en todas sus partes y que darían al país un manifiesto solemne, con la expresión circunstanciada de las causas que hacen inevitable la revolución y de sus propósitos esenciales según las ideas vertidas, protestando que no omitirán esfuerzo ni sacrificio alguno para corresponder á la confianza de sus conciudadanos y á las graves responsabilidades que asumen ante la posteridad. Se resolvió en seguida labrar tres actas de un mismo tenor, de que serían depositarios los miembros del Gobierno Provisorio, suscribiéndolas todos los presentes.—*Enrique Castro, José M. Arredondo, Lorenzo Batlle, Juan José de Herrera, Juan A. Vázquez, Gonzalo Ramírez, Martín Aguirre y Carlos Gaudencio.*

Allí se encontró en lugares que evocaron en su mente viejos y gratos recuerdos; pues era allí donde en otros tiempos había ejercido influencia de verdadero caudillo entre el gauchaje entrerriano, y donde había sido objeto de grandes distinciones por parte de su antiguo jefe el General Urquiza.

Desde este paraje dispuso la organización de las fuerzas revolucionarias diseminadas en el litoral del *Uruguay*, efectuándola á toda prisa. El General Arredondo, por su parte, con el batallón «Número 1», cuyo jefe era el Comandante Rufino Domínguez, llevando consigo gran cantidad de armamento y municiones, se dirigió á *La Paz;* atravesó la Provincia de Entre-Ríos con rumbo á *Mocoretá*, á fin de pasar á la Provincia de Corrientes y establecer su Cuartel general en *Naranjito*, muy cerca de la costa del *Uruguay* y frente á la Estación del ferrocarril argentino del Este que lleva ese nombre.

El General Castro seguía en su tarea de organización, y así que supo la marcha del General Arredondo hacia el *Uruguay*, el día 7 de Marzo partió de San José para Concordia con los grupos comandados por el Coronel Urán y por el Comandante Gastán.

El día 10 acampó en la estancia del Coronel Melitón Gazcano. El 11 se le incorporaron, en este punto, el Coronel don Eduardo Vázquez y el Comandante Pablo Ordóñez, con una fuerza de 40 hombres.

Transcurridos dos días, emprendieron marcha hasta la costa del *Yuquerí Grande*, en donde hicieron alto y descansaron el día 13, iniciando una nueva jornada en la madrugada del 14, hasta llegar

á la ciudad de Concordia á las 9 a. m. de ese mismo día.

Las operaciones hiciéronse con rapidez, reuniendo elementos, organizando los que ya existían y concentrando los grupos armados en la costa del *Uruguay*, como punto cercano al teatro en que debía operar el ejército revolucionario.

El General Arredondo se encontraba en *Chajarí*, adonde llegó el General Castro el día 16.

Conferenció con aquél, y el 17, á las 8 de la noche, marchó en tren expreso hasta la estación *Naranjito*. El 18 siguió hasta el campamento general, sito en la costa del *Uruguay*, en cuyo punto recibían instrucción de infantería y caballería, 1200 hombres, reunidos allí con ese objeto.

Un marcado desánimo manifestábase, por ese entonces, entre los hombres espectables del movimiento, pues presentían un seguro fracaso, en vista de la falta de contingente por parte de Arredondo.

Ellos creyeron, desde un principio, que este jefe contribuiría con soldados aguerridos, con gente disciplinada que constituyese la base de la masa ciudadana y el centro de resistencia en el campo de batalla, en el que debían, según sus conjeturas, estrellarse las fuerzas regulares del General Santos.

Se justificó tanto más esta creencia, cuanto que el General Arredondo, desde Buenos Aires, y con fecha 6 de Enero, exhortaba al General Castro, por intermedio de su hijo Juan José, á que no vacilase un momento en prestar su importante concurso á la revolución, porque contaba con 1000 soldados aguerridos para invadir y la cooperación

de centenares de ciudadanos prontos para entrar en la lucha.

Nuestro biografiado, con sus largos años de experiencia militar, comprendía perfectamente lo que representaba en el campo de acción el contingente ofrecido por su colega, y los benéficos resultados que podía dar con una buena dirección y con un plan de combate regularmente combinado.

Los ofrecimientos de Arredondo no pasaron de ser simples promesas, como más tarde se justificó por la evidencia de los hechos. Á tal fracaso se le dió por causa el alarde jactancioso de los trabajos subversivos practicados en la otra orilla, que comprometían las relaciones internacionales de los dos países, apareciendo el Gobierno Argentino como el verdadero instigador de los elementos prontos á convulsionar nuestra República.

Llegó el momento en que aquel Gobierno amigo, en la necesidad de cumplir los preceptos internacionales, y á fin de no comprometer las relaciones de buena vecindad que con el nuestro mantenía, tuvo que enviar una fuerza divisionaria, con el objeto de intimar el desarme y la disolución de las partidas revolucionarias. Esto ocurría horas antes de la invasión, y la fuerza argentina se limitó á llenar las formas diplomáticas.

Así, pues, para la invasión sólo se disponía de la columna estacionada en el campamento del *Naranjito*, formada casi toda ella por los ciudadanos que pasaron de la República Oriental á la otra orilla.

Dicha columna expedicionaria tenía enfrente,

Uruguay por medio, y sobre la costa del *Arapey*, un cuerpo de ejército de las tres armas, que el General Santos había organizado del otro lado del Río Negro, y el cual constituía su ejército de vanguardia.

Contaba, además, el Gobierno oriental con poderosos elementos al Sud del mencionado río, como la fuerte columna del departamento del Durazno, compuesta de 1700 hombres de caballería é infantería, organizada y comandada por su jefe el Coronel don Juan José Martínez, á la sazón Jefe Político y Comandante militar del citado departamento, y las divisiones existentes en diferentes puntos del Sud de la República.

Los jefes más caracterizados del movimiento revolucionario, decepcionados, comprendieron bien pronto que la lucha se hacía imposible, por la inmensa desproporción numérica, la notable organización que el General Santos había dado á las fuerzas legales, y la falta absoluta de los elementos necesarios para combatir con un ejército poderoso y bien dispuesto.

Con todo, confiaron en el influjo moral que ejercería en el país entero el concurso decidido del viejo patriota que tantas glorias había dado á su tierra y á su partido, en las horas tristes del infortunio y en los instantes supremos del deber nacional.

Así se lo significaron al General Castro, pidiéndole, en nombre de los bien entendidos intereses de la República, y en el de su reconocido valor cívico, que hiciera un último sacrificio en aras de una

causa á la que debía contribuir con su prestigio y sus antecedentes.

Según lo estipulado en la *Carta Orgánica*, la obligación de Castro, en los primeros momentos, era contribuir al movimiento pura y exclusivamente con su concurso moral; lo que ya era bastante exigir del viejo luchador, que contaba por entonces setenta años de edad y cincuenta de meritorios servicios á su patria.

No obstante lo dicho, y la firme creencia de los infructuosos esfuerzos que la empresa originaría, lanzóse á la obra, cediendo al pedido de sus conciudadanos, que reclamaban, una vez más, el sacrificio de su tranquilidad y el inapreciable concurso de su heroica espada.

Quedó establecido que el 23 de Marzo nuestro biografiado compartiría con Arredondo el comando en jefe del precitado movimiento revolucionario.

Activáronse los trabajos de invasión.

Al mismo tiempo que el Coronel Gaudencio se trasladaba á Concordia, con el objeto de preparar todo lo necesario para el pasaje de las fuerzas, se ordenó al Coronel Visillac, residente á la sazón en *Guaquiraró*, que marchase apresuradamente á buscar la incorporación del ejército, y se envió una Comisión al puerto de *Caseros*, con la consigna de contratar chatas, como medio de llamar la atención del ejército gubernista por aquellos parajes.

Desde *Caseros*, el Coronel Bernal, comisionado del Gobierno argentino para el desarme de la gente revolucionaria, dió al General Arredondo el breve plazo de dos días para que desalojaran aquellos si-

tios; agregando que si al vencimiento de dicho plazo, ó sea el 26 de Marzo de 1886, sus instrucciones no eran obedecidas, se vería en el caso de cumplir rigurosamente la orden de su Gobierno.

La intimación fué acatada en el acto, procediéndose á depositar en las proximidades de la estación *Naranjito* todo el armamento sobrante después de haber armado y municionado la gente pronta para invadir. El mencionado armamento consistía en mil fusiles rémington, setecientas carabinas de igual sistema, quinientas lanzas, doscientos mil tiros y algunos cajones de correaje.

En la tarde del 26 de Marzo, ó sea luego de recibir la segunda y última intimación de desarme, prontos ya los trenes expresos que obtuvo el Coronel Gaudencio para conducir la columna expedicionaria hasta *Concordia*, ésta se puso en marcha. Un día después, el 27, se internó en los montes del *Ayuí Grande* y *Uruguay;* se le dió un descanso á la tropa, carneóse el número de reses necesarias, y, al cerrar la noche, dirigiéronse directamente á Concordia en los mismos convoyes.

Al llegar á este punto, como medida precaucional, y á fin de que el enemigo no se diera cuenta del arribo del ejército, se dispuso acampar silenciosamente entre las barrancas del río y el pueblo de Concordia: paraje éste muy á propósito para ocultar toda la fuerza, de manera de no ser vista desde la orilla oriental.

Las partidas gubernistas recorrían activamente la costa, con orden expresa de comunicar cualquier novedad que notasen en territorio argentino

y efectuar el retiro de todos los elementos de movilidad existentes en aquella zona.

De la guarnición del Salto se desprendieron durante la noche algunos individuos, con el encargo de vadear el río y explorar la costa opuesta, al mismo tiempo que el Coronel Córdoba, Comandante militar de la citada guarnición, advertido del gran movimiento de trenes en la orilla vecina,—movimiento que atribuyó á la conducción de las fuerzas enemigas desarmadas,—enviaba una Comisión á Concordia, para informarse de lo que ocurría.

Sus exploradores no volvieron: habían sido aprehendidos por las guardias enemigas, colocadas á lo largo de la costa y en los puntos más estratégicos.

En vista de esto, resolvió Córdoba enviar un moreno sirviente, de toda su confianza, á la casa del señor Palavecino, situada frente á la ciudad del Salto, sobre las barrancas del río, para adquirir noticias verídicas del mencionado vecino, quien representaba para él una buena fuente de información.

Dicho sirviente fué preso, como los anteriores, y vióse, por tanto, en la imposibilidad de poder comunicar á su jefe la gravedad de lo que pasaba.

Fué por eso que Córdoba ignoró que á pocos metros de distancia se encontraba una fuerte columna enemiga de 1400 hombres decididos y bien armados, los mismos que algunas horas más tarde habían de apoderarse de los vapores *Júpiter* y *Leda*, que zarpaban esa mañana para Buenos Aires y Montevideo.

CAPÍTULO XXVIII

LA INVASIÓN.—EL PASAJE DEL URUGUAY.—EL COMBATE.—EL DESEMBARCO.—PRIMERAS OPERACIONES.—COMBATE DEL 30 EN EL QUEBRACHO.—LA BATALLA DEL 31 EN PUNTAS DE SOTO.—DERROTA DE LOS REVOLUCIONARIOS.—RETIRADA DE CASTRO.

El plan combinado por los revolucionarios para la toma de los vapores, tuvo éxito completo.

La noche de su llegada á Concordia, la columna expedicionaria procedió al embarque del equipo, armas y municiones en el vapor *Comercio*,—que estaba en compostura en aquel puerto,—en un pailebot y en varias chatas.

Entretanto, esperaban la llegada de los buques de la carrera, para proceder al embarque de las fuerzas.

Causó extrañeza que los vapores *Júpiter* y *Leda* no zarparan á la hora de costumbre, 6 a. m., dando esto lugar á comentarios.

Recién á las 7 a. m., estos vapores dieron las pitadas de orden y emprendieron marcha, fondeando

media hora después en el puerto de Concordia, en donde recibieron la visita de dos Comisiones, al mando, respectivamente, del Mayor Gabino Valiente y del Coronel Salvañach, quienes se apoderaron de ellos en nombre de los revolucionarios.

Acto continuo se ordenó el embarque de la tropa. Esta operación duró hasta las 11 a. m., hora en que partió la flota Uruguay abajo, en el orden siguiente: *Júpiter*, *Leda*, *Comercio*, conduciendo el Batallón N.° 1; *Estrella*, remolcando un pailebot, y varias lanchas á vapor, que llevaban á remolque las chatas cargadas de equipos.

Cuando en el Salto se tuvo conocimiento de la estratagema del enemigo, se tomaron las medidas del caso, ocupando el *Saladero de Harriague* una fuerza de infantería, y escalonándose algunos escuadrones en observación sobre la costa y en las proximidades de la ciudad.

En vano trataron los directores del movimiento de que el desembarque no fuese sentido por las fuerzas gubernistas. Y decimos que fué en vano, porque era tan excesiva la vigilancia ejercida en todas partes por los leales al Gobierno, que se hacía poco menos que imposible arribar á costas orientales sin ser fuertemente hostilizados.

Así se explica que el mismo día, á las 4 1/2 de la tarde, en momentos que la expedición revolucionaria pisaba territorio oriental,—en un paraje cercano á la barra del arroyo *Guaviyú*, donde embicaron los vapores *Júpiter* y *Leda*,—una fuerza de unos 300 hombres, con el Teniente Coronel don Fortunato de los Santos á la cabeza, desde el saladero *Gua-*

viyú desplegó guerrillas, que hostilizaron y obligaron á los invasores á entrar impensadamente en pelea.

Había, pues, que repeler la provocación audaz y valerosa del Comandante Santos, y, al efecto, esta operación fué encomendada á los primeros elementos que desembarcaron.

El Comandante Mena, al frente de 50 hombres, protegido por guerrillas al mando del Comandante Pablo Ordóñez y de los señores Diego Lamas y Ramón Costa, se tiroteó fuertemente con las tropas del Gobierno; retirándose poco después de los Santos, en vista de la superioridad numérica del contrario, dejando en el campo de la refriega cinco muertos y varios heridos. De la gente de la revolución, el sargento distinguido Hilarión Céspedes fué herido.

Mientras los revolucionarios continuaban la azarosa operación del desembarque, tanto más difícil cuanto que tenían dos de sus buques embicados, apareció al Sud, con rumbo hacia ellos, la cañonera *General Suárez*,—antigua *Tactique;*—la misma que, á los pocos minutos, paró su marcha frente al saladero ya mencionado, haciendo un disparo de cañón por elevación y saludando á las fuerzas contrarias con el pabellón de la patria; saludo que fué retribuído por el estandarte del Batallón 1.°, formado en la cubierta del vapor *Comercio*.

El General Castro, previendo un ataque simultáneo por tierra y por agua, desplegó sobre la playa dos compañías pertenecientes á los batallones 2.° y 3.°, con el objeto de repeler el avance de la cañonera, al mismo tiempo que el Comandante Domínguez

hacía fuego con su batallón, desde la cubierta del *Comercio*, situado en medio del río.

Se creía que el combate iba á ser reñido y de resultados contrarios para los invasores, por los destrozos que producirían los proyectiles de artillería de la *Suárez* sobre el casco sin protección de un vapor sin máquina, como lo era el *Comercio*.

Sin embargo, todo no pasó de ser un mero simulacro, pues la cañonera *Suárez* viró, tomando aguas abajo, para alejarse de la zona peligrosa.

Los comentarios que se hicieron alrededor de este hecho, fueron de distinta índole, imaginando, unos, que la actitud y la disposición de las tropas revolucionarias, y con especialidad el «Batallón 1.º», impusieron á la cañonera enemiga, de la que sólo distaban 500 metros, estando ésta así bajo la acción directa del fuego de fusilería rémington; y otros, que en el citado buque primó la idea generosa de que no perecieran en un instante centenares de orientales, útiles muchos de ellos para su patria y para sus conciudadanos.

La versión que se generalizó después, y que la consideramos más racional, atribuye la causa del hecho á las malas condiciones del material de guerra que poseía la cañonera, la que, en el instante de obrar, se encontró con que los proyectiles de los cañones no servían, pues que, efectuado el primer tiro de prueba, éste resultó inmensamente corto, debido á que la bala era de dimensiones más pequeñas que el ánima de la pieza [1].

(1) El material de artillería consistía en cañones *Ansaldo*, de bronce, de 12 cm., y de avancarga. Están actualmente depositados en el Parque Nacional.

Á las 8 de la noche, la cañonera *General Santos* ó *Fortuna*, al mando del entonces Mayor Bayley, con los fuegos apagados, ocupó sigilosamente el puesto de la *Suárez*. En seguida rompió un fuego mortífero de fusilería y ametralladora sobre el vapor *Júpiter*, el que fué contestado por los batallones comandados por Octavio Ramírez y Visillac durante unos diez minutos, sufriendo éstos la pérdida de diez muertos y cinco heridos.

El buque tuvo un solo herido: el cocinero.

La misma noche del 28 de Marzo, el ejército revolucionario acampó en todo lo largo del trayecto que dista desde el lugar del desembarco hasta la estancia del señor Amaro, de cuya casa se dispuso para atender á los heridos, los cuales fueron curados, de primera intención, por los doctores Imas y Baena, quedando después al cuidado de este último doctor, del practicante Albístur y del farmac´utico Sánchez. Entre otras medidas tomadas, se resolvió desprender para la costa argentina al vaporcito *Estrella*, conduciendo á los señores Joaquín Carballo y doctor Carlos A. Lerena con una comisión, según se dijo, para el General Arredondo.

El *Estrella* fué perseguido por el *General Santos*, viéndose obligado á embicar en la costa opuesta, donde fué capturado, pero después que los comisionados se hubieron puesto en salvo.

Esa misma noche, las fuerzas revolucionarias estuvieron en continuo movimiento.

Se encargaron del servicio de avanzada, el Comandante Mena y el Mayor Valiente, jefe este último de la escolta de nuestro biografiado. Se toma-

ron también cuatro prisioneros, que llegaban al campamento con la intención de incorporarse al Comandante de los Santos, no creyendo encontrarse con enemigos. Tratóse de retirar de la costa los recados, víveres, municiones y demás útiles de la columna, en previsión de los perjuicios que pudieran ocasionarles, desde el río, las cañoneras que hemos citado. Para esta comisión se nombró al Mayor Valiente y á los Ayudantes Luis Machado y Manuel Rodríguez, con la correspondiente dotación de soldados, los cuales tenían que trabajar á brazo, por falta de carros y caballos. El Coronel Rafael Rodríguez se pasó toda la noche recorriendo las guardias avanzadas, y se dió el encargo de reunir caballos al Coronel Cortés y al Comandante Mena, quienes, al llegar la madrugada, tenían en su poder unos 150, que fueron destinados á dos escuadrones, hasta tanto pasaran 800 de Entre-Ríos, los que debían azotarse al Uruguay en la mañana del 29 de Marzo.

La caballada en cuestión debía encontrarse en la estancia de Taylor, donde había sido conducida por sus dueños, los señores Amaro y Piñeyrúa, con el objeto de salvarla, por ser artículo de guerra.

Los continuos chasques que se enviaron al otro lado, comunicaban no notarse ninguna clase de movimiento en las proximidades de la costa, lo cual hizo pensar en algún contratiempo serio, sufrido por los encargados de pasar los elementos de movilidad.

En efecto, Taylor, que había armado su peonada, en unión con la policía de aquel punto, tomó presos al Comandante Trujillo y 30 hombres que lo acompañaban.

La policía había acudido, obedeciendo á una denuncia de Taylor, á quien se intentó arrancarle una tropilla que reservaba en un potrero de su campo de la costa del *Arroyo Grande*, en Entre-Ríos.

Se cuenta que la noche del 28 de Marzo, Trujillo pidió al comisario que lo matase, pero que le permitiera mandarle una carta á su jefe, el Coronel Gaudencio, residente en Concordia, manifestándole la causa del no cumplimiento de su comisión.

El 29 de Marzo, por la mañana, él y sus compañeros fueron conducidos á Concordia, atados y bajo segura custodia.

Los ayudantes Eugenio Garzón y Juan José Castro, desde las primeras horas de la mañana del 29, hicieron servicio de vigías, desde lo alto del mirador de la estancia de Piñeyrúa. Á las 11 a. m. comunicaron á sus respectivos jefes, Castro y Arredondo, que no ocurría ninguna novedad en un radio de cinco leguas próximamente, pero que se avistaba al Sud una cañonera en marcha hacia el saladero, y que indudablemente sería la *Suárez*.

Graves inconvenientes surgieron en la realización del plan proyectado de antemano.

En efecto, era sumamente peligrosa la posición del ejército revolucionario, que no contaba con elementos de movilidad, que había encontrado serias resistencias al pisar el suelo de la patria, y se veía amenazado por diferentes puntos y por diversas columnas divisionarias, establecidas en las proximidades del paraje donde acamparon, y hallándose defendido el río por las cañoneras ya citadas.

Á las 12 h. y 30 m., el General Castro dispuso la

marcha del ejército, completamente á pie y con un convoy de quince carros que conducían recados y municiones.

Cada soldado llevaba su rémington, 300 tiros, un freno y un cojinillo, é igual equipo muchos de los jefes y oficiales que componían la columna, la cual marchó por la cuchilla que conduce del ya mencionado saladero á la estancia de *Dolores*.

Con todo, el caso era salir de una vez del estado de dudas y vacilaciones que tuvieron resonancia hasta en la misma tropa.

El caballo ha sido siempre el elemento primordial de todo movimiento armado, en países como el nuestro, donde la guerra de recursos es el factor eficiente de las convulsiones políticas; sin este elemento, tampoco es posible arrastrar las masas del paisanaje turbulento, ni llenar el servicio imprescindible de la caballería en las marchas de los ejércitos.

Era de esperarse, pues, la proximidad de fuerzas enemigas que los obligaría á librar combate, desde que ellos estaban imposibilitados de esquivarlo, como lo hubieran hecho á fin de obtener algunas incorporaciones y refuerzos. La marcha se efectuó en la forma ya indicada. La caballería desmontada ocupó la retaguardia y los flancos, y á medida que se obtenía alguna caballada, ésta servía para montar soldados de esta arma.

Así que se alejaron de la costa del Uruguay, y á unos tres kilómetros de este río, encontraron tres soldados muertos: éstos pertenecían al escuadrón del Comandante de los Santos.

Dichos soldados habían caído en la pelea del día anterior.

La columna revolucionaria hacía alto de media en media hora, descansando de cinco á diez minutos, hasta que llegó á la estancia de *Dolores*, después de soportar una fuerte lluvia durante siete horas consecutivas.

Eran las 9 de la noche cuando llegó á dicha estancia. Para acampar, se dispuso que la infantería tomase posiciones en unos corrales de ñandubay, como medida precaucional contra cualquier avance, estableciendo las fuerzas de caballería en diferentes puntos que circunvalaban á aquéllos.

Esto ocurría en la noche del 29 de Marzo. Á la madrugada se obtuvieron algunos caballos para las fracciones de caballería que estaban á pie; y, á las 6 de la mañana, emprendían la marcha por la cuchilla que da caídas á los arroyos *Guaviyú* y *Quebracho*.

Dos horas después, en el costado derecho de la línea revolucionaria, y á pocas cuadras de la costa de este último arroyo, las partidas descubridoras, á cargo del Comandante Mena, se tiroteaban con las comandadas por el Teniente Coronel Fortunato de los Santos, quien, con una fuerza de 200 á 300 hombres, servía de vanguardia á la columna del Coronel Arribio, compuesta próximamente de 700 á 800 soldados.

El Comandante de los Santos disputaba el paso del *Quebracho;* Mena, que lo defendía, pidió al General Castro, por intermedio del ayudante Martín Soane, que le enviase una protección.

Dicho general ordenó á los Coroneles Cortés, Puentes y Salvañach que marchasen con sus res-

pectivos planteles de divisiones, en protección de Mena. Estas fuerzas sumaban en total unos 300 hombres.

El Comandante de los Santos fué rechazado.

La columna revolucionaria había hecho alto para carnear; pero apenas encendió sus fogones, el Mayor Valiente daba cuenta de que por el flanco izquierdo, y en dirección al *Palmar*, se avistaba una gruesa división enemiga de más de 1000 hombres.

Era la vanguardia del ejército del Gobierno, compuesta de cerca de 1500 soldados, y distribuída en el siguiente orden, según las informaciones de algunos heridos tomados después por fuerzas revolucionarias: Batallón 1.° de Cazadores, la mitad del 3.°, el Regimiento N.° 1 de Caballería y la División Paysandú.

El entonces Coronel José Villar, haciendo gala de soldado valiente, quiso conquistar un lauro en esa ocasión, probando con los hechos que, el que había sido bravo oficial, podía lucirse como jefe en el campo de la acción.

Desplegó su infantería en guerrillas, cargando bizarramente con sus escuadrones de caballería. Tres veces cargó y otras tantas fué rechazado.

Componían las fuerzas enemigas encargadas de contrarrestar el ataque de las de Villar, los siguientes cuerpos: batallones N.° 2 y N.° 4, al mando respectivamente de los Tenientes Coroneles Pablo Ordóñez y Octavio Ramírez, el valiente oficial de la «Cruzada Libertadora» y bizarro jefe durante la de Aparicio, 40 hombres pertenecientes á las escol-

tas de Castro y Arredondo, al mando del Comandante Gervasio Burgueño y Mayor Valiente, y los batallones N.os 3 y 5, mandados por los Coroneles Amilivia y Visillac, que constituían la protección.

El batallón 1.º, al mando de don Rufino Domínguez, y el Estado Mayor de Arredondo formaban la reserva.

Todas estas fuerzas estaban bajo la competente dirección del bravo Coronel Eduardo Vázquez, figura saliente del ejército nacional, y que en aquel movimiento era el jefe superior de las infanterías.

Las fuerzas gubernistas abandonaron sus posiciones, dejando en el campo algunos muertos, y entre ellos al Coronel Suárez, de la División Paysandú [1].

Los revolucionarios, por su parte, tuvieron tres muertos y diez heridos.

En la noche emprendió marcha la columna revolucionaria por el camino de la cuchilla de *San José*, con rumbo á *Tacuarembó*, llegando á la estancia de *Soto*, en donde dejó á los heridos.

En la mañana del 31 de Marzo, los revolucionarios estaban á 7 leguas de las fuerzas del Gobierno. Á las 9 se hizo alto; se carneó, comió la tropa, y se descansó hasta las 10 y 1/2; hora en que se avistó al enemigo, empeñándose el combate que, horas después, terminó con la derrota de los revolucionarios.

Como 300 revolucionarios quedaron tendidos en las cuchillas de las *Puntas de Soto*.

(1) Según otras versiones, el Coronel Suárez falleció repentinamente, á consecuencia de una afección cardíaca.

Á las 4 de la tarde se apersonó al General Castro una Comisión, para decirle que, interpretando las ideas de algunos compañeros, le exhortaban á parlamentar; porque la juventud que se batía, había agotado sus esfuerzos, y era acto de humanidad salvar los restos de la que quedaba.

El General Castro contestó que él no se entregaba; que levantaría, sí, bandera de parlamento, desde que así se lo pedían, y al efecto encargó de ello á su hijo y ayudante Juan José. Éste se dirigió á una altura, y con una toalla colocada en la punta de su fusil, alzó bandera, la que fué saludada con tiros de cañón y fusilería.

Todo estaba terminado: sólo quedaban sosteniendo el fuego los restos del 1.º, con Domínguez á la cabeza, pues era el único cuerpo que aun tenía municiones.

La inmensa superioridad numérica,—5000 hombres,—y la calidad de las tropas,—la flor del ejército de línea,—los venció.

Á las 5 de la tarde los generales revolucionarios se retiraron del campo de batalla, en distintas direcciones, acompañado cada uno de un pequeño grupo.

Castro marchó unas 20 cuadras, y cuando hubo evitado la acción de las caballerías perseguidoras, hizo alto para esperar la noche y alejarse cobijado por sus sombras, advirtiendo á sus compañeros que se preparasen para pelear, en caso de ser alcanzados.

Al oscurecer se le presentó el Comandante Claro Pereyra, de la División Tacuarembó, que servía al Gobierno, quien se ofreció al General Castro con

mil protestas de amistad, diciendo que reconocía en él á su antiguo y heroico jefe, que tantas veces lo condujo á la pelea infundiéndole serenidad y arrojo, cuando luchaba á su lado por la misma causa, la gloriosa causa colorada; agregando que venía á ponerse á sus órdenes. Entonces el General Castro se informó por él de lo que pasaba en el campo contrario, y le pidió lo auxiliara con caballos.

El Comandante Pereyra le dió cinco caballos, los que sirvieron para el general y sus ayudantes.

Quedaban diez y ocho individuos á pie, los cuales determinaron figurar como prisioneros de Claro Pereyra, antes de caer en manos desconocidas, rogando á su jefe, el General Castro, que procurara ponerse en salvo. Entonces éste, dirigiéndose á Claro Pereyra, se expresó en los siguientes términos; —«Queda con usted este grupo de compañeros míos; cuídelos y haga respetar sus vidas; tenga presente que el Partido Colorado jamás se ha manchado con sangre de prisioneros. Ahora, agregó, acepte este regalo, —y le tendió un paquete con cien libras esterlinas, —en recompensa de los cuidados y servicios que usted prestará á esos compañeros que quedan con usted.»

Pereyra aceptó el obsequio y prometió al general sacrificar su vida antes que permitir que se les faltase en lo más mínimo á los prisioneros.

Y en efecto, cumplió su promesa, pero esa actitud le costó un castigo, que le impuso el jefe de las fuerzas gubernistas, porque se le atribuyó el haber dado escape al General Castro, cuando ya, por telegrama, se había comunicado al General Santos que aquel general había sido hecho prisionero.

En la madrugada del 2 de Abril, el General Castro vadeó el Uruguay á la altura del *Hervidero*, pisando suelo entrerriano, antiguo teatro de sus proezas guerreras, y sitios también que le ofrecían seguridades de garantía personal y que traían á su memoria recuerdos imborrables de días felices.

CAPÍTULO XXIX

DISCUSIÓN SOBRE RESPONSABILIDADES EN LA REVOLUCIÓN FRACASADA.—CARTAS (INÉDITAS) CAMBIADAS ENTRE EL CORONEL GAUDENCIO Y EL SEÑOR JUAN JOSÉ CASTRO.—EL FONDO DE LA CUESTIÓN.—REVELACIONES IMPORTANTÍSIMAS.

Á propósito de la actitud que debía asumir el General Castro después del desastre del Quebracho, cambiáronse entre el Coronel don Carlos Gaudencio y el señor Juan José Castro, las siguientes cartas, conservadas inéditas hasta la fecha:

«Buenos Aires, Abril 6 de 1886.

«Señor Teniente General don Enrique Castro.

«Estimado General:

«He sabido, por varios conductos, que usted y sus ayudantes han pasado á Entre-Ríos, tocando en el Duraznal y siguiendo para su estancia.

«Esta noticia se tiene por el General Levalle y otras personas de esa localidad. Como es consiguiente, no sólo yo conozco su permanencia en esa, sino otras personas.

«Todos, sin excepción, extrañan que hallándose usted en esa, no haya escrito una sola palabra al Comité, dando detalles de lo ocurrido, pues aquí las alarmas son muchas y justificadas, y piden oir su palabra.

«Yo, por mi parte, deseo también que usted me diga algo para saber á qué atenerme. He venido en comisión de usted y del General Arredondo, y me encuentro sin saber qué hacer.

«En vista de esta grave situación para su persona y sus amigos, es que le mando á su hijo José, para que no sólo le lleve la presente, sino que también le explique personalmente la contrariedad de noticias que se reciben y la ansiedad de saber la suerte del ejército de la revolución, del cual era usted General en Jefe de él al Norte del Río Negro.

«Mi opinión es que usted no pierda un solo momento en satisfacer la ansiedad, no sólo de sus compatriotas, sino también de la prensa argentina, que se encuentra toda ella comprometida en la cuestión oriental.

«Le desea felicidad y espera su palabra, su afmo. amigo y S. S.

«Carlos Gaudencio.»

«Buenos Aires, Abril 9 de 1886.

«Señor don Juan José Castro.

«Concordia.

«Estimado amigo:

«He recibido la estimable carta de usted, de fecha 3 del corriente, haciéndome saber los sucesos ocurridos desde el 28 del ppdo. hasta el pasaje del señor General don Enrique Castro á territorio argentino. Quedo enterado de la parte confidencial, así como de su telegrama ofreciéndome el parte del señor General Castro; parte que es aquí esperado con ansiedad y que anhelan, más que nadie, los que, como yo, somos amigos del General y consideramos que su silencio prolongado, ante hechos de tanta magnitud para el país, y en los que jugaba rol principal, se presta á serios y distintos comentarios y puede dar origen á dudas deprimentes para su reputación de militar y ciudadano.

«Considero, mi querido amigo, que el parte del General Castro debe abarcar algo más que la simple narración de hechos, desde el embarque en Concordia hasta los últimos acontecimientos.

«Sabe usted bien que la razón fundamental que adujo su señor padre para exigir el comando del ejército, modificando las estipulaciones hechas á ese respecto en esta ciudad de Buenos Aires, que conferían el mando en jefe al señor General Arredondo, fué la seguridad que tenía de que sus señores hermanos, el señor General don Gregorio y el señor Coronel don Antolín, concurrirían activamente á la revo-

lución con elementos de guerra que harían muy superior nuestro ejército y que garantirían el triunfo de la causa, casi sin la necesidad de derramamiento de sangre. Sabe usted bien que ante esas seguridades de su señor padre, que debía tener bases muy sólidas en que fundarlas para traer al tapete en momentos tan graves como el pasaje, y cuando las exigencias de desarme é internaciones por parte del Gobierno argentino se acentuaban gravemente con problemas de tanta trascendencia como la de modificar estipulaciones hechas, y que debían considerarse fundamentales; sabe usted bien, repito, que ante esas seguridades, y sólo por ellas, consintió el señor General Arredondo en deferir al deseo de su señor padre; deseo que se había hecho conocido en el ejército y del que participaban muchos ciudadanos, movidos, sin duda, por el alto propósito de ahorrar sangre y luto, y de realizar el triunfo de la causa, que todos servían con verdad y patriotismo.

«Cuáles han sido las causas de que las previsiones del General Castro no se realizaran; cuál ha sido el concurso que le han prestado sus señores hermanos, cuyos compromisos garantía el general; qué actitud han asumido don Gregorio y don Antolín Castro ante el ejército que mandaba en jefe su señor padre, y cumplida, en consecuencia, la condición que impusieron para prestar su concurso.

«Eso es necesario explicarlo, y explicarlo claramente. Y esas explicaciones á nadie interesa tanto darlas como á su señor padre, que asumió voluntariamente todas las responsabilidades inherentes al comando en jefe del ejército, y que hizo presión para

obtenerlo, garantiendo el concurso de sus hermanos y asegurando que por el solo hecho de ser General en Jefe, Santos se vería abandonado por la mayor parte de su ejército, y la revolución vencería sin sacrificios mayores. Es preciso que el señor General Castro no olvide, al escribir su parte, que, sin sus seguridades, tal vez no se habría resuelto el pasaje y se habría sometido la revolución al desarme, antes de emprender una aventura, más que temeraria, insensata, y comprometer en ella á todo cuanto de más distinguido y honesto tiene el país.

«No ignora usted que quien más llamó la atención de su señor padre á propósito de esas responsabilidades, he sido yo, y que insistiendo á ese respecto en *Chajarí*, me garantió que tenía seguridades absolutas de que los enemigos no le harían fuego si pasaba comandando el ejército, y que esa misma garantía me la ha dado reiteradas veces y siempre que yo le apuntaba las responsabilidades del pasaje y del desembarque del ejército revolucionario, así como las de su dirección en el primer combate. Y no ignora usted tampoco que, cuando yo indicaba las dificultades graves que ofrecía el pasaje de caballadas con la celeridad de movilizaciones del ejército, su señor padre me decía: «No te preocupes, que ya tengo caballos en territorio oriental.»

«Soy amigo, y amigo muy viejo, del General Castro, y me duele mucho que haya asumido responsabilidades tan graves, así como anhelo que, cuanto antes, desvanezca toda atmósfera perjudicial á su reputación, dando explicaciones claras y sinceras y diciendo toda la verdad, aunque alguna revelación lastime sus afecciones.

«Hay aquí quien asegura que don Enrique ha sido hecho prisionero por su hermano don Antolín, y que éste le tenía de antemano preparada la fuga á territorio argentino. Eso es grave, gravísimo, y no puede quedar envuelto en el misterio.

«Usted, que debe interesarse más que nadie para conservar en toda su pureza el nombre y reputación de su señor padre, debe empeñarse en que no se descuiden estas observaciones que le anticipo y que es indispensable no descuidar, para que haya bases positivas de juicio sobre la actitud del general en los últimos acontecimientos. La verdad salva siempre cuando se ha procedido lealmente, y es necesario, mi amigo, que el General la diga, y la diga á todo el mundo.

«Como usted se figura, los acontecimientos últimos me han impresionado profundamente, y aún carezco de bases para resolver mi actitud de futuro.

«Mucho he sentido la herida de su hermano Daniel, mayormente por las circunstancias en que la ha recibido y por ser estéril para la causa. Le escribo por separado.

«Sírvase saludar á su señor padre, tíos y hermanos, así como á los amigos de por ahí, disponiendo de su afmo. S. S.

«Carlos Gaudencio.»

«Buenos Aires, Abril 17 de 1889.

«Señor Coronel don Carlos Gaudencio.

«Estimado amigo:

«Recién el jueves 14 recibí en Concordia su apreciable del 9, por haberme encontrado ausente hasta ese día, y como seguí viaje para esta ciudad inmediatamente, no pude contestarla en seguida. Esas circunstancias explican la demora.

«Su carta de usted me ha sorprendido sobremanera, porque en realidad contiene un verdadero proceso de acusación á mi padre y la exigencia de una justificación pública, que en realidad importaría una defensa oficiosa que falsearía absolutamente su posición.

«Ha dado usted á mi carta del 3 del corriente un alcance que no tiene. En ella refería á usted los sucesos ocurridos, como podía habérselos referido á cualquier otro amigo de los que han tomado participación directa y principal en los trabajos revolucionarios, y sin reconocer ni á usted ni á nadie el derecho de exigir á mi padre cuenta de sus actos como jefe revolucionario. Él, como todos y cada uno de los ciudadanos que han tomado parte en ese movimiento, tienen contraídas responsabilidades morales para ante el país y para ante sus correligionarios, pero es muy dueño de explicarlas cuando y como le parezca, y aun de guardar absoluto silencio, ateniéndose á su conciencia, no perturbada, por cierto, por acto alguno conscientemente reprobado.

«Siento no estar de acuerdo con usted respecto de los puntos que debe comprender el parte que usted exige á mi padre, y mejor pensado, ni siquiera con la necesidad de que pase parte alguno; lo que supone una entidad habilitada para recibirlo, que en el caso no existe.

«Sobre los jefes de un movimiento revolucionario que sucumbe, no hay más autoridad que la moral de la opinión pública.

«Ni al General Mitre, después de su capitulación en *La Verde;* ni al General Arredondo, después de su rendición en *Santa Rosa;* ni al General Muniz, después de su desbande en *Carpintería*, les ocurrió pasar partes oficiales de sus operaciones militares, ni hubo quien tuviera la extravagancia de exigírselos.

«Esos generales entonces prefirieron callar absolutamente, que es tal vez la actitud más decorosa mientras no se formulen cargos que afecten el honor.

«Las aptitudes personales, la inspiración y el acierto con que un general se haya manejado, que la juzgue cada ciudadano como mejor le parezca, que la ineptitud y el error no se traducen en deshonor jamás.

«Me inclino, pues, á creer que mi padre no hablará sino para dirigirse en general al país y á sus conciudadanos, cuando se formulen pública y desembozadamente cargos que afecten á su reputación y á su honor, y hasta ahora sólo ha llegado á mi conocimiento la suposición estúpida de haber traicionado la causa de la revolución, que hizo un periodiquín del litoral, y que ciudadanos tan conspicuos como los doctores Aramburú, Vázquez, Warren y otros se

apresuraron á fustigar indignados. Tan noble actitud de parte de esos ciudadanos, excusó á mi padre de decir una palabra al respecto, relegando al desprecio ese desahogo miserable de algún insensato.

«Anticipándole, pues, que no estoy dispuesto á hacer á mi padre las indicaciones apuntadas por usted, y reservándome tomar en consideración y refutar en una segunda carta los cargos que usted formula contra mi padre, unos indicándolos simplemente como formulados por otras personas, y otros prohijándolos, no puedo menos de significarle el pesar que me ha producido su carta, por venir precisamente de un viejo amigo de mi padre y de persona que como tal he considerado y estimado siempre.

«Entretanto, lo saluda su afmo., atento, S. S. y amigo,

«Juan José Castro.»

«Señor don Juan José Castro.

«Presente.

«Estimado amigo:

«No ha dejado de causarme extrañeza la carta de usted, fecha de ayer, por la significación que atribuye usted en ella á mi carta anterior, que se propone contestarla más ampliamente.

«No debe usted olvidar que no he sido yo quien formulé la exigencia de que se me pase un parte detallado de los sucesos del *Quebracho* por su señor

padre; exigencia que no me era dado formular, pues no he olvidado ni olvido que no soy ni he sido superior jerárquico de su señor padre.

«Ese parte fué ofrecido por usted en nombre de su señor padre, y me parecía y me parece racional y necesario que se produzca, sino en el carácter de un parte oficial del desastre, en cualquier otra forma cuando menos, y en cumplimiento de los deberes y descargo de las responsabilidades que contrajo su señor padre al asumir la dirección militar de la revolución.

«Yo no he formulado proceso á su señor padre. Ese proceso está formulado por usted mismo en la carta en que me narraba usted lo ocurrido; y tan no he dado á esa carta otra significación que la que realmente tiene, que no he querido darla á la publicidad, en vano era de interés palpitante para todos, mayormente en los momentos en que fué recibida.

«Creyendo, como creía y creo, que el señor General Castro debía dar una explicación pública de su conducta, y en presencia de los cargos que, sin quererlo, le hacía usted mismo, creí conveniente indicarle á su señor padre, por intermedio de usted, lo que consideraba esencial, pues no sólo tengo títulos sobrados para hacerle esas indicaciones, sino que he jugado en la revolución un rol que me confiere el derecho de saber todo lo ocurrido, mayormente cuando aun estaba vigente la comisión militar que se me había confiado y para cuyo desempeño me era indispensable esa explicación.

«Usted reconoce que su señor padre es responsable ante la opinión pública, pero no puede desconocer

que también lo es ante el Comité revolucionario, ante los jefes militares que lo acompañamos y ante los ciudadanos todos que formaban el ejército, de una manera más directa.

«Usted no me contesta en nombre de su señor padre. Se limita usted á decirme que disiente de mis vistas y que cree que el General Castro guardará un prudente silencio mientras no se formulen acusaciones concretas.

«Pero yo necesito saber cuál será la actitud real de su señor padre, porque era á él á quien iban dirigidas mis indicaciones en la carta que escribí á usted.

«¿Está autorizado usted por su señor padre para hacerme saber que se desechan mis indicaciones? ¿Está usted autorizado por su señor padre para discutir conmigo la procedencia ó improcedencia de las observaciones que le apunté por su intermedio?

«Por decírmelo así ha debido comenzar su carta, pues si el General Castro es mi amigo, mi amistad personal con él no me obliga hasta dispensarle del cumplimiento de los deberes políticos y militares que ha contraído con todos los revolucionarios y conmigo mismo.

«Una personalidad como el General Castro no tiene el derecho de asilarse en su conciencia, pues el desastre del *Quebracho* no tuvo la significación de *Junín*, de *Santa Rosa* y de *Carpintería*.

«En esos sucesos, también desgraciados, los Generales Mitre, Arredondo y Muniz procedieron en acuerdo de jefes, y aun de ciudadanos; emigraron ó capitularon colectivamente, pero ninguno de ellos abandonó el campo de la acción dejando una juven-

tud distinguida, pero inexperta, librada á sus propias fuerzas.

«Cuando indiqué la conveniencia de que el General Castro hablara su palabra, era indispensable, pues la revolución estaba en pie, funcionaba el Comité revolucionario, se habían producido nuevas invasiones al país y la reparación del desastre era aún posible, mayormente cuando usted mismo afirmaba que el General Arredondo tenía aún un ejército hecho de mil y tantos hombres.

«En esa situación, ¿no era hasta patriótico que se hiciera oir el General Castro? ¿No era darle prueba de amistad pedirle que explicara su conducta y hacerle saber los rumores circulantes para que no se esterilizara por completo la labor revolucionaria que había exigido tantos sacrificios y tanta abnegación?

«Yo lo creía, y lo creo, y me inclino á creer que el General Castro no piensa como usted, y mucho menos si no tiene nada de que acusarse, pues como militar y como político, debe comprender que su silencio es su suicidio político.

«Espero, sin embargo, la carta que me ofrece, y entonces le demostraré que no he dejado de ser amigo personal de su padre, pero que tampoco la recomiendo á mi criterio político, ni he perdido la buena costumbre de decir la verdad aun cuando ella perjudique á mis amigos y á mí mismo.

«Me suscribo, como siempre, su S. S. y amigo,

«Carlos Gaudencio.

C/de vd., Abril 19 de 1886.

«Señor Coronel don Carlos Gaudencio.

«Presente.

«Mi estimado amigo:

«Voy á cumplir la promesa que hice á usted en mi carta anterior, de tomar en consideración las acusaciones que hace usted á mi señor padre, exigiéndole una justificación pública.

«Ya he manifestado á usted que sería ridículo que mi padre se justificara públicamente de las acusaciones que se le hacen en privado, pero no tengo inconveniente en discutirlas yo con el amigo que tiene la franqueza de formularlas, sin duda en el interés de la justificación de un viejo y leal amigo.

«Según usted, el General Castro debe apresurarse á explicar cómo habiendo exigido el comando conjunto del ejército y la dirección de las operaciones militares al norte del Río Negro, á título de que de esa manera podría contar con el concurso de sus hermanos y de la mayoría de sus correligionarios, haciendo presión con esas seguridades que daba en los momentos mismos en que el Gobierno argentino exigía el desarme de los grupos revolucionarios, nada de eso trajo en realidad á la revolución.

«El cargo lo formula usted, en verdad, con caracteres de fuego. Para mejor refutarlo, vale la pena de que se reproduzcan sus conceptos.

«Según usted, yo sé que la razón fundamental que adujo mi señor padre para exigir el comando del ejército, modificando las estipulaciones hechas á ese respecto en la ciudad de Buenos Aires, fué la segu-

ridad que tenía de que sus señores hermanos el General don Gregorio Castro y el Coronel don Antolín, concurrirían activamente á la revolución con elementos de fuerza que harían muy superior nuestro ejército y garantirían el triunfo de la causa casi sin necesidad de derramamiento de sangre; como sé también que ante esas seguridades de mi señor padre, que debían tener bases muy sólidas en que fundarse, cuando se formulaban á última hora y en momentos de supremo conflicto, se vió obligado el General Arredondo á deferir á esa indicación de mi padre; indicación que se había hecho conocida en el ejército y de que participaban muchos ciudadanos, movidos, sin duda, por el alto propósito de ahorrar sangre y luto y de acelerar el triunfo de la causa que todos servían con verdad y patriotismo.

«¿Cuáles han sido, continúa usted diciendo, las causas de que las previsiones del General Castro no se realizasen? ¿Cuál ha sido el concurso que le han prestado sus hermanos, cuyos compromisos garantía el general? ¿Qué actitud han asumido don Gregorio y don Antolín Castro ante el ejército que mandaba en jefe su señor padre, y cumplida, en consecuencia, la condición que impusieron para prestar su concurso?

«Pretende usted que es necesario que todo eso se explique, y que se explique claramente, porque las responsabilidades que pesan sobre la reputación de mi padre son terribles, como que, á no haber asegurado que Santos se vería abandonado de la mayor parte de su ejército desde que él se presentase como General en Jefe, tal vez no se hubiese resuelto el pasaje y se habria sometido la revolución al desarme

antes de emprender una aventura, más que temeraria, insensata.

«Empezaré por manifestar á usted que á mí no me constan las afirmaciones que usted hace, y que, por el contrario, estoy muy lejos de tenerlas por exactas.

«Mi padre se ha limitado á manifestar opiniones y esperanzas de que participaban muchos otros ciudadanos. Según los arreglos celebrados en Buenos Aires, á que usted hace referencia, no estaba obligado á prestar su concurso personal á la revolución sino cuando ésta hubiese establecido su dominio permanente sobre alguna ciudad del litoral; pero como creyese que su concurso personal en el Norte era necesario, manifestó que no excusaba el sacrificio, pero que por su jerarquía militar no podía presentarse sino en el carácter de General en Jefe del ejército revolucionario. Dijo más con ese motivo: dijo que él mismo deseaba pasar, porque creía que su presencia dominaría muchas resistencias que encontraría invencibles la presencia exclusiva del General Arredondo; agregando que desde luego creía que de esa manera se empezaría por contar con el concurso de sus hermanos.

«El hecho de haberse presentado efectivamente mi padre al frente del ejército revolucionario y haber corrido todos los peligros de la jornada del 31 de Marzo á la par del último soldado, abona la sinceridad de las opiniones que manifestó y de que le hace usted ahora tan amargo reproche. Puede haberse hecho ilusiones sobre el ascendiente que ejercería su presencia sobre sus hermanos y sobre otros de sus antiguos correligionarios, pero no se alcanza,

de cierto, que móvil torpe ó falaz lo indujese á fingir convicciones que á él mismo lo envolverían en primera línea en el desastre.

«¿Pero está siquiera averiguado, como usted lo supone, que el General Castro se equivocara de medio á medio y que en realidad su presencia en el Norte en el carácter de General en Jefe, no estaba destinada á abatir resistencias y á propiciar concurso á la revolución?

«Puede usted argüir, indudablemente, con el hecho aparente; pero á ese respecto hay algo que observar.

«Pasó efectivamente el ejército revolucionario el día 28 muy tarde ya, y el 31 muy temprano estaba empeñado el combate que puso término á la revolución, lo que quiere decir que no subsistió en el país sino por el término de setenta horas.

«¿No comprende usted que bien ha podido existir la voluntad, en muchos jefes, de adherirse al movimiento revolucionario, y no encontrar en tan corto tiempo el momento oportuno de realizarlo?

«¿No ocurre á cualquiera que debe de haber habido la más severa vigilancia sobre los jefes sospechados de vinculaciones políticas y personales con los jefes de la revolución?

Por otra parte, no ignora usted que durante seis meses se ha hecho, sin contradicción, en el país, una persistente propaganda, tendente á demostrar que el General Arredondo era la más genuina expresión de uno de los partidos tradicionales, y que mi padre no prestaba su concurso á la revolución; entretanto, el acuerdo que estableció el comando conjunto del ejército y el generalato en jefe de mi padre al Norte

del Río Negro, se formuló recién el 25 de Mayo, y no podía ser conocido sino muy vagamente en el país; pero, sea de ello lo que fuere, y concediendo que mi padre se hiciera ilusiones respecto al ascendiente que su presencia al Norte del Río Negro podría ejercer en el ánimo de ciertos jefes de tradición colorada al servicio del Gobierno, ¿me haría usted el gusto de decirme qué mal resultó de su concurrencia personal y del acuerdo celebrado el 25 de Marzo modificando el celebrado en Enero del corriente año en Buenos Aires?

«¿No sabe usted que ese acuerdo fué perfectamente recibido en el ejército y que ambos generales marcharon de perfecto acuerdo, antes y después de invadir, sin haber tenido la menor desinteligencia en ningún momento?

«¿Cuáles son las responsabilidades, entonces, que quieren hacerse pesar sobre mi padre, por haber gestionado la modificación del acuerdo de Enero y haber prestado su concurso personal á la revolución, corriendo los riesgos de sus combates y envolviéndose en las consecuencias de sus desastres?

«Debo manifestar á usted con toda franqueza, que me parece inconsiderada su actitud para con mi padre é impropia de los sentimientos de benevolencia y tolerancia de que deben estar animados recíprocamente los servidores de una misma causa, y de que todos hemos dado edificantes pruebas en esta jornada.

«Usted no ignora que el General Arredondo prometió llevar á la revolución, con sus propios esfuerzos y elementos, por lo menos un personal de mil

infantes, de los cuales no hemos visto uno solo, y ni usted ni nadie se ha permitido formular una acusación por ese hecho contra el General Arredondo. Se ha supuesto que hubo ligereza de su parte en ofrecer lo que no podía cumplir, y como él mismo se exponía en primer término á las consecuencias de su falta, se ha tenido la hidalguía de silenciar.

«Usted no ignora que el General Arredondo dispuso el pronunciamiento del Sud de la República para el 15 de Febrero, asegurando que para esa fecha estaría él mismo sobre el Uruguay, pasando ó próximo á pasar, con el ejército que había prometido llevar al país, y que los valientes que obedecieron sus órdenes fueron sacrificados, porque ni el 15 de Febrero ni un mes después estaban el General Arredondo y su ejército, ni siquiera en las inmediaciones del Uruguay; error funesto, que es tal vez la causa primordial de los desastres sufridos, y entretanto nadie ha pedido explicaciones al General Arredondo, nadie ha torturado su espíritu con exigencias como las que usted formula hoy acerca de mi padre. Ignoro que usted entonces conjurase al General Arredondo á explicar cómo pudo comprometer de ese modo la suerte de la revolución y la vida de nuestros correligionarios del Sud.

«Pero advierto que he dejado pasar una extraña afirmación que se contiene en su carta. Es preciso, dice usted, que el señor General Castro no olvide, al escribir su parte, que, sin sus seguridades, tal vez no se hubiera resuelto el pasaje y se habría sometido la revolución al desarme antes de emprender una aventura, más que temeraria, insensata.

«Permítame que le recuerde que la idea de someterse al desarme, á nadie ocurría cuando se indicó por mi padre la disposición en que estaba de pasar personalmente, á condición de asumir el rol que por su jerarquía militar le correspondía. Había muchos, los más, que desesperaban del éxito de la revolución desde que vieron que no aparecían las legiones ofrecidas por el General Arredondo, y sobre todo desde que el extemporáneo levantamiento del Sud inutilizó los mejores elementos con que contaba la revolución y llevó la desconfianza á todo el país; pero con esa convicción y todo, creían que no era posible ya retroceder sin dar á la revolución un desenlace farsaico y grotesco, peor mil veces que la derrota probable en las cuchillas de la patria. Los menos, los muy contados, lo veían todo color de rosa, y afirmaban que nuestra campaña sería apenas un paseo militar, y esos eran los que resistían toda modificación del pacto de Enero, que confería el mando absoluto al General Arredondo.

«Con y sin las seguridades que dice usted dió el General Castro, habríamos invadido, y el desastre se habría producido desde que se hubiese verificado el pasaje en las condiciones en que se verificó.

«Dice usted también que yo no ignoro que cuando usted indicaba á mi padre los peligros graves que ofrecía el pasaje de caballos con la celeridad de movilización del ejército, mi padre le contestaba: «no te preocupes, que yo tengo caballos en territorio oriental.»

«Desde luego, yo ignoro que mi padre dijese á usted semejante cosa, y me inclino á creer que padece

usted un error, pues lo que oí decir á mi padre, y lo oyeron muchos otros, fué que varios hacendados brasileros, que habían llevado sus caballadas al Brasil, las habían puesto á su disposición; de donde se originó que mi padre propusiese que pasáramos el Uruguay arriba de Caseros, y que efectuáramos la invasión por la frontera brasilera, corriéndonos por el Cuareim.

«Por fin, mi amigo, insinúa usted que existe aquí en Buenos Aires quien asegura que mi padre fué hecho prisionero por su hermano don Antolín, y que éste le tenía preparada la fuga á territorio argentino; vale decir, que la traición fué deliberada y cautelosamente combinada. «Esto es gravísimo, agrega usted, y no puede quedar envuelto en el misterio.»

«Y dígame, Coronel Gaudencio: ¿cree usted que las versiones de un quídam, por absurdas y deprimentes que sean de la reputación de un hombre honrado, que ha vivido vida honrada durante medio siglo, pueden acogerse con la facilidad con que lo hace usted, y arrojarse al rostro sin miramientos de ninguna clase?

«¿Y cree usted que un hombre que se estima puede descender á recoger esas murmuraciones desatinadas é irresponsables?

«Pregunte usted á los doctores Ramírez, á quienes se acusa, por unos, de reos de deslealtad, responsabilizándolos por los desastres sufridos, y contra quienes se llegó á pedir en pleno Comité la pena de muerte, si se han preocupado de semejante desatino, cuando saben y es notorio que pueden haber sido igualados, pero no excedidos en consagración y

celo por la causa á que ofrecieron desde el primer momento su bienestar, su tranquilidad, no modestos recursos, y hasta su vida en los campos de batalla.

«Usted mismo, ¿cree usted que ha estado á cubierto de la maledicencia de algunos perversos ó de algún insensato?

«De ninguna manera. Hay aquí y en Montevideo quien ha llegado á suponer que, si faltó la caballada, cuyo pasaje fué encargado á Trujillo, fué porque usted, confabulado con Santos ó sus agentes en el Salto, puso á tiempo los obstáculos convenientes.

«¿Qué pensaría usted si el General Castro le dijese: «hay quien afirma que usted ha cometido semejante felonía, y es preciso que ese hecho no quede envuelto en el misterio?»

«Se me figura que lo tomaría usted como una injuria.

«Ya ve usted, pues, que hay malvados ó insensatos que también lo calumnian á usted, que, como todos lo sabemos, ha sido el alma en los trabajos de organización del ejército en el litoral, el inspirador y el ejecutor del pasaje del Uruguay y el más infatigable de todos los cooperadores en el movimiento revolucionario.

«Debo concluir esta carta, ya demasiado extensa, negándome á sugerir á mi padre la idea de sincerarse públicamente de murmuraciones de carácter secreto ó privado notoriamente injustas, y de que le han hecho objeto algunos torpes é insensatos, pues no puedo calificar de otro modo á los que acusan á mi padre de traidor. Por deferencia personal

á usted he discutido esas acusaciones en la misma forma en que usted me las comunica, y las discutiré en la forma en que se hagan en adelante, simplemente en cuanto afecten á la lealtad y el honor de mi padre, dejando que sus aptitudes y sus actos, en cuanto acusen ineptitud ó acierto, se discutan como mejor plazca á sus conciudadanos.

«Prometiéndome contestar todavía su carta del 19, que recibí cuando escribía la presente, me complazco en repetirme de usted, su afmo., atento S. S. y amigo,

«Juan José Castro.

«Buenos Aires, Abril 21 de 18 6»

«Señor Coronel don Carlos Gaudencio.

«Mi estimado amigo:

«Después de mis dos contestaciones á su apreciable del 9 del corriente, creo excusado contestar prolijamente la del 19.

«He combatido sus apreciaciones y usted las sostiene; la discusión sería interminable, pero hay en su carta algo nuevo que debo contestar.

«Observa usted que yo no le contesto en nombre de mi señor padre; que me limito á decirle que disiento de sus vistas, y que creo que el General Castro guardará una prudente reserva mientras no se formulen acusaciones concretas; y agrega que usted necesita saber cuál será la actitud real de mi señor

padre, porque es á él á quien van dirigidas sus indicaciones en la carta del 9 del corriente; y me pregunta si estoy autorizado por mi señor padre para hacerle saber que desecha sus indicaciones, y asimismo si estoy autorizado para discutir con usted la procedencia ó improcedencia de las observaciones que usted le somete por mi intermedio.

«Pero usted lo dice, Coronel Gaudencio. Por mi intermedio hace usted ciertas indicaciones al General Castro, pidiéndome que las prohije, y yo contesto que ni las prohijo ni las trasmito, porque no las considero atendibles y porque las juzgo vejatorias para el general, empeñándose la discusión sobre ese tópico.

«¿De dónde he de necesitar yo autorización de mi señor padre para sostener las opiniones que le he manifestado, desde que las expongo y sostengo en mi nombre propio?

«¿Cómo ha podido usted suponer que yo rechazo sus indicaciones en nombre de mi padre, cuando me he limitado á decirle que no podía trasmitir esas indicaciones y mucho menos prohijarlas?

«He estado y estoy en mi terreno; yo expreso mis opiniones, y si usted cree que no ha de participar de ellas mi padre, puede usted dirigirse á él, suprimiendo mi mediación.

«Hay algo más en su carta, que no puedo dejar sin contestación.

«En mi carta del 17 del corriente, le observaba yo que la notoriedad de un desastre revolucionario excusaba muchas veces á sus jefes de dar al país manifiestos explicativos de los sucesos, y citaba el ejem-

plo de los Generales Mitre, Arredondo y Muniz, que no se creyeron obligados á pronunciar una palabra después de *Junín*, *Santa Rosa* y *Carpintería*.

«Á eso objeta usted que *Junín*, *Santa Rosa* y *Carpintería* no tienen la significación del *Quebracho*. En esos sucesos, también desgraciados, los Generales Mitre, Arredondo y Muniz, dice usted, procedieron en acuerdo de jefes y aun de ciudadanos; emigraron ó capitularon colectivamente, pero ninguno de ellos abandonó el campo dejando una juventud distinguida, pero inexperta, librada á sus propias fuerzas.

«De esto se desprende que la necesidad de dar explicaciones del suceso del *Quebracho*, según usted, no procede sino de la circunstancia de haber mi padre abandonado el campo de la acción dejando una juventud distinguida, pero inexperta, abandonada á sus propias fuerzas,

«Desde luego, observaré que recién ahora encara usted el caso bajo esa faz; en su carta del 9, por el contrario, no se preocupa usted de ese detalle, sino del conjunto de los hechos militares y de sus precedentes; lo que más preocupaba á usted entonces, era la averiguación de cómo habiendo mi padre exigido el comando conjunto del ejército, á título de que su concurrencia personal á la acción atraería á nuestras filas á sus hermanos y á casi todos los jefes de Santos, nada de eso sucedió.

«De cierto que no es el detalle que ahora indica usted, lo que más ha de preocupar la atención pública, dada la intención malévola con que se insinúa.

«Las leyes y las prácticas de la guerra no impo-

nen á los jefes correr la suerte de tal ó cual fracción del ejército que no puede salir del campo de la acción y es hecha prisionera.

«Cuando los generales salieron del campo, después de haber peleado cuatro ó cinco horas, casi todo el ejército iba en completa dispersión, y es en la persecución que han ido cayendo sucesivamente todos los grupos dispersos, unos en los primeros momentos, otros más tarde, etc.

«¿Es acaso la primera vez que se verifica el hecho que usted censura?

«En la batalla del *Arroyo Grande* cayó prisionera toda la infantería y la artillería del ejército oriental, y ni el General Rivera, ni los jefes distinguidísimos y valientes que lo acompañaban, se creyeron obligados á correr su suerte; hecho que se ha verificado en casi todas las batallas libradas en la República Argentina y en la República Oriental.

«En *Junín*, el hecho aparente era que un ejército de 6000 hombres capitulaba ante una división de 800.

«En *Santa Rosa*, el hecho aparente era que todo un ejército caía prisionero, hasta con su General en Jefe, de otro de igual número, sin grandes esfuerzos ni sacrificios.

«En *Carpintería*, el hecho aparente era que 2500 hombres se disolvían, casi sin pelear, ante un ejército que en número no los excedía.

«Dice usted que los generales de esos ejércitos no se encontraban en el caso de mi padre, porque procedieron en acuerdo de jefes, y aun de ciudadanos, y emigraron ó capitularon colectivamente.

«En todo caso, esas circunstancias servirían para

explicar y justificar la actitud de esos generales y para atenuar sus responsabilidades personales, si había lugar á merecidos reproches; pero no los exoneraba, á estar á su doctrina, de dar cuenta de los sucesos, explicando y justificando su conducta á los centros ó comités políticos que hubieran coadyuvado á la acción, y sobre todo á esa opinión pública á que usted se refiere, cuando exige que el General Castro dé partes ó manifiestos calcados en los puntos que usted le presenta.

«Creo, pues, que son muy pertinentes los antecedentes que he invocado.

«Lamentando mucho no haber podido deferir á sus indicaciones, me creo en el caso de dar por terminada esta discusión, y me repito como siempre su afmo., atento S. S. y amigo,

«Juan José Castro.

«Buenos Aires, Abril 21 de 1886.»

CAPÍTULO XXX

DESPUÉS DEL QUEBRACHO. — LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL GENERAL CASTRO. — LA PÉRDIDA DE SU FORTUNA Y LAS CAUSAS. — EL CARÁCTER Y LA MORAL DEL PARTIDO COLORADO. — MUERTE DE CASTRO. — JUICIOS DE LA PRENSA Y LOS CONTEMPORÁNEOS.

Con la revolución del *Quebracho*, queda concluída en rigor la vida militar del General Castro.

También su salud estaba ya en aquel momento atacada de muerte. La férrea naturaleza de aquel hombre, que, nacido en la campaña y criado en ella, se había desarrollado y fortificado en ese medio que da las grandes energías físicas y morales, cedió al fin á la acción del tiempo, de las rudas fatigas de la guerra, que ocuparon casi cincuenta años de su vida, y á la influencia de climas terribles, como el del Paraguay, que le habían dejado hondas huellas.

En todo el tiempo transcurrido desde el año 1863 hasta 1886, en que casi sin interrupción estuvo dedicado al servicio militar, sin volver los ojos á los intereses personales, que dejaba sin vacilación aban-

donados cada vez que se le exigía su concurso militar ó partidario, la fortuna adquirida por su trabajo había disminuído considerablemente. El General Castro pertenecía al partido que, para aniquilar el mayor cargo y la más insistente calumnia de sus adversarios, sólo tendría que citar los nombres de Joaquín Suárez y de Venancio Flores, pues con ello probaría que no ha habido en el gobierno del país, quienes, teniendo en su mano la suma del poder y de la autoridad, hayan sido más desinteresados que ellos y hayan sacrificado con más serenidad y conciencia la fortuna propia, en aras de las exigencias nacionales, *sin llevarle cuentas á la madre*, la patria.

Antes de 1843, las grandes fortunas del país pertenecían á familias coloradas. Eran ellas, por mérito legítimo, lo que podía reputarse la aristocracia, tanto por su superioridad intelectual y social, como por la riqueza. Después de aquella fecha, una transformación económica, en que el principal factor fué el vandalismo de Oribe, cambió la supremacía, en cuanto á las fortunas solamente, porque en lo demás no se ha desmentido, ni se desmentirá jamás, lo que sostiene con su profundo sentido de sociólogo el doctor don Ángel Floro Costa, cuando dice que son los colorados «la rama predilecta de la nación».

Pues bien: el General don Enrique Castro encarnaba la tradición viva de honradez, de sacrificio, de abnegación del partido á que fué fiel toda su vida; y cuando ésta se acercaba á su fin, viendo su fortuna amenguada, no tuvo un momento de preocupación ni de egoísmo: él tenía conciencia de sus méritos, aunque era de una modestia digna de los grandes hom-

bres de la República Romana, y comprendía, sin manifestarlo, que sus hijos no necesitaban más herencia que su nombre.

Cuando llegó la muerte, que tantas veces había afrontado en los campos de batalla, lo encontró sereno, cual si estuviera al frente de un ejército en un día de acción. Ni la edad, ni la dolencia física que ponía fin á su vida, habían podido doblegar el espíritu ni el cuerpo. Era como el león de que habla Petrarca en su poema del *África*, que privado de fuerzas y de aliento, conservó hasta el último instante la altivez de la frente.

Murió el 16 de Septiembre de 1888.

El juicio sobre esta hermosa vida fluye elocuentemente de la sencilla narración de sus hechos, aunque ella sea de nuestra inexperta pluma. No nos decidimos, pues no lo creemos necesario, á agregar elogios ni á sintetizar méritos.

El juicio de la posteridad sobre el General Castro, empezó á pronunciarse el mismo día de su muerte, y en momentos que pueden y deben reputarse de la más absoluta sinceridad. Podríamos, como prueba de ello, reproducir artículos de la prensa, discursos, cartas y manifestaciones diversas, contestes, en honor del ilustre militar; pero como compendio y resumen, nos parece bastante con transcribir, para finalizar esta biografía, lo que escribió el diario *La Razón* con fecha 18 de Septiembre:

«El Teniente General don Enrique Castro era uno de los últimos y más nobles ejemplares de nuestros antiguos caudillos. Su pálido elogio en las columnas de un diario no es necesario, después de la manifes-

tación imponente que acompañó sus despojos hasta el sepulcro.

«Ha sido el veredicto de un pueblo, pronunciándose sobre su vida agitada y de sacrificios.

«En las contiendas civiles que desangraron al país durante cincuenta años, en la batalla de Monte-Caseros, en los esteros del Paraguay, donde comandó á la División oriental, siempre el nombre del General Castro resonó con la doble aureola de su valor heroico y de su humanidad para con el vencido.

«Pero es su conducta en los últimos sucesos, lo que vuelve más simpática para los hombres de esta generación, la personalidad del Teniente General Castro.

«Puede que en el *Quebracho* no haya brillado su pericia militar. Dudoso es que tuviera ocasión de probarla; pero sí ha palpitado su viejo corazón, abierto á las grandes expansiones del patriotismo, contaminado por las justas iras populares.

«Á los ojos de la posteridad, la derrota del *Quebracho* ha de honrar tanto ó más al General Castro que las victorias de *Manantiales* ó del Paraguay.

«Después de la conciliación, su carácter, aleccionado por la edad y el sufrimiento, lo había convertido en un elemento utilísimo de tolerancia; su gran influencia sólo la ha hecho sentir para apaciguar odios y prevenciones y facilitar la inteligencia de todos los hombres bien intencionados.

«Los que estamos empeñados en esa gran obra de concordia, lamentamos, pues, su muerte, no como si se tratara tan sólo de un compatriota ilustre, sino de un distinguido correligionario. En el seno del Partido

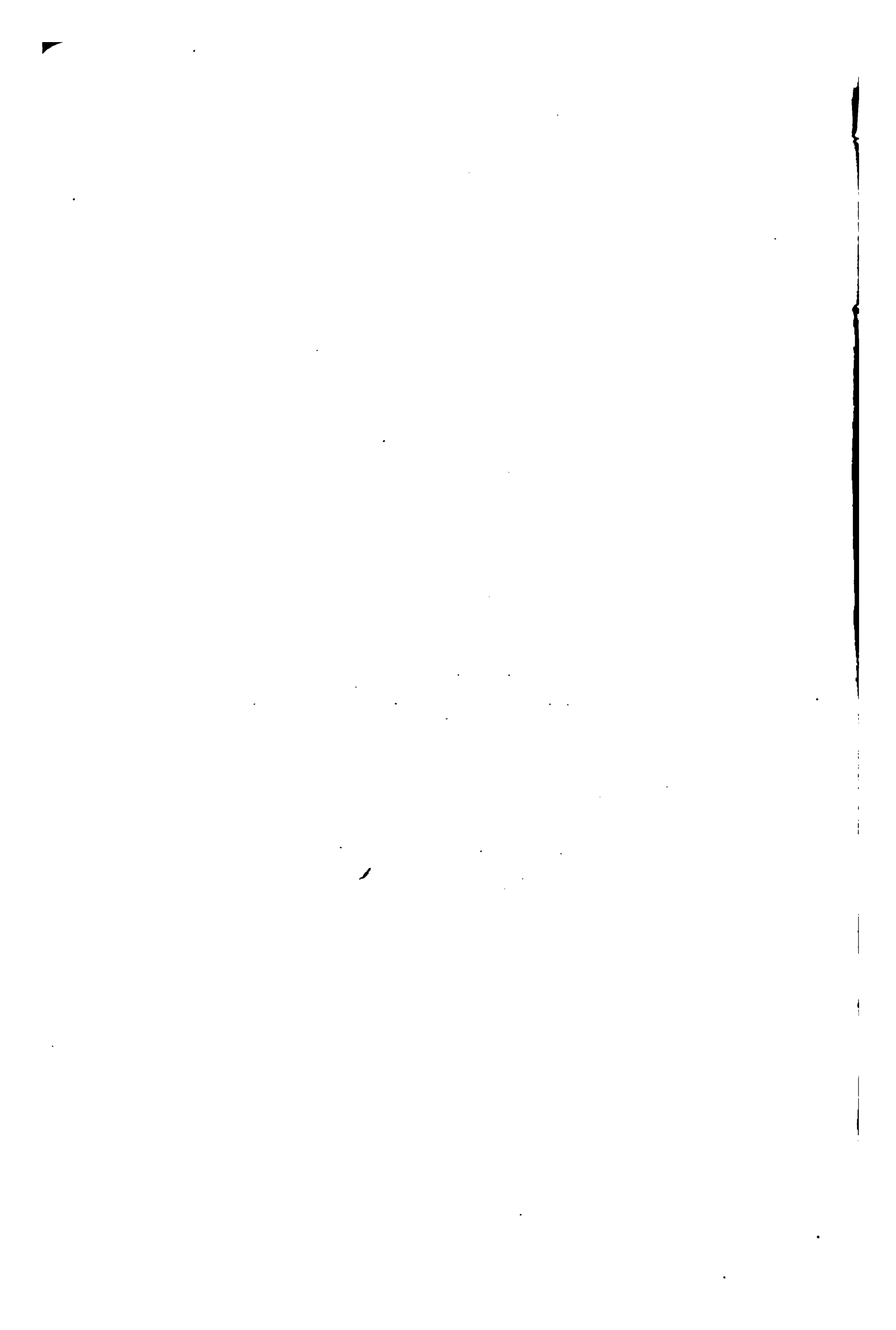
Colorado, que tantos quieren llevar á exclusivismos tan torpes como violentos, el General Castro era una gran influencia moderadora, que se hacía sentir con el prestigio del soldado acribillado de heridas y cubierto de laureles en medio siglo de rudo batallar...

. . . .

«Con el fallecimiento del Teniente General Castro, puede decirse que desaparece una de las pocas personalidades guerreras de gran prestigio, que han llenado los últimos cuarenta años con su espada.

«Ha tenido este muerto el raro privilegio, después de militar durante su vida en uno de los partidos tradicionales, de agrupar en torno de su féretro á todos los hombres espectables en la política, sin distinción de colores. Ésta ha sido una de las conquistas de su carácter de militar valeroso en la pelea, benigno y humano en la victoria.

«Su foja de servicios es una de las más gloriosas de la milicia nacional.»





General D. Gregorio Castro



VIDA MILITAR

DEL

GENERAL GREGORIO CASTRO

CAPÍTULO I

NACIMIENTO Y JUVENTUD.—SE ALISTA COMO SOLDADO. —VIDA DE AVENTURAS.—SE INCORPORA Á LAS FILAS DE RIVERA.—SERVICIOS DURANTE LA CAMPAÑA CONTRA ORIBE Y GUERRA GRANDE.—LOS CINCO GOYOS.

Como se habrá visto en el curso de la narración que dejamos escrita, el General Gregorio Castro figura en compañía de su hermano Enrique en la mayor parte de los hechos de armas desarrollados en la República desde la campaña del año 1836, iniciada por el invicto caudillo Fructuoso Rivera.

Nació este veterano en el departamento del Salto, en la costa del Daymán, frente al *Paso de las Piedras*, el 28 de Noviembre de 1819.

Por aquella época, los orientales defendían con ahinco su suelo nativo, y, como rara coincidencia, debemos hacer notar que el día del nacimiento de

Castro se encontraban los patricios de Artigas acampados á una legua de distancia del lugar ya citado.

Á los doce años de edad ingresó como dependiente en un almacén y tienda de su hermano Juan Bautista, establecidos en el *Paso de Pereyra* del Río Negro, cuya casa de negocio era frecuentada por el gauchaje altanero y desalmado que existía por entonces en esos parajes.

Su hermano lo tenía continuamente en viaje á diferentes puntos de la República y en diversas comisiones, y así pudo hacerse Castro un verdadero conocedor de su tierra. Hasta los 16 años desempeñó este trabajo.

En el año 1835 resolvió enrolarse como soldado, bajo las órdenes de un oficial colorado á quien llamaban *el Chaná*. Era apenas un recluta, y tomó parte con decisión en el encuentro que tuvo el oficial mencionado con el Coronel Moyano, y del cual resultó la derrota de este último jefe.

En este hecho de armas se estrenó el joven voluntario venciendo y arrollando al contrario. La pelea tuvo lugar en un paraje equidistante del *Cordobés* y el *Arroyo del Estado*.

El Chaná trató de sorprender y tomar prisionero al Coronel Moyano, padre del Coronel Simón Moyano. Con ese objeto, llegó á su estancia, en la que sólo habitaba la familia de aquél, por encontrarse Moyano con un grupo de soldados emboscado en el monte del *Arroyo del Estado*, precaviendo cualquier avance. *El Chaná* ocultó su gente en la estancia, esperando la llegada de aquél. Entretanto, hizo carnear algunas de las reses del establecimiento.

Era de madrugada, y Moyano, después de dejar su gente en el monte, sin sospechar la celada, se acercó á la casa montado en un lindo caballo oscuro y esgrimiendo una lanza de media luna. Visto por los soldados de *el Chaná*, entre los que figuraban Gregorio y Enrique Castro, fué perseguido en el trayecto de unas pocas cuadras, recomendando Enrique á sus compañeros que no le hicieran fuego, porque así se lo había ordenado su jefe. Pero hubo entre los perseguidores un soldado riverista,—que unos días antes había sido afrentado por el perseguido, quien lo tuvo toda una noche en las *estacas*, y que debido á un soldado de Moyano pudo escapar para incorporarse á los compañeros,—que lo siguió con encarnizamiento hasta lograr herirlo de un balazo. Este acto le costó un arresto, ordenado por *el Chaná*, en virtud de haber desconocido la orden, por él dada, de que no se matase al compadre y adversario de Rivera.

El año 1836 se iniciaba la lucha entre el General Rivera y el General Oribe, defendiendo diferentes causas y luchando por diversos principios. Con tal motivo, el 19 de Septiembre de ese mismo año se libró el combate de *Carpintería*, entre las fuerzas del Gobierno, al mando del General don Ignacio Oribe, y las huestes revolucionarias, acaudilladas por el General Fructuoso Rivera. En esa lucha figuró Castro en calidad de soldado raso, perteneciente al célebre escuadrón de «Guayaquíes», compuesto de muchachos que no pasaban de 20 años, los que tanta nombradía alcanzaron más tarde en los furiosos entreveros de aquella campaña.

Se plegó con decisión á las filas que acaudillaba el General don Fructuoso Rivera, porque él no podía olvidar las recomendaciones de su padre, quien le decía que siempre pelease contra Oribe, porque era uno de los mayores enemigos de la libertad de su tierra, si bien no dejaba de reconocerle los servicios prestados en la guerra contra los portugueses.

Gregorio Castro acompañó á su hermano Enrique, cuando éste fué á la Florida en protección de López, que estaba sitiado por fuerzas del Coronel don Manuel Lavalleja.

Luego, López, al frente de unos 400 hombres, marchó hasta el *Tornero*, en donde libró un combate contra Lavalleja, derrotándolo completamente.

Después de este hecho de armas, las fuerzas de López, entre las cuales figuraba Gregorio Castro como soldado, se incorporaron á las del General Rivera en la costa de *Santa Lucía Chico*, previa una revista que les pasó el caudillo acompañado de su célebre escolta. En este punto Rivera procedió á la reorganización de su ejército.

El 20 de Febrero de 1837, el General don Manuel Oribe delegó el mando supremo de la República en el ciudadano don Carlos Anaya, para salir á campaña á batir al General Rivera, que amenazaba invadir el país por la frontera brasilera al frente de 1200 hombres.

Á los pocos meses, el 22 de Octubre, se dió la batalla de *Yucutujá*, en la cual figuró Castro como soldado de la división del abnegado Coronel José María Luna.

Ya por aquel entonces Castro había revelado especiales condiciones como militar, y el día de aquella acción se destacaron su coraje y su destreza.

En *Yucutujá* las fuerzas de Rivera sólo alcanzaban á 700 hombres, más ó menos, mientras que las de Oribe ascendían próximamente á 1500 soldados. Momentos antes de la batalla, Rivera salió de improviso de entre unos potreros del paso de *Yucutujá*, después de haber vadeado dicho arroyo y haber puesto su gente en orden de combate.

El ejército de Oribe, precedido de 500 hombres de vanguardia, atacó resueltamente á las fuerzas riveristas, pero éstas, con una carga decisiva, doblaron y se llevaron por delante á la división de vanguardia, la que introdujo la confusión en el grueso del ejército, que se retiró en completo desbande.

La persecución fué tenaz; Rivera siguió á su enemigo por toda la República, sin darle un momento de descanso, pues si bien es cierto que el ejército gubernista poseía medios superiores de movilidad, el jefe revolucionario también tenía una espléndida caballada, que le había facilitado un republicano brasilero llamado Bentos González. Entre esa caballada había cuatrocientos moros, gordos de *capadura*.

No había de pasar un mes, después de la acción de *Yucutujá*, sin que volvieran á encontrarse los contendores, y el 21 de Noviembre de ese mismo año, combatieron en el *Yí*, una fuerte división de 1500 hombres, al mando de don Manuel Oribe, y las tropas voluntarias que seguían las banderas riveristas. Estas últimas tuvieron que retirarse por la inmensa superioridad numérica del enemigo. Á la sazón, nues-

tro biografiado formaba parte del Regimiento «Libertos», á cuyo frente se encontraba el Coronel Juan Mendoza.

Al llegar el año 1838, Gregorio, José y Enrique Castro prestaban simultáneamente su concurso á la causa defendida por el vencedor de *Misiones:* el primero como soldado de su escolta, de la cual era sargento su hermano José; Enrique se hallaba en el Escuadrón «Guías», mandado por el infortunado Isidro Caballero.

El 15 de Junio de 1838 se libró la batalla del *Palmar*, figurando Castro en ella al lado de su jefe. Siguió luchando sin cesar: primero, en el combate del paso de *Severino*, contra las fuerzas de la vanguardia de Echagüe; después, en el de la *Calera de García de Zúñiga*, en *Santa Lucía*, donde los enemigos fueron rechazados por Rivera, y, por último, en la pelea de la costa del *Pintado*, paraje conocido por *Talar de Osorio* (1). Como premio á sus meritorios servicios, recibió las escuadras de cabo 2.°. Un año más tarde (29 de Diciembre de 1839), en la memorable batalla de *Cagancha*, se encontró también al lado de su jefe el General Rivera. Así que terminó la acción, el caudillo colorado marchó con su ejército hacia el Durazno, en cuyo punto reorganizó sus fuerzas, siendo entonces ascendido Castro á cabo 1.° de la primera compañía de la escolta del general, quien quiso premiar los méritos del valiente soldado haciéndole el honor de participarle él mismo el as-

(1) Muere el Teniente Zapata, valiente oficial riverista. El Coronel López estuvo muy expuesto en esta refriega.

censo que se le iba á dar. Pocos días después se le concedieron las ginetas de sargento 2.°. Al empezar el año 1840, el General Rivera organizó un ejército para ir á batir á Rosas en su mismo territorio. Cuando estableció su campamento en *San José del Uruguay*, territorio argentino, Castro recibió el empleo de sargento 1.°. Estuvo en el combate de las *Raíces*, arroyo que corre del otro lado de Gualeguaychú, y en cuyo paraje Rivera derrotó á Urquiza, quitándole el bagaje, las municiones y el armamento, persiguiéndolo hasta el río Paraná y haciéndole pasar esta corriente de agua en *Paranacito*, hasta internarlo en Santa Fe. Rivera fué tan hábil que, después de la acción de las *Raíces*, estando acampado en Nogoyá, y teniendo á la vista el ejército de Urquiza, hizo tocar marcha y ataque con sus bandas lisas, simulando una carga sobre las fuerzas del caudillo entrerriano. Éste se puso en fuga, y, como era de noche, se produjo el desbande en sus filas.

El 15 de Julio de 1842, Castro fué nombrado sargento brigada.

El 6 de Diciembre de ese mismo año se libró la batalla del *Arroyo Grande*, entre las fuerzas de Fructuoso Rivera y las de Manuel Oribe, sufriendo el primero una derrota y teniendo que repasar el Uruguay.

Castro se halló en la acción; era portaestandarte, y casi pagó con la vida sus audacias temerarias y el valor demostrado en aquellas horas de desgracias nacionales.

Montaba ese día un caballo oscuro, parejero, con marca del General Rivera, y lucía un espléndido he-

rraje de plata. Cuando las fuerzas riveristas fueron arrolladas, el caballo de Castro fué boleado por los enemigos. Ya el luchador iba á ser lanceado, cuando su hermano José hizo volver cara á catorce de los valientes de la renombrada escolta, y, en medio del furioso entrevero, en que se peleó con chuza y bola, pudo salvar á su hermano Gregorio, el cual, con la mayor impavidez, cortó las sogas de las boleadoras con su afilado sable.

Aunque Castro figuraba como clase, no por eso dejaba el generalísimo de ocuparlo en difíciles comisiones y en arriesgadas empresas. Reconocía en él muchísima sagacidad sabía también que era un excelente baqueano, y en tal virtud lo desprendió casi siempre de chasque, con importantes comunicaciones para los jefes del ejército. Durante cuatro ó cinco años, la tropilla de caballos, que tanto estimaba el célebre caudillo, fué confiada al sargento Castro.

La retirada que efectuó el General Rivera, después del *Arroyo Grande*, fué penosísima, y, al llegar al río Uruguay, para poder vadearlo, tuvo que sostener una fuerte lucha, en la que tomó parte el sargento Castro. En uno de estos combates perdió la vida el Teniente Coronel Juan Cruz Altamirano, jefe entonces de la escolta del General Rivera.

Desde el Salto marchó Rivera en dirección á Montevideo, haciendo incorporar y organizando mucha de la gente que no lo había acompañado á Entre-Ríos, hasta llegar á la costa de *Santa Lucía*, en cuyo punto estableció su campamento.

El 27 de Diciembre de 1842, el General Manuel

Oribe, al frente de 10,000 soldados, vadeó el Uruguay para concluir con Rivera, pues lo suponía deshecho después del desastre del *Arroyo Grande*.

En los primeros días de Enero de 1843, mientras el General Rivera terminaba los últimos preparativos de su ejército en el *Pastoreo de Pereira*, Castro, que ya tenía el grado de Alférez, fué enviado en comisión para el Durazno, al mando de catorce hombres, en donde se encontraba el Teniente Coronel Miguel Báez con algunas fuerzas.

Una vez allí, hallándose Castro una noche en un baile, una de las muchachas de la casa le dijo que á la altura de *San Borja* se habían visto unos *bonetudos* [1], los cuales manifestaron que venían con intención de atacar la plaza del Durazno.

Castro reunió unos sesenta hombres y marchó en protección de las fuerzas riveristas, que fueron derrotadas por los soldados de Rosas y obligadas á reconcentrarse sobre el *Arroyo Grande*.

Después de este suceso, Castro se vió obligado á hacer vida de matrero por espacio de seis meses, teniendo por compañeros á los Tenientes Eustaquio Pereyra y Escolástico Negrette, y á los bravos hermanos apellidados Aquino.

Esperaba el pasaje de alguna fuerza colorada por aquellos parajes, para poderse plegar. Cuando el General Rivera se aproximó con su ejército al *Arroyo Grande*, Castro se le incorporó con trescientos hombres.

Días antes Rivera había sitiado á Paysandú, reti-

(1) Así llamaban á los soldados de Oribe.

rándole todo el ganado que para el abastecimiento de la plaza tenían en los alrededores.

El General Rivera seguía luchando en campaña; su ejército estaba escaso de recursos, pero combatía con una constancia, un patriotismo y una decisión á toda prueba.

El extranjero habíase apoderado de casi todo el país y la guerra se hacía cada vez más difícil y cruenta.

En el combate de *Sauce Solo*, Castro mostróse valiente como siempre, probando así que los soldados cobijados por las banderas constitucionales sabían ser brillantes en la pelea y resistentes en las fatigas.

También se contó entre los que lucharon el 18 de Junio de 1843 en el combate de *Solís Grande*, donde fué batido el Coronel argentino José María Flores por fuerzas del General Rivera. En este hecho de armas, la escolta del caudillo hizo un papel lucidísimo, levantando bien alto el pendón patrio, en una formidable resistencia á fuerzas cuádruples, que se estrellaban contra las lanzas vencedoras de la gloriosa escolta. Ésta, que había echado pie á tierra entre un fangal próximo al *Paso de Solís Grande*, se sostuvo en el terreno peleando contra una fuerza de línea argentina. En este combate perecieron el jefe adversario y un jefe oriental llamado Páez.

El 24 de Enero de 1844 se libró la batalla de los *Molles* ó *Sauce*, entre los ejércitos de Urquiza y Rivera: el primero compuesto de 3000 hombres de caballería y el segundo de 1700 de la misma arma.

La acción dió comienzo á la 1 de la tarde y duró

hasta la noche. En este hecho de armas, Castro se encontraba en el Regimiento «Libertos», mandado por el Coronel Juan Mendoza. Según la versión de nuestro biografiado, las dos fuerzas quedaron deshechas. La División de Urdinarrain, del ejército urquizista, fué completamente destrozada. En la mañana del día siguiente, ambos ejércitos se retiraron del campo. Rivera tomó para las *Puntas del Yí*, acampando en la mitad del camino para dar descanso á su gente. Urquiza, por su parte, tomó la dirección del *Paso del Rey*, en el río Yí. Sólo una distancia de seis leguas separaba á los dos ejércitos. Como demostración del encarnizamiento de aquella contienda, debemos citar el hecho de que Castro, ayudante, á la sazón, del Regimiento «Libertos», quedó disperso, conjuntamente con un Teniente Amuedo y ocho soldados del mismo cuerpo, los cuales fueron á incorporarse á la División de don Venancio Flores, que se encontraba acampada en las *Palmas del Cordobés*, unas ocho leguas próximamente del paraje en que se dió la batalla.

Como no dejará de llamar la atención la circunstancia de que estando don Venancio Flores con su gente tan cerca del lugar de la acción, no prestase á Rivera la cooperación debida, vamos á explicar la causa. Rivera había dispuesto la incorporación de los jefes que obraban separadamente en algunos departamentos, con el objeto de encontrarse reunido con todas sus fuerzas y pelear así con mayores ventajas á su contrario Urquiza. Las diferentes divisiones riveristas marchaban buscando esa incorporación, pero se hallaban separadas por gran-

des distancias. Flores había acampado, disponiendo que el Coronel Calengo Centurión, su segundo jefe, se ocupase de recoger caballada para montar su fuerza, que estaba completamente á pie. Por otra parte, Rivera tampoco creyó que Urquiza apurase tanto sus marchas, y, por tanto, no supuso que estuviera tan próximo al paraje en el cual él se hallaba con parte de sus elementos. Pero es el caso que Urquiza forzó sus marchas hasta avistarse con el ejército constitucional.

Rivera, que entre sus sobresalientes cualidades de incansable luchador, tenía la especial y temeraria de pelear al enemigo en cualquier forma, en cualquier terreno y hasta con inmensa desproporción de fuerzas, aceptó el combate con sólo 1700 hombres, que se tuvieron que estrellar contra un número de 3000, bien armados y municionados.

Demasiados esfuerzos tuvo que hacer para dejar indecisa aquella lid sangrienta, resistiendo heroicamente el empuje bravío de elementos dobles.

Ahora seguiremos á Castro incorporado á Flores como oficial de su escolta.

Este jefe marchó con su división Río Negro abajo, á trote y galope; al llegar al *Arroyo Grande* fraccionó sus fuerzas y desprendió al bravo Calengo con parte de su división, con el fin de batir á las fuerzas oribistas que merodeaban por el departamento de Soriano. Comisionó otras fracciones para que operasen sobre el Uruguay, y él tomó rumbo hacia *Las Víboras*, para presentar combate al jefe oribista Cáceres. Sus planes fueron de positivos resultados, pues despedazó completamente á 300 enemigos con

sólo 70 hombres, tomándoles además el bagaje, armamento y municiones.

El 19 de Agosto de este mismo año (1844), el General Rivera, con 600 hombres, sitió la ciudad de Melo, defendida por Dionisio Coronel, pero sin resultado, porque llegó Urquiza con una fuerte columna en protección del jefe sitiado. Don Venancio Flores formaba parte de las fuerzas de Rivera, en cuyo escolta, como ya hemos dicho, se encontraba Castro. En el sitio de esa plaza fué muerto el Teniente Coronel Juan José Cabral, uno de los oficiales más bravos del ejército de la República.

Así que Urquiza llegó á la laguna del *Negro*, Rivera levantó el sitio y vadeó el Río Negro al Norte, por el paso de *Mazangano*.

Al llegar el año 1845, Castro, después de batallar sin descanso por el triunfo de los principios sustentados por su credo político, fué ascendido á Ayudante Mayor. En ese carácter se encontró en la sangrienta batalla de *India Muerta*, librada el 27 de Marzo, figurando en el Regimiento «Libertos», el cual fué diezmado y degollado por las hordas rosistas. Terminada la batalla, Castro marchó hasta Yaguarón para reunirse con los *cuatro Goyos*, y con ellos emprender una guerra de correrías contra las fuerzas extranjeras que dominaban la campaña. Constituían este célebre grupo de guerrilleros, Gregorio Suárez, que más tarde llegó á Brigadier General y fué una de las primeras columnas con que contó don Venancio Flores en la Cruzada redentora de 1863; Gregorio Sejas, Gregorio Mas, Gregorio Alegre y nuestro biografiado, que servía como baqueano en todas sus

peligrosas aventuras. Tenían todos ellos, por ese entonces, el grado de capitán, y representaban fielmente el tipo primitivo de nuestro gaucho, de aquel gaucho jinete, indomable, dueño absoluto del terreno en que pisaba, de una flexibilidad de cuerpo y de una fuerza de músculo á toda prueba, leal con sus amigos y altanero con sus superiores.

Se lo pasaron batallando casi hasta la terminación de la Guerra Grande. Sus numerosas proezas serán relatadas por nosotros en un libro que se publicará inmediatamente después de éste, y que contendrá otros episodios interesantes de la vida nacional.

En las postrimerías de la Guerra Grande, y por espacio de unos meses, nuestro biografiado sirvió bajo las órdenes de don Anacleto Medina con el empleo de capitán, al frente de un escuadrón de lanceros.

Estando acampados en el departamento de San José, costa del arroyo *Guaycurú*, en un día de fuerte calor, ocurrió el hecho que pasamos á referir: el General Medina se acercó á la barranca con intención de bañarse, mientras que los soldados del escuadrón de Castro lo observaban desde lejos, diseminados por el monte. Una vez que se hubo desnudado para azotarse al arroyo, su figura y su color, bastante subidos, provocaron la risa entre los que lo miraban, y no faltó uno de aquéllos, más atrevido, que, imitando el grito del carpincho, produjera un sonido extraño con la boca. Medina, encolerizado, desistió de tomar el baño y regresó á su carpa. Llamó al clarín de órdenes é hizo tocar tropa; luego envió un ayudante para decirle al Capitán Castro que

aquel toque de corneta era para que reuniese su escuadrón. Castro cumplió la orden y se presentó al frente de sus lanceros con la mayor corrección. Medina le ordenó entonces que se pusiera á hacer evoluciones en el campo que tenía á su frente. Así lo tuvo todo el tiempo de una siesta, sufriendo un sol abrasador, mientras que Medina, recostado en un árbol, le indicaba con su clarín las evoluciones que debía efectuar.

Al caer la tarde, llamó á Castro y le dijo:—*Retírese al campamento con sus desordenados.*

Con estas lecciones, y otras muchas, no es extraño que aquellos jefes hayan dejado discípulos tan dignos de sus cualidades; pues, aparte de que ellos daban el ejemplo en todo, nunca dejaron de darles también sabios consejos, como éste de Medina: *La ciencia del guerrillero, es no dejarse flanquear.*

El 4 de Septiembre de 1851, invadió por *Santa Teresa* una columna brasilera compuesta de 4000 hombres; pasó, casi al mismo tiempo, por Cerro Largo una segunda, de la misma nación, que ascendía á 4500, y entró luego por *Santa Ana* otro cuerpo de ejército de 8500 combatientes, con el objeto de operar de común acuerdo contra el formidable ejército de Rosas y Oribe. En esta última expedición venía nuestro biografiado.

El 21 de Febrero de 1852, en mérito á los importantes servicios prestados al país en la lucha homérica de los 9 años, se le otorgaron las presillas de Sargento Mayor efectivo.

Cuando se inició la campaña que terminó en *Monte Caseros*, Castro, que había reunido 50 orientales, armados de carabina y sable, se presentó al General Urquiza para combatir contra el tirano Rosas; pero, debido á una enfermedad que le sobrevino, tuvo que quedarse en *Carcarañá*.

CAPÍTULO II

DESPUÉS DE CASEROS.—SUCESOS DE 1853 Y 1855.—CASTRO ES NOMBRADO JEFE POLÍTICO DE FLORIDA.—ACOMPAÑA Á CÉSAR DÍAZ EN LA REVOLUCIÓN DE 1857.—EMIGRA Á ENTRE-RÍOS.—AUXILIA AL GENERAL FLORES EN LA CRUZADA.—UNA MISIÓN IMPORTANTE.—OTROS SERVICIOS Á LA CRUZADA.—GUERRA DEL PARAGUAY.

El 1.º de Mayo de 1852 se encontraba en la Florida desempeñando el cargo de Comandante Militar. Tenía por entonces el empleo doblemente honroso de Sargento Mayor, concedido simultáneamente por el Gobierno de la República y por el Imperio del Brasil.

Producido el sangriento conflicto entre tropas regulares y guardias nacionales, en la plaza Matriz, el 18 de Julio de 1853, Gregorio Castro acampó en la costa del *Arroyo Mendoza*, cerca del *Pastoreo de Pérez* (en Montevideo), al frente de 100 hombres de la Florida y 100 de Porongos, mandados estos últimos por el Sargento Mayor Juan Pablo Flores. Estas fuerzas respondían al Gobierno.

Cuando la derrota de Dionisio Coronel en *las Rengas*, Castro tomó parte en el hecho.

En ese encuentro se peleó todo un día, hasta que los blancos se pusieron en retirada. Dionisio Coronel tenía bajo sus órdenes 300 hombres, y Gregorio Castro 130, protegidos por una fuerza escogida de 150 hombres al mando del bravo Comandante Isidro Caballero. Éstos llevaban tan apurado al enemigo, que le hicieron errar el paso en el *Arroyo de las Rengas*, obligándolo á azotarse á una laguna cubierta de camalotes y rodeada de sarandíes.

La gente de Coronel sufrió un verdadero desastre, porque los que no perecieron ahogados ó murieron á lanza y bala, fueron hechos prisioneros, dejando también en la barranca de la laguna, muerto de un tiro, á un jefe de apellido Morales.

Este hecho de armas ocurrió unos días antes de la muerte de don Fructuoso Rivera.

El 28 de Agosto de 1855 estalló en Montevideo un movimiento subversivo, encabezado por el doctor don José María Muñoz, contra el Gobierno del General Venancio Flores. Los amotinados se apoderaron de la Casa de Gobierno y nombraron jefe interino del P. E. al ciudadano don Luis Lamas.

El General Flores, sin dimitir el mando, se dirigió hacia el departamento de Canelones, en donde nuestro biografiado se le incorporó con fuerzas de la Florida, mientras que otros jefes de diferentes departamentos llegaban con sus respectivas fuerzas para plegarse al caudillo colorado.

Durante los años 1856-57 ocupó la Jefatura Política de la Florida, hasta que teniendo conocimiento de los trabajos revolucionarios que iniciaba César Díaz en pro de la causa colorada, renunció su puesto para plegarse al movimiento.

En Febrero de 1856 obtuvo el grado de Teniente Coronel de caballería de línea.

La renuncia de Castro de la Jefatura de la Florida fué un alto ejemplo de respeto á las instituciones de la nación. Después de renunciar el cargo, se plegó á la revolución con un contingente de 80 hombres voluntarios.

Fué uno de los ochocientos revolucionarios con que César Díaz atacó á Montevideo el 9 de Enero de 1858.

Habiendo sido rechazado, César Díaz se retiró al Saladero de Lafone, marchando después hasta San José.

El 16 de Enero de ese mismo año, el General César Díaz derrotaba al General Moreno en *Cagancha*. En esa acción, Castro figuraba en la división de la derecha del ejército revolucionario, teniendo bajo sus órdenes un regimiento de 300 hombres.

Según la versión de nuestro biografiado, los blancos ascendían á 2000 soldados, mientras que los colorados sólo alcanzaban á 900.

El valeroso César Díaz tendió su línea de batalla dando espaldas al arroyo *Cagancha*, frente á un rincón que forma la sinuosidad del arroyo en aquel paraje.

Colocó los infantes al centro y dispuso que las caballerías se situaran en la cumbre de una cuchilla y en las dos alas de la línea.

En los preliminares de la batalla, Castro le pidió á César Díaz un contingente de infantes, respondiéndole del éxito, pero el general le contestó que él se encargaría del triunfo con las fuerzas del centro.

Efectivamente, la carga llevada por César Díaz no pudo ser resistida por las columnas de Moreno.

El Comandante Isidro Caballero, que poco después pagó con el martirio la defensa de sus ideales, fué el jefe encargado de la persecución, la que se llevó á cabo acuchillando al enemigo hasta cerca de la ciudad de San José.

En los días 24 á 25 de Enero de 1858, el ejército del General César Díaz llegaba al Durazno y acampaba á diez cuadras del pueblo de este nombre. El entonces Comandante Gregorio Castro, con 300 hombres, tenía á su cargo el servicio de exploración, debiendo dar cuenta de los menores movimientos del ejército de Medina.

En la mañana del 26, puso en conocimiento del General Díaz que el enemigo avanzaba con decisión sobre el pueblo del Durazno. Castro recibió orden de retirarse apresuradamente para incorporarse á la columna que estaba acampada en el paraje conocido por *Azotea de Bernabé Magariños*, situada del otro lado del Yí.

Las fuerzas revolucionarias, después de resguardar los pasos del río y contestar con tiros de fusilería á los varios disparos de cañón hechos por el enemigo, esperaron á que cerrase la noche, para emprender marcha hacia el Río Negro, dejando los fogones encendidos como medio de despistar al contrario.

El General Díaz confiaba en los refuerzos que iba á recibir á las pocas horas, procedentes de los departamentos del Norte del Río Negro.

La noche del 26, y á la altura del arroyo *Caballero*, el General Díaz recibió comunicaciones de los Comandantes don Gregorio Suárez y Trifón Ordóñez, haciéndole saber que estaban con sus fuerzas en la costa del Río Negro.

Así que los revolucionarios llegaron á *Quinteros*, nuestro biografiado recibió orden del General Díaz para que con 400 hombres marchase hasta el paso de *Rolón*, á fin de impedir el pasaje de Dionisio Coronel, que se acercaba con mil hombres. Cuando Castro llegó al punto indicado, Dionisio Coronel ya había atravesado el *Rolón*. Este contratiempo imposibilitó la incorporación de Castro con el General Díaz en el *Paso de Quinteros*.

Luego, cuando supo que el General Díaz iniciaba arreglos para la capitulación, Castro desistió de plegarse al ejército, manifestando *que él no entraba en arreglo con blancos y traidores;* y fué así como se salvó de caer en la trágica jornada.

Desde *Rolón* marchó para la *Cueva del Tigre*, departamento de Paysandú, donde tenía una estancia su hermano Juan Bautista, continuando la marcha la misma noche de su llegada, con rumbo al *Paso del Cerro*, del Queguay. En este punto se hallaba el Coronel gubernista Azambuya con 600 soldados, y como dicho jefe obstaculizara el paso, Castro mandó ciento y tantos hombres para que, siguiendo *Queguay* abajo, trataran de llamar la atención de aquél. Azambuya se entretuvo en perseguir

esta gente, y entonces Castro vadeó el río con sus otros 300 hombres. Marchó día y noche, hasta llegar al puerto de *Visillac*, en el Uruguay, de donde emigró á Entre-Ríos.

El pasaje del Uruguay se realizó con todo éxito. La citada corriente de agua tenía diez cuadras de ancho. Castro lo vadeó con sus 300 hombres, en botes unos, y valiéndose de su caballo, otros.

Pasaron á costa argentina sin perder ni armas, ni bagajes, ni caballos.

Aquí debemos citar un hecho noble y generoso, que hace honor á los sentimientos de nuestros hombres del campo.

El vecino don Mateo Visillac, de filiación blanca, pero muy amigo de Gregorio Castro, facilitó á éste los botes de su propiedad para el pasaje de la tropa.

Un mes después que Castro pisó territorio entrerriano, el General Urquiza, conocedor de las sobresalientes cualidades de aquél, le nombró administrador general de sus estancias, situadas en la frontera de Corrientes, y de los campos de propiedad del Estado.

Con aquel acto demostró el gran caudillo entrerriano la gran confianza que tenía en el hombre que había de regentear con honradez ejemplar los establecimientos entregados á su custodia, hasta el momento en que, reclamado por las exigencias de su partido político, sacrificaría su porvenir y sus intereses en holocausto á la causa gloriosa de la Cruzada Libertadora.

Nuestro biografiado fué el que se encargó de vender los bienes pertenecientes á los Castro, y entregar su producto al Jefe de la Cruzada.

En el año 1863, cuando el esclarecido Venancio Flores, seguido de cuatro valientes, invadía la República por el *Arenal Grande*, Gregorio Castro se encontraba en Concordia, en cuyo punto recibió una carta de aquel ilustre caudillo pidiéndole su cooperación para el movimiento redentor que iniciaba, á la vez que sus buenos oficios para ante el General Urquiza, en virtud de las estrechas vinculaciones que aquél tenía con el jefe entrerriano, á fin de que éste contribuyera con los elementos posibles para la realización de la gran empresa reivindicadora.

Figuraron en aquella revolución cinco hermanos: Enrique, Gregorio, Antolín, Pedro y Gumersindo.

Gregorio Castro fué comisionado por Flores para reunir gente, con sus correspondientes armas y caballos, entre los elementos de lucha de Entre-Ríos.

En la conferencia que tuvo con el General Urquiza, obtuvo de este caudillo facilidades para reunir hasta 500 soldados, los cuales fueron remitidos por Castro á Flores en partidas de á 40 hombres.

Una vez que Castro estuvo en presencia del Jefe de la Cruzada, éste, que apreciaba en mucho las excepcionales condiciones de su compañero para esas empresas que sólo pueden confiarse á hombres de grandes aptitudes, le ordenó que se aprontara para bajar á Buenos Aires á desempeñar *una comisión muy seria.*

Castro comprendió en seguida que se trataba de una comisión con ribetes diplomáticos, y con mucha modestia díjole al General Flores, después que éste lo enteró del objeto de su viaje:

—«General, ¿por qué no manda á Manuel Aguiar,

á Julio Herrera ó á alguno de esos hombres acostumbrados á tratar con diplomáticos y que conocen á esos personajes argentinos?»

Flores, por su parte, adujo, entre otras causas, el perfecto conocimiento que tenía de los hombres, manifestándole que si él nombraba para aquella comisión á alguno de los citados por Castro, lo probable sería que, como eran jóvenes entusiastas por la causa de su partido, se permitieran demostraciones de ultra-coloradismo, haciendo alarde del título de representantes del Comité revolucionario, lo que traería como consecuencia el fracaso de sus planes.

No hubo más que seguir viaje, y así lo efectuó.

Fué á ver al General don Bartolomé Mitre, á la sazón Presidente de la República Argentina, y le dió cuenta de su comisión.

El ilustre unitario, que no podía olvidar las proezas de don Venancio en *Pavón* y en *Cepeda*, expidió órdenes para que se le permitiera á Castro sacar las armas destinadas á la revolución; pero sólo lo consintió Mitre después de una gran resistencia, pues no quería permitir que se llevaran elementos de guerra, por temor de romper las relaciones diplomáticas con el Gobierno blanco.

Haremos constar aquí que el comisionado, antes de llegar á presencia del General Mitre, se apersonó á los Generales Hornos, Gelly y Obes, Paunero y Vedia, viejos amigos de don Venancio, los cuales fueron en corporación y en diversas ocasiones, á ver á Mitre. De una de esas entrevistas fué testigo presencial el mismo Castro.

Después de mucho discutir, convencieron al Pre-

sidente de que debía facilitar algún concurso á Flores, que había prestado importantes servicios con sus gauchos á la causa defendida en otras épocas por el mismo Mitre.

El General Vedia, dirigiéndose á Mitre, le dijo: —«El General Flores, con sus compañeros y sus sacrificios, te ha sentado en esa silla presidencial.»

Se levantó Mitre de su asiento como tocado por un resorte, y sin pronunciar palabra, tomó papel de oficio y extendió de su puño y letra órdenes destinadas á facilitar la misión y los propósitos del enviado del General Flores.

Por su parte, cada uno de los generales ya nombrados, envió al General Flores la suma de 50 onzas, para cooperar al popular movimiento. Don Gregorio Lezama quiso también pagar un tributo de dinero para el éxito de la Cruzada, y puso en manos de nuestro biografiado 360 onzas de oro.

Otro de los encargos que debía cumplir el comisionado, fué el de ofrecer al eminente publicista doctor don Juan Carlos Gómez, en nombre del jefe revolucionario, uno de los puestos de más importancia en el ejército, ya fuera el de secretario ó el de auditor de guerra.

Al efecto, se dirigió al domicilio de Juan Carlos Gómez y lo enteró de la comisión reservada que lo traía á su presencia.

Gómez lo recibió friamente y le dijo que no podía aceptar nada de Flores, porque difería con él en diversos puntos de su plan revolucionario y creía imposible que llegaran á entenderse.

Castro se retiró. Unos días después volvió á re-

petir su visita, sin lograr tampoco en ésta conseguir la aceptación de Gómez para ninguno de los puestos ofrecidos; pero, no obstante, recibió del ilustre publicista 150 onzas de oro para Flores.

Castro tomó en alquiler el vapor *Gualeguay* y embarcó gran cantidad de armamento, entre el cual figuraban seis piezas de artillería. Se dirigió Uruguay arriba, tocando en Sacra, Coladeras y Paysandú, en cuyos puntos iba dejando algún armamento.

Los paisanos que fueron llegando á los parajes indicados para recibir aquel elemento, manifestaron mucha alegría al ver que se les proveía de fusiles y se les hacía dejar las lanzas.

El General Flores, una vez que tuvo su gente bien armada y municionada, dió á la campaña el impulso decisivo que había de llevarlo al triunfo.

Poco tiempo después, y cuando el jefe revolucionario puso sitio á Paysandú, Gregorio Castro mandaba una fuerte división compuesta de la gente del Norte y de un batallón de brasileros denominado «Marineros Imperiales».

Desde Paysandú siguió en el *Gualeguay* aguas abajo. Este vapor estaba armado en guerra, con una dotación de 60 hombres, dos piezas de cañón y cohetes á la Congreve.

Cuando se puso sitio al Salto, desde ese buque se hostilizaba á los hombres de la plaza con un fuego vivísimo de cañón.

Después del sitio, el General Flores le preguntó á Castro:—*¿Usted le tiró á la plaza del Salto?*, á lo que contestó Castro, que estaba de buen humor:—*Sí, señor, para probar las piezas.*

No hay duda que la participación de Gregorio Castro en la Cruzada Libertadora fué de mucha importancia, no tan sólo por la confianza que como partidario le inspiraba al caudillo, sino también porque fué el hombre que puso en relación con el General Urquiza, quien cooperó de una manera decidida á aquel movimiento, según lo manifiesta el mismo Castro.

Era por aquel entonces jefe de Federación un Comandante Lasaga, y estaba al frente de la división del mismo punto un Coronel Varela, quienes recibieron orden de Urquiza para que permitiesen á Castro organizar contingentes armados para pasar á nuestro país, contribuyendo además á aquel movimiento con un buen número de caballos y vacas.

En los preliminares de la *Guerra del Paraguay*, fué comisionado Gregorio Castro para dirigir el pasaje del ejército brasilero, que ascendía á doce mil hombres, al mando del General Osorio, á través del Uruguay y frente á Concordia.

Cuando el General Flores acampó en *Gualeguaycito*, (Entre-Ríos), envió á Castro al Salto con el dinero correspondiente á dos meses de sueldo para todo el ejército. Castro llevaba como ayudantes al hoy Coronel Santiago Montoro y á un oficial apellidado González.

Regresó al ejército, y, una vez en presencia de Flores, le entregó el dinero sobrante.

En *Yatay* figuró como Jefe de Estado Mayor, y es entonces que nuestro biografiado realizó uno de esos actos valerosos que son dignos de hacerse conocer, pues constituyen uno de los rasgos más notables en un jefe.

Había que vadear el *Yatay* para batir un grupo de paraguayos que se encontraban en la margen opuesta de este río, el cual estaba tan crecido, que sus aguas cubrían hasta los árboles.

Se lanzó á él con quince soldados, lo vadeó y pudo tomar trescientos enemigos, en su inmensa mayoría desnudos, y entre los que figuraban siete oficiales; los cuales quedaron en poder de Castro, después que éste, cumpliendo órdenes de Flores, entregó los demás al General Paunero.

Luego fué comisionado para bajar á Buenos Aires, en donde debía dejar algunos prisioneros.

Una vez cumplida su comisión, vino á Montevideo con la idea de reunir más gente y conducirla personalmente hasta el campamento del General Flores. Así lo hizo. Con los contingentes de Florida y Salto reunió cuatrocientos hombres, y se presentó en el pueblo de San Carlos, río *Paraná*, entregándole dicha fuerza al General Flores.

Desde este punto marchó en comisión para comprar caballada. Recorrió el territorio entrerriano y correntino con el objeto de conseguir ese elemento de movilidad, y puede decirse que durante dos años consecutivos, fué él quien proveyó á la División oriental de los caballos que necesitaba.

CAPÍTULO III

ES NOMBRADO JEFE POLÍTICO DEL SALTO.—REVOLUCIÓN DE APARICIO.—IMPORTANTES SERVICIOS DE CASTRO.—CAMPAÑA EN EL NORTE Y EL ESTE.—RETIRADA DE LA SIERRA.—ES JEFE DE ESTADO MAYOR EN LA BATALLA DE MANANTIALES.—SU PAPEL EN ELLA.—OTROS SERVICIOS DEL GENERAL CASTRO.

En 1868 pasó á ocupar el puesto de Jefe Político del Salto.

El 10 de Febrero de ese mismo año, estando nuestro biografiado en su estancia, fué asaltado por el General Benítez, al mismo tiempo que el General Timoteo Aparicio invadía la República por el *Hervidero*.

Benítez, para realizar su intento, cruzó el Uruguay durante la noche, al frente de cuarenta y ocho hombres, y se puso en marcha hacia la estancia de Castro. Éste estaba ajeno á lo que pasaba. Tenía en su establecimiento nueve hombres, antiguos soldados suyos. Era una noche templada y de luna llena: á eso de las nueve se sintió un tropel acompañado de

gritos y de tiros sueltos. Los nueve individuos que acompañaban á Castro, al darse cuenta de lo que pasaba, abandonaron á su jefe y se guarecieron en el monte cercano.

Castro, con un valor á toda prueba, salió de la pieza donde estaba y se presentó en el patio, pistola en mano.

Los asaltantes la emprendieron á tiros con él, y éste les contestaba con su pistola.

Aquellos forajidos intentaron entonces prenderle fuego á la casa, pero no llegaron á realizarlo.

Nuestro biografiado recibió una herida de bala en la mano derecha, que lo imposibilitó por completo para hacer uso de ella, pero no por eso dejó de hacer fuego con la izquierda cada vez que su señora le cargaba el arma.

Uno de los asaltantes consiguió entrar al patio, pero recibió un balazo y quedó muerto; pocos momentos después hirió gravemente á tres más, incluso un oficial.

La lucha duró tres horas. El General Urquiza, en seguida de tener conocimiento del suceso, mandó uno de sus carruajes á la costa del Uruguay para conducir en él hasta su estancia de Entre-Ríos al Coronel Castro, encargándose de esa comisión el hijo del caudillo entrerriano, don Justo Carmelo Urquiza.

Puede decirse que durante toda la guerra de Aparicio (1870), el entonces Coronel Gregorio Castro figuró como Jefe de Estado Mayor del ejército comandado por su hermano Enrique.

En cierta ocasión, Gregorio Castro recibió orden de su jefe para marchar con una columna de 750 hombres desde *Olimar Grande*, entregándole una nota cerrada,—que, por rara coincidencia, era para él mismo,—con la orden verbal de que dicha comunicación debía abrirla así que llegase á la *Laguna del Negro*, en el departamento de Cerro Largo. Le decía en ella, que persiguiera tenazmente á las fuerzas enemigas, que ascendían á 2000 soldados, los que merodeaban por aquellos lugares; agregando, en un párrafo final, que no debía darle cuenta de dicha comisión hasta tanto no los desalojara de aquellos puntos.

Nuestro biografiado dió cumplimiento de una manera estricta á la consigna, batiendo al adversario hasta internarlo en las asperezas del departamento de Treinta y Tres. Desde este punto fué encargado para operar con su división en los departamentos de Cerro Largo, Minas y Maldonado.

El General Ángel Muniz se encontraba entonces en Rocha al frente de una columna de 300 hombres. Castro marchó en busca de aquél, desprendiendo al efecto algunas partidas descubridoras y llevando un convoy de diez carretillas cargadas de maíz, vestuarios, municiones y armamento. Su enemigo lo esperaba; pero así que aparecieron las carretillas, creyendo que Castro traía piezas de artillería, se retiró.

Muniz se dirigió con sus fuerzas hacia el arroyo *Don Carlos*.

Antes de proseguir, debemos dar los nombres de los que comandaban escuadrones en la columna

del Coronel Castro. Éstos eran: Manduca Carabajal, Julián Chaves, Sandalio Ximénez, Antolín Castro, el Capitán Máximo Santos, comandante de una compañía del Batallón Sosa; el Capitán Manuel Benavente, comandante de la 1.ª compañía del Batallón 3.º de Cazadores, á órdenes del Teniente Coronel Lallemand, y este jefe, que era el que comandaba los infantes.

Muniz vadeó el arroyo *Don Carlos* y dejó su vanguardia defendiendo el paso.

Castro, á su vez, simuló campar, haciendo carnear algunas vacas y permitiendo á la tropa que tomase mate, al mismo tiempo que disponía que un oficial con 60 hombres llevase á cabo la construcción de un puente, unas cuantas cuadras arroyo arriba. En cinco horas improvisaron el puente con troncos, ramas y tierra.

Vadeó el arroyo y escalonó su fuerza por escuadrones, como para llevar el ataque.

Á una legua del campo se encontraba el Coronel Mena. Este jefe, al tener aviso de la aproximación de Castro, emprendió marchas forzadas hasta ponerse á tiro de fusil.

Castro ordenó una carga, la que fué llevada con ímpetu; se produjo el entrevero y la lucha se hizo cuerpo á cuerpo.

El enemigo fué derrotado y dejó en el campo de pelea á varios muertos, entre los que se encontraban el valiente Coronel Mena y uno de sus ayudantes. La demás gente fué perseguida hasta *Valizas*, en la costa del océano. Á propósito de este encuentro, citaremos un episodio que, por lo noble y caballe-

resco, hace honor al militar que es objeto de estos apuntes. En el momento de caer de su caballo el Coronel Mena, atravesado por un lanzazo, Castro, con su mirada perspicaz y con la serenidad que siempre le caracterizó, pudo darse cuenta de que sus soldados, entregándose á uno de esos actos tan comunes en nuestras guerras, trataban de *carchar* al caído; más bien dicho, se abalanzaron sobre él para despojarlo de sus prendas. Nuestro biografiado no podía permitir aquello. Él se había educado en la escuela de la generosidad, del orden y de la disciplina, y, por tanto, ordenó con energía que no tocaran el cadáver de aquel jefe, que había caído como bravo defendiendo su divisa, é inmediatamente mandó que lo inhumaran con las prendas de uniforme y el dinero que poseía.

Veinticuatro horas después de la acción, llegó al campo de batalla la viuda del mencionado Mena, trayendo consigo un carruaje para llevar el cuerpo de su esposo. Se dirigió al jefe superior, el Coronel Castro, para preguntarle dónde se hallaba su marido, y entonces éste ordenó á uno de sus ayudantes que acompañara á la señora hasta el punto señalado por una cruz hecha en una palma cercana á la tumba.

Así que lo exhumaron, fué colocado en el carruaje. La señora agradeció el acto generoso del adversario de su esposo, quien había demostrado tanta nobleza al no permitir que lo despojaran ni del reloj que ella le había dado días antes de su muerte.

Castro desprendió en persecución de Muniz tres

escuadrones de á 100 hombres, que iban al mando de tres Sargentos Mayores pertenecientes á las Divisiones de Manduca, Llanes y Ximénez. Éstos le dieron alcance en la *Picada del Gringo*, del Cebollatí.

Muniz, al verse hostilizado, tuvo que abandonar las reses que había hecho carnear. Castro, una vez que llegó al campo abandonado, pudo utilizar los grandes montones de leña que habían apilado los enemigos.

Muniz se incorporó con Aparicio en las *Palmas del Cordobés*, teniendo el segundo á la sazón 1000 y tantos hombres, que, unidos á la división del primero, sumaban 4000 soldados.

Castro, en su persecución, llegó al *Cordobés*, donde encontró al enemigo, y le tendió línea de batalla; pero Aparicio, después de subir á unas alturas con su ejército y de amenazar con tender línea, resolvió retirarse. Aquella columna parecía una inmensa serpiente deslizándose por entre las quebradas y lomas.

En esos instantes, el Comandante Antolín Castro, hermano de Gregorio y Enrique, que á la sazón estaba de vanguardia, comunicó á su jefe que el enemigo avanzaba á trote y galope, en dirección á su fuerza. Aquél le contestó que no retrocediera un paso y que le tendiera línea de batalla, para sucumbir con sus bravos en defensa de la divisa.

Esa misma tarde, nuestro biografiado se había incorporado al General Enrique Castro con sus fuerzas.

Derrotar á uno de ellos era tarea difícil, y correr á los dos era punto menos que imposible, pues se

igualaban en valor, en pericia, en intrepidez y en audacia.

Al rayar el día, el General Aparicio tenía su extensa línea tendida, y con los primeros rayos del sol, pudo verse en lo alto de las cuchillas un cordón brillante de bayonetas.

Desde el *paso de San Juan*, del Cordobés, salía una pequeña cañada, sobre la cual tendió su línea de escuadrones el General Aparicio. Enrique Castro echó mano de uno de sus recursos favoritos, que era atacar por los flancos ó por retaguardia, siempre que fuera posible. Pasó al otro lado de la cañada con una fuerza de 600 hombres, formada por una batería, un batallón y 200 lanceros, y produjo la confusión en la línea enemiga con la célebre carga que le llevó.

Gregorio, á su vez, se conservó firme; mandó echar pie á tierra á toda su fuerza, y esperó á Aparicio; éste avanzó con decisión, con su gente formada en tres columnas, pero tuvo que retroceder ante las descargas que le hacían los escuadrones del valiente coronel Sandalio Ximénez.

Al llegar la noche se mandó suspender el fuego. Los dos hermanos Castro celebraron una conferencia, en la cual sostuvo Gregorio que debían marchar *Cordobés* abajo, para tener resguardado el flanco que les cubría el citado arroyo, mientras que Enrique, dejándose llevar por el ardor de la lucha, se concretó á decirle á Gregorio: «Vamos á tomar la cuchilla Grande, en dirección á la Sierra.»

Y así se hizo.

En aquella notable retirada, que recuerda la del *Rabón*, efectuada por el General Rivera en los tiem-

pos de las heroicidades y de los legendarios triunfos contra los brasileros, los Castro pusieron de manifiesto sus grandes cualidades de soldados.

En efecto, en esa penosa marcha, durante siete días y siete noches tuvieron que acampar seguidos siempre por el enemigo, que los hostilizaba en todos los momentos.

En la marcha despuntaron los arroyos *Cordobés*, *Mansavillagra*, y el río *Yí*, hasta entrar en la sierra de la *punta de los Chanchos*.

Según las palabras de Gregorio Castro, uno de los oficiales que más se hizo notar en aquella ocasión por su audacia y valor, fué el entonces Capitán don Máximo Santos.

Así que se inició la retirada, nuestro biografiado ocupó la retaguardia, dirigiendo personalmente las guerrillas. Durante el día se le presentaba al enemigo en un orden determinado de combate, y, al llegar la noche, en otro, para despistar al contrario.

La munición se les había concluído, al extremo de tener que ir comprando por el camino la poca pólvora que había en las pulperías. La retirada fué sostenida por mil y tantos hombres, mientras que los perseguidores contaban de 3 á 4000 soldados.

Cuando el ejército colorado llegó á las puntas del *Santa Lucía*, el General Enrique Castro dejó todas las fuerzas á cargo de su hermano Gregorio, y él bajó á Montevideo con la intención de presentar renuncia de su puesto, visto que el Gobierno no le mandaba refuerzos.

Antes de retirarse, recomendó á su hermano las mayores precauciones, á fin de no comprometer

un combate que podría ser de resultados dudosos.

Gregorio Castro, por su parte, se pasó todo el tiempo de la ausencia de su hermano ocupando diversas y ventajosas posiciones, para repeler cualquier ataque del enemigo.

En tal situación se conservó, por espacio de quince días, siempre en movimiento. ya bajando *Santa Lucía Grande* hasta el rincón de *Miñones*, ya subiendo *Santa Lucía Chico* hasta los campos de Urioste, en cuyo punto esperó á su hermano Enrique, quien llegó al ejército llevando consigo dos meses de sueldo para pagar á las tropas y una fuerte columna de refuerzo.

En una de las escaramuzas que hizo Gregorio Castro con su fuerza, se encontró frente á la barra del *Talita* con *Santa Lucía;* entonces, aprovechando las ventajas que le ofrecía el terreno, construyó un espléndido puente con troncos, ramas y tierra; en esa disposición esperó que el enemigo lo hostilizara, para pasar del otro lado y tender su línea, pero fué en vano, porque el adversario ni siquiera lo intentó.

Reunidos los hermanos Castro, reanudaron las operaciones. Desde la cuchilla que divide aguas al *Maciel* y al *Pintado*, emprendieron la persecución de los enemigos con mucha tenacidad, pues estaban deseosos de terminar una vez por todas aquella guerra que debilitaba las fuerzas vivas de la República, y que parecía volverse interminable.

Los enemigos se retiraron á marchas forzadas, desprendiendo una Comisión, compuesta por el Jefe Político de San José y el Vicario Apostólico, con el objeto de que el General Enrique Castro detuviera

sus marchas, porque ya habían iniciado gestiones de paz con el Gobierno.

El General Castro tenía conciencia de su deber militar; sabía perfectamente que un general al mando de fuerzas no debe atender ninguna indicación que no le sea hecha directamente por su superior inmediato, y que, en casos como éste, no sólo se va jugando el honor militar, sino que muchas veces, por ciertas tolerancias hermanadas con un supuesto título de magnanimidad, se pierde una causa y hasta se compromete un principio.

Cuando el ejército llegó á *Piedras de Espinosa*, un día antes de la batalla de *Manantiales*, la vanguardia del ejército gubernista fué reforzada por 500 hombres, al mando de los Comandantes Galarza y Tolosa, cuya fuerza fué destinada á obligar al enemigo á aceptar el combate.

Llegados á *Manantiales*, el General Timoteo Aparicio presentó su ejército en orden de batalla, y Castro desfiló con el suyo por delante del enemigo en formación de columna, bajo un vivísimo fuego de cañón, que hacían las baterías revolucionarias desde una altura.

Cuando la cabeza del ejército colorado llegó frente á la extrema izquierda contraria, el General Castro mandó: *¡Frente al enemigo!*

En otro lugar ya hemos referido la forma en que se desarrolló la acción; debemos agregar ahora, que las fuerzas gubernistas avanzaron por batallones. El hoy General Navajas, jefe superior entonces de la artillería, pidió al Jefe de Estado Mayor, Coronel Gregorio Castro, que le permitiera adelantarse unos

doscientos metros para desmontar la artillería contraria. Obtenido el consentimiento, su primer disparo de cañón desmontó uno de calibre veinticinco, de los contrarios. El Coronel Antolín Castro, que mandaba á la sazón la División Florida, servía de protección á la artillería.

Los blancos peleaban con bravura. El General Ángel Muniz se encargó de llevar una impetuosa carga al ala izquierda colorada, la cual era defendida por el entonces Ministro de la Guerra, Coronel Ordóñez, que tenía una fuerte columna á sus órdenes; pero fué doblada por Muniz, llevándola hasta los cuadros de infantería. Apenas los blancos dieron media vuelta, cargaron los maragatos con el valiente Gil Aguirre á la cabeza, acuchillándolos por espacio de algunas cuadras. Los escuadrones del Salto, que ocupaban la extrema derecha del ejército constitucional, fueron también arrollados por los blancos, pero habiendo recibido la protección de los maragatos, obligaron al enemigo á dar media vuelta. Esta División San José estaba compuesta de 300 hombres.

La batalla se hizo entonces general, y de la columna de infantería que ganaba terreno, se destacó el batallón «24 de Abril», con el Comandante Eduardo Vázquez á la cabeza. Éste, después que hizo hacer fuego á su batallón, mandó una carga á la bayoneta. Mientras iba avanzando, fué herido por un bote de metralla; pero esto no le impidió terminar su empresa heroica, la cual sirvió para dar realce á la figura de Vázquez como soldado y demostrar el grado de valor de este jefe en los instantes solemnes del peligro.

Producida la derrota del ejército blanco, el Coronel Gregorio Castro fué encargado de la persecución, hostilizando al enemigo hasta la entrada de la noche.

. . . .

Figuraron en toda aquella guerra, ya como jefes, ya como oficiales subalternos en el ejército de línea, unos, y en fuerzas movilizadas, otros, comportándose valientemente y acreditando las cualidades sobresalientes que les hicieron después alcanzar los más altos puestos en la milicia nacional, los Generales Valentín Martínez, Ricardo Estevan, Benigno Carámbula y Salvador Tajes, y los Coroneles Manuel M. Rodríguez, Feliciano Viera, Carlos Clark y Obregón, Zenón de Tezanos, Pablo Galarza, Santiago Montoro, Celedonio Islas, Melchor Maurente y Julio J. Martínez.

En esta guerra demostró nuestro biografiado sus relevantes cualidades como jefe superior y sus brillantes dotes como guerrillero. Formado en los campamentos y habituado al rudo batallar, siempre se mostró sereno y experto, previsor y decidido. No era extraño verlo á media noche, cuando todo el ejército descansaba, recorrer personalmente las guardias,

Por aquella época, el Coronel Lorenzo Latorre figuraba en el ejército como jefe de batallón, y tenía, según Castro, grandes condiciones militares.

La participación de Castro en la memorable ba-

talla de *Manantiales* fué doblemente lucida, por la habilidad que manifestó durante la acción y por su carácter de Jefe de Estado Mayor de las fuerzas constitucionales.

El parte de esta batalla, que fué pasado por el mismo General Castro, da una idea acabada de todas sus condiciones.

Aquella revolución, que costó tantas vidas y en la cual se peleó con bravura por las dos partes, terminó con el convenio de paz del 6 de Abril de 1872.

En la revolución de 1886, Castro fué nombrado Jefe de Estado Mayor del ejército del Gobierno. Después de concluído aquel movimiento, se le otorgaron las palmas de General de Brigada.

En 1898, el Gobierno provisional de la República, desempeñado por don Juan Lindolfo Cuestas, nombró á Castro Ministro de la Guerra. En los sangrientos sucesos acaecidos en Montevideo en la mañana del 4 de Julio del mismo año, con motivo de la sublevación de dos cuerpos de línea del ejército,—el Batallón de Artillería de Plaza y el Regimiento de Artillería Ligera,—el General G. Castro, á pesar de sus muchos años y de los achaques inherentes á su edad, desafió una vez más el peligro, encontrándose en la línea de fuego, adonde lo llevaron el cumplimiento de sus deberes militares y la lealtad al Gobierno de que formaba parte. En la actualidad ocupa el puesto de Ministro del Tribunal Militar de Apelaciones.

Como verdadero soldado, fué un león en los cam-

pos de batalla, pero fué también humano y generoso después del triunfo.

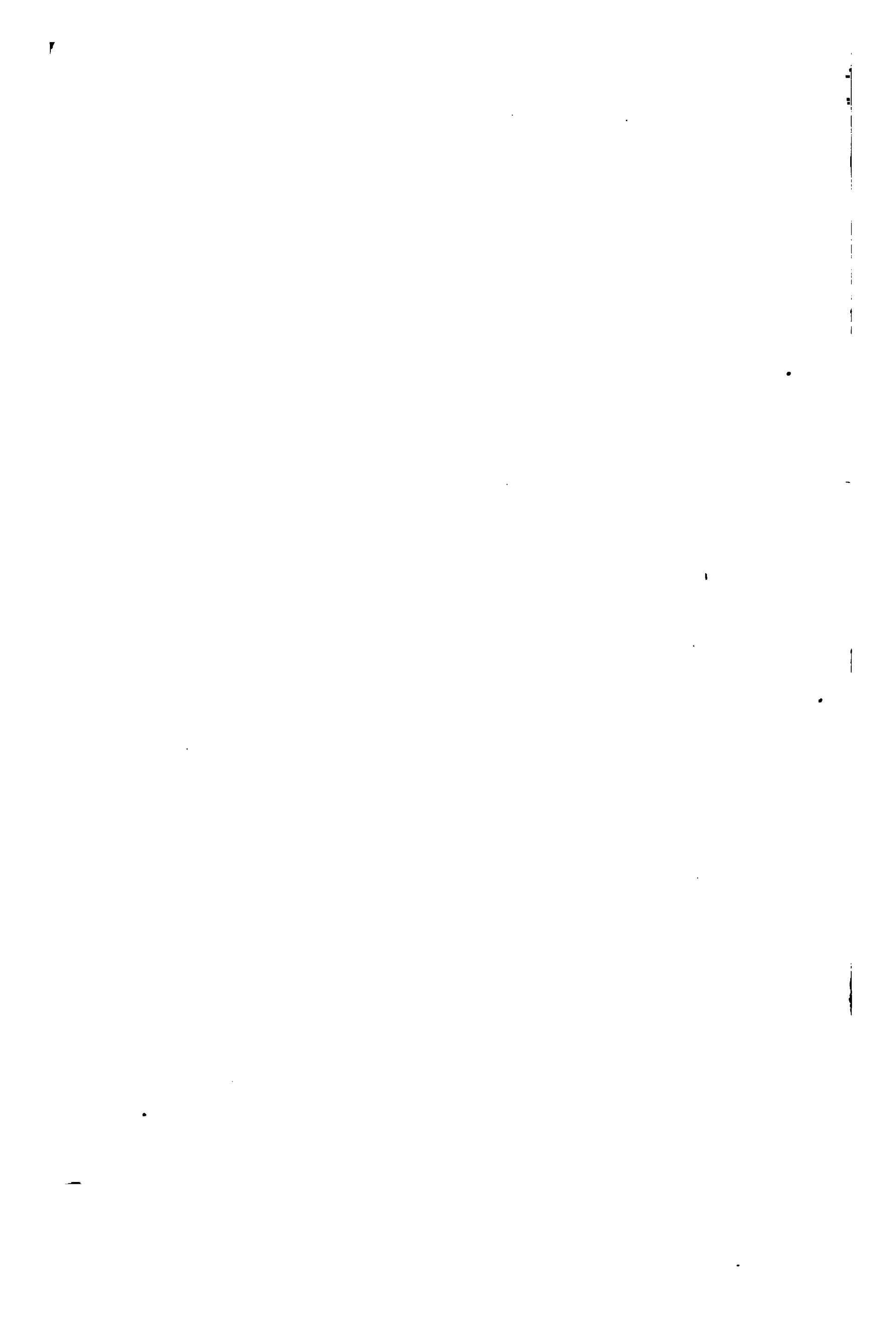
Ha sabido vencer, pero no matar. Lo prueban incontestablemente los innumerables hechos que honran su carrera. Es conceptuado por sus compatriotas, sin distinción de banderías políticas, como una de las reliquias de los días esplendorosos en que se luchaba por la independencia y la autonomía de la nacionalidad oriental.

Tiene desde 1890 el grado de General de División, y es quizás, en las Repúblicas del Plata, el más antiguo de los militares de su jerarquía.

Amante de la campaña y apegado á sus costumbres sencillas, el General Castro reside en su estancia del departamento del Salto; y tanto por el vigor físico de su raza, como por esa existencia apacible que prefiere, podemos esperar conservarlo aún mucho tiempo, para ejemplo y cual vivo recuerdo de los grandes días de la patria.

NÓMINA

DE LAS PERSONAS CITADAS EN LA OBRA



NOMINA

DE LAS PERSONAS CITADAS EN LA OBRA

Botana, Santiago.
Bayley, Jorge V.
Benavente Manuel.

C

Carámbula, Benigno.
Clark y Obregón, Carlos.
Cuestas, Juan Lindolfo.
Cardozo, Faustino.
Cardozo, Manuel.
Castro, Antolín.
Cortés, Coronel.
Centurión, Juan.
Castro, José.
Costa, Ángel Floro.
Cortés, Mateo.
Castro, Gumersindo.
Correa, Juan Francisco.
Cabral, Anselmo.
Cuadra, Hipólito.
Camacho, Victoriano.
Caraballo, Manuel.
Cardozo, Juan.
Casco, Manuel.
Centurión, Calixto.
Carballo, Joaquín.
Caraballo, Francisco.
Castro, Rafael.
Castro, Pedro.
Castro, Mateo de.
Castro, Juan Bautista.
Caballero, Isidro.
Castro, Gregorio.
Córdoba, Teófilo.
Costa, Ramón.
Céspedes, Hilarión.
Castro, Daniel.
Castro, Enrique.
Celestino, Capitán.
Casco, Lázaro.
Cáceres, Nicanor.
Castro, Juan José.
Cortina, Comandante.
Castro, Andrés.
Cerro, Alberto.
Carretero, Manuel.
Castillo, Fernando.
Casenave, Francisco.
Castro, Modesto.
Cáceres, General.
Caxías, Marqués de
Coronado, Hipólito.
Curtín, Ernesto.
Cáceres, Ventura.
Coronel, Coronel.
Carrión, Comandante.
Castro, Nicomedes.
Carabajal, Manduca.
Cabrera, Marcos.

CH

Chilavert, Martiniano.
Chucarro, Alejandro.

D

Donau, Doctor.
Dufort y Álvarez, Anacleto.
Díaz, César.
Domínguez, Rufino.
Díaz, Manuel.
Du Graty, Barón.
Domínguez, Carlos V.
De Castro, Carlos.
Domínguez, Coronel.
Da Fontana Lima, Federico.
D'Eu, Conde.
Del Valle, Sargento.
Daug, Guillermo.
Díaz, Juan José.
De los Santos, Fortunato.

E

Escalante, Jorge.
Estivao, Jacinto.
Echagüe, Pascual.
Estevan, Ricardo.
Elizalde, Rufino.

F

G

H

I

L

Lazcano, Eugenio.
Lino, Teniente.
Lescano, Mayor.
López, Manuel.
Lacueva, Floro.
Lerena, Carlos A.
Levalle, General.
Lallemand, Teniente Coronel.
Lasaga, Comandante.
Lezama. Gregorio.
Lamas, Luis.

LL

Llanes, Julián.

M

Muñoz, Guillermo.
Murillo, Mayor.
Mesa, Juan.
Martínez, Julián.
Martínez, Enrique.
Magariños, Bernabé.
Moyano, Juan Gregorio.
Mas de Ayala, Gregorio.
Mas de Ayala, Rufino.
Mas de Ayala, Luciano.
Mirabal, J. H.
Mora, José.
Mena, Coronel.
Mas, Gregorio.
Mendoza, Pedro.
Melgar, Coronel.
Machado, Antonio.
Mendoza, José.
Mendoza, Antonio.
Mendoza, Juan.
Medina, Anacleto.
Mitre, Bartolomé.
Mendieta, Pedro.
Madariaga, Juan.
Martínez, Mayor Juan.
Matos, Raimundo.
Moreno.
Medina (Hacendado).
Mendaras.
Mernies, Capitán.
Márquez, General.
Muñoz, José María.
Maidán, Julio.
Montero, Dionisio.
Mendoza, Fructuoso.
Montaldo, Pedro.
Mendoza, Gabriel.
Muró, Julio C.
Martínez, Tomás.
Magariños, Francisco.
Mac-Coll.
Mitre, Emilio.
Moreno Gaspar.
Muniz, Ángel.
Martínez, Juan José.
Milán, Braulio.
Mancini, Leopoldo.
Machado, Comandante.
Martínez, Bonifacio.
Machado, Luis.
Maurente, Melchor.
Martínez, Valentín.
Montoro, Santiago.
Moreno, General.
Martínez, Julio G.

N

Navas, Patricio.
Núñez, Ángel.
Navarro, Teniente.
Neto, General.
Navarro, Manuel.
Navarrito, Coronel.
Núñez, Marcos.
Nubel, Adolfo.
Navajas, Miguel A.

O

Otorgués, Coronel.
Oroño, Luciano.
Oribe, Ignacio.
Oribe, Manuel.

Ocampo, Francisco.
Olivos, Comandante.
Ortega, Manuel.
Otero y Otero, Rosendo.
Olid, Bernardino.
Osorio, Mariscal.
Olave, Coronel.
Ordóñez, Trifón.
Ordóñez, Pablo.

P

Piedra Buena, Capitán.
Páez, Mateo.
Páez da Silva, Belarmino.
Pirán, José Maria.
Paz, José María.
Paredes, Comandante.
Palavecino, Coronel.
Pasos, Coronel.
Porro, Nicolás.
Pereda, Enrique.
Peñarol, Coronel.
Pérez, Máximo.
Paunero, General.
Paiva, Coronel.
Porto Alegre, Marqués de.
Polidoro, General.
Pereda, Fernando.
Paiva, Capitán.
Peña, Rafael.
Peña, Antonio.
Paranhos.
Pampillón, José María.
Possolo, José A.
Pérez, Luis Eduardo.
Palleja, León de.
Puentes.
Pereira, Claro.

Q

Quintana, Valentín.
Quiroga, Capitán.

R

Ruiz, Fernández.
Rivera, Ramón.
Rivera, José.
Rivero, Nicolás.
Reyes, José Antonio.
Rodríguez, Pedro Juan.
Ramírez, Juan.
Ramos, José.
Rosas, Juan Manuel.
Rivera, Fructuoso.
Rodríguez, Rafael.
Ramírez, Octavio.
Rodríguez, Manuel.
Reguera, Teniente.
Rubio, Mayor.
Rodríguez, Ventura.
Rocha, Eduardo.
Reyes, Jacinto.
Rodríguez, Osvaldo.
Rule, Juan.
Rodríguez, (a) Pampero.
Ramírez, José Pedro.
Robles, General.
Reguera, Coronel.
Regules.
Rodríguez.
Reguera, Isidro.
Resquin.
Robido, Cándido.
Roca, Ramón.
Roca, Tristán.
Rujías.
Rivas.
Rodríguez, Adolfo.
Rosano, Mayor.
Ríos, Coronel.
Rodríguez, Juan.
Ríos, Gabriel.
Ramírez, C. M.
Ramírez, Juan.
Rücker, Conrado.
Regúnaga, Emeterio.
Rebollo, Juan Pablo.
Racedo, General.
Ramírez, Gonzalo.

ÍNDICE

Págs.

Págs.

CAPÍTULO XXIX

CAPÍTULO XXX

VIDA MILITAR DEL GENERAL GREGORIO CASTRO

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

